

**Peter  
Singer**

*Prefacio de  
Yuval Noah Harari*

**Liberación  
animal**

El clásico definitivo  
del movimiento  
animalista

taurus  
T

Peter Singer

**Liberación animal**  
El clásico definitivo del movimiento  
animalista

*Edición actualizada*  
*Prefacio de Yuval Noah Harari*

taurus  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A Richard y Mary, y a Ros y Stan,  
y —especialmente— a Renata.*

*Esta edición actualizada también va dirigida a aquellos que han cambiado sus modos de vida con el fin de contribuir a la liberación animal. Han hecho posible que creamos que el razonamiento ético puede prevalecer sobre el interés propio de nuestra especie.*

## PREFACIO

Los animales son las principales víctimas de la historia, y el tratamiento que los animales domésticos reciben en las granjas industriales es quizá el peor crimen de la historia. Estas afirmaciones pudieron parecer ridículas en 1975, cuando Peter Singer publicó por primera vez *Liberación animal*. Hoy, gracias en buena parte al impacto de este influyente libro, aumentan las personas que aceptan estas ideas como razonables, o al menos dignas de ser discutidas.

En los cuarenta años transcurridos desde la publicación de *Liberación animal*, los científicos han dedicado cada vez más atención al estudio de la cognición animal, al comportamiento animal y a las relaciones humano-animales. Sus descubrimientos han confirmado en gran parte las principales intuiciones de Singer. La marcha del progreso humano está sembrada de animales muertos. Incluso hace decenas de miles de años, nuestros antepasados de la Edad de Piedra ya eran responsables de una serie de desastres ecológicos. Cuando los primeros humanos llegaron a Australia hace unos 45.000 años, condujeron rápidamente a la extinción al 90% de sus animales grandes. Este fue el primer impacto importante que *Homo sapiens* tuvo sobre el ecosistema planetario. No fue el último.

Hace unos 15.000 años los humanos colonizaron América, y en el proceso eliminaron alrededor del 75% de sus grandes mamíferos. Otras muchas especies desaparecieron de África, de Eurasia y del sinnúmero de islas situadas a lo largo de sus costas. El registro arqueológico de un país tras otro cuenta el mismo y triste relato. La tragedia se inicia con una escena que muestra una población rica y variada de animales grandes, sin ninguna traza de *Homo sapiens*. En la segunda escena aparecen los humanos, según demuestra un hueso fosilizado, una punta de lanza o quizá una fogata de campamento. Sigue rápidamente la tercera escena, en la que hombres y mujeres tienen el papel protagonista y la mayoría de animales grandes, al igual que muchos más pequeños, han desaparecido. En total, los sapiens condujeron a la extinción aproximadamente al 50% de todos los grandes animales terrestres del planeta antes de que plantaran el primer campo de trigo, moldearan la primera herramienta de metal, escribieran el primer texto o acuñaran la primera moneda.

El siguiente gran hito en las relaciones humano-animales fue la Revolución Agrícola: el proceso por el que pasamos de cazadores-recolectores nómadas a agricultores que vivían en asentamientos permanentes. Ello implicó la aparición de una forma de vida completamente nueva en la Tierra: los animales domésticos. Al inicio, podría parecer que este acontecimiento tuviera una importancia menor, puesto que los humanos consiguieron domesticar menos de veinte especies de mamíferos y aves, en comparación con los innumerables miles de especies que permanecieron «salvajes». Pero con el paso del tiempo esta forma de vida nueva se convirtió en la norma. Hoy en día, más del 90% de todos los animales grandes son domésticos. Consideremos los gallos y las gallinas, por ejemplo. Hace diez mil años, se trataba de una especie de ave rara confinada en nichos pequeños del sur de Asia. En la actualidad, miles de millones de pollos viven en casi todos los continentes e islas, excepto en la Antártida. Los gallos y las gallinas domésticos son probablemente la especie de ave más extendida en los anales del planeta Tierra. Si el éxito se mide en números, gallos y gallinas, vacas y cerdos son los animales que han cosechado más éxito.

¡Qué lástima!, las especies domésticas pagaron por su éxito colectivo sin igual con un sufrimiento individual sin precedentes. El reino animal ha conocido muchos tipos de dolor y calamidades durante millones de años. Pero la Revolución Agrícola creó tipos completamente nuevos de sufrimiento, que con el paso de las generaciones no hicieron más que empeorar.

A primera vista, puede parecer que los animales domésticos se encuentran mucho mejor que sus primos salvajes y que sus antepasados. Los búfalos salvajes pasan el día en busca de comida, agua y refugio, y se hallan amenazados constantemente por leones, parásitos, inundaciones y sequías. El ganado doméstico, en cambio, goza del cuidado y la protección humanos. Las personas proporcionan comida, agua y refugio a vacas y terneras; tratan sus enfermedades; y las protegen contra los depredadores y los desastres naturales. Ciertamente, la

mayoría de las vacas y terneras terminarán tarde o temprano en el matadero. Pero, ¿hace esto que su destino sea peor que el de los búfalos salvajes? ¿Acaso es mejor ser devorado por un león que ser sacrificado por un hombre? ¿Son más benévolo los dientes de los cocodrilos que las cuchillas de acero?

Lo que hace que la existencia de los animales domésticos de granja sea particularmente cruel no radica únicamente en la manera en que mueren, sino en la manera en que viven. Dos factores en competencia han modelado las condiciones de vida de los animales de granja: por un lado, los humanos quieren carne, leche, huevos, cuero, potencia muscular animal y diversión; por otro, los humanos han de asegurar la supervivencia y la reproducción a largo plazo de los animales de granja. En teoría, esto tendría que haber protegido a estos de la crueldad extrema. Si un granjero ordeñara a su vaca sin proporcionarle comida ni agua, la producción de leche se reduciría, y la vaca no tardaría en morir.

Desgraciadamente, los humanos pueden causar un sufrimiento tremendo a los animales de granja de otras maneras, incluso mientras aseguran su supervivencia y reproducción. La raíz del problema es que los animales domésticos han heredado de sus antepasados salvajes muchas necesidades físicas, emocionales y sociales que son innecesarias en las granjas. Los ganaderos ignoran de manera rutinaria estas necesidades, sin pagar ningún precio económico. Encierran a los animales en jaulas minúsculas, mutilan sus cuernos y cola, separan a las madres de los hijos, y mediante selección crían monstruosidades. Los animales sufren mucho, pero siguen viviendo y multiplicándose.

¿No contradice esto los principios más básicos de la evolución darwiniana? La teoría de la evolución sostiene que todos los instintos, impulsos y emociones han evolucionado en interés de la supervivencia y la reproducción. Si es así, ¿no demuestra la reproducción continua de los animales de granja que se atiende a todas sus necesidades reales? ¿Cómo puede tener una «necesidad» una vaca que no sea realmente necesaria para la supervivencia y la reproducción?

Es verdad que todos los instintos, impulsos y emociones evolucionaron con el fin de hacer frente a las presiones evolutivas de la supervivencia y la reproducción. Sin embargo, cuando estas presiones desaparecen, los instintos, impulsos y emociones no se evaporan instantáneamente. Aunque ya no sean fundamentales para la supervivencia y la reproducción, continúan dando forma a las experiencias subjetivas del animal. Las necesidades físicas, emocionales y sociales de las vacas, los perros y los humanos no reflejan sus condiciones actuales, sino las presiones evolutivas que sus antepasados encontraron hace decenas de miles de años.

¿Por qué nos gustan tanto los dulces en la actualidad? No es porque en los inicios del siglo XXI tengamos que atiborrarnos de helados y chocolate para poder sobrevivir. Ello se debe a que si nuestros antepasados de la Edad de Piedra encontraban frutos maduros y dulces, lo más sensato que podían hacer era comer tantos y tan rápidamente como pudieran. ¿Por qué los jóvenes conducen de forma imprudente, se enzarzan en reyertas violentas y hackean páginas confidenciales de internet? No porque obedezcan a las leyes actuales, que prohíben todas estas acciones, sino porque obedecen a decretos genéticos antiguos. Hace 70.000 años, un joven cazador que arriesgara su vida persiguiendo a un mamut eclipsaba a todos sus competidores y obtenía la mano de la belleza local... y ahora seguimos cargando con esta herencia de macho.

La misma lógica evolutiva moldea la vida de las vacas y las terneras en nuestras granjas industriales. Los bueyes y las vacas salvajes antiguos eran animales sociales. Con el fin de sobrevivir y reproducirse necesitaban comunicarse, cooperar y competir de manera efectiva. Como todos los mamíferos sociales, los bóvidos salvajes aprendían las habilidades sociales necesarias mediante el juego. A todos los cachorros, gatitos, terneros y niños les gusta jugar porque la evolución les implantó dicho instinto. En la naturaleza *necesitaban* jugar. Si no lo hacían, no aprendían las habilidades sociales vitales para la supervivencia y la reproducción. Si un gatito o un ternero nacía con alguna mutación rara que lo hacía indiferente al juego, es improbable que sobreviviera o se reprodujera, de la misma manera que si sus antepasados no hubieran adquirido dichas habilidades, no existirían. De forma parecida, la evolución implantó en cachorros, gatitos, terneros y niños un deseo irresistible de vincularse a su madre. Una mutación aleatoria que debilitara el vínculo madre-hijo era una sentencia de muerte.

¿Qué ocurre ahora cuando los ganaderos toman una ternera joven, la separan de su madre, la colocan en una jaula diminuta, la vacunan contra varias enfermedades, le proporcionan comida y agua y después, cuando tiene la edad adecuada, la inseminan artificialmente con espermatozoides de toro? Desde una perspectiva objetiva, dicha ternera ya no necesita ni vínculo materno ni compañeros de juego con el fin de sobrevivir y

reproducirse. Sus amos humanos se ocupan de todas sus necesidades. Pero desde una perspectiva subjetiva, la ternera sigue sintiendo un instinto muy fuerte de relacionarse con su madre y de jugar con otras terneras. Si estos instintos no se ven satisfechos, la ternera sufre mucho.

Esta es la lección básica de la psicología evolutiva: una necesidad modelada hace miles de generaciones continúa sintiéndose subjetivamente incluso aunque ya no sea necesaria para la supervivencia y la reproducción. De forma trágica, la Revolución Agrícola concedió a los humanos el poder de asegurar la supervivencia y la reproducción de los animales domésticos al tiempo que ignoraban sus necesidades subjetivas. En consecuencia, los animales domésticos son colectivamente los animales más exitosos del mundo y, al mismo tiempo, son individualmente los animales más desdichados que hayan existido jamás.

La situación no ha hecho más que empeorar durante los últimos siglos, cuando la ganadería tradicional dio paso a la industrial. En las sociedades tradicionales como el Antiguo Egipto, el Imperio romano o la China medieval, los humanos tenían un conocimiento muy parcial de la bioquímica, la genética, la zoología y la epidemiología. En consecuencia, sus capacidades de manipulación eran limitadas. En las aldeas medievales, las gallinas correteaban libres entre las casas, picoteaban semillas y gusanos de los montones de basura y construían sus nidos en el granero. Si un campesino ambicioso intentaba encerrar a mil gallinas dentro de un gallinero atestado, probablemente el resultado fuera una epidemia letal de gripe aviar que eliminaba a todas las gallinas así como a muchos aldeanos. Ningún sacerdote, chamán o curandero podría haberlo evitado.

Pero una vez que la ciencia moderna descifró los secretos de las aves, los virus y los antibióticos, los humanos pudieron empezar a someter a los animales a condiciones de vida extremas. Con ayuda de vacunas, medicamentos, hormonas, plaguicidas, sistemas centralizados de aire acondicionado, comederos automáticos y gran cantidad de otros artilugios nuevos, ahora es posible hacinar decenas de miles de gallinas en gallineros diminutos, y producir carne y huevos con una eficiencia sin precedentes.

Ciertamente la suerte de los animales en estas instalaciones industriales se ha convertido en una de las cuestiones éticas más acuciantes en términos del número de animales implicados. Y es que, en la actualidad, la mayoría de los animales grandes de nuestro planeta viven en granjas industriales. Imaginamos que nuestro planeta está poblado por leones, elefantes, ballenas y pingüinos. Esto puede ser cierto en el canal de National Geographic, en las películas de Disney y en los cuentos de hadas para niños, pero ya no es verdad en el mundo real fuera de la pantalla del televisor. En el mundo hay 40.000 leones y 1.000 millones de cerdos domésticos; 500.000 elefantes y 1.500 millones de vacas domésticas; 50 millones de pingüinos y 20.000 millones de gallinas y pollos.

En 2009, había en Europa 1.600 millones de aves salvajes, contando todas las especies. Ese mismo año, la industria cárnica y de huevos de Europa crió 1.900 millones de gallinas y pollos. Todos juntos, los animales domésticos del mundo pesan unos 700 millones de toneladas, comparadas con 300 millones de toneladas de humanos, y con menos de 100 millones de animales salvajes grandes («grandes» significa aquí animales que pesan al menos algunos kilogramos).

Esta es la razón por la que la suerte de los animales de granja no es una cuestión ética marginal. Atañe a la mayoría de los animales grandes de la Tierra: decenas de miles de millones de seres sensibles, todos con un mundo complejo de sensaciones y emociones, pero que viven y mueren como piezas de una línea de producción industrial. Si Peter Singer tiene razón, la ganadería industrial es responsable de más dolor y desdicha que todas las guerras de la historia juntas.

Hasta ahora, el estudio científico de los animales ha desempeñado un papel deplorable en esta tragedia. La comunidad científica ha empleado su conocimiento creciente de los animales principalmente para manipular su vida de manera más eficiente, al servicio de la industria. Pero este mismo conocimiento ha demostrado, más allá de toda duda razonable, que los animales de granja son seres sensibles, con relaciones sociales intrincadas y pautas psicológicas refinadas. Puede que no sean tan inteligentes como nosotros, pero conocen el dolor, el miedo, la soledad y el amor. También ellos pueden sufrir, y también ellos pueden ser felices.

Ya es hora de que nos tomemos en serio estos hallazgos, porque a medida que el poder humano sigue aumentando, nuestra capacidad para dañar o beneficiar a otros animales va pareja a él. Durante 4.000 millones de años la vida en la Tierra se rigió por la selección natural. Ahora se rige cada vez más por el diseño inteligente humano. La biotecnología, la nanotecnología y la inteligencia artificial permitirán pronto que los seres humanos remodelen a los seres vivos de maneras radicalmente nuevas, lo que redefinirá el significado mismo de la vida. Cuando vayamos a diseñar este mundo nuevo y surrealista

habremos de tener en cuenta el bienestar de todos los seres sensibles, y no solo de *Homo sapiens*.

*Liberación animal* plantea cuestiones éticas que todo humano debería tomarse en serio. Quizá no todo el mundo estará de acuerdo con la tesis de Singer. Pero dado el inmenso poder que la humanidad ostenta sobre todos los demás animales, nuestra responsabilidad ética es debatirla detenidamente.

Yuval Noah Harari

## PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

En 2008, millones de estadounidenses vieron en las noticias de la tarde, horrorizados e incrédulos, una grabación con cámara oculta en la que se mostraba cómo ganado demasiado enfermo siquiera para andar era pateado, electrificado con varas eléctricas, golpeado en los ojos con porras y trasladado de un lado a otro en carretillas elevadoras con el fin de acercarlo lo suficiente a la caja en la que se le da muerte para luego ser procesado como carne.

El vídeo fue grabado en el matadero de Westland/Hallmark en Chino, California, una gran empresa —supuestamente líder en tecnología punta— y la mayor proveedora del National School Lunch Program, situada no en algún retrasado remanso rural, sino a tan solo unos cincuenta kilómetros de Los Ángeles. Como comer carne de vacas que no pueden andar constituye un riesgo para la salud, el vídeo provocó la mayor retirada de carne en la historia de Estados Unidos.

Esta revelación vino a constituir una dramática confirmación de las tesis de este libro. Tras declararse culpable de los cargos de crueldad contra animales, Daniel Ugarte Navarro, el encargado del matadero, que aparece en las imágenes golpeando y propinando a las vacas enfermas descargas eléctricas en la cara, y utilizando una carretilla elevadora para moverlas, dijo que no había hecho nada malo y que «solo estaba haciendo su trabajo». Es una excusa que ya hemos oído antes, pero que no deja de tener una pizca de incómoda verdad. Por despreciables que fuesen las acciones de Ugarte, hay algo fundamentalmente peor en la ética, y en la ley, que determina cómo tratamos a los animales. Si la gente quiere comer criaturas sensibles y existe una competición por suministrar carne al precio más bajo posible, entonces, el sistema recompensará a aquellos que cumplan con esta demanda. En ese sentido, Ugarte *estaba* simplemente haciendo su trabajo. Y de no haber sido por la «mala suerte» —para él y para Westland/Hallmark— de que un investigador de la Humane Society of the United States estuviera filmando secretamente sus actos, Ugarte hubiera seguido maximizando efectivamente las ganancias de su empleador.

La repulsión que este y otros vídeos de abusos sobre animales grabados ocultamente provocan en la mayor parte de la sociedad sugiere que es la ignorancia, y no la indiferencia, la que permite que se mantenga la crueldad generalizada, institucional, hacia los animales en Estados Unidos. Ahora que los medios de comunicación están tomándose más seriamente los asuntos de los animales, esta ignorancia comienza a resquebrajarse. Pero ha sido necesario un largo esfuerzo hasta alcanzar esta situación. Desde que este libro se publicó por primera vez, en 1975, el arduo trabajo de un incontable número de activistas ha cosechado beneficios que se manifiestan no solamente en una mayor concienciación pública hacia los abusos sobre los animales, sino también en mejoras concretas para los propios animales. En la década de 1980, bajo presión del movimiento animalista, las corporaciones de cosméticos comenzaron a invertir dinero en busca de alternativas a la experimentación con animales. El desarrollo de métodos experimentales que prescindan de los animales tiene ahora una dinámica propia dentro de la comunidad científica y es en parte responsable del menor número de animales utilizado. Pese a la afirmación de la industria de que «la piel ha vuelto», la venta de pieles todavía no ha recuperado el nivel que alcanzó en la década de 1980, cuando el movimiento animalista comenzó a centrarse en ella. Los dueños de animales de compañía han mejorado su educación y son más responsables, y el número de animales indeseados o abandonados que son sacrificados en refugios y perreras, pese a ser aún demasiado alto, ha descendido drásticamente.

La gran mayoría de animales víctimas de abusos humanos, sin embargo, son animales de granja. Si bien el número de animales utilizados cada año para investigación en Estados Unidos —unos 25 millones— es, aproximadamente, igual a la población de Texas, el número de aves y mamíferos sacrificados por la industria alimentaria anualmente —de nuevo tan solo en Estados Unidos— se sitúa en torno a los 10.000 millones, cifra que multiplica por 1,5 la de la población mundial. (Este número no incluye peces ni otros animales acuáticos). Como la mayoría de estos animales son criados en granjas industriales, su sufrimiento se prolonga durante toda su vida.

El primer avance para los animales de granja se dio en Europa. En Suiza, el sistema de jaulas en batería para la producción de huevos, descrito en el capítulo 3, pasó a ser ilegal a finales de 1991. En lugar de mantener sus gallinas en pequeñas jaulas de alambre, demasiado pequeñas para que las aves pudiesen extender sus alas, los productores de huevos suizos trasladaron los animales a cobertizos donde podían arañar suelos cubiertos de paja u otras materias orgánicas y poner sus huevos sobre una caja-nido cubierta y de suelo blando. Una vez que los suizos demostraron que el cambio era posible, la oposición a las jaulas de alambre aumentó por toda Europa, y la Unión Europea, que incluye veintisiete Estados y casi 500 millones de personas, ha acordado abandonar las jaulas de alambre estándar para 2012, otorgando a las gallinas más espacio, acceso a una percha y a una caja-nido en la cual depositar sus huevos.

Se sucedieron más avances, todos ellos con un amplio apoyo público y el respaldo de los expertos científicos y veterinarios más prestigiosos de la Unión Europea. Tal como se muestra en las siguientes páginas, las terneras criadas de forma intensiva y deliberadamente anémicas, sin paja para el lecho y confinadas en jaulas individuales tan estrechas que no pueden ni siquiera girarse, se encuentran entre los animales de granja más miserables. Este sistema ya había sido prohibido en Gran Bretaña cuando revisé el texto de este libro para la edición de 1990 (que continúa siendo el texto que sigue a este prólogo). Hoy, las jaulas de ternera han sido prohibidas no solo en Gran Bretaña, sino en toda la Unión Europea. Las cosas también han mejorado en la industria del cerdo. Confinar cerdas reproductoras en jaulas individuales fue prohibido en Gran Bretaña en 1998, y la prohibición entrará en vigor en Europa a partir de 2013, salvo durante las primeras cuatro semanas del embarazo de la cerda.

Mientras Europa debatía y legislaba sobre estas cuestiones, no parecía haber posibilidad alguna de que leyes semejantes trascendieran en el Congreso de Estados Unidos, ni, de hecho, en ningún otro lugar de la nación. La primera señal de cambio llegó a través de una iniciativa de grupos para el bienestar animal, que en 2002 lograron someter a votación en Florida una propuesta para que se prohibiese enjaular a la cerdas embarazadas. Florida dista mucho de ser el estado más progresista del país en materia de bienestar animal, pero la propuesta fue aprobada con una clara mayoría. Cuatro años después se suscitó la misma cuestión en Arizona, donde, además, se añadió una prohibición sobre las jaulas de ternera. De nuevo los votantes aprobaron la medida con un amplio margen.

El resultado de Arizona envió un mensaje a la industria alimentaria. Tan solo un mes después las dos mayores productoras de ternera de Estados Unidos prometieron deshacerse de las jaulas en el plazo de dos o tres años. Entonces, las principales productoras de cerdo de Estados Unidos y Canadá anunciaron que, a lo largo de los siguientes diez años, eliminarían las jaulas de las cerdas reproductoras. Para explicar este giro, la estadounidense Smithsfield hizo referencia a la percepción de sus clientes, entre los cuales McDonald's es de los más poderosos. McDonald's, que recibió con agrado la decisión, había estado tratando con activistas durante años acerca de la reducción del sufrimiento de los animales de los que procedían sus productos. De inmediato, otras grandes productoras de cerdo siguieron los mismos pasos. En 2007 Oregón pasó a ser el primer estado en legislar la prohibición de las jaulas de cerda en lugar de someter la medida a votación popular. Tras décadas de enfrentarse a críticas por las jaulas individuales de ternera, la American Veal Association hizo pública una resolución en la que recomendaba a todos sus socios reconvertir sus instalaciones y optar por una estabulación colectiva que garantice un mayor bienestar a los animales antes de 2017.

Muchos chefs notables, minoristas y proveedores estadounidenses están, igualmente, alejándose de las peores formas de confinamiento animal. Wolfgang Puck ha renunciado a la carne de animales nacidos de cerdas recluidas, al igual que a los huevos de gallinas enjauladas. Grandes cadenas, incluidas Burger King, Hardee's y Carl's Jr., han comenzado a comprar cerdo y huevos de productoras que han eliminado las jaulas. Cientos de universidades a lo largo de Estados Unidos evitan ahora los huevos de gallinas confinadas, y en 2007, Compass Group, el mayor proveedor mundial de servicios de alimentación, anunció que en el futuro todos sus huevos procederían de productoras que no utilicen jaulas.

Sin embargo la victoria más significativa para todos se produjo el 4 de noviembre de 2008, un día que es memorable no solo por la elección del senador Barack Obama como primer presidente afroamericano de Estados Unidos, sino también porque los californianos aprobaron, por un sorprendente margen de 63-37 por ciento, una iniciativa electoral que, en su estado, otorgaba a todos los animales de granja el espacio necesario para estirar sus patas y girarse sin tener que rozarse con otros animales ni con los

laterales de sus jaulas. En 2015, no solo las jaulas de ternera y cerda, sino también las jaulas estándar en batería, pasarán a ser ilegales en California y 19 millones de gallinas tendrán más espacio para moverse y extender sus alas. La industria del huevo invirtió nueve millones de dólares para hacer frente a esta iniciativa, pero encontró un enemigo igualmente poderoso en la coalición de asociaciones por el bienestar animal liderada por la Humane Society of the United States, la mayor asociación por el bienestar animal de toda la nación, que bajo la presidencia de Wayne Pacelle ha centrado su atención en los animales de granja con grandes resultados.

La votación californiana, que sigue a las de Florida y Arizona, demuestra que, cuando a los ciudadanos estadounidenses se les da la oportunidad, sí rechazan las prácticas habituales de las granjas que les proveen de cerdo, ternera y huevos. Con el sólido apoyo de la opinión pública, el movimiento animalista americano está al borde de transformar las condiciones en las que habitan cientos de miles de animales de granja.

Todos estos cambios demuestran lo dicho por los defensores de los animales a lo largo de mucho tiempo. En 1971, cuando yo organicé una pequeñísima manifestación en contra de la granja industrial, parecía que nos enfrentábamos a una industria gigantesca que pisotearía toda oposición. Afortunadamente, las ideas y la compasión han mostrado ser lo suficientemente fuertes como para cambiar sistemas en los que viven y mueren cientos de millones de animales.

La posición defendida en este libro va mucho más allá de estas mejoras —aun siendo significativas— en el bienestar de los animales de granja. Necesitamos un cambio mucho más radical en la forma en que pensamos sobre los animales. La primera muestra de que esto podría ocurrir se dio en 2008, en la histórica votación de una comisión del Congreso de los Diputados de España, en la que se defendió la concesión del estatus legal de persona con derechos a un animal. Tras la propuesta se hallaba el Proyecto Gran Simio, una organización que solicita derechos básicos —para vivir, de libertad y de protección frente a la tortura— para nuestros más cercanos parientes no humanos: chimpancés, bonobos, gorilas y orangutanes. La resolución insta al Gobierno de España a promover una declaración similar a nivel europeo. También reclama al Ejecutivo la adopción, en cuestión de un año, de una legislación que prohíba los experimentos potencialmente dañinos con grandes simios. Tener grandes simios en cautividad se permitirá tan solo por motivos de conservación y, en estos casos, bajo condiciones estrictamente reguladas para proporcionar el mayor bienestar posible a los simios. Adicionalmente, la resolución recomienda que España tome iniciativas en foros y organizaciones internacionales para asegurarse de que los grandes simios estén protegidos frente al maltrato, la esclavitud, la tortura y el asesinato.

A diferencia de los cambios en las condiciones en las que se mantiene a los animales de granja, la resolución española es significativa no por el número de animales a los que afecta directamente, sino porque rompe la insalvable barrera que hemos levantado entre nosotros, en tanto seres con derechos y dignidad, y otros animales no humanos, en cuanto meras cosas. Cuando observamos a nuestros parientes no humanos más cercanos, como nos han ayudado a hacer investigadores como Jane Goodall y Dian Fossey, vemos que las diferencias entre nosotros y los animales no humanos son, en cuestiones importantes, de grado y no de forma. La resolución española constituye la primera aceptación oficial de las implicaciones legales y morales derivadas del reconocimiento de las similitudes entre nosotros y, al menos, algunos animales no humanos. Lo más notable es, quizá, el empleo de la palabra «esclavitud» en relación con algo que está mal imponer a los animales, puesto que hasta ahora se ha asumido que son, *justamente*, nuestros esclavos, para utilizarlos como queramos; ya sea para que tiren de nuestros carros, como prototipo para la investigación de nuestras enfermedades o para que entreguen sus huevos, su leche, o su carne para nuestra alimentación. El reconocimiento de un parlamento nacional de que puede ser equivocado esclavizar animales es un paso significativo hacia la liberación animal.

PETER SINGER  
Nueva York, noviembre de 2008

## 1.

### TODOS LOS ANIMALES SON IGUALES...

#### **o por qué el principio ético que fundamenta la igualdad entre los humanos exige que también extendamos la igualdad a los animales**

Es posible que la «liberación animal» suene más como una parodia de otros movimientos de liberación que como un objetivo serio. De hecho, la idea de «los derechos de los animales» se usó en otro tiempo para ridiculizar la reivindicación de los derechos de las mujeres. Cuando Mary Wollstonecraft, una precursora de las feministas de hoy, publicó su *Vindicación de los derechos de la mujer* en 1792, muchos consideraron absurdos sus puntos de vista y al poco tiempo apareció una publicación anónima titulada *A Vindication of the Rights of Brutes [Vindicación de los derechos de las bestias]*. El autor de esta obra satírica (ahora se sabe que fue Thomas Taylor, un distinguido filósofo de Cambridge) intentó rebatir los argumentos de Mary Wollstonecraft demostrando que podían llevarse un paso más lejos. Si tenía sentido hablar de igualdad con respecto a las mujeres, ¿por qué no hacerlo con respecto a perros, gatos y caballos? El razonamiento también parecía válido para estas «bestias», aunque sostener que las bestias tenían derechos era obviamente absurdo. Así pues, el razonamiento que había conducido a esta conclusión tenía que ser falso y, si era falso al aplicarse a las bestias, también tenía que serlo respecto a las mujeres, ya que en ambos casos se habían usado los mismos argumentos.

Para explicar las bases de la igualdad de los animales, sería conveniente empezar analizando la causa de la igualdad de la mujer. Asumamos que queremos defender el tema de los derechos de las mujeres contra el ataque de Thomas Taylor. ¿Cómo hemos de responder?

Una posible réplica sería decir que no es válido extender el argumento de la igualdad entre hombres y mujeres a los animales no humanos. Las mujeres tienen derecho a voto, por ejemplo, porque son exactamente tan capaces de tomar decisiones racionales sobre el futuro como los hombres; por el contrario, los perros son incapaces de comprender el significado del voto y, por tanto, no pueden tener derecho al mismo. Hay muchos otros aspectos obvios de semejanza entre los hombres y las mujeres, pero entre los humanos y los animales existe una enorme diferencia. Así pues, se podría decir que los hombres y las mujeres son seres similares y deberían tener similares derechos, mientras que los humanos y los no humanos son diferentes y no deben tener los mismos derechos.

El razonamiento que esconde esta réplica a la analogía de Taylor es correcto hasta cierto punto, pero no llega lo bastante lejos. Obviamente, entre los humanos y otros animales existen diferencias importantes y estas tienen que dar lugar a ciertas diferencias en los derechos de cada uno. No obstante, reconocer este hecho evidente no impide que se extienda el principio básico de la igualdad a los animales no humanos. Las diferencias que existen entre los hombres y las mujeres también son innegables, y los defensores de la liberación de la mujer son conscientes de que estas diferencias pueden dar lugar a derechos diferentes. Muchas feministas sostienen que las mujeres tienen derecho a abortar cuando lo deseen. De esto no se infiere que, puesto que hacen campaña para conseguir la igualdad entre hombres y mujeres, tengan que defender también el derecho de los hombres al aborto. Puesto que un hombre no puede abortar, no tiene sentido hablar de su derecho a hacerlo. Puesto que un perro no puede votar, no tiene sentido hablar de su derecho al voto. No hay ninguna razón por la que la liberación de la mujer o la de los animales tengan que complicarse con semejantes sinsentidos. Extender de un grupo a otro el principio básico de la igualdad no implica que tengamos que tratar a los dos grupos exactamente del mismo modo, ni tampoco garantizar los mismos derechos a ambos. Que debamos hacerlo o no dependerá de la naturaleza de los miembros de los dos grupos. El principio básico de la igualdad no exige un *tratamiento* igual o idéntico, sino una misma consideración. Considerar de la misma manera a seres diferentes puede llevar a diferentes tratamientos y diferentes derechos.

Vemos, por tanto, que hay otra manera de responder al intento de Taylor de ridiculizar la causa de los derechos de las mujeres. Una respuesta que no niega las obvias diferencias

entre los humanos y los no humanos, pero que penetra más profundamente en la cuestión de la igualdad y no encuentra nada absurdo en la idea de que el principio básico de igualdad se aplique a las llamadas «bestias». Por el momento, esta conclusión puede parecerse extraña, pero si examinamos más detenidamente las bases que fundamentan nuestra oposición a la discriminación por la raza o el sexo veremos que no serán muy sólidas si pedimos igualdad para los negros, las mujeres y otros grupos de humanos oprimidos y, simultáneamente, les negamos a los no humanos una consideración igual. Para aclarar este punto, lo primero que hemos de ver es exactamente por qué son repudiables el racismo y el sexismo. Cuando decidimos que todos los seres humanos, independientemente de su raza, credo o sexo, son iguales, ¿qué es lo que estamos afirmando? Los que desean defender las sociedades jerárquicas, no igualitarias, han señalado a menudo que, sea cual fuere el método de demostración elegido, simplemente no es verdad que todos los seres humanos sean iguales. Nos guste o no, tenemos que reconocer el hecho de que los humanos tienen formas y tamaños diversos, capacidades morales y facultades intelectuales diferentes, distintos grados de benevolencia y sensibilidad ante las necesidades de los demás, diferentes capacidades para comunicarse con eficacia y para experimentar placer y dolor. En suma, si cuando exigimos igualdad nos basáramos en la igualdad real de todos los seres humanos, tendríamos que dejar de exigirla.

Aun así, podríamos aferrarnos a la idea de que la exigencia de igualdad para los seres humanos se basa sobre la igualdad real entre los distintos sexos y razas. Se podría afirmar que, aunque los humanos difieren como individuos, no existen diferencias entre las razas y los sexos en cuanto tales. Del mero hecho de que una persona sea negra o mujer no se puede inferir nada sobre sus capacidades intelectuales o morales. Esta es la razón —se podría decir— por la que el racismo y el sexismo están equivocados. El racista blanco alega que los blancos son superiores a los negros, pero esto es falso; aunque existan diferencias entre los individuos, algunos negros son superiores a algunos blancos en todas las capacidades y facultades que se puedan concebir como relevantes. El oponente del sexismo diría lo mismo: el sexo de una persona no nos dice nada sobre sus capacidades, y por eso es injustificable discriminar sobre la base del sexo.

Sin embargo, la existencia de variantes individuales que trascienden la raza o el sexo nos hace vulnerables frente a un oponente más sofisticado de la igualdad, uno que proponga, por ejemplo, que los intereses de todas las personas con coeficientes intelectuales inferiores a cien deben recibir una menor consideración que los de aquellas otras con una inteligencia superior. En esa sociedad, quizá los que no superasen ese límite serían esclavos de los que sí lo hubiesen hecho. ¿Sería una sociedad jerárquica de este tipo mejor que otra cuya jerarquía se basara en la raza o en el sexo? No lo creo, pero si limitamos el principio moral de igualdad a la igualdad real de las diferentes razas o sexos considerados en su conjunto, nuestra oposición al racismo y al sexismo no nos proporciona ninguna base para cuestionar este tipo de antiigualitarismo.

Hay otra razón importante por la que no debemos basar nuestra oposición al racismo y al sexismo sobre ninguna clase de igualdad real, ni siquiera la del tipo limitado que afirma que las variaciones de capacidades y facultades se distribuyen uniformemente entre las diferentes razas y entre los sexos: no podemos tener una garantía absoluta de que estas capacidades y facultades se distribuyan por igual, sin atender a la raza ni al sexo, entre los seres humanos. En lo que se refiere a las capacidades reales, sí parece haber ciertas diferencias determinables tanto entre las razas como entre los sexos, aunque, por supuesto, no se muestran en cada caso individual, sino solo en valores medios. Todavía más importante: no sabemos aún cuántas de estas diferencias se deben, de hecho, a las diversas dotaciones genéticas de las razas y los sexos, y cuántas obedecen a una mala escolarización, malas viviendas y demás factores que son fruto de la discriminación pasada y presente. Es posible que todas las diferencias significativas se lleguen a identificar algún día como ambientales y no como genéticas. Todo el que se oponga al racismo y al sexismo deseará que así sea, ya que esto facilitaría mucho la tarea de acabar con la discriminación. No obstante, sería peligroso que la lucha contra el racismo y el sexismo se apoyara en la creencia de que todas las diferencias importantes tienen un origen ambiental. El que tratara de rechazar por esta vía el racismo, por ejemplo, tendría que acabar admitiendo que, si se prueba que las diferencias de aptitudes tienen alguna conexión genética con la raza, el racismo de alguna manera podría ser defendible.

Afortunadamente, no hay necesidad de supeditar el tema de la igualdad a un resultado concreto de una investigación científica. La respuesta adecuada a quienes pretenden haber encontrado pruebas de diferencias con base genética entre razas o sexos en lo relativo a ciertas aptitudes no consiste en aferrarse a la creencia de que la explicación

genética tiene que ser errónea, aunque existan evidencias de lo contrario, sino más bien en dejar muy claro que el derecho a la igualdad no depende de la inteligencia, capacidad moral, fuerza física u otros factores similares. La igualdad es una idea moral, no la afirmación de un hecho. No existe ninguna razón lógicamente persuasiva para asumir que una diferencia real de aptitudes entre dos personas deba justificar una diferencia en la consideración que concedemos a sus necesidades e intereses. *El principio de la igualdad de los seres humanos no es una descripción de una supuesta igualdad real entre ellos: es una norma relativa a cómo deberíamos tratar a los seres humanos.*

Jeremy Bentham, fundador de la escuela de filosofía moral del utilitarismo reformista, incorporó a su sistema ético la base esencial de la igualdad moral mediante la siguiente fórmula: «Cada persona debe contar por uno, y nadie por más de uno». En otras palabras, los intereses de cada ser afectado por una acción han de tenerse en cuenta y considerarse tan importantes como los de cualquier otro ser. Henry Sidgwick, un utilitarista posterior, lo expresó del siguiente modo: «El bien de un individuo particular no tiene más importancia, desde el punto de vista del universo (por decirlo así), que el bien de cualquier otro». Más recientemente, las principales figuras de la filosofía moral contemporánea han coincidido en precisar algún requisito similar, orientado a considerar por igual los intereses de todos, como supuesto fundamental de sus teorías morales. Sin embargo, no suele haber consenso entre los autores respecto a cómo se debe formular este requisito[1].

Este principio de igualdad implica que nuestra preocupación por los demás y nuestra buena disposición a considerar sus intereses no deberían depender de cómo sean los otros ni de sus aptitudes. Precisamente, lo que nos exige esta preocupación o consideración puede variar según las características de aquellos a quienes afectan nuestras acciones: el interés por el bienestar de los niños de América requiere que les enseñemos a leer, mientras que el interés por el bienestar de los cerdos puede exigir tan solo que les dejemos estar con otros cerdos en un lugar donde haya suficiente alimento y espacio para que se muevan libremente. Pero el elemento básico —tener en cuenta los intereses del ser, sean cuales sean— debe extenderse, según el principio de igualdad, a todos los seres, negros o blancos, masculinos o femeninos, humanos o no humanos.

Thomas Jefferson, responsable de que se incluyera el principio de la igualdad de los hombres en la Declaración de Independencia americana, ya tuvo esto en cuenta. Y le llevó a oponerse a la esclavitud, aun cuando fuera incapaz de liberarse por completo de su pasado como propietario de esclavos. Escribió lo siguiente en una carta dirigida al autor de un libro que subrayaba los considerables logros intelectuales de los negros para rebatir la opinión, por aquel entonces habitual, de que sus capacidades intelectuales eran limitadas:

Puede estar seguro de que nadie en el mundo desea más sinceramente que yo una refutación absoluta de las dudas que yo mismo he mantenido y expresado sobre el grado de inteligencia con que les ha dotado la naturaleza, y descubrir que son iguales a nosotros [...], pero cualquiera que sea su grado de talento, no constituye la medida de sus derechos. El que sir Isaac Newton fuera superior a otros en inteligencia no le erigió en dueño de la propiedad o de las personas de otros[2].

De modo semejante, cuando en la década de los cincuenta del siglo XIX surgió en Estados Unidos la reivindicación de los derechos de las mujeres, una extraordinaria feminista negra llamada Sojourner Truth expresó lo mismo con más dureza en una convención del movimiento:

Hablan de esto que tenemos en la cabeza; ¿cómo lo llaman? («Intelecto», susurró alguien que estaba cerca). Exacto. ¿Qué tiene eso que ver con los derechos de las mujeres o de los negros? Si en mi taza solo cabe una pinta y en la tuya cabe un cuarto de galón[3], ¿no pecarías de mezquindad si no me la dejaras llenar?[4].

Las luchas contra el racismo y contra el sexismo deben apoyarse, en definitiva, sobre esta base y, de acuerdo con este principio, la actitud que podemos llamar «especismo» (por analogía con el racismo) también ha de condenarse. El especismo —la palabra no es atractiva, pero no se me ocurre otra mejor— es un prejuicio o actitud parcial favorable a los intereses de los miembros de nuestra propia especie y en contra de los de otras. Debería resultar obvio que las objeciones fundamentales de Thomas Jefferson y Sojourner Truth al racismo y al sexismo son igualmente aplicables al especismo. Si la posesión de una inteligencia superior no autoriza a un humano a que utilice a otro para sus propios fines, ¿cómo puede autorizar a los humanos a explotar a los no humanos con la misma finalidad?[5].

De una u otra forma, muchos filósofos y escritores han propugnado como principio

moral básico la consideración igualitaria de los intereses, pero pocos han reconocido que este principio sea aplicable a los miembros de otras especies distintas a la nuestra. Jeremy Bentham fue uno de los pocos que tuvo esto en cuenta. En un pasaje con visión de futuro, escrito en una época en que los franceses ya habían liberado a sus esclavos negros, mientras que en los dominios británicos aún se les trataba como tratamos hoy a los animales, Bentham escribió:

*Puede* llegar el día en que el resto de la creación animal adquiriera esos derechos que nunca se le podrían haber negado de no ser por la acción de la tiranía. Los franceses han descubierto ya que la negrura de la piel no es razón para abandonar sin remedio a un ser humano al capricho de quien le atormenta. Puede que llegue un día en que el número de piernas, la vellosidad de la piel o la terminación del *os sacrum* sean razones igualmente insuficientes para abandonar a un ser sensible al mismo destino. ¿Qué otra cosa es la que podría trazar la línea infranqueable? ¿Es la facultad de la razón, o acaso la facultad del discurso? Un caballo o un perro adulto es sin comparación un animal más racional, y también más sociable, que una criatura humana de un día, una semana o incluso un mes. Pero, aun suponiendo que no fuera así, ¿qué nos esclarecería? No debemos preguntarnos ¿pueden *razonar?*, ni tampoco ¿pueden *hablar?*, sino ¿pueden *sufrir?* [6].

En este pasaje, Bentham señala la capacidad de sufrimiento como la característica básica que le otorga a un ser el derecho a una consideración igual. La capacidad de sufrir —o, con más rigor, de sufrir y/o gozar o ser feliz— no es una característica más, como la capacidad para el lenguaje o las matemáticas superiores. Bentham no está diciendo que los que intentan trazar «la línea infranqueable» que determina si se deben o no tener en cuenta los intereses de un ser han elegido una característica errónea. Al decir que tenemos que considerar los intereses de todos los seres con capacidad de sufrimiento o goce, Bentham no excluye arbitrariamente ningún tipo de interés, como hacen los que trazan la línea divisoria en función del lenguaje. La capacidad para sufrir y disfrutar es un *requisito para tener cualquier otro interés*, una condición que tiene que satisfacerse antes de que podamos hablar con sentido de intereses. Sería una insensatez decir que se actúa contra los intereses de una piedra porque un colegial le da un puntapié y rueda por la carretera. Una piedra no tiene intereses porque no puede sufrir, y nada que pudiéramos hacerle afectaría a su bienestar. No obstante, la capacidad de sufrir y gozar no solo es necesaria, sino también suficiente para que podamos decir que un ser tiene interés, aunque sea mínimo, en no sufrir. Un ratón, por ejemplo, sí tiene interés en que no se le haga rodar a puntapiés por un camino, porque sufrirá si esto le ocurre.

Aunque Bentham habla de «derechos» en el pasaje que he citado, en realidad la discusión trata sobre la igualdad más que sobre los derechos. En otro célebre pasaje, Bentham describió los «derechos naturales» como «tonterías» y los «derechos naturales e imprescriptibles» como «tonterías con zancos». Se refirió a los derechos morales como una manera conveniente de aludir a protecciones que las personas y los animales deberían tener moralmente; pero el peso real del argumento moral no descansa sobre la afirmación de la existencia de un derecho, ya que esto a su vez tiene que justificarse sobre la base de las posibilidades de sentir sufrimiento y felicidad. De esta manera, podemos pedir igualdad para los animales sin implicarnos en controversias filosóficas sobre la naturaleza última de los derechos.

En tentativas desacertadas para refutar los razonamientos de este libro, algunos filósofos han realizado verdaderos esfuerzos para desarrollar argumentos que demuestren que los animales no tienen derechos[7]. Han sostenido que, para tener derechos, un ser debe tener autonomía, formar parte de una comunidad, poseer la habilidad para respetar los derechos de los otros o tener un sentido de la justicia. Estos argumentos son irrelevantes para la causa de la liberación animal. El lenguaje de los derechos es una útil fórmula política. Es incluso más valioso en la era de los informativos televisados de treinta segundos que en tiempos de Bentham; pero, en lo que respecta al argumento a favor de un cambio radical en nuestra actitud hacia los animales, no es en absoluto necesario.

Si un ser sufre, no puede haber justificación moral alguna para negarse a tener en cuenta este sufrimiento. Al margen de la naturaleza del ser, el principio de igualdad exige que —en la medida en que se puedan hacer comparaciones grosso modo— su sufrimiento cuente tanto como el mismo sufrimiento de cualquier otro ser. Cuando un ser carece de la capacidad de sufrir, o de disfrutar o ser feliz, no hay nada que tener en cuenta. Por tanto, el único límite defendible a la hora de preocuparnos por los intereses de los demás es el de la sensibilidad (entendiendo este término como una simplificación que, sin ser estrictamente adecuada, es útil para referirnos a la capacidad de sufrir y/o disfrutar). Establecer el límite por alguna otra cualidad, como la inteligencia o el raciocinio, sería arbitrario. ¿Por qué no habría de escogerse entonces otra cualidad, como el color de la piel?

El racista viola el principio de igualdad al dar más peso a los intereses de los miembros de su propia raza cuando hay un enfrentamiento entre sus intereses y los de otra raza. El sexista viola el mismo principio al favorecer los intereses de su propio sexo. De modo similar, el especista permite que los intereses de su propia especie predominen sobre los intereses esenciales de los miembros de otras especies. El modelo es idéntico en los tres casos.

Casi todos los seres humanos son especistas. Los siguientes capítulos muestran que los seres humanos corrientes —no solo unos cuantos excepcionalmente crueles o despiadados, sino la gran mayoría— participan activamente en prácticas que requieren el sacrificio de los intereses más vitales de miembros de otra especie para promover los intereses más triviales de la nuestra, las consienten y permiten que sus impuestos se utilicen para financiarlas.

No obstante, existe un argumento en defensa de las acciones descritas en los próximos dos capítulos que debemos refutar antes de hablar de las prácticas en sí mismas. Se trata de un alegato que, si fuese verdadero, nos permitiría hacer absolutamente cualquier cosa a los seres no humanos por la razón más insignificante, o sin razón alguna, sin merecer por ello ningún reproche fundado. Esta opinión sostiene que en ningún caso somos culpables de despreciar los intereses de otros animales, por una razón sencillísima: no tienen intereses. Según esta perspectiva, los animales no humanos carecen de intereses porque no son capaces de sufrir. Esto no significa meramente que no sean capaces de sufrir de las múltiples formas en que lo hacen los humanos; por ejemplo, una ternera no puede sufrir por saber que la van a sacrificar en un periodo de seis meses. Este modesto argumento no ofrece lugar a dudas, pero no libera a los humanos de la acusación de especismo, porque no elimina la posibilidad de que los animales sufran de otras formas: recibiendo descargas eléctricas o encerrados en jaulas pequeñas y abarrotadas, por ejemplo. El argumento que voy a discutir ahora es ese otro mucho más radical —aunque, por eso mismo, menos plausible— que afirma que los animales son incapaces de sufrir; que son autómatas inconscientes y carecen de cualquier tipo de pensamientos, sentimientos y vida mental.

Aunque, como veremos en un capítulo posterior, la opinión de que los animales son autómatas la avanzó el filósofo francés René Descartes en el siglo XVII, es obvio para la mayoría de las personas, entonces y ahora, que, si clavamos sin anestesia un cuchillo afilado en el estómago de un perro, el perro sentirá dolor. Las leyes de casi todos los países civilizados así lo confirman, prohibiendo la crueldad gratuita con los animales. Los lectores a quienes su sentido común les diga que los animales sufren quizá prefieran saltarse lo que queda de sección, ya que las páginas intermedias se dedican exclusivamente a refutar una postura que no comparten. Sin embargo, y a pesar de ser poco plausible, debemos discutir esta postura escéptica por mor de la completud.

¿Sienten dolor los animales no humanos? ¿Cómo lo sabemos? ¿Cómo sabemos si alguien, humano o no humano, siente dolor? Sabemos que nosotros mismos sí podemos sentirlo. Lo sabemos porque lo experimentamos directamente cuando, por ejemplo, alguien aprieta un cigarrillo encendido contra el dorso de nuestra mano; pero ¿cómo saber que los demás también lo sienten? No se puede experimentar el dolor ajeno, tanto si el «otro» es nuestro mejor amigo como si es un perro callejero. El dolor es un estado de la conciencia, un «acontecimiento mental» y, como tal, nunca puede observarse. Comportamientos como retorcerse, gritar o retirar la mano del cigarrillo no son dolor en sí, como tampoco lo son las notas que pueda tomar un neurólogo en sus observaciones sobre la actividad cerebral generada por el dolor. El dolor es algo que sentimos, y solo podemos inferir de diversas indicaciones externas que los demás también lo sienten.

En teoría, siempre *podríamos* equivocarnos cuando asumimos que otros seres humanos sienten dolor. Cabe concebir que nuestro mejor amigo es, en realidad, un robot muy bien construido, controlado por un brillante científico, de tal forma que manifiesta todas las señales externas del dolor cuando, de hecho, no es más sensible que cualquier otra máquina. Nunca podemos estar completamente seguros de que no sea este el caso, pero, si bien este tema puede ser un rompecabezas para los filósofos, nadie tiene la menor duda de que nuestros mejores amigos sienten dolor exactamente igual que nosotros. Se trata de una deducción, pero es una deducción muy razonable, porque se basa en observaciones de su conducta en aquellas situaciones en las que nosotros sentiríamos dolor, así como en el hecho de que tenemos motivos para pensar que nuestros amigos son seres como nosotros y que sus sistemas nerviosos son como los nuestros y funcionan de manera similar, generando sentimientos parecidos en circunstancias similares.

Si es justificable suponer que los otros humanos sienten dolor como nosotros, ¿existe

alguna razón por la que una inferencia semejante no lo sea en el caso de otros animales?

Casi todos los signos externos que nos motivan a deducir la presencia de dolor en los humanos pueden también observarse en las otras especies, especialmente en aquellas más cercanas a nosotros, como los mamíferos y las aves. La conducta característica — sacudidas, contorsiones faciales, gemidos, chillidos u otros sonidos, intentos de evitar la fuente de dolor, aparición del miedo ante la perspectiva de su repetición, y así sucesivamente— está presente. Además, sabemos que estos animales poseen sistemas nerviosos muy parecidos a los nuestros, que responden fisiológicamente como los nuestros cuando el animal se encuentra en circunstancias en las que nosotros sentiríamos dolor: aumento inicial de la presión de la sangre, dilatación de las pupilas, transpiración, aumento de las pulsaciones y, si continúa el estímulo, descenso de la presión sanguínea. Aunque los humanos tienen una corteza cerebral más desarrollada que el resto de los animales, esta parte del cerebro está ligada a las funciones del pensamiento más que a los impulsos básicos, las emociones y los sentimientos. Estos impulsos, emociones y sentimientos están situados en el diencéfalo, que está bien desarrollado en muchas otras especies de animales, sobre todo en los mamíferos y en las aves[8].

También sabemos que los sistemas nerviosos de otros animales no se construyeron artificialmente para remedar las reacciones de dolor de los humanos, como pudiera construirse un robot. Los sistemas nerviosos de los animales evolucionaron como el nuestro y, de hecho, la historia evolutiva de los humanos y otros animales, especialmente los mamíferos, no se diferenció hasta después de que apareciesen los rasgos centrales de nuestros sistemas nerviosos. Obviamente, la capacidad de sentir dolor aumenta las probabilidades de supervivencia de la especie, ya que hace que sus miembros eviten las fuentes del daño. Sin duda, es insensato suponer que sistemas nerviosos casi idénticos fisiológicamente, con un origen y una función evolutiva comunes, y que llevan a comportamientos parecidos en similares circunstancias funcionen de un modo radicalmente distinto en el plano de los sentimientos subjetivos.

Hace ya tiempo que la ciencia acepta como norma sensata el buscar la explicación más simple posible a aquello que se desea explicar. Se acude de cuando en cuando a este principio para calificar de «no científicas» las teorías del comportamiento de los animales que hacen referencia a sus sentimientos y deseos conscientes, alegando que, si la conducta en cuestión se puede explicar sin invocar a la conciencia o a los sentimientos, esta sería la teoría más simple. Pero ahora podemos ver que, cuando estas explicaciones se formulan en relación a la conducta de los animales humanos y de los no humanos, resultan, de hecho, mucho más complejas que sus contrarias. Sabemos por nuestra propia experiencia que las explicaciones de nuestro comportamiento que no hagan referencia a la conciencia y al sentimiento de dolor son incompletas, y suponer que un comportamiento igual en animales con similares sistemas nerviosos se explica del mismo modo resulta más simple que intentar inventar alguna otra explicación para diferenciar a los humanos de los no humanos a este respecto.

La inmensa mayoría de los científicos que se han pronunciado sobre este punto está de acuerdo. Lord Brain, uno de los neurólogos más importantes de nuestro tiempo, ha dicho:

Personalmente no encuentro ninguna razón para conceder que mis iguales, los humanos, tienen mente y negársela a los animales [...]. Al menos, no puedo dudar de que los intereses y actividades de los animales se correspondan con la conciencia y el sentimiento de la misma manera que en mi propio caso, y que, por lo que yo sé, hasta pueden ser igual de intensos[9].

Y el autor de un libro reciente sobre el dolor escribe:

Cada brizna de evidencia basada en los hechos apoya la tesis de que los vertebrados mamíferos más desarrollados experimentan sensaciones de dolor al menos tan agudas como las nuestras. Decir que sienten menos porque son animales inferiores es un absurdo; se puede demostrar fácilmente que muchos de sus sentidos son mucho más agudos que los nuestros: la agudeza visual en ciertas aves, el oído en la mayoría de los animales salvajes y el tacto en otros; en la actualidad, estos animales dependen más que nosotros del conocimiento más completo posible de un medio hostil. Aparte de la complejidad de la corteza cerebral (que no percibe dolor directamente), sus sistemas nerviosos son casi idénticos a los nuestros y sus reacciones ante el dolor extraordinariamente parecidas, aunque carentes (según la información de que disponemos) de connotaciones filosóficas y morales. El elemento emocional es de sobra evidente, ante todo en forma de miedo y de cólera[10].

En el Reino Unido, tres comités gubernamentales distintos, expertos en el tema de los animales, aceptaron la conclusión de que los animales sienten dolor. Después de señalar las evidentes pautas de conducta que apoyan este punto de vista, el Committee on Cruelty to Wild Animals decía lo siguiente:

Creemos que la evidencia fisiológica, y más concretamente la anatómica, justifica plenamente y refuerza la creencia basada en el sentido común de que los animales sienten dolor.

Y después de debatir sobre el carácter evolutivo del dolor, el informe terminaba concluyendo que el dolor tiene una «clara utilidad biológica» y que esto constituye «un tercer tipo de evidencia de que los animales sienten dolor». Pasaba entonces a considerar formas de sufrimiento distintas del simple dolor físico, y añadía que los miembros del comité estaban «convencidos de que los animales sufren de miedo y terror agudos». Posteriores informes de los comités del Gobierno inglés sobre experimentos realizados con animales y sobre el estado de los animales sometidos a métodos de crianza intensiva estaban de acuerdo con esta tesis, concluyendo que los animales tienen capacidad para sufrir no solo por daños físicos directos, sino por miedo, ansiedad, estrés, etcétera[11]. Finalmente, la publicación durante la pasada década de estudios científicos con títulos tales como *Animal Thoughts [Pensamientos de los animales]*, *Animal Thinking [Raciocinio animal]* y *Animal Suffering [Sufrimiento animal]* demuestra que la consciencia en los animales no humanos se acepta ya generalmente como un tema serio de investigación[12].

Se podría pensar que esto basta para poner punto final a la controversia, pero todavía hay otra objeción que debemos valorar. Después de todo, los seres humanos cuando sienten dolor cuentan con un instrumento conductual del que carecen los no humanos: un lenguaje desarrollado. Otros animales pueden comunicarse entre sí, pero no, según parece, de una forma tan compleja como la nuestra. Algunos filósofos, incluido Descartes, han considerado importante el hecho de que mientras que los humanos pueden detallar su experiencia del dolor, otros animales no pueden. (Es interesante resaltar que esta línea divisoria entre los humanos y las otras especies, clara en otro tiempo, hoy se está poniendo en duda a causa del descubrimiento de que a los chimpancés se les puede enseñar un lenguaje)[13]. Pero, como señaló Bentham hace mucho tiempo, la facultad de utilizar un lenguaje no es relevante a la hora de decidir el trato que se debe a un ser, a menos que esa facultad pueda ligarse a su capacidad para sufrir, en cuyo caso la ausencia de un lenguaje haría dudar de la existencia de esta capacidad.

Este nexo se puede abordar por dos vías. Primero, existe una vaga trayectoria de pensamiento filosófico, derivada quizá de ciertas doctrinas asociadas al influyente filósofo Ludwig Wittgenstein, que sostiene que no podemos atribuir significativamente estados de conciencia a seres sin lenguaje. Esta postura no me parece muy plausible, ya que aunque el lenguaje pueda ser necesario para el pensamiento abstracto, al menos en cierto nivel, los estados como el dolor son más primitivos y no tienen nada que ver con el lenguaje.

La segunda manera, más fácilmente comprensible, de enlazar el lenguaje con la existencia de dolor consistiría en afirmar que la mejor prueba que tenemos de que otra criatura sufre son sus declaraciones al respecto. Este es un argumento de otro tipo, porque no niega que quienes carecen de lenguaje *puedan* sufrir, sino solamente que podamos tener suficientes razones para *creer* que están sufriendo. Con todo, este tipo de argumento también fracasa. Como ha señalado Jane Goodall en su estudio sobre chimpancés *En la senda del hombre*, cuando se trata de expresar sentimientos y emociones, el lenguaje es menos importante que otros modos de comunicación no lingüísticos, como un animoso golpecillo en la espalda, un abrazo efusivo, un apretón de manos, etcétera. Los signos básicos que usamos para transmitir el dolor, el miedo, la cólera, el amor, la alegría, la sorpresa, la excitación sexual y tantos otros estados emocionales no son específicos de nuestra propia especie[14]. El enunciado «siento dolor» puede servir de prueba para concluir que quien lo dice lo siente, pero no es la única posible y, puesto que a veces la gente miente, ni siquiera es la mejor.

Incluso si hubiera mejores razones para negarse a atribuir dolor a los que carecen de lenguaje, las consecuencias de esta negación podrían llevarnos a rechazar la conclusión. Los recién nacidos y los niños pequeños son incapaces de usar el lenguaje. ¿Vamos a negar que un niño de un año pueda sufrir? Si no lo hacemos, el lenguaje no puede ser crucial. Por supuesto que la mayoría de los padres entiende mejor las respuestas de sus hijos que las de los otros animales, pero esto es simplemente consecuencia del mayor conocimiento de nuestra propia especie y del mayor contacto que tenemos con los niños pequeños, en comparación con los animales. Tanto los que estudian la conducta de otros animales como quienes tienen animales de compañía aprenden pronto a entender sus respuestas tan bien como entendemos las de un niño, y a veces, mejor.

Por lo tanto, concluimos que no hay razones convincentes, ni científicas ni filosóficas, para negar que los animales sienten dolor. Si no dudamos de que otros humanos lo sienten, tampoco deberíamos dudar de que lo sienten otros animales.

Los animales pueden sentir dolor. Como vimos antes, no puede haber justificación moral

para considerar que el dolor (o el placer) que sienten los animales es menos importante que el sentido por los humanos con la misma intensidad. Pero ¿qué consecuencias prácticas se siguen de esta conclusión? Para evitar confusiones, describiré con más detalle lo que esto significa.

Si le doy a un caballo una fuerte palmada en la nalga, quizá se sobresalte, pero seguramente sentirá poco dolor, porque su piel es lo bastante gruesa como para protegerle de una mera palmada. Sin embargo, si hago lo mismo con un niño, llorará y seguramente sentirá dolor, porque su piel es más sensible. Por eso es peor pegar a un niño que a un caballo si los golpes se administran con igual fuerza. Pero tiene que haber algún tipo de golpe —no sé exactamente cuál, pero quizá uno asestado con un palo grueso— que cause al caballo tanto dolor como el que sentiría un niño al que golpeásemos con la mano. Esto es lo que quiero decir cuando me refiero a «la misma intensidad de dolor», y si nos parece mal causar ese dolor a un bebé sin ninguna razón convincente, entonces (a no ser que seamos especistas) nos tendrá que parecer igual de mal infligir el mismo dolor a un caballo sin motivo alguno.

Existen otras diferencias entre los humanos y los animales que dan lugar a nuevas complicaciones. Los seres humanos adultos normales tienen unas capacidades mentales que, en determinadas circunstancias, les harán sufrir más de lo que sufren los animales en situaciones análogas. Si, por ejemplo, decidiéramos utilizar adultos humanos normales para experimentos científicos extremadamente dolorosos o letales y los secuestrásemos al azar en los parques públicos, todos los adultos que entraran en un parque tendrían miedo a ser secuestrados y este terror sería una forma de sufrimiento adicional al dolor del experimento. Los mismos experimentos realizados con animales no humanos causarían un sufrimiento menor, ya que estos no tendrían el temor anticipatorio de ser secuestrados y convertidos en objeto de experimento. Pero, por supuesto, esto no quiere decir que estuviera *bien* realizar el experimento con animales, sino solo que hay una razón, que *no* es especista, para preferir el uso de animales al de los adultos humanos normales en caso de que haya que realizar tal experimento. No obstante, debemos señalar que este mismo argumento nos da una razón para preferir experimentar con niños muy pequeños —huérfanos, quizá— o humanos con un grave retraso mental antes que con adultos, ya que ni unos ni otros tendrían idea de lo que les iba a suceder. Por lo que respecta a este argumento, los animales no humanos, los bebés y los retrasados mentales se encuentran en una misma categoría; y si es este el argumento que utilizamos para justificar los experimentos con animales no humanos, tenemos que preguntarnos también si estamos dispuestos a permitirlos con los otros dos grupos; y si establecemos una distinción entre los animales y estos humanos, ¿sobre qué base se apoya, sino sobre una preferencia mal disimulada —y moralmente indefendible— por los miembros de nuestra propia especie?

Hay muchos aspectos en los que las superiores capacidades mentales de los humanos marcan una diferencia: la anticipación, una memoria más detallada, un mayor conocimiento de lo que sucede, etcétera, si bien no todas estas diferencias implican un mayor sufrimiento por parte del ser humano normal. A veces un animal puede sufrir más debido a que tiene un poder de comprensión más limitado. Si, por ejemplo, capturamos prisioneros en tiempo de guerra, podemos explicarles que, aunque tienen que someterse a la captura, los interrogatorios y la prisión, no se les causarán otros daños y serán puestos en libertad cuando concluyan las hostilidades. Pero si capturamos a un animal salvaje, no podemos explicarle que no estamos amenazando su vida. Un animal salvaje no puede distinguir el intento de dominar y confinar del de matar, y le causaría tanto terror uno como otro.

Puede objetarse que es imposible hacer comparaciones entre los sufrimientos de las diferentes especies y que, por esta razón, el principio de igualdad no sirve cuando entran en conflicto los intereses de los animales y los de los humanos. Probablemente sea cierto que comparar el sufrimiento de los miembros de especies diferentes no es una tarea que pueda hacerse de un modo preciso, pero la precisión no es esencial. Incluso si evitáramos hacer sufrir a los animales solo en aquellos casos en que los intereses de los humanos se vieran afectados en menor grado que los suyos, nos veríamos forzados a cambiar radicalmente el trato que les damos, cambio que incumbiría a nuestra dieta, a las técnicas que utilizamos en las granjas, a los procedimientos experimentales en muchos campos de la ciencia, a nuestra visión de la vida animal y de la caza, de los cepos y de las pieles, y a espacios de entretenimiento como los circos, los rodeos y los zoológicos. El resultado de este cambio sería evitar una gran cantidad de sufrimiento.

Hasta ahora solo me he referido al sufrimiento que infligimos a los animales, y no al hecho de sacrificarlos. Esta omisión ha sido deliberada. La aplicación del principio de

igualdad en lo relativo al sufrimiento es, al menos en teoría, bastante clara. El dolor y el sufrimiento son malos en sí mismos y deben evitarse o minimizarse, al margen de la raza, el sexo o la especie del ser que sufre. El dolor se mide por su intensidad y duración, y los dolores de una misma intensidad y duración son tan nocivos para los humanos como para los animales.

Resulta más complejo pronunciarse sobre la maldad de matar a otro ser. He mantenido la cuestión de matar en último término, y seguiré haciéndolo, porque en el estado actual de tiranía humana sobre otras especies el principio simple y claro de exigir una misma consideración respecto al dolor y al placer es base suficiente para identificar los abusos más esenciales que cometen los humanos con los animales y protestar contra ellos. Aun así, es necesario decir algo sobre la cuestión de matar.

Al igual que casi todos los humanos son especistas por su disposición a infligir a los animales un dolor que, por el mismo motivo, no causarían a los humanos, también lo son por su disposición a matar a otros animales cuando no matarían a seres humanos. Sin embargo, aquí es necesario proceder con más cautela, porque la gente sostiene puntos de vista muy diversos sobre cuándo es legítimo matar a los humanos, como lo demuestran los continuos debates sobre el aborto y la eutanasia. Tampoco los filósofos morales se han puesto de acuerdo acerca de qué exactamente hace malo matar a seres humanos, ni en qué circunstancias pueda ser justificable matar a un ser humano.

Vamos a considerar primero el punto de vista de que siempre está mal privar de la vida a un ser humano inocente, punto de vista al que nos referiremos como el de la «santidad de la vida». Las personas que piensan así se oponen al aborto y a la eutanasia. En cambio, normalmente no suelen oponerse a matar a los no humanos, con lo que quizá sea más correcto describirlo como el de la «santidad de la vida humana». La creencia de que la vida humana, y solo ella, es sacrosanta constituye una forma de especismo. Para comprender esto, veamos el siguiente ejemplo.

Supongamos que, como sucede a veces, un niño nace con una grave e irreparable lesión cerebral. La gravedad de la lesión es tal que el niño nunca podrá ser más que un «vegetal humano» incapaz de hablar, de reconocer a la gente, de actuar independientemente o de desarrollar un sentido de autoconciencia. Los padres del niño, al darse cuenta de que no hay esperanzas de que mejore su condición y al no estar dispuestos a gastarse, o a pedir que se gaste el Estado, los miles de dólares que se necesitarían anualmente para proporcionar un cuidado adecuado al niño, piden al médico que lo mate sin dolor.

¿Debe hacer el médico lo que le piden los padres? Legalmente no, y en este sentido la ley refleja el punto de vista de la santidad de la vida: la vida de todo ser humano es sagrada. Sin embargo, quienes opinarían así sobre este recién nacido no tienen nada que objetar al acto de matar animales no humanos. ¿Cómo pueden justificarse tan dispares valoraciones? Los chimpancés adultos, los perros, los cerdos y los miembros de muchas otras especies superan con mucho a este recién nacido con lesiones cerebrales en su capacidad para relacionarse con los demás, actuar de un modo independiente, tener conciencia de sí mismos y en cualquier otra capacidad que pudiera pensarse razonablemente que confiere valor a la vida. A pesar de la aplicación de los tratamientos más intensivos, hay niños retrasados que nunca podrán adquirir la inteligencia de un perro. Tampoco podemos apelar al afecto de los padres de la criatura, ya que, en este caso imaginario (y en algunos casos reales), son ellos quienes no quieren que el niño viva. Lo único que distingue al recién nacido del animal, a los ojos de los que claman que tiene «derecho a la vida», es que biológicamente es un miembro de la especie *Homo sapiens*, mientras que los chimpancés, los perros y los cerdos no lo son. Pero utilizar esta diferencia como fundamento para garantizar al niño y no a los otros animales el derecho a la vida es, por supuesto, puro especismo<sup>[15]</sup>. Se trata exactamente del mismo tipo de diferenciación arbitraria que usa el racista más burdo y descarado al intentar justificar su discriminación racial.

Esto no significa que para evitar el especismo hayamos de sostener que es tan condenable matar a un perro como matar a un ser humano en posesión plena de sus facultades. La única postura irremediamente especista es aquella que sitúa el límite del derecho a la vida exactamente donde está el límite de nuestra propia especie. Los que mantienen el enfoque de la santidad de la vida caen en ello, ya que, aunque hacen una distinción matizada entre los humanos y el resto de los animales, no permiten que se haga ninguna dentro de nuestra propia especie, oponiéndose a que se dé muerte tanto a personas con gran retraso mental o que padecen un estado avanzado de senilidad, como a los adultos normales.

Para no ser especistas debemos permitir que los seres que son semejantes en todos los aspectos relevantes tengan un derecho similar a la vida, y la mera pertenencia a nuestra

propia especie biológica no puede ser un criterio moralmente relevante para obtener este derecho. Aun así, dentro de estos límites podríamos mantener, por ejemplo, que es peor matar a un adulto humano normal, con capacidad de autoconciencia, de planear el futuro y de tener relaciones significativas con otros, que matar a un ratón, que, presuntamente, carece de todas estas cualidades; o podríamos apelar a los estrechos lazos familiares y otros vínculos personales que se establecen entre los humanos y que los ratones no poseen en la misma medida; o podríamos pensar que lo que establece una diferencia crucial son las consecuencias que se derivan para otros humanos, que temerían por sus propias vidas o, también, que es una combinación de estos factores o de otros no enumerados aquí.

Cualesquiera que sean los criterios que escojamos, sin embargo, tendremos que admitir que no se ajustan con exactitud a la línea divisoria que separa nuestra especie de las demás. Es legítimo aducir que algunos rasgos de ciertos seres hacen que sus vidas sean más valiosas que las de otros; pero sin duda habrá algunos animales no humanos cuyas vidas, sea cual fuere el estándar utilizado, sean más valiosas que las de algunos humanos. Un chimpancé, un perro o un cerdo, por ejemplo, tendrán un mayor grado de autoconciencia y más capacidad para establecer relaciones significativas con otros que un recién nacido con gran retraso mental o un anciano en estado avanzado de demencia senil. Por tanto, si basamos el derecho a la vida en estas características tendremos que garantizárselo a estos animales en la misma medida, o incluso mayor, que a ciertos humanos retrasados o con demencia senil.

Ahora bien, este argumento tiene un doble filo. Por un lado, podría interpretarse en el sentido de que los chimpancés, los perros y los cerdos, junto con alguna otra especie, tienen derecho a la vida y que cometemos una grave transgresión moral si los matamos, aun cuando sean viejos y sufran y nuestra intención sea acabar con su sufrimiento. Por otro, se podría considerar este argumento como prueba de que las personas con mayor retraso mental y en estado de demencia senil sin esperanza no tienen ningún derecho a la vida y que se les puede dar muerte por razones completamente triviales, como hacemos ahora con los animales.

Puesto que este libro gira en torno a cuestiones de ética relativas a los animales y no a la moralidad de la eutanasia, no voy a intentar dar aquí una solución a este problema<sup>[16]</sup>. Sin embargo, creo que queda bastante claro que, aunque las dos posturas que acabamos de describir evitan el especismo, ninguna es absolutamente satisfactoria. Lo que necesitamos es una postura intermedia, que evite el especismo pero que no convierta las vidas de las personas con retraso mental

y de los ancianos con demencia senil en algo tan despreciable como lo son ahora las de los cerdos y los perros, ni tampoco haga de las vidas de cerdos y perros algo tan sacrosanto que creamos que está mal poner fin a su sufrimiento aunque no tenga remedio. Lo que tenemos que hacer es ampliar nuestra esfera de inquietud moral hasta incluir a los animales no humanos, y dejar de tratar sus vidas como si fuesen algo utilizable para cualquier finalidad trivial que se nos pueda ocurrir. Al mismo tiempo, cuando seamos conscientes de que el hecho de que un ser pertenezca a nuestra especie no basta para que sea siempre condenable darle muerte, podremos empezar a replantearnos nuestra política de preservar las vidas humanas cueste lo que cueste, incluso en los casos en que no haya expectativas de una vida con sentido ni de una existencia sin dolores insoportables.

Concluimos, entonces, que rechazar el especismo no implica que todas las vidas tengan igual valor. Aunque la autoconciencia, la capacidad de hacer planes y tener deseos y metas para el futuro o de mantener relaciones significativas con otros, etcétera, son irrelevantes para la cuestión de infligir dolor —ya que el dolor es el dolor, sean cuales sean las otras capacidades que pueda tener el ser aparte de la de sentir dolor—, sí tienen relevancia cuando se trata de la privación de la vida. No es arbitrario pensar que la vida de un ser autoconsciente, con capacidad de pensamiento abstracto, de proyectar su futuro, de complejos actos de comunicación, etcétera, es más valiosa que la vida de un ser sin estas capacidades. Para ver la diferencia que hay entre el hecho de infligir dolor y el de sesgar una vida, consideremos cómo actuaríamos dentro de nuestra propia especie. Si tuviéramos que elegir entre salvar la vida de un ser humano normal o la de una persona con retraso mental, probablemente escogeríamos salvar al primero; pero si el dilema consistiera en evitar dolor tan solo a uno de ellos —imaginemos que ambos han recibido lesiones dolorosas pero superficiales, y solo tenemos calmantes para uno—, no está en absoluto tan claro cómo deberíamos actuar. Lo mismo sucede cuando consideramos a otras especies. El mal que causa el dolor no depende en modo alguno de las otras características del ser que lo siente, mientras que el valor de la vida sí se ve afectado por estas características. Daremos tan solo una razón de esta diferencia: quitarle la vida a un

ser que ha estado deseando, planeando y trabajando con una meta futura es privar a ese ser de la concreción de esos esfuerzos; quitarle la vida a un ser con una capacidad mental inferior al nivel necesario para comprender que es un ser con futuro —y, por supuesto, para hacer planes sobre ese futuro— no puede conllevar la misma clase de pérdida[17].

Esto significaría que, comúnmente, si tuviéramos que decidirnos entre la vida de un ser humano y la de otro animal, elegiríamos salvar la del humano; pero puede haber casos especiales en que pudiera mantenerse lo contrario, debido a que el ser humano en cuestión no gozara de una capacidad normal. Así, lo que a primera vista podría calificarse de especismo, no lo sería, ya que la preferencia en los casos normales por salvar una vida humana en vez de la de un animal, cuando *hay que elegir* entre las dos, está basada en las características que tienen los humanos normales y no en el simple hecho de que sean miembros de nuestra propia especie. Y por eso, cuando nos referimos a miembros de nuestra especie que carecen de las características de los humanos normales, ya no podemos mantener que sus vidas deban ser preferidas necesariamente a las de otros animales. Este tema vuelve a surgir en el capítulo siguiente referido a un caso práctico. En general, sin embargo, la pregunta de cuándo está mal matar (sin dolor) a un animal no exige una respuesta precisa. En tanto que recordemos que debemos respetar por igual las vidas de los animales y las de los humanos con un nivel mental similar, no andaremos muy desencaminados[18].

En cualquier caso, las conclusiones defendidas en este libro se desprenden exclusivamente del principio de minimizar el sufrimiento. La idea de que también está mal matar a los animales sin dolor les confiere un apoyo adicional que es bienvenido, pero en absoluto necesario. No deja de resultar interesante que esto sea cierto incluso para la conclusión de que debemos volvernos vegetarianos, convicción que vulgarmente suele basarse sobre algún tipo de prohibición absoluta de matar.

Puede que el lector haya pensado ya algunas objeciones a la postura que defiende en este capítulo. ¿Qué propongo, por ejemplo, respecto a los animales que pueden causar daño a los humanos? ¿Debemos intentar impedir que los animales se maten unos a otros? ¿Cómo sabemos que las plantas no pueden sentir dolor? Y, si lo sienten, ¿tenemos que morir de hambre? Para no interrumpir el argumento principal he preferido comentar estas y otras objeciones en un capítulo aparte, de forma que el lector que esté impaciente por saber cuáles son mis respuestas puede saltarse el orden y leer el capítulo 6.

Los dos capítulos siguientes abordan dos ejemplos de especismo en la práctica. Me he limitado a dos ejemplos para llevar a cabo un examen más en profundidad, aunque esta elección determine que en el libro no se analicen otras prácticas que existen tan solo porque no nos tomamos en serio los intereses de otros animales. Se trata de prácticas como la caza, bien como deporte, bien para obtener pieles; la cría de visones, zorros y otros animales para obtener su piel; la captura de animales salvajes (a menudo, después de matar a sus madres) para encerrarlos en pequeñas jaulas y que los contemplen los humanos; el tormento a que se somete a los animales para que aprendan trucos en los circos y sirvan de entretenimiento en los rodeos; la matanza de ballenas con arpones explosivos, con la excusa de la investigación científica; el uso, por parte de los barcos atuneros, de redes que causan la muerte de más de cien mil delfines al año; la caza de tres millones de canguros cada año en el campo australiano para utilizar sus pieles y convertirlos en comida para mascotas; y, en general, el hecho de ignorar los intereses de los animales salvajes a medida que extendemos nuestro imperio de cemento y contaminación sobre la superficie del globo.

Sin embargo, no diré nada, o casi nada, sobre estas actividades, porque este libro no es un compendio de todas las barbaridades que cometemos con los animales. En su lugar, he escogido dos ejemplos cruciales del especismo en activo. No he seleccionado ejemplos aislados de sadismo, sino prácticas que afectan cada año a decenas de millones de animales, en un caso, y a miles de millones, en el otro. Tampoco podemos pretender no tener vinculación alguna con estas prácticas. Una de ellas —la experimentación con animales— la promueve el Gobierno que hemos elegido y la financian, en gran parte, los impuestos que pagamos. La otra —la cría de animales con fines alimentarios— solo es posible porque la mayoría de la gente compra y come los productos que se obtienen de este modo. Por eso he decidido abordar estas formas concretas de especismo, porque están en su núcleo. Originan más sufrimiento a más animales que cualquier otra actividad humana. Para acabar con ellas tenemos que cambiar las directrices de nuestro Gobierno y también nuestras vidas, hasta el punto de cambiar nuestra dieta. Si estas formas de especismo, que se promueven oficialmente y se aceptan casi de manera universal, se pueden abolir, la abolición de otras prácticas especistas no puede llegar mucho después.

## 2.

### HERRAMIENTAS DE INVESTIGACIÓN...

#### o cómo se emplean tus impuestos

*Proyecto X*, una conocida película estrenada en 1987, proporcionó a los estadounidenses sus primeras nociones sobre los experimentos con animales realizados por sus propias Fuerzas Armadas. El argumento de la película se centra en un experimento de la Fuerza Aérea para comprobar si los chimpancés eran capaces de continuar «pilotando» un simulador de vuelo después de haber sido expuestos a radiaciones. Un joven cadete de aviación destinado al laboratorio se encariña con un chimpancé con el que puede comunicarse a través del lenguaje de los signos. Cuando al chimpancé le llega el turno de exponerse a las radiaciones, el joven (con la ayuda de su atractiva novia, naturalmente) decide liberar a los simios.

La trama era ficticia, pero no los experimentos. Estaban inspirados en los realizados a lo largo de muchos años en la base de la Fuerza Aérea de Brooks, en Texas, y aún hoy siguen realizándose variantes de los mismos. Pero los espectadores se quedaron sin saber la historia completa. Lo que les ocurría a los chimpancés de la película era una versión muy dulcificada de lo que realmente ocurre, por lo que debemos abordar los experimentos tal y como se describen en los documentos publicados por la base de Brooks.

Como se indicaba en la película, los experimentos requieren un tipo de simulador de vuelo. El aparato se llama Plataforma de Equilibrio de Primates, o PEP. Consiste en una plataforma que puede girar y cabecear como un avión. Los monos se sientan en una silla que forma parte de la plataforma. Enfrente tienen una palanca de control con la que la plataforma puede regresar a la posición horizontal. Una vez que los monos han sido entrenados para hacer esto, son sometidos a radiaciones y a agentes de guerra química con el fin de ver cómo afectan a su habilidad para volar. (Véase la fotografía 1 del apartado Imágenes).

El procedimiento normal de entrenamiento de la PEP se describe en una publicación de la base de la Fuerza Aérea de Brooks titulada «Procedimiento de Entrenamiento de la Plataforma de Equilibrio de Primates»[\[19\]](#). He aquí un resumen.

Fase I (adaptación a la silla): los monos son «sujetados» (en otras palabras, atados) a la silla de la PEP una hora diaria durante cinco días, hasta que se quedan sentados tranquilamente.

Fase II (adaptación a la palanca): los monos son sujetados a la silla de la PEP. Se inclina la silla hacia delante y los monos reciben descargas eléctricas. Esto hace que el mono «gire en la silla o muerda la plataforma [...]». Este comportamiento se reconduce hacia la mano enguantada [del experimentador], que se coloca directamente encima de la palanca de control». Tocar la mano provoca el cese de la descarga, y el mono (que ese día no ha ingerido alimento alguno) recibe una uva pasa. Esto se le hace a cada mono cien veces al día durante un periodo de entre cinco y ocho días.

Fase III (manipulación de la palanca): en esta fase, cuando la PEP se inclina hacia delante, no basta simplemente con tocar la palanca para interrumpir la descarga eléctrica. Los monos siguen recibiendo las descargas hasta que tiran hacia atrás de la palanca. Este proceso se repite cien veces al día.

Fases IV a VI (empujar la palanca hacia delante y tirar de la palanca hacia atrás): en estas fases, la PEP se inclina hacia atrás y los monos reciben descargas hasta que empujan la palanca hacia delante. Entonces la PEP se inclina de nuevo hacia delante y los monos deben volver a aprender a tirar de la palanca hacia atrás. Esto se repite cien veces al día. Después, la plataforma se mueve indiscriminadamente hacia delante y hacia atrás, y los monos reciben otra vez descargas eléctricas hasta que responden adecuadamente.

Fase VII (funcionamiento de la palanca de control): hasta ahora, aunque los monos han estado moviendo la palanca hacia atrás y hacia delante, esto no ha influido en la posición de la plataforma. Ahora el mono controla la posición de la plataforma al manejar la palanca. En esta fase, la descarga eléctrica automática no funciona. Las descargas se administran manualmente cada tres o cuatro segundos, aproximadamente, con una

duración de 0,5 segundos. Esta secuencia es más lenta que la anterior, para asegurarse de que un comportamiento correcto no se castiga y, por tanto, usando la jerga del manual, no es «extinguido». Si el mono no actúa como se esperaba, el entrenamiento regresa a la fase VI. En caso positivo, el entrenamiento continúa en esta fase hasta que el mono puede mantener la plataforma prácticamente horizontal y evitar el 80 por ciento de las descargas administradas. El tiempo marcado para entrenar a los monos en las fases III a VII es de diez a doce días.

Tras este periodo, el entrenamiento continúa durante otros veinte días. En este tiempo, se emplea un sistema aleatorio para hacer que la silla se mueva y gire más violentamente, pero el mono debe mantener su celo y diligencia para devolver la silla a su posición horizontal. Si no lo hace, recibirá frecuentes descargas eléctricas.

Todo este entrenamiento, que comprende miles de descargas eléctricas, es un mero paso preliminar al experimento real. Cuando los monos llegan a mantener regularmente la plataforma en su posición horizontal la mayor parte del tiempo, son expuestos a dosis letales o subletales de radiación o a agentes usados en la guerra química, para comprobar durante cuánto tiempo pueden «pilotar» la plataforma. Así, con náuseas y probablemente vomitando debido a la dosis fatal de radiación, se les fuerza a tratar de mantener la plataforma horizontal y, si fallan, reciben frecuentes descargas eléctricas. Aquí tenemos un ejemplo, extraído de un informe de la Escuela de Medicina Aeroespacial de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos publicado en octubre de 1987 —después del estreno de la película *Proyecto X*<sup>[20]</sup>—.

El informe se titula «Funcionamiento del equilibrio de los monos después de ser expuestos a soman: efectos de las exposiciones diarias repetidas a dosis bajas de soman». «Soman» es otra denominación para el gas nervioso, agente químico que causó terribles daños a los ejércitos en la Primera Guerra Mundial y que, afortunadamente, se ha usado muy poco en guerras posteriores. Comienza mencionando varios informes previos en los que el mismo equipo de investigadores analizó los efectos de la «exposición aguda al soman» en la PEP. Sin embargo, este estudio concreto versa sobre los efectos de dosis bajas recibidas a lo largo de varios días. Al llevar a cabo este experimento, los monos habían estado operando con la plataforma «al menos semanalmente» un tiempo mínimo de dos años y habían recibido diversas drogas y dosis bajas de soman con anterioridad, pero no durante las seis semanas previas.

Los experimentadores calcularon las dosis de soman que serían suficientes para reducir la habilidad de los monos para hacer funcionar la plataforma. Naturalmente, para que el cálculo se pudiera llevar a cabo, los monos habrían de recibir descargas eléctricas debido a su incapacidad para mantener la plataforma nivelada. Aunque el informe se refiere principalmente a los efectos del veneno en el nivel de rendimiento de los simios, ofrece también información sobre otros efectos de las armas químicas:

El sujeto estaba completamente incapacitado el día siguiente a la última exposición, mostrando síntomas neurológicos que incluían un alto grado de incoordinación, debilidad y temblor [...]. Estos síntomas persistieron varios días, durante los cuales el animal no pudo realizar su tarea en la PEP<sup>[21]</sup>.

El doctor Donald Barnes fue durante varios años el principal investigador de la Escuela de Medicina Aeroespacial de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, y responsable de los experimentos con la PEP en la base de Brooks. Barnes estima que irradió a unos mil monos entrenados durante sus años en este puesto. Posteriormente ha escrito:

Durante algunos años había tenido dudas sobre la utilidad de la información que estábamos consiguiendo. Hice algunos intentos de saber cuál era el destino y el propósito de los informes técnicos que publicábamos, pero ahora reconozco mis ganas de aceptar los razonamientos de mis superiores sobre el servicio real que se estaba proporcionando a la Fuerza Aérea de Estados Unidos y, por tanto, a la defensa del mundo libre. Utilicé estas aseveraciones como si fueran una venda en los ojos para no ver la realidad, y, aunque nunca la llevé cómodamente, me protegí de las inseguridades asociadas a la potencial pérdida de prestigio y situación económica...

Pero un buen día la venda se cayó y me encontré en un serio enfrentamiento con el doctor Roy DeHart, comandante de la Escuela de Medicina Aeroespacial de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Intenté mostrarle que en caso de una confrontación nuclear no es muy probable que los altos jefes de operaciones fueran a consultar gráficos y cálculos basados en datos procedentes de monos rhesus para hacer estimaciones de la fuerza probable o de la capacidad de contraataque. El doctor DeHart insistió en que la información sería inestimable, y afirmó: «Ellos no saben que estos datos se basan en estudios con animales»<sup>[22]</sup>.

Barnes presentó su dimisión y se ha convertido en un gran enemigo de la experimentación animal, pero los ensayos con la PEP han continuado.

*Proyecto X* levantó la cortina sobre un tipo de experimento realizado por los militares. Lo hemos examinado con cierto detalle, aunque nos llevaría mucho tiempo describir las distintas formas de radiación y agentes de guerra química experimentados con monos, a diferentes dosis, en la PEP. Lo que ahora necesitamos comprender es que esta es solo una parte muy reducida del total de la experimentación militar con animales. La inquietud acerca de este tipo de investigación se remonta a varios años atrás.

En julio de 1973, el congresista por Wisconsin, Les Aspin, se enteró a través de un anuncio en un periódico poco conocido de que las Fuerzas Aéreas estadounidenses estaban proyectando comprar doscientos cachorros de beagle con las cuerdas vocales ligadas, para impedir que ladraran normalmente, a fin de realizar experimentos con gases venenosos. Poco tiempo después se supo que el Ejército también se proponía utilizar beagles —esta vez, cuatrocientos— para experimentos similares.

Aspin desencadenó una protesta vigorosa, apoyado por las asociaciones contra la vivisección. Se insertaron anuncios en los periódicos más importantes de todo el país y empezaron a llover las cartas de un público indignado. Un funcionario del Armed Services Committee de la Cámara de Representantes dijo que el comité había recibido más correspondencia sobre los beagles que sobre ningún otro tema desde que Truman había despedido al general McArthur, y un comunicado interno del Departamento de Defensa hecho público por Aspin afirmaba que el volumen de correspondencia recibido por el departamento fue mayor que el de ningún otro acontecimiento previo, superior incluso al recibido con motivo de los bombardeos del Vietnam del Norte y de Camboya[23]. Después de defender los experimentos en un primer momento, el Departamento de Defensa anunció que los iba a posponer y que iba a considerar la posibilidad de sustituir a los beagles por otros animales.

Fue este un episodio bastante curioso; curioso porque el furor del público contra este experimento concreto implicaba una ignorancia considerable acerca de los experimentos habituales que llevan a cabo los ejércitos, laboratorios de investigación, universidades y firmas comerciales de muy diversos tipos. Es cierto que los experimentos propuestos por las Fuerzas Aéreas y el Ejército fueron proyectados de tal forma que no había ninguna certidumbre de que el sufrimiento y la muerte de muchos animales fueran a salvar ni una sola vida humana ni a beneficiar de modo alguno a los humanos; pero lo mismo podría decirse de los millones de experimentos que, solo en Estados Unidos, se realizan cada año. Quizá surgiera la preocupación porque los experimentos se iban a realizar con beagles. Pero, de ser así, ¿por qué no ha habido protestas contra el siguiente experimento, realizado más recientemente?

Bajo la dirección del Laboratorio de Desarrollo e Investigación de Bioingeniería Médica del Ejército de Estados Unidos de Fort Detrick, en Frederick, Maryland, los investigadores suministraron a sesenta beagles diversas dosis del explosivo TNT. Los perros recibieron el TNT en cápsulas todos los días durante seis meses. Los síntomas observados incluían deshidratación, emaciación, anemia, ictericia, baja temperatura corporal, orina y heces descoloridas, diarrea, pérdida de apetito y de peso, aumento del tamaño del hígado, los riñones y el bazo, además de pérdida de la coordinación. Una hembra fue «encontrada moribunda» durante la semana catorce y fue sacrificada; otra apareció muerta en la semana dieciséis. El informe indica que el experimento representa «una porción» de los datos que el laboratorio de Fort Detrick está acumulando sobre los efectos del TNT en mamíferos. Puesto que los daños fueron observados incluso en las dosis más bajas, el estudio no logró establecer el nivel en el que el TNT carece de efectos observables; por esta razón, el informe concluye diciendo que «convendría seguir con estudios adicionales [...] del TNT en perros beagles»[24].

En todo caso, no debemos limitar nuestra preocupación a los perros. La gente tiende a inquietarse por los perros porque convive con ellos como animales de compañía, pero otros animales tienen su misma capacidad de sufrimiento. Pocas personas sienten lástima por las ratas y, sin embargo, son animales inteligentes y no puede haber lugar a dudas de que son capaces de sufrir, y de que sufren por los innumerables y dolorosos experimentos que se realizan con ellas. Si el Ejército dejara de hacer experimentos con perros y usara en su lugar ratas, también deberíamos preocuparnos.

Algunos de los peores experimentos militares se llevan a cabo en un lugar conocido como AFRI —Instituto de Investigación de Radiobiología de las Fuerzas Armadas en Bethesda, Maryland—. Aquí, en lugar de usar una PEP, los experimentadores han atado a los animales a sillas y los han irradiado, o bien los han entrenado para que aprieten palancas y han observado los efectos de la radiación sobre su rendimiento. También han entrenado a monos para correr en una «rueda de actividad», que es una especie de cinta cilíndrica sin fin (véase la foto 2 del apartado Imágenes). Los monos reciben descargas

eléctricas a menos que mantengan la rueda en movimiento a velocidades superiores a una milla por hora.

En un experimento donde se utilizaba la rueda de actividad para monos, Carol Franz, del Departamento de Ciencias del Comportamiento de AFRRI, entrenó a 39 monos durante nueve semanas, dos horas diarias, hasta que pudieron alternar periodos de «trabajo» y de «descanso» durante seis horas seguidas. Después fueron sometidos a dosis variables de radiación. Los monos que recibían las dosis más altas vomitaron hasta siete veces. Después fueron devueltos a la rueda de actividad para medir el efecto de la radiación en su habilidad para «trabajar». Durante este periodo, si un mono no movía la rueda durante un minuto «la intensidad de la descarga era aumentada a 10 mA» (esta es una descarga eléctrica extremadamente intensa, incluso para los criterios excesivos de la experimentación animal americana; debe de causar un dolor inmenso). Algunos monos continuaron vomitando en la rueda de actividad. Franz informa de los efectos de las diferentes dosis de radiación en el rendimiento. El informe también indica que los monos irradiados tardaban entre día y medio y cinco días en morir[25].

Puesto que no deseo agotar todo este capítulo describiendo los experimentos realizados por las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, me centraré ahora en la experimentación no militar (aunque también examinaremos por encima uno o dos experimentos militares relevantes para otros temas). Mientras tanto, espero que los contribuyentes estadounidenses, con independencia de su opinión sobre el tamaño del presupuesto militar, se pregunten: «¿Es esto lo que yo quiero que el Ejército haga con mis impuestos?»

Por supuesto, no debemos juzgar toda la experimentación con animales por los ejemplos que acabo de describir. Las Fuerzas Armadas, se podría pensar, están endurecidas ante el sufrimiento por su concentración en la guerra, la muerte y el daño. Sin duda, la investigación científica auténtica será muy diferente, ¿verdad? Ya lo veremos. Para comenzar nuestro examen de la investigación científica no militar, permitiré al profesor Harry F. Harlow que se explique por sí mismo. El profesor Harlow, que trabajó en el Primate Research Center de Madison, Wisconsin, fue durante muchos años editor de una revista de psicología de primera línea, y hasta su muerte, hace pocos años, gozaba de gran prestigio entre sus colegas del campo de la investigación psicológica. Su trabajo se ha elogiado en muchos libros de texto básicos de psicología, leídos por millones de estudiantes de cursos de introducción a la psicología durante los últimos veinte años. La línea de investigación que él comenzó ha sido continuada después de su muerte por sus compañeros y antiguos estudiantes.

En un informe de 1965, Harlow describe su trabajo como sigue:

Durante los últimos diez años hemos estudiado los efectos del aislamiento social parcial criando monos desde su nacimiento en jaulas de alambre [...]. Estos monos sufren de una privación maternal total [...]. Más recientemente, hemos iniciado una serie de estudios sobre el efecto del aislamiento social total, criando monos desde pocas horas después del nacimiento hasta los tres, seis o doce meses de edad en una cámara de acero inoxidable. Durante la condena prescrita en este aparato, el mono no tiene contacto alguno con ningún otro animal, humano o subhumano.

Estos estudios, continúa Harlow, mostraron que:

...un temprano aislamiento lo bastante continuado y severo reduce a estos animales a un nivel socioemocional en el que la respuesta social primaria es el miedo[26].

En otro artículo, Harlow y su antiguo alumno y asociado Stephen Suomi describían cómo estaban tratando de inducir psicopatologías en jóvenes monos por medio de una técnica que no parecía dar resultados. Recibieron entonces la visita de John Bowlby, un psiquiatra británico. Según el informe de Harlow, Bowlby escuchó la relación de sus problemas y luego visitó el laboratorio de Wisconsin. Después de ver a los monos en sus jaulas de alambre, les preguntó: «¿Por qué están tratando de inculcar psicopatologías a monos? Ya tienen más monos psicopatológicos en el laboratorio de los que se hayan visto nunca sobre la faz de la tierra»[27].

Bowlby, por otro lado, era un investigador de referencia sobre las consecuencias psicológicas de la privación materna, pero sus investigaciones se desarrollaban con niños, principalmente huérfanos de guerra, refugiados y recluidos en instituciones. Desde antes de 1951, incluso antes de que Harlow comenzara su investigación con primates no humanos, Bowlby había llegado a la siguiente conclusión:

Las pruebas se han revisado. Se entiende que las pruebas son tales que no dejan lugar a dudas respecto al enunciado general de que la privación prolongada en un niño pequeño del cuidado

materno puede tener unos efectos graves y de largo alcance sobre su carácter durante el resto de su vida[28].

Esto no disuadió a Harlow y sus colegas de idear y realizar experimentos con monos.

En el mismo artículo en el que nos cuentan la visita de Bowlby, Harlow y Suomi describen cómo tuvieron la «fascinante idea» de inducir depresión «permitiendo que los bebés de monos se apegaran a madres de trapo sustitutorias que se podían convertir en monstruos»:

El primero de estos monstruos era una mona de trapo que, como respuesta al programa o al recibir una orden, soltaba aire comprimido a alta presión y casi le arrancaba la piel al animal. ¿Qué hacía el bebé mono? Simplemente se agarraba con más y más fuerza a la madre, porque un bebé atemorizado se agarra a su madre pase lo que pase. No conseguimos psicopatología alguna.

Sin embargo, no desistimos. Construimos otra madre monstruo sustitutoria que se mecía tan violentamente que la cabeza y los dientes del bebé castañeteaban. Todo lo que el bebé hizo fue agarrarse con mayor fuerza aún a la sustituta. El tercer monstruo que construimos tenía incrustado dentro del cuerpo un marco de metal que saltaba hacia delante e impulsaba al bebé fuera de su superficie ventral. El bebé se levantaba del suelo, esperaba a que los muelles se introdujeran de nuevo dentro del cuerpo de tela y volvía a agarrarse a la madre sustitutoria. Por último, construimos nuestra madre puercoespín. Al recibir una orden, esta madre exhibía afilados pinchos de metal por toda la superficie ventral de su cuerpo. Aunque los bebés se quedaban desconsolados ante estos punzantes rechazos, simplemente esperaban hasta que los pinchos retrocedían, volvían y se agarraban a la madre.

Estos resultados, comentan los experimentadores, no eran tan sorprendentes, puesto que el único recurso de un bebé herido es aferrarse a su madre.

Con el tiempo, Harlow y Suomi abandonaron las madres monstruo artificiales ya que encontraron algo mejor: una madre monstruo que era una mona de verdad. Para producir tales madres, criaron monas hembra en aislamiento total y, después, trataron de dejarlas preñadas. Desgraciadamente, estas hembras no tenían relaciones sexuales normales con monos macho, por lo que tenían que ser preñadas con una técnica que Harlow y Suomi denominan «potro de violación». Cuando los bebés nacieron, los investigadores observaron a las monas. Encontraron que algunas simplemente ignoraban a los bebés que lloraban y no los acunaban acercándolos al pecho, como hacen los monos normales cuando escuchan llorar a su bebé. El otro comportamiento que observaron era diferente:

Las otras monas eran brutales o letales. Una de sus jugarretas favoritas era aplastar el cráneo del bebé con sus dientes. Pero el comportamiento realmente horrible era el de aplastar la cara del bebé contra el suelo y después restregarla de un lado a otro[29].

En un artículo de 1972, Harlow y Suomi dicen que, puesto que la depresión de los humanos se caracteriza por generar un estado de «indefensión y desaliento, sumido en un pozo de desesperación», diseñaron un mecanismo «sobre bases intuitivas» para reproducir ese «pozo de desesperación» física y psicológicamente. Construyeron una cámara vertical con laterales de acero inoxidable inclinados hacia dentro de tal modo que formaban un fondo circular, y en ella colocaron un mono joven durante periodos de hasta cuarenta y cinco días. Comprobaron que después de unos días de encierro, el mono «pasaba la mayor parte del tiempo acurrucado en un rincón de la cámara». El cautiverio provocó «un comportamiento psicopatológico grave y persistente de naturaleza depresiva». Incluso nueve meses después de haber sido liberados, los monos seguían sentados cruzando los brazos alrededor del cuerpo, en lugar de moverse y explorar el entorno como hacen los monos normales. Pero el informe finaliza de manera no concluyente e inquietante:

El que [los resultados] puedan o no referirse específicamente a variables concretas como la forma de la cámara, el tamaño, la duración del encierro, la edad a la que se produjo, el entorno social anterior y/o subsiguiente o, más probablemente, a una combinación de estas y otras variables, es una cuestión que hay que seguir investigando[30].

Otro estudio explica cómo, además del «pozo de la desesperación», Harlow y sus colegas crearon un «túnel del terror» para producir monos aterrorizados[31] y, en otro informe más, Harlow describe cómo consiguió «inducir la muerte psicológica a unos monos rhesus» dotándolos de unas «madres sustitutorias» cubiertas de felpa, que, mantenidas normalmente a una temperatura de 37 °C, se podían enfriar rápidamente hasta alcanzar poco más de 1 °C para simular un tipo de rechazo materno[32].

Harlow ya ha muerto, pero sus alumnos y admiradores se han extendido por todo Estados Unidos y continúan realizando experimentos del mismo tipo. John P. Capitano,

bajo la dirección de uno de los alumnos de Harlow, W. A. Mason, ha llevado a cabo experimentos de privación en el Primate Research Center de California, dependiente de la Universidad de California, en Davis. En estos experimentos, Capitano comparaba el comportamiento social de monos rhesus «criados» por un perro con el de monos «criados» por un caballito de plástico. Llegó a la conclusión de que «aunque los miembros de ambos grupos eran claramente anormales respecto a sus interacciones sociales», los monos que se habían mantenido con el perro se desarrollaban mejor que los criados con el juguete de plástico[33].

Después de abandonar Wisconsin, Gene Sackett continuó los estudios de privación en el Primate Center de la Universidad de Washington. Sackett ha criado monos rhesus, macacos y macacos cangrejeros en aislamiento total para estudiar las diferencias en su comportamiento personal, comportamiento social y comportamiento exploratorio. Encontró diferencias entre las distintas especies de monos que «ponen en tela de juicio la generalidad del “síndrome de aislamiento” en las especies de primates». Si hay diferencias incluso entre especies de monos estrechamente relacionadas, la generalización desde monos a humanos debe de ser mucho más cuestionable[34].

Martin Reite, de la Universidad de Colorado, dirigió experimentos de privación con monos capuchinos y macacos crestados. Sabía que las observaciones de chimpancés salvajes huérfanos hechas por Jane Goodall describían «trastornos profundos del comportamiento, con tristeza o cambios afectivos depresivos como componentes principales». Pero como, «en comparación con los estudios sobre monos, se ha publicado relativamente poco sobre las separaciones experimentales en grandes monos», él y otros experimentadores decidieron estudiar a siete bebés chimpancé que habían sido separados de sus madres al nacer y criados en un ambiente de guardería. Después de periodos comprendidos entre siete y diez meses, algunos bebés fueron instalados en cámaras de aislamiento durante cinco días. Los bebés aislados chillaban, se mecían y se arrojaban contra las paredes de la cámara. Reite concluyó que «el aislamiento en chimpancés jóvenes puede venir acompañado de grandes cambios de comportamiento», aunque señalaba que (sí, lo han adivinado) era necesario seguir investigando[35].

Desde que Harlow comenzó sus experimentos de privación materna hace unos treinta años, se han realizado más de 250 experimentos de este tipo en Estados Unidos. Estos experimentos sometieron a más de 7.000 animales a procedimientos que provocaban angustia, desesperación, ansiedad, devastación psicológica general y muerte. Como muestran algunas de las citas anteriores, la investigación se alimenta ahora de sí misma. Reite y sus colegas experimentaron con chimpancés porque el trabajo experimental con grandes primates había sido relativamente escaso comparado con el de otros monos. Parece que no necesitaron hacerse la pregunta básica de por qué habríamos de realizar experimentos sobre privación materna en animales. Ni siquiera trataron de justificar sus experimentos alegando que podrían ser beneficiosos para los seres humanos. El que ya tengamos un alto número de observaciones sobre chimpancés salvajes huérfanos no parece que les importase. Su actitud era obvia: esto se ha hecho con animales de una especie pero no con animales de otra, así que hagámoslo. Esta actitud se repite de forma permanente en las ciencias psicológicas y del comportamiento. La parte más sorprendente de la historia es lo que han pagado los contribuyentes —más de 58 millones de dólares tan solo para investigar la privación materna—[36]. En este aspecto, pero no solo en este, la experimentación con animales en el ámbito civil no se diferencia tanto de la experimentación militar.

La práctica de la experimentación con animales no humanos tal y como se ha extendido hoy en todo el mundo revela las consecuencias del especismo. Muchos experimentos causan dolores extremos sin que exista la más remota probabilidad de obtener beneficios importantes para los humanos u otros animales. No se trata de ejemplos aislados, sino de parte de una gran industria. En Inglaterra, donde a los investigadores se les exige que informen del número de «procedimientos científicos» realizados con animales, las cifras oficiales del Gobierno muestran que en 1988 se habían llevado a cabo 3,5 millones[37]. En Estados Unidos no existen cifras de una exactitud comparable. El Departamento de Agricultura de este país, conforme al Animal Welfare Act, publica un informe con el número de animales utilizados en las instituciones en él registradas, pero es una lista muy incompleta. No incluye ratas, ratones, aves, reptiles, ranas, ni animales domésticos de granja empleados con fines experimentales; tampoco incluye los animales utilizados en las escuelas de enseñanza secundaria, ni los experimentos realizados por instituciones que no trasladan a los animales de un estado a otro ni reciben subvenciones o contratos del Gobierno federal.

En 1986, la US Congress Office of Technology Assessment (Oficina de Certificaciones

del Congreso; OTA) publicó un informe titulado «Alternativas al uso de animales en investigación, pruebas y educación». Los investigadores de la OTA intentaron determinar el número de animales empleados en Estados Unidos para la experimentación e informaron de que «el cálculo aproximado de animales utilizados cada año en Estados Unidos estaba entre 10 y más de 100 millones». Concluyeron que estas cifras no eran totalmente fiables, pero su conjetura más plausible se situaba «al menos entre 17 y 22 millones»[38].

Este cálculo es extremadamente conservador. La Asociación de Criadores de Animales de Laboratorio calculó, dando testimonio ante comités del Congreso en 1966, que el número de ratones, ratas, cobayas, hámsteres y conejos dedicado a la experimentación durante el año 1965 ascendió a 60 millones aproximadamente[39]. En 1984, el doctor Andrew Rowan, de la Escuela de Veterinaria de Tufts University, calculaba que cada año se utilizan cerca de 71 millones de animales. En 1985, Rowan revisó sus cifras para diferenciar entre el número de animales producidos, adquiridos y aquellos que realmente habían sido utilizados. Esto dio una valoración de entre 25 y 35 millones de animales usados cada año en experimentos[40] (esta cifra no incluye animales que mueren en el transporte o antes de que comience el experimento). Un análisis del mercado bursátil sobre uno de los suministradores principales de animales de laboratorio, el Charles River Breeding Laboratory, señalaba que tan solo esta compañía producía 22 millones de animales de laboratorio al año[41].

El informe de 1988 publicado por el Departamento de Agricultura incluía 140.471 perros, 42.271 gatos, 51.641 primates, 431.457 cobayas, 331.945 hámsteres, 459.254 conejos y 178.249 «animales salvajes»; un total de 1.635.288 animales utilizados en experimentación. Recuérdese que este informe no se molesta en contar ratas y ratones, y cubre, como máximo, un 10 por ciento aproximado del número total de animales utilizados. De los casi 1,6 millones de animales que según el Departamento de Agricultura se usaron con fines experimentales, se especifica que más de 90.999 han sufrido «dolor y angustia agudos». Una vez más, este dato representa, probablemente, a lo sumo un 10 por ciento del número total de animales que sufrieron angustia y dolor agudos —y si a los experimentadores les preocupa menos causar dolor agudo a ratas y ratones que a perros, gatos y primates, este porcentaje podría ser aún menor—.

También otras naciones desarrolladas utilizan grandes cantidades de animales para experimentación. En Japón, por ejemplo, un estudio muy incompleto publicado en 1988 reveló un número total superior a los ocho millones[42].

Una forma de comprender la naturaleza de la experimentación animal como industria a gran escala es estudiar los productos comerciales que fabrica y la forma en que se venden. Entre estos «productos» están, naturalmente, los propios animales. Hemos visto cuántos animales producen los Charles River Breeding Laboratories. En revistas como *Lab Animal*, los animales se anuncian como si fueran coches. Bajo una fotografía de dos cobayas, una normal y otra completamente pelada, el anuncio dice:

Quando se trata de cobayas, usted puede elegir. Puede optar por nuestro modelo normal, que se presenta completo con pelo. O probar nuestro nuevo modelo 1988, sin pelo, si desea una mayor rapidez y eficacia.

Nuestras cobayas sin pelo, eutímicas, son el producto de años de cría. Pueden utilizarse en estudios dermatológicos de agentes productores de cabello. Sensibilización de la piel. Terapia transdérmica. Estudios ultravioletas. Y mucho más.

Un anuncio de Charles River en *Endocrinology* (junio de 1985) preguntaba:

«¿Quiere usted ver nuestra operación?»

Cuando se trata de operaciones, le ofrecemos justo lo que el doctor recetó. Hipofisectomías, adrenalectomías, castraciones, timectomías, ovariectomías y tiroidectomías. Realizamos miles de «endocrinectomías» cada mes a ratas, ratones o hámsteres. Además de cirugía especial añadida (esplenectomía, nefrectomía, cecectomía) por encargo [...]. Para animales de investigación alterados quirúrgicamente, contacten [número de teléfono]. Nuestros teléfonos están libres casi a todas horas.

Además de los propios animales, los experimentos con animales han creado un mercado de equipo especializado. *Nature*, una revista científica británica de primera línea, incluye una sección llamada «Nuevo en el mercado», que recientemente informaba a sus lectores sobre un nuevo dispositivo de investigación:

El instrumento de investigación con animales más moderno de Columbus Instruments es una cinta continua estanca que permite recoger datos sobre el consumo de oxígeno durante el ejercicio. La cinta tiene calles aisladas para correr, con estimulación de descarga eléctrica independiente, y se pueden configurar para acoger hasta cuatro ratas o ratones [...]. El sistema básico de 9.737 libras

esterlinas incluye un control de velocidad de la cinta y un administrador de descargas de voltaje ajustable. Se puede programar el sistema totalmente automático de 13.487 libras para realizar experimentos consecutivos con periodos alternos de descanso, y automáticamente registra el número de viajes a la rejilla electrificada, el tiempo de ejercicio y el tiempo pasado en la rejilla electrificada[43].

Columbus Instruments fabrica otros aparatos ingeniosos. Se anuncia en *Lab Animal*:

El medidor de convulsiones de Columbus Instruments hace posible la medición objetiva y cuantitativa de las convulsiones de los animales. Una célula sensora de precisión de la plataforma de carga convierte los componentes verticales de la fuerza de convulsión en señales eléctricas proporcionales [...]. El usuario debe observar el comportamiento del animal y activar el medidor mediante un botón interruptor cuando se produce una convulsión. Al final del experimento se obtendrá la fuerza totalizada y el tiempo totalizado de las convulsiones.

También tenemos el *Catálogo completo de ratas*. Publicado por Harvard Bioscience, contiene ciento cuarenta páginas con información sobre equipos para experimentos con animales pequeños, todo ello escrito en la simpática jerga de la publicidad. Respecto a los sujetadores de plástico transparente para conejos, por ejemplo, el catálogo nos dice: «¡Lo único que se menea es la nariz!». No obstante, a veces se demuestra un poco de sensibilidad hacia la controvertida naturaleza del tema. Así, la descripción de la jaula transportadora de roedores sugiere: «Use esta discreta jaula para llevar de un lugar a otro a su animal favorito sin llamar la atención». Además de las jaulas, electrodos, instrumentos quirúrgicos y jeringuillas habituales, el catálogo anuncia conos de restricción de roedores, sistemas de sujeción giratoria Harvard, guantes resistentes a la radiación, equipo de telemetría FM implantable, dietas líquidas para ratas y ratones en estudios de alcohol, decapitadores para animales pequeños y grandes e, incluso, un emulsionante de roedores que «rápidamente reducirá los restos de un pequeño animal a una suspensión homogénea»[44].

Es de suponer que las grandes empresas no se molestarían en fabricar y anunciar tales equipos si no esperaran ventas considerables. Y los artículos no se compran a menos que vayan a utilizarse.

Entre las decenas de millones de experimentos realizados, solo unos cuantos contribuyen a la investigación médica relevante. En las universidades, facultades como las de Agronomía y Psicología utilizan cantidades ingentes de animales, y muchos más son utilizados con fines comerciales, como probar nuevos cosméticos, champús, colorantes alimentarios y otros productos que no son esenciales. Todo esto puede seguir ocurriendo solo por el prejuicio que nos impide tomarnos en serio el sufrimiento de un ser que no pertenece a nuestra misma especie. El defensor típico de los experimentos con animales no niega que sufran. No puede negar este sufrimiento porque necesita poner de relieve las semejanzas entre los humanos y otros animales para sostener que sus experimentos pueden ser relevantes para propósitos humanos. El investigador que fuerza a unas ratas a escoger entre morir de hambre o una descarga eléctrica para ver si desarrollan úlceras (y sí las desarrollan), lo hace porque sabe que la rata tiene un sistema nervioso muy parecido al del ser humano, y se supone que siente una descarga eléctrica de manera similar.

La oposición a los experimentos con animales ha existido desde hace mucho tiempo, pero ha progresado poco debido a que quienes realizan los experimentos, apoyados por las empresas que obtienen un beneficio proporcionando los animales de laboratorio y el equipo, han sido capaces de convencer a los legisladores y a la opinión pública de que la oposición proviene de fanáticos ignorantes que consideran más importantes los intereses de los animales que los de los seres humanos. Pero oponerse a lo que está sucediendo hoy no implica insistir en que se suspendan todos los experimentos inmediatamente. Basta con decir que se suspendan aquellos experimentos que no cumplan un objetivo directo y urgente, y que en los demás campos de investigación se sustituyan, siempre que sea posible, los experimentos que requieren animales por métodos alternativos que no los necesiten.

Para comprender por qué este cambio, modesto a simple vista, sería tan importante, tenemos que saber más acerca de los tipos de experimentos que se están llevando a cabo hoy y que se vienen realizando desde hace un siglo. Nos hallaremos entonces en mejores condiciones para valorar la afirmación de los defensores de la situación actual de que solo se experimenta con animales cuando hay razones importantes para ello. En las páginas siguientes, por tanto, describimos algunos experimentos con animales. Su lectura no es una experiencia agradable, pero tenemos la obligación de enterarnos de lo que se hace en nuestra propia comunidad, sobre todo porque estamos financiando con nuestros impuestos la mayor parte de esta investigación. Si es preciso que los animales tengan que

someterse a estos experimentos, lo menos que podemos hacer es leer la documentación y mantenernos informados. Esta es la razón de que no haya intentado suavizar o trivializar algunas de las cosas que se les hacen a los animales. Tampoco he tratado de presentar estas cosas peor de lo que son en realidad. La documentación que se expone a continuación se ha obtenido de informes redactados por los propios experimentadores y publicados por ellos mismos en las revistas científicas con las que se comunican entre sí.

Inevitablemente, estos informes tienden a favorecer más a los investigadores que si los hiciera un observador externo. Existen dos razones para ello. La primera es que los investigadores no van a poner de relieve el sufrimiento que han causado a menos que sea necesario hacerlo para comunicar los resultados del experimento, y esto ocurre en pocas ocasiones. Así pues, el sufrimiento no suele sacarse a la luz. Puede que los experimentadores consideren innecesario incluir en sus informes mención alguna de lo que ocurre cuando por error no se desconecta el mecanismo que provoca la descarga eléctrica, o cuando los animales recuperan la consciencia en medio de una operación por una anestesia mal administrada, o cuando los animales, desatendidos, enferman y mueren durante el fin de semana. La segunda razón de que las publicaciones científicas sean una fuente favorable a los experimentadores es que solamente incluyen los experimentos que ellos y los editores de las publicaciones consideran significativos. Un comité del Gobierno británico descubrió que solo alrededor de una cuarta parte de los mismos llegaba a salir en la prensa[45]. No hay ninguna razón para creer que el porcentaje de publicación sea más alto en Estados Unidos; por el contrario, puesto que la proporción de facultades universitarias de menor importancia, con investigadores de segundo orden, es mucho mayor en Estados Unidos que en Inglaterra, parece probable que los experimentos con resultados significativos sean, proporcionalmente, menos.

Por tanto, debemos tener presente mientras leemos las páginas que siguen que han sido obtenidas de fuentes favorables a los experimentadores; y si los resultados de los experimentos no parecen tener la suficiente importancia como para justificar el sufrimiento que han causado, recuérdese que todos estos ejemplos proceden de la pequeña porción de experimentos que los editores consideraron lo bastante significativos como para publicarse. Una última advertencia. Los informes publicados en las revistas aparecen con los nombres de los investigadores. No los he omitido porque no veo ninguna razón para proteger a estas personas con la sombra del anonimato. No debería suponerse, sin embargo, que las personas mencionadas sean especialmente malignas o crueles. Están haciendo aquello para lo que recibieron una preparación y que también hacen miles de colegas suyos. Con los experimentos no se intenta ilustrar el sadismo por parte de los investigadores a título individual, sino la generalizada mentalidad especista que permite que los investigadores hagan estas cosas sin considerar seriamente los intereses de los animales que utilizan.

Muchos de los experimentos más dolorosos se realizan en el campo de la psicología. Para dar una idea de las cantidades de animales con que se experimenta en estos laboratorios, piense que en 1986 el Instituto Nacional de Salud Mental financió 350 experimentos con animales. Este instituto es simplemente una fuente de financiación federal de experimentación psicológica. La agencia gastó más de 11 millones de dólares en experimentos que incluían la manipulación directa del cerebro, más de cinco millones en experimentos que estudiaban los efectos de las drogas en el comportamiento, casi tres millones en experimentos sobre aprendizaje y memoria, y más de dos millones en experimentos de privación del sueño, estrés, temor y ansiedad. Esta agencia del Gobierno gastó en un año más de 30 millones de dólares en experimentos con animales[46].

Una de las formas más comunes de experimentación en el campo de la psicología es aplicar descargas eléctricas a los animales. Esto se puede hacer con el fin de descubrir cómo reaccionan los animales a diferentes clases de castigo o para entrenarlos en la realización de diferentes tareas. En la primera edición de este libro describí experimentos llevados a término a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta en los que los experimentadores administraban descargas eléctricas a los animales. He aquí un ejemplo de aquellos días.

O. S. Ray y R. J. Barret, del centro de investigación del Veterans Administration Hospital, de Pittsburgh, comenzaron aplicando descargas eléctricas en los pies de 1.042 ratones. Después, les provocaron convulsiones mediante descargas más intensas realizadas con unos electrodos especiales aplicados a los ojos de los animales o con pinzas sujetas a las orejas. Informaron de que, desgraciadamente, algunos de los ratones que «habían completado con éxito el entrenamiento del Día Uno fueron hallados enfermos o muertos antes de las pruebas del Día Dos»[47].

Ahora, casi veinte años más tarde, mientras escribo la segunda edición de este libro, los experimentadores siguen ideando nuevas variaciones ridículas para probarlas en animales: W. A. Hillex y M. R. Denny, de la Universidad de California en San Diego, colocaban ratas en un laberinto y les administraban descargas eléctricas si, después de un intento incorrecto, en su siguiente prueba no elegían el camino adecuado en tres segundos. Llegaron a la conclusión de que «los resultados son claramente reminiscentes del trabajo anterior sobre fijación y regresión en la rata, en el que los animales recibían descargas típicamente en el tallo del laberinto en forma de T justo antes del punto de elección». (En otras palabras, administrar a las ratas descargas eléctricas en el lugar del laberinto donde tenían que escoger, en vez de antes de ese punto —la faceta nueva de este experimento concreto—, no producía ninguna diferencia significativa). Los experimentadores pasan a citar trabajos realizados en 1933, 1935 y más años hasta 1985[48].

El siguiente experimento es simplemente un intento de mostrar que algunos resultados ya conocidos en humanos también son aplicables a ratones: Curt Spanis y Larry Squire, de la Universidad de California en San Diego, utilizaron dos tipos diferentes de descargas en un experimento diseñado para examinar cómo el «choque electroconvulsivo» afecta a la memoria de los ratones. Los ratones fueron colocados en el lado iluminado de una cámara de dos compartimentos, manteniéndose el otro oscuro. Cuando cruzaban del compartimento iluminado al oscuro, sus pies recibían una descarga eléctrica. Después del «entrenamiento», los ratones recibían «tratamiento de choque electroconvulsivo [...] administrado cuatro veces con intervalos de una hora [...] [y] los ataques aparecieron en cada caso». El tratamiento de choque electroconvulsivo causó amnesia retrorregresiva, que duraba al menos veintiocho días. Spanis y Squire llegaron a la conclusión de que sucedía esto porque los ratones no recordaban que tenían que evitar pasar al compartimento oscuro, lo que hacía que recibieran las descargas eléctricas. Spanis y Squire indicaron que sus descubrimientos estaban «en línea» con los realizados por Spanis en estudios basados en pacientes psiquiátricos. Reconocían que el experimento no permitía «apoyar o negar firmemente» las ideas sobre la pérdida de la memoria debido a la «alta variación de los resultados en los diferentes grupos». Sin embargo, afirmaron lo siguiente: «Estos descubrimientos extienden el paralelo entre la amnesia experimental en animales de laboratorio y la amnesia humana»[49].

En un experimento similar, J. Patel y B. Migler, trabajando para la compañía ICI Americas en Wilmington, Delaware, entrenaron a monos ardilla para que apretasen una palanca con el fin de obtener bolitas de comida. Después se les pusieron a los monos unos collares metálicos alrededor del cuello, a través de los cuales se les administraban descargas eléctricas cada vez que recibían una bolita de comida. Podían evitar las descargas solo si esperaban tres horas antes de intentar conseguir comida. Los monos tardaron ocho semanas, con sesiones de entrenamiento de seis horas diarias, en aprender de esta forma a evitar las descargas. Se suponía que esto produciría una situación de «conflicto», y se les proporcionaron entonces varias drogas para comprobar si los medicados recibían más descargas. Los experimentadores informaron de que también habían adaptado la prueba a ratas y que sería «útil para identificar potenciales agentes anti ansiedad»[50].

Los experimentos sobre el condicionamiento se han venido realizando durante más de ochenta y cinco años. Un informe compilado en 1982 por el grupo de Nueva York United Action for Animals descubrió 1.425 artículos sobre «experimentos clásicos de condicionamiento» en animales. De modo irónico, la inutilidad de gran parte de toda esta investigación la reveló de forma no deseada un artículo publicado por un grupo de experimentadores de la Universidad de Wisconsin. Susan Mineka y sus colegas sometieron a 140 ratas a descargas que podían evitar y también a descargas inevitables con el fin de comparar los niveles de miedo generados por estímulos tan diferentes. He aquí la lógica que argumentaban para su trabajo:

Durante los últimos quince años, una gran cantidad de investigación se ha dirigido hacia la comprensión del comportamiento diferencial y los efectos fisiológicos que emanan de la exposición a elementos adversos controlables frente a los incontrolables. La conclusión general ha sido que la exposición a acontecimientos adversos incontrolables es considerablemente más estresante para el organismo que la exposición a sucesos adversos controlables.

Después de someter a sus ratas a diferentes intensidades de descargas eléctricas, permitiéndoles a veces sí y a veces no la posibilidad de escapar, los experimentadores fueron incapaces de determinar qué mecanismos se podían considerar correctos para explicar sus resultados. Aun así, dijeron que creían que estos eran importantes porque

«presentaban algunas dudas sobre la validez de las conclusiones de los cientos de experimentos realizados durante los últimos quince años aproximadamente»[\[51\]](#).

En otras palabras, quince años administrando descargas eléctricas a animales quizá no hayan producido resultados válidos. Pero en el extraño mundo de los experimentos psicológicos con animales, este descubrimiento sirve para justificar nuevos experimentos que administran descargas eléctricas ineludibles a más animales aún con el fin de obtener resultados «válidos» —y recuérdese que estos «resultados válidos» se seguirán aplicando solo al comportamiento de animales atrapados sometidos a descargas eléctricas ineludibles—.

Una historia de inutilidad igualmente triste es la de los experimentos concebidos para producir lo que se conoce como «desamparo inducido» —supuestamente, un modelo de depresión en seres humanos—. En 1953, R. Solomon, L. Kamin y L. Wynne, experimentadores en la Universidad de Harvard, colocaron a cuarenta perros en un mecanismo denominado «shuttlebox», consistente en una caja dividida en dos compartimentos separados por una barrera. Inicialmente, la barrera estaba colocada a la altura del lomo del perro. Se administraron cientos de descargas eléctricas intensas en los pies de los perros a través de un suelo de rejilla. Al principio, los perros podían evitar la descarga si aprendían a saltar al otro compartimento. En un intento de «persuadir» a un perro para que no saltara, los experimentadores lo forzaron a saltar cien veces sobre un suelo electrificado situado en el otro compartimento, que también administraba descargas a los pies del perro. Dijeron que el perro, al saltar, lanzaba «un agudo chillido anticipador que se convertía en un aullido cuando aterrizaba en la rejilla electrificada». Después bloquearon el paso entre los compartimentos con una plancha de cristal y continuaron el experimento. El perro «saltó hacia delante y estrelló la cabeza contra el cristal». Al principio, los perros manifestaban síntomas tales como «defecar, orinar, aullar y gemir, temblar, atacar el aparato» y así sucesivamente; pero después de diez o doce días de pruebas, los animales a los que se les impidió escapar de la descarga dejaron de resistirse. Los investigadores dijeron que «estaban impresionados» por ello, y acababan diciendo que la combinación de la plancha de cristal a modo de barrera con la descarga en los pies era «muy eficaz» para eliminar el salto de los perros[\[52\]](#).

Este estudio demostró que era posible inducir un estado de desesperanza y derrota mediante la administración repetida de descargas severas ineludibles. Tales estudios de «desamparo inducido» se refinaron más en los años sesenta. Un experimentador eminente fue Martin Seligman, de la Universidad de Pennsylvania. Administró descargas eléctricas a perros a través de un suelo de rejilla de acero con tal intensidad y persistencia que los perros dejaron de intentar escapar y «aprendieron» a convivir con el desamparo. En un estudio escrito con sus colegas Steven Maier y James Geer, Seligman describe su trabajo como sigue:

Quando un perro normal, ingenuo, recibe un entrenamiento de huida/rechazo en una «cápsula», suele tener la siguiente conducta: en el primer asalto de la descarga el perro va de un lado a otro frenéticamente, defecando, orinando y lanzando aullidos, hasta que cruza la barrera y se escapa de la sacudida. En la prueba siguiente, el perro, corriendo y aullando, cruza la barrera con más rapidez, y así sucesivamente hasta que aparece una respuesta eficaz de huida.

Seligman modificó este modelo sujetando a los perros con un arnés y provocándoles descargas sin que tuvieran ningún medio para evitarlas. Después, cuando colocó a los animales en la situación primera de la «cápsula», de la que era posible escapar, comprobó que:

...este perro reacciona inicialmente en la «cápsula» de la misma forma que el perro sin condicionamiento. Sin embargo, en dramático contraste con este, pronto deja de correr y guarda silencio hasta que termina la descarga. El perro no cruza la barrera ni huye de la sacudida. Parece, más bien, que «se rinde» y «acepta» la descarga pasivamente. En pruebas sucesivas, el animal continúa sin hacer movimientos de huida y aguanta cincuenta segundos de fuerte descarga intermitente en cada prueba [...]. Un perro que haya sido expuesto previamente a una descarga inevitable [...] puede aguantar descargas por un tiempo ilimitado sin escapar ni evitarlas en absoluto[\[53\]](#).

En los años ochenta, los psicólogos han continuado realizando estos experimentos de «desamparo inducido». En la Universidad de Temple, en Filadelfia, Philip Bersh y otros tres investigadores entrenaron a ratas para que reconociesen una luz de alarma que las alertaba de la descarga que les sería suministrada en los cinco segundos siguientes. Una vez comprendieron el mecanismo de alarma, las ratas podían evitar la descarga pasando al otro compartimento. Cuando ya las ratas habían aprendido este comportamiento de

rechazo, los experimentadores tapiaron la cámara segura y las sometieron a periodos prolongados de descargas inevitables. Tal y como se esperaba, comprobaron que, incluso cuando se les permitió escapar de nuevo, las ratas eran incapaces de reaprender el comportamiento de huida rápidamente[54].

Bersh y sus colegas también sometieron a 372 ratas a pruebas de descargas por aversión para determinar la relación entre el comportamiento pauloviano y el desamparo inducido. Informaron de que las «implicaciones de estos descubrimientos en la teoría del desamparo inducido no son completamente claras» y que «un volumen sustancial de temas queda pendiente»[55].

En la Universidad de Tennessee en Martin, G. Brown, P. Smith y R. Peters crearon con grandes dificultades una «cápsula» especialmente concebida para peces, quizá para comprobar si la teoría de Seligman era papel mojado. Los experimentadores sometieron a 45 peces a 65 sesiones de descargas, y concluyeron que «los datos de este estudio no proporcionan mucho apoyo a la hipótesis de Seligman de que el desamparo es aprendido»[56].

Estos experimentos han causado un dolor agudo y prolongado a muchos animales, primero para probar una teoría, después para negarla y finalmente para apoyar versiones modificadas de la teoría original. Steven Maier, que junto con Seligman y Geer fue coautor del informe antes citado sobre el «desamparo inducido» en perros, ha hecho carrera perpetuando el modelo del desamparo inducido. Sin embargo, en un reciente artículo de revisión, Maier decía lo siguiente acerca de la validez de este «modelo animal» de depresión:

Se puede discutir que no hay suficiente consenso sobre las características, la neurobiología, la inducción y la prevención/cura de la depresión como para volver significativa tal comparación [...]. Así pues, no parece muy probable que el desamparo inducido sea un modelo de depresión en ningún sentido general[57].

Aunque Maier trata de salvar algo de esta desmoralizante conclusión diciendo que el desamparo inducido puede constituir un modelo no de depresión, sino de «estrés y superación», en realidad ha admitido que más de treinta años de experimentación con animales han sido una pérdida de tiempo y de cantidades sustanciales del dinero de los contribuyentes, al margen de la inmensa cantidad de dolor físico agudo que han causado.

En la primera edición de este libro daba cuenta de un experimento realizado por P. Badia y dos colegas en la Universidad de Bowling Green, en Ohio, y publicado en 1973. En aquel experimento, diez ratas fueron observadas en sesiones de seis horas en las que las frecuentes descargas eran «en todo momento inevitables e ineludibles». Las ratas podían pulsar cualquiera de las dos palancas que había en la cámara experimental para recibir la advertencia de que les sobrevinía una descarga. Los experimentadores concluyeron que las ratas preferían ser advertidas de las descargas[58]. En 1984 se seguía realizando este experimento. Puesto que alguien había sugerido que el experimento anterior podría haber sido «metodológicamente incorrecto», P. Badia, esta vez con B. Abbott, de la Universidad de Indiana, colocó diez ratas en cámaras electrificadas, sometiéndolas otra vez a sesiones de descargas de seis horas. Seis ratas recibieron sacudidas ineludibles a intervalos de un minuto, a veces precedidas de una advertencia. Después se les permitía pulsar una de dos palancas para recibir descargas con advertencia o descargas no avisadas. Las cuatro ratas restantes fueron empleadas en una variación de este experimento, recibiendo descargas a intervalos de dos y de cuatro minutos. Una vez más, los experimentadores determinaron que las ratas preferían ser avisadas de la descarga, incluso si eso significaba recibir más descargas[59].

La descarga eléctrica también se ha usado para inducir comportamientos agresivos en animales. En un estudio de la Universidad de Iowa, Richard Viken y John Knutson dividieron 160 ratas en grupos y las «entrenaron» en una jaula de acero inoxidable con un suelo electrificado. Se administraron descargas eléctricas a las ratas por parejas, hasta que aprendieron a pelear atacando a la otra rata, cara a cara y levantadas sobre dos patas o mordiendo. Costó una media de treinta sesiones de entrenamiento el que los roedores aprendieran a hacer esto inmediatamente después de recibir la primera descarga. Los investigadores introdujeron entonces a las ratas entrenadas en la jaula de las ratas sin entrenar y tomaron nota de su comportamiento. Al cabo de un día mataron a todas las ratas, las rasuraron y examinaron para ver si tenían heridas. Los experimentadores concluyeron que sus «resultados no eran útiles para comprender la naturaleza ofensiva o defensiva de la respuesta inducida por descargas»[60].

En el Kenyon College, en Ohio, J. Williams y D. Lierle realizaron una serie de tres experimentos para estudiar los efectos que el control del estrés tenía sobre el

comportamiento defensivo. El primer experimento se basaba en la idea de que la descarga incontrolable aumenta el temor. Dieciséis ratas fueron colocadas en tubos de plexiglás y se les administraron descargas eléctricas ineludibles en los rabos. Después, fueron introducidas como intrusas en una colonia de ratas ya establecida, y se registraron sus interacciones con las otras. En el segundo experimento, veinticuatro ratas fueron capaces de controlar las descargas mediante el entrenamiento. En el tercero, treinta y dos ratas fueron expuestas a descargas ineludibles y a descargas controlables. Los experimentadores concluyeron:

Aunque estos descubrimientos y nuestras formulaciones teóricas enfatizan la interrelación entre la posibilidad de controlar la descarga, la capacidad de predecir la terminación de la descarga, avisos de estrés condicionado y comportamiento defensivo, se necesita una experimentación más amplia para examinar la exacta naturaleza de estas complejas interacciones[61].

Este informe, publicado en 1986, cita trabajos experimentales anteriores en este campo que se remontan a 1948.

En la Universidad de Kansas, una unidad autodenominada Buró de Investigación Infantil ha estado administrando descargas a diversos animales. En uno de los experimentos se privaba de agua a ponis de Shetland hasta que, ya sedientos, se les proporcionaba un cuenco de agua que se podía electrificar. Se colocaban entonces dos altavoces a cada lado de la cabeza de los ponis. Cuando sonaba un ruido en el altavoz izquierdo, el cuenco se electrificaba y los ponies recibían una descarga si estaban bebiendo. Aprendieron a dejar de beber cuando oían el ruido del altavoz izquierdo, pero no del derecho. Después, se acercaron los altavoces hasta que los ponis no podían distinguir entre ellos y, por tanto, eran incapaces de evitar la descarga. Los investigadores se refirieron a experimentos similares en ratas blancas, ratas canguro, ratas de la madera, erizos, perros, gatos, monos, zariqüeyas, focas, delfines y elefantes, y llegaron a la conclusión de que los ponis, si se les compara con otros animales, tienen una gran dificultad para distinguir la dirección de los sonidos[62].

No es fácil ver cómo pueda beneficiar esta investigación a los niños. Desde luego, en general, lo inquietante de investigaciones del tipo de las anteriormente mencionadas es que, a pesar del sufrimiento causado a los animales, los resultados obtenidos, incluso los que ofrecen los propios experimentadores, son triviales, obvios o sin significado alguno. Las conclusiones de los experimentos citados demuestran claramente que los investigadores psicológicos han hecho un gran esfuerzo para decirnos en jerga científica lo que siempre hemos sabido, y lo que podríamos haber descubierto por medios menos dañinos si lo hubiéramos intentado —y se supone que estos experimentos eran más significativos que otros que ni siquiera llegaron a publicarse—.

Nos hemos fijado tan solo en un pequeño número de experimentos psicológicos que utilizan descargas eléctricas. Según el informe de la Office of Technology Assessment:

Un estudio de los 608 artículos aparecidos desde 1979 hasta 1983 en las revistas de la Asociación Americana de Psicología que suelen publicar temas de investigación con animales indicó que el 10% de los experimentos utiliza descargas eléctricas[63].

También otras muchas revistas no asociadas con la Asociación Americana de Psicología publican informes de estudios que han empleado descargas eléctricas con animales, y no debemos olvidar los experimentos que nunca se llegan a publicar. Y este es, tan solo, uno de los tipos de investigación lacerante o angustiada realizados con animales en el campo de la psicología. Ya hemos visto los estudios de privación maternal, pero se podrían llenar varios libros con breves descripciones de otros tipos de experimentación psicológica, con temas tales como el comportamiento anormal, los modelos animales de esquizofrenia, los movimientos animales, el mantenimiento corporal, la cognición, la comunicación, la relación cazador-presa, la motivación y la emoción, la sensación y la percepción, y la privación del sueño, la comida y el agua. Hemos visto tan solo unos pocos de las decenas de miles de experimentos que todavía se realizan anualmente en el campo de la psicología, pero deberían ser más que suficientes para mostrar que muchos de los experimentos que se siguen realizando causan un gran dolor a los animales y no ofrecen probabilidad alguna de nuevos conocimientos realmente vitales o importantes. Por desgracia, los animales se han convertido, para los psicólogos y otros experimentadores, en meros instrumentos. Un laboratorio puede tener en cuenta el precio de estos «instrumentos», pero una cierta indiferencia hacia ellos se hace evidente no solo en los experimentos, sino también en el lenguaje de los informes. Recuérdese, por ejemplo, la mención de Harlow y Suomi a su «potro de violación» y el tono jocoso en que informan

sobre las «jugarretas favoritas» de las monas nacidas como resultado de su uso.

Se facilita este distanciamiento con una jerga técnica que disfraza la verdadera naturaleza de lo que sucede. Los psicólogos, influidos por la doctrina conductista que afirma que solo debe mencionarse aquello que se puede observar, han desarrollado una cuantiosa colección de términos para referirse al dolor sin que parezcan hacerlo. La psicóloga Alice Heim, una de las pocas personas que han denunciado la frivolidad con que sus colegas experimentan con los animales, describe la cuestión en los siguientes términos:

Los estudios sobre la «conducta animal» se expresan siempre con una terminología científica y aséptica que permite adoctrinar al joven estudiante de psicología, normal y en absoluto sádico, sin provocarle ansiedad. Así pues, se utilizan técnicas de «extinción» para lo que, de hecho, es tortura mediante la sed, ayuno casi mortal o electrochoque; «refuerzo parcial» es el término que se emplea para hablar de un animal al que se frustra mediante el no cumplimiento, excepto ocasionalmente, de las expectativas que el experimentador le había creado en un condicionamiento previo; «estímulo negativo» es el término utilizado para someter a un animal a un estímulo que él evita siempre que es posible. El término «avoidance» [‘acción de evitar’] está bien, puesto que se trata de una actividad observable. Los términos «doloroso» o «aterrorador», para caracterizar ciertos estímulos, no están tan bien porque son antropomórficos, implican que los animales tienen sentimientos y que pueden ser similares a los sentimientos humanos. Esto no se permite por ser no-conductista y acientífico (y también porque podría disuadir al investigador más joven y menos encallecido de continuar ciertos experimentos ingeniosos. Podría servir de alimento a su imaginación). El pecado capital para el psicólogo conductista que trabaja en el campo del «comportamiento animal» es el antropomorfismo. No obstante, si no creyera en la analogía entre el ser humano y el animal inferior, es de suponer que incluso él encontraría su trabajo muy poco justificado[64].

Podemos observar el tipo de jerga técnica a que se refiere Heim en los informes de los experimentos que hemos visto hasta ahora. Obsérvese que, incluso cuando Seligman se ve impulsado a decir que los sujetos de sus experimentos «renunciaron» a intentar huir de la descarga, considera necesario colocar este término entre comillas, como si dijera que no le está atribuyendo ningún tipo de proceso mental al perro. Pero la consecuencia lógica de esta concepción del «método científico» es que los experimentos con animales no nos pueden enseñar nada sobre los seres humanos. Aunque pueda parecer asombroso, algunos psicólogos se han preocupado tanto por evitar el antropomorfismo que han aceptado esta conclusión. Esta actitud queda ilustrada en la afirmación autobiográfica que exponemos a continuación, aparecida en *New Scientist*:

Cuando hace quince años hice una solicitud para entrar en una Facultad de Psicología, la persona que me entrevistó, un psicólogo de mirada dura como el acero, me interrogó ampliamente acerca de mis motivos, de lo que yo creía que era la psicología y su principal objeto de estudio. En mi ingenuidad de aquellos días, le contesté que era el estudio de la mente, y que los seres humanos eran su materia prima. Con una voz triunfante por haberme desinflado con tanta eficacia, declaró que a los psicólogos no les interesaba la mente; que las ratas, y no las personas, constituían su principal objeto de estudio, y que me aconsejaba encarecidamente que me fuera derecho al Departamento de Filosofía que había en la puerta de al lado[65].

Quizá no haya ahora muchos psicólogos que afirmen con orgullo que su trabajo no tiene nada que ver con la mente humana. Sin embargo, muchos experimentos de los que se llevan a cabo con ratas solo pueden explicarse si asumimos que sus autores están realmente interesados en la conducta de la rata en sí, sin ninguna idea de aprender nada sobre los seres humanos. Si esto es así, ¿qué posible justificación cabe para causar tanto sufrimiento? Ciertamente, no se trata de beneficiar a la rata.

El dilema central del investigador se plantea, pues, de forma especialmente aguda en la psicología: o bien el animal no es como nosotros —en cuyo caso no hay razón para realizar el experimento—, o bien el animal es como nosotros y, en este caso, no debemos utilizarlo para realizar un experimento que consideraríamos una atrocidad si lo hicieran con uno de nosotros.

Otro campo de investigación importante es el asociado al envenenamiento anual de millones de animales, que a menudo también se lleva a cabo por razones triviales. En Inglaterra, en 1988 se realizaron 588.997 procedimientos científicos con animales para probar drogas y otros materiales; de estos, 281.358 no guardaban relación alguna con productos médicos o veterinarios[66]. No hay cifras exactas para Estados Unidos, pero, si la proporción es similar a la de Inglaterra, el número de animales usados en pruebas debe de situarse, al menos, en torno a los tres millones. En realidad, es probable que sea el doble o el triple de esa cantidad, ya que en Estados Unidos hay mucha investigación y desarrollo en este campo y la Food and Drug Administration exige que las sustancias

nuevas se prueben ampliamente con animales antes de sacarlas al mercado. Quizá sea justificable que las drogas que potencialmente son salvadoras de vidas tengan que experimentarse antes con animales, pero el mismo tipo de pruebas se hace para productos tales como cosméticos, colorantes alimentarios y abrillantadores de suelo. ¿Deben sufrir miles de animales para que se pueda comercializar un nuevo lápiz de labios o cera para suelos? ¿Acaso no hay ya un exceso de la mayoría de estos productos? ¿Quién se beneficia de su introducción en el mercado, excepto las compañías que esperan obtener beneficios?

De hecho, incluso cuando las pruebas se realizan para un producto médico, lo más probable es que no vayan a contribuir a mejorar nuestra salud. Los científicos que trabajan para el Departamento de Salud y Seguridad Social británico investigaron medicamentos comercializados en Inglaterra entre 1971 y 1981. Encontraron que:

...[los nuevos medicamentos] se han introducido en gran medida en áreas terapéuticas ampliamente cubiertas ya [...] para enfermedades que son comunes, en gran parte crónicas y que surgen sobre todo en la sociedad occidental de la abundancia. La innovación, por tanto, apunta principalmente al beneficio económico más que a una necesidad terapéutica[67].

Para darnos cuenta de lo que implica introducir estos nuevos productos, es necesario saber algo acerca de los métodos habituales de investigación. Para determinar lo venenosa que es una sustancia se realizan «pruebas de toxicidad oral aguda». Estas pruebas, desarrolladas en los años veinte, obligan a los animales a ingerir sustancias, incluyendo productos no comestibles como el carmín y el papel. Muy a menudo, los animales no se comen la sustancia si simplemente se pone en su comida, por lo que los experimentadores se la introducen a la fuerza por la boca o a través de un tubo por la garganta. Se llevan a cabo pruebas estándar durante catorce días, pero algunas pueden durar hasta seis meses —si los animales sobreviven—. Durante este tiempo, los animales a menudo muestran los síntomas clásicos del envenenamiento, incluyendo vómitos, diarrea, parálisis, convulsiones y hemorragias internas.

La prueba más conocida es la LD50, término que significa «dosis letal 50%»: la cantidad de sustancia que causará la muerte a la mitad de los animales del experimento. Para hallar esta dosis se envenena a grupos seleccionados de animales. Normalmente, antes de que se llegue al punto en que muere la mitad, los animales están muy enfermos y angustiados. En el caso de sustancias poco dañinas, se sigue considerando un buen procedimiento determinar la concentración que hará que muera la mitad de los animales; por tanto, hay que forzarles a ingerir enormes cantidades y se les puede provocar la muerte simplemente por la gran cantidad o la alta concentración del producto que se les ha administrado, sin que esto sea relevante para las circunstancias en que los humanos van a hacer uso de él. Puesto que el foco de estos experimentos es medir la cantidad de sustancia que envenenará a la mitad de los animales, los animales moribundos no son sacrificados por miedo a producir resultados inexactos. La Office of Technology Assessment del Congreso de Estados Unidos ha calculado que en este país se utilizan cada año «varios millones» de animales para realizar pruebas de toxicidad. No se dispone de datos más específicos sobre las pruebas LD50[68].

Los cosméticos y otras sustancias se ponen a prueba en los ojos de los animales. Las pruebas Draize de irritación de los ojos se usaron por vez primera en los años cuarenta, cuando J. H. Draize, trabajando para la Food and Drug Administration de Estados Unidos, desarrolló una escala para valorar lo irritante que es una sustancia en el ojo de un conejo. Se suele colocar a los animales en unos aparatos que solo dejan fuera sus cabezas. Esto impide que se rasquen o froten los ojos. Se introduce la sustancia (blanqueador de ropa, champú, tinta...) en un ojo de cada conejo. El sistema empleado consiste en separar el párpado inferior y alojar la sustancia en la pequeña cavidad resultante. Después se mantiene el ojo cerrado. A veces se repite la aplicación. Se observa diariamente a los conejos para ver si se produce hinchazón, ulceración, infección o hemorragias. Los estudios pueden durar hasta tres semanas. Un investigador que trabajaba para una gran compañía de productos químicos describió el grado más alto de reacción de la siguiente manera:

Pérdida total de la visión debido a una grave lesión interna de la córnea o de la estructura interna. El animal mantiene el ojo fuertemente cerrado. Puede que chille, se arañe el ojo, salte e intente escapar[69].

Pero, por supuesto, mientras el conejo está en el aparato restrictivo no puede arañarse el ojo con la pata ni huir (véase fotografía 3 del apartado Imágenes). Algunas sustancias causan un daño tan intenso que los ojos de los conejos pierden todos sus rasgos

diferenciados —el iris, la pupila y la córnea empiezan a parecerse a una infección masiva—. Los experimentadores no están obligados a usar anestésicos, aunque a veces usarán una pequeña dosis de anestésico tópico al introducir la sustancia, siempre y cuando no interfiera con la prueba. Esto no alivia en absoluto el dolor que puede producir un limpiador de hornos en el ojo durante dos semanas. Cifras del Departamento de Agricultura de Estados Unidos muestran que en 1983 los laboratorios de pruebas toxicológicas utilizaron 55.785 conejos, y las compañías de productos químicos un total de 22.034. Cabe suponer que muchos de estos fueron usados para las pruebas Draize, aunque no se dispone de un cálculo del número total[70].

Los animales son sometidos también a otras pruebas para determinar la toxicidad de muchas sustancias. Durante los estudios de inhalación, se les introduce en cámaras estancas y se les fuerza a respirar pulverizaciones, gases y vapores. En las pruebas de toxicidad dérmica, se despoja de su pelo a los conejos para aplicarles sustancias irritantes directamente sobre la piel. Se sujeta a los animales de forma que no puedan rascarse. Su piel puede sangrar, ampollarse y pelarse. Los estudios de inmersión, que se desarrollan en bidones con sustancias diluidas, provocan a veces que los animales se ahoguen antes de que se puedan obtener resultados. En estudios de inyección, el producto a prueba se inyecta directamente en el animal, tanto bajo la piel como en los músculos o directamente en un órgano.

Estos son los procedimientos estándar. A continuación se incluyen dos ejemplos de cómo se realizan.

En Inglaterra, el Huntingdon Research Institute, junto con la gigantesca corporación ICI, realizó experimentos en los que cuarenta monos fueron envenenados con el herbicida Paraquat. Enfermaron gravemente, vomitaron, tuvieron dificultades respiratorias y sufrieron hipotermia. Murieron lentamente, a lo largo de varios días. Ya se sabía que el envenenamiento con Paraquat en humanos producía una muerte lenta y agónica[71].

Hemos comenzado este capítulo con algunos experimentos militares. He aquí uno que utiliza la prueba LD50: los experimentadores del Instituto de Investigación Médica de Enfermedades Contagiosas del Ejército de Estados Unidos envenenaron a ratas con T-2. Este es un veneno que, según el Departamento de Estado, tiene «la ventaja añadida de ser una eficaz arma de terror que causa síntomas anormales y horrorosos», tales como «hemorragias agudas», ampollas y vómitos, de modo que se puede «matar de una manera horrenda» a humanos y animales. El T-2 fue administrado por vía intramuscular, intravenosa, subcutánea, interperitoneal —es decir, inyectado en el tejido muscular, en las venas, bajo la piel y en la envoltura del abdomen—, a través de la nariz y la boca, y sobre la piel. Las ocho pruebas fueron hechas para determinar los valores LD50. La muerte solía tener lugar entre nueve y dieciocho horas después de la exposición al veneno, pero las ratas que lo habían recibido a través de la piel tardaban una media de seis días en morir. Antes de la muerte, los animales eran incapaces de caminar o comer, se les pudrían la piel y los intestinos, sufrían desasosiego y diarrea. Los experimentadores informaron de que sus descubrimientos eran «claramente compatibles con estudios publicados anteriormente sobre la exposición subaguda y crónica al T-2»[72].

Este ejemplo ilustra que no se hacen pruebas experimentales únicamente con los productos destinados al consumo humano, sino que se da a ingerir a los animales o se les aplican en los ojos agentes para la guerra química, pesticidas y todo tipo de productos industriales y domésticos. Un libro de consulta, *Clinical Toxicology of Commercial Products*, aporta datos, la mayoría recogidos de experimentos con animales, sobre los venenosos que son cientos de productos comerciales. La lista incluye insecticidas, anticongelantes, líquidos de frenos, blanqueadores, pulverizadores para el árbol de Navidad, velas de iglesia, limpiadores de horno, desodorantes, refrescantes de la piel, burbujas de baño, depilatorios, maquillaje de ojos, extintores, tintas, aceites bronceadores, esmaltes de uñas, rímel, aerosoles para el pelo, pinturas y lubricantes de cremalleras[73].

Muchos científicos y médicos han criticado este tipo de pruebas, aduciendo que los resultados no son aplicables a los seres humanos. El doctor Christopher Smith, un médico de Long Beach, California, ha dicho:

Los resultados de estas pruebas no pueden utilizarse para predecir la toxicidad ni para guiar la terapia relativa a la exposición de humanos. Como médico de emergencias colegiado, con más de diecisiete años de experiencia en el tratamiento de envenenamientos accidentales y exposiciones tóxicas, no conozco una sola ocasión en la que un médico de emergencias haya usado los datos obtenidos con la prueba Draize para solucionar un daño ocular. Nunca he usado los resultados de pruebas en animales para tratar un envenenamiento accidental. Los médicos de emergencias utilizan informes de otros casos, experiencias clínicas e información experimental de pruebas clínicas con humanos cuando hay que determinar el tratamiento óptimo para los pacientes[74].

Los toxicólogos saben desde hace ya mucho tiempo que extrapolar de una especie a otra es una empresa muy arriesgada. Entre las drogas que han causado un daño inesperado a los humanos, la más conocida es la talidomida, que había sido probada exhaustivamente en animales antes de que se autorizase su uso para el ser humano. Incluso después de sospechar que la talidomida causaba deformidades en los humanos, pruebas de laboratorio en perras preñadas, gatas, ratas, monas, hámsteres y gallinas no produjeron deformidades. Solo surgieron cuando se probó en un tipo especial de conejo[75]. Más recientemente, el Opren pasó todas las pruebas habituales con animales antes de que fuera autorizado, y su fabricante, el gigante farmacéutico Eli Lilly, lo comercializase como una nueva «droga maravillosa» para el tratamiento de la artritis. El Opren fue retirado del mercado en Inglaterra después de 61 muertes y más de 3.500 informes de reacciones adversas. Un estudio en *New Scientist* calculó que el recuento real podría haber sido muy superior[76]. Otras drogas que se consideraron apropiadas tras las pruebas con animales, pero que después demostraron ser dañinas, son el Practolol, para enfermedades del corazón, que causó ceguera, y el antitusivo Zipeprol, que produjo ataques y coma en algunos de quienes lo tomaron[77].

Además de exponer a los humanos a daños, las pruebas con animales pueden llevarnos a desechar productos valiosos que son peligrosos para los animales pero no para los seres humanos. La insulina puede producir deformidades a gazapos y ratones, pero no a los seres humanos[78]. La morfina, que es un calmante para los humanos, actúa como alucinógeno en los ratones. Y como dijo otro toxicólogo: «Si la penicilina hubiera sido juzgada por su toxicidad para las cobayas, quizá nunca se hubiera aplicado a los humanos»[79].

Tras décadas de experimentar ciegamente con animales, hay ahora algunos signos de reflexión. Como indica la doctora Elizabeth Whelan, científica y directora ejecutiva del Consejo Americano de Ciencia y Salud: «No hace falta haberse doctorado en ciencias para comprender que exponer a roedores a la sacarina equivalente a 1.800 botellas de refrescos al día no se relaciona bien con nuestra ingestión diaria de unos pocos vasos de ese producto». Whelan ha aplaudido que los responsables de la Agencia de Protección del Medio Ambiente hayan rebajado recientemente los cálculos previos de los riesgos de los pesticidas y otros productos químicos medioambientales, indicando que la valoración del riesgo de cáncer derivada de la extrapolación con animales se basaba en suposiciones «simplistas» que «ponían en duda su credibilidad». Esto, dice, significa que «nuestros legisladores están empezando a tomar nota de la literatura científica que no admite la infalibilidad de las pruebas con animales de laboratorio»[80].

La American Medical Association también ha admitido que la exactitud de los modelos con animales es cuestionable. Un representante de la AMA testificó durante una investigación del Congreso sobre pruebas de medicamentos que «a menudo los estudios con animales prueban poco o nada, y es muy difícil trasladarlos a los humanos»[81].

Afortunadamente, se ha avanzado mucho en la eliminación de pruebas con animales desde que apareció la primera edición de este libro. La mayor parte de los científicos de entonces no se tomaba en serio la posibilidad de que se pudieran encontrar alternativas eficaces para las pruebas que utilizan animales para medir la toxicidad. Fueron convencidos por la perseverancia de una gran cantidad de personas que se opusieron a los experimentos con animales. Preeminente entre estas fue Henry Spira, un antiguo activista pro derechos civiles que aglutinó coaliciones contra las pruebas Draize y LD50. La Coalición para la Abolición de la Prueba Draize comenzó invitando a Revlon, por ser la principal compañía de cosméticos de Estados Unidos, a dedicar una décima parte del 1 por ciento de sus beneficios al desarrollo de un procedimiento alternativo a la prueba Draize. Al negarse Revlon, aparecieron en *The New York Times* anuncios a toda página que preguntaban: «¿A CUÁNTOS CONEJOS DEJA CIEGOS REVLON EN NOMBRE DE LA BELLEZA?»[82]. Personas disfrazadas de conejo se presentaron en la asamblea general anual de accionistas. Revlon comprendió el mensaje y dedicó los fondos solicitados a la investigación de alternativas a los experimentos con animales. Otras compañías, como Avon y Bristol-Mayers, siguieron su ejemplo[83]. Como resultado, los trabajos anteriores en este campo realizados en Inglaterra por el Fondo para la Sustitución de Animales en la Experimentación Médica se retomaron a mayor escala en Estados Unidos, especialmente en el Johns Hopkins Center for Alternatives to Animal Testing, en Baltimore. El creciente interés llevó al lanzamiento de varias revistas nuevas como *In-Vitro Toxicology*, *Cell Biology and Toxicology* y *Toxicology in Vitro*.

Costó algún tiempo obtener resultados de estos trabajos, pero paulatinamente fue

creciendo el interés por estas investigaciones. Corporaciones tales como Avon, Bristol-Meyers, Mobil y Procter & Gamble comenzaron a usar alternativas en sus propios laboratorios, reduciendo así el número de animales utilizados. Hacia finales de 1988, el ritmo del cambio se empezó a acelerar. En noviembre, una campaña internacional contra Benetton dirigida por la organización de Washington DC People for the Ethical Treatment of Animals (PETA) convenció a la cadena de moda para dejar de usar pruebas con animales en su división de cosméticos[84]. En diciembre de 1988, la Noxell Corporation, fabricante de las cremas para la piel Noxzema y los cosméticos Cover Girl, anunció que utilizaría un sistema alternativo que reducía en un 80 o un 90 por ciento el número de animales que de otra forma hubieran sido usados en las pruebas de seguridad de ojos; posteriormente, Noxell anunció que no había utilizado animal alguno en estas pruebas durante la primera mitad de 1989[85].

La carrera se desarrollaba a pasos agigantados. En abril de 1989, Avon anunció que había dado validez a unas pruebas que utilizaban un material sintético llamado Eytex, especialmente desarrollado para sustituir a la prueba Draize. Como resultado, nueve años después de que Spira iniciase su campaña, Avon dejó de usar la prueba Draize[86]. Y aún habría más buenas noticias. En mayo de 1989, tanto Mary Kay Cosmetics como Amway anunciaron que habían dejado de usar animales de laboratorio en las pruebas de seguridad para el consumidor del producto, mientras revisaban planes en busca de alternativas[87]. En junio, Avon, presionada por otra campaña dirigida por PETA, notificó el final permanente de todas las pruebas con animales[88]. Ocho días después del anuncio de Avon, Revlon comunicaba que había terminado su plan a largo plazo para la eliminación de las pruebas con animales en todas las fases de investigación, desarrollo y fabricación de sus productos, dando fin, por tanto, a su experimentación con animales. Acto seguido, Fabergé eliminó el uso de pruebas con animales en sus divisiones de cosmética y artículos de tocador. Así, en unos pocos meses (aunque como resultado de muchos años de trabajo), las compañías más importantes de Estados Unidos habían abandonado las pruebas con animales[89].

Aunque los acontecimientos más espectaculares han tenido lugar en el campo de la industria cosmética, muy público y, por tanto, relativamente vulnerable, el movimiento contra las pruebas en animales también está causando efecto en áreas más amplias de la industria. Según un informe de *Science*:

...empujados por el movimiento de protección animal, los principales fabricantes de productos farmacéuticos, pesticidas y domésticos han conseguido avances significativos en los últimos años en su objetivo de reducir el número de animales utilizados en pruebas de toxicidad. Métodos alternativos, como el cultivo de células y de tejidos y los modelos de ordenador, se ven cada vez más no solo como relaciones públicas beneficiosas, sino también como algo deseable económica y científicamente[90].

El informe cita también a Gary Flamm, director de la Food and Drug Administration Office of Toxicology Sciences, cuando dice que la prueba LD50 «debería ser sustituible en la gran mayoría de los casos». Un artículo en *The New York Times* citaba a un veterano toxicólogo de G. D. Searle and Company, que admitía que «muchas de las observaciones del movimiento de protección animal son extremas pero correctas»[91].

Apenas parece haber dudas de que, como resultado de todos estos acontecimientos, se ha evitado una cantidad inmensa de dolor y sufrimiento innecesarios. Aunque resulte difícil precisar cuántos, millones de animales hubieran sufrido cada año en pruebas que ahora no serán realizadas. La tragedia es que, si los toxicólogos, las corporaciones y las agencias reguladoras se hubieran preocupado más por los animales que estaban usando, se hubiera podido evitar un intenso dolor a millones de animales. Los responsables del negocio de la experimentación empezaron a pensar detenidamente en el sufrimiento animal tan solo cuando el Movimiento de Liberación Animal logró concienciar a la gente respecto a este tema. Se cometían actos estúpidos y despiadados solo porque así lo exigían las normativas, y nadie intentaba cambiarlas. Hubo que esperar hasta 1983, por ejemplo, para que las agencias federales de Estados Unidos comunicaran que no era necesario probar en los ojos de conejos conscientes sustancias que ya se sabía que eran irritantes cáusticos, como la cal, el amoníaco y los limpiadores de hornos[92]. Pero la batalla no ha terminado todavía. Citemos de nuevo el informe de *Science* del 17 de abril de 1987:

Las pruebas innecesarias siguen consumiendo todavía a una gran cantidad de animales, no solo por exigencias anticuadas, sino porque gran parte de la información existente no es fácilmente accesible. Theodore M. Farber, director de la División de Toxicología [de la Agencia de Protección Ambiental de Estados Unidos], dijo que su agencia tiene archivos de 42.000 pruebas completadas y de 16.000

pruebas LD50. Dijo que podrían ser de una utilidad mucho mayor en la eliminación de pruebas redundantes si se computarizaran para facilitar el acceso. «Muchos de los que trabajamos en la regulación de tóxicos vemos cómo se repiten los mismos estudios una y otra vez», observó Farber.

Acabar con este desperdicio de vidas y con el dolor de los animales no tendría por qué ser difícil si realmente se quisiera hacerlo. El desarrollo de alternativas totalmente adecuadas a todas las pruebas de toxicidad costará tiempo, pero debería ser posible. Mientras tanto, hay una manera simple de reducir la cantidad de sufrimiento causado en tales pruebas. Hasta que hayamos desarrollado alternativas satisfactorias, deberíamos, como un primer paso, conformarnos con prescindir de toda sustancia nueva pero potencialmente peligrosa que no sea esencial para nuestra vida.

Cuando los experimentos pueden ser incluidos en la categoría de «médicos», nos inclinamos a pensar que cualquiera que sea el sufrimiento que impliquen puede ser justificable, porque la investigación está contribuyendo al alivio del sufrimiento. Pero ya hemos visto que es menos probable que las pruebas de medicinas terapéuticas estén motivadas por el deseo del bien máximo para todos que por el deseo de un beneficio máximo. La amplia etiqueta de «investigación médica» puede usarse también para encubrir un tipo de investigación que tiene su origen en una curiosidad intelectual general. Cabría aceptar esta curiosidad como parte de una búsqueda básica de conocimiento cuando no implica sufrimiento alguno, pero no debe tolerarse si causa dolor. También es frecuente que este tipo de investigación se haya venido realizando durante décadas y al cabo del tiempo se descubra que gran parte de la misma no ha tenido ninguna utilidad. Como ejemplo, considérese la siguiente serie de experimentos sobre los efectos del calor en los animales, iniciados hace casi un siglo.

En 1880, H. C. Wood introdujo animales en cajas con tapaderas de cristal y luego colocó las cajas sobre un pavimento de ladrillo en un día caluroso. Utilizó conejos, palomas y gatos. Son típicas sus observaciones sobre un conejo. A una temperatura de 42 °C, el conejo salta y «patalea furiosamente con las patas traseras» hasta que, finalmente, sufre un ataque convulsivo. A los 44 °C, el animal se recuesta sobre un lado babeando. A los 48 °C, respira entrecortadamente y emite chillidos agudos y débiles. Muere poco después[93].

En 1881 apareció en *The Lancet* un informe sobre perros y conejos cuya temperatura había sido elevada hasta 45 °C. Se comprobó que se podía evitar su muerte mediante corrientes de aire fresco, y se decía que los resultados indicaban «la importancia de mantener baja la temperatura en los casos en que esta muestra una tendencia a elevarse a [una] altura extrema»[94].

En 1927, W. W. Hall y E. G. Wakefield, de la US Naval Medical School, colocaron a diez perros en una cámara húmeda y caliente para provocarles una hipertermia experimental. Primero, los animales presentaron síntomas de desasosiego, dificultades respiratorias, hinchazón y congestión en los ojos y sed. Algunos tuvieron convulsiones y otros murieron al comienzo del experimento. Los que sobrevivieron sufrieron diarrea aguda y murieron cuando se les sacó de la cámara[95].

En 1954, en la Escuela de Medicina de la Universidad de Yale, M. Lennox, W. Sibley y H. Zimmerman introdujeron a 32 gatitos en una cámara de «radiaciones calóricas». Se les «sometió a 49 periodos de calentamiento [...]. Se peleaban con frecuencia, especialmente al aumentar la temperatura». Se produjeron convulsiones en nueve casos: «Las convulsiones repetidas eran lo normal». Hasta treinta convulsiones llegaron a sucederse en rápida secuencia. Cinco gatos murieron durante las convulsiones, y seis, sin convulsiones; los experimentadores dieron muerte al resto para realizar la autopsia. Su informe decía: «Los resultados obtenidos con los gatitos mediante fiebre inducida artificialmente se ajustan a los descubrimientos clínicos y del EEG (electroencefalograma) en los seres humanos y a previos descubrimientos clínicos en los gatitos»[96].

Incluimos el siguiente experimento, realizado en el K. G. Medical College, en Lucknow, India, por considerarlo un ejemplo del triunfo de los métodos de investigación y de las actitudes hacia los animales de Occidente sobre la antigua tradición del hinduismo, cuyo respeto a los animales no humanos es mayor que el de la tradición judeocristiana. En 1968, K. Wahal, A. Kumar y P. Nath expusieron a 46 ratas a una alta temperatura durante cuatro horas. Las ratas presentaban un estado de gran agitación, respiraban con dificultad y salivaban profusamente. Una murió durante el experimento y los investigadores sacrificaron al resto porque, «en cualquier caso, no iban a poder sobrevivir»[97].

En 1969, S. Michaelson, un veterinario de la Universidad de Rochester, sometió a varios perros y conejos a microondas productoras de calor hasta que sus temperaturas alcanzaron el nivel crítico de los 41,6 °C o más. Observó que los perros empezaban a

jadear poco después de comenzar su exposición a las microondas. La mayoría «muestra una actividad en aumento, que varía entre el desasosiego y la agitación extrema». Cuando estaban cerca del punto de la muerte, les sobrevenían estados de debilidad y abatimiento. En el caso de los conejos, «a los cinco minutos, intentan desesperadamente escapar de la jaula»; morían en los cuarenta minutos siguientes. Michaelson concluyó que un aumento de calor de las microondas produce lesiones «indistinguibles de la fiebre en general»[98].

En el Heller Institute of Medical Research de Tel-Aviv, Israel, en experimentos publicados en 1971 y financiados por el Servicio de Sanidad Pública de Estados Unidos, T. Rosenthal, Y. Shapiro y otros colocaron 33 perros «cogidos al azar de la perrera local» en una cámara de temperatura controlada, y les obligaron a ejercitarse en una cinta continua a la alta temperatura de 45 °C hasta que «sufrieron un colapso por hipertermia o alcanzaron una temperatura rectal prefijada». Murieron veinticinco perros. Nueve más fueron sometidos a una temperatura de 50 °C sin hacer uso de la cinta. Solo dos de estos sobrevivieron más de veinticuatro horas, y las autopsias demostraron que habían sufrido hemorragias. Los creadores del experimento concluyeron: «Hay conformidad entre estos resultados y los estudios sobre los humanos»[99]. En otro informe publicado en 1973, los mismos investigadores describen experimentos con 53 perros en los que se utilizaron diversas combinaciones de calor y ejercicio en la cinta. Seis de los perros vomitaron, ocho tuvieron diarrea, cuatro sufrieron convulsiones, doce perdieron coordinación muscular y todos salivaron excesivamente. De los diez perros cuyas temperaturas rectales alcanzaron los 45 °C, cinco murieron «en el momento de máxima temperatura rectal» y los otros cinco en el periodo comprendido entre los treinta minutos y las once horas posteriores al experimento. Los investigadores concluyeron que «cuanto antes se reduzca la temperatura de la víctima del golpe de calor, mayores son sus posibilidades de recuperación»[100].

En 1984, los experimentadores que trabajaban para la Administración Federal de Aviación sometieron a diez beagles a calor experimental, porque, «en ocasiones, algunos animales mueren debido al estrés calórico sufrido mientras viajan en los sistemas nacionales de transporte». Los perros fueron aislados en cámaras, se les colocaron bozales y se les expuso a temperaturas de 35 °C combinadas con alta humedad. No se les facilitó comida ni agua, y fueron mantenidos en esas condiciones durante veinticuatro horas. Se observó el comportamiento de los perros; incluía «actividad agitada deliberada, como arañar las paredes de la jaula, caminar en círculo de forma permanente, mover la cabeza para intentar quitarse el bozal, frotar el bozal contra el suelo de la jaula y actos agresivos contra los sensores de cierre». Algunos de los perros murieron en las cámaras. Cuando se sacó a los supervivientes, algunos vomitaron sangre y todos estaban débiles y exhaustos. Los experimentadores mencionan «posteriores experimentos en más de cien beagles»[101].

En otro ejemplo de experimentación militar, R. W. Hubbard, del Instituto de Investigación de Medicina Medioambiental del Ejército de Estados Unidos en Natick, Massachusetts, ha publicado artículos con títulos como «Modelo de mortandad por golpe de calor agudo en ratas» durante más de una década. Es de sobra conocido que cuando las ratas tienen calor extienden saliva por todo su cuerpo; la saliva cumple la misma función refrigeradora que el sudor en los humanos. En 1982, Hubbard y dos colegas vieron que las ratas incapaces de producir saliva se cubren con orina si no disponen de otro fluido[102]. Por ello, en 1985 estos tres investigadores, a los que se unió un cuarto, inyectaron a las ratas la droga atropine, que inhibe el sudor y la secreción de saliva. A otras ratas se les extirparon quirúrgicamente las glándulas salivales. Después introdujeron a las ratas en cámaras a 41,6 °C hasta que su temperatura corporal alcanzó los 42,6 °C. Los investigadores dibujaron diagramas comparando el «modelo de distribución de orina» de una rata que había recibido atropine o había sido «desalivada» quirúrgicamente con el de una rata sin tratamiento. Encontraron que el «modelo de rata estresada calóricamente con atropine» era un «instrumento prometedor para examinar la función de la deshidratación en la enfermedad del calor»[103].

Hemos citado una serie de experimentos que se remontan hasta el siglo XIX, y el espacio de que disponemos solamente nos permite incluir aquí una fracción de los informes publicados. Obviamente, los experimentos provocaron un gran sufrimiento; y, en resumen, los informes se limitan a aconsejarnos que enfriemos a las víctimas de un golpe de calor — lo cual parece una conclusión del sentido común más elemental y, en todo caso, ya estaba confirmado por observaciones en humanos que han sufrido golpes de calor en condiciones naturales—. Respecto a la utilidad de esta investigación para los humanos, B. W. Zweifach mostró en 1961 que los perros son fisiológicamente diferentes a los seres humanos en aspectos que afectan a la respuesta al golpe de calor, por lo que son un modelo muy pobre

para estudiar este en seres humanos[104]. Es difícil tomarse en serio la sugerencia de que unos pequeños animales peludos drogados con atropine y que se envuelven en orina cuando tienen calor constituyen un mejor modelo.

En muchos otros campos de la medicina se encuentran series similares de experimentos. En las oficinas de la United Action for Animals de la ciudad de Nueva York hay archivos repletos de fotocopias de los experimentos publicados en las revistas. Cada grueso expediente contiene informes de numerosos experimentos, a menudo cincuenta o más, y los títulos de los expedientes nos informan de su propia historia: «Aceleración», «Agresión», «Asfixia», «Ceguera», «Quemaduras», «Centrifugación», «Compresión», «Concusión», «Hacinamiento», «Aplastamiento», «Descompresión», «Tests de drogas», «Neurosis experimentales», «Congelación», «Calentamiento», «Hemorragias», «Apaleamiento de las patas traseras», «Inmovilización», «Aislamiento», «Lesiones múltiples», «Depredación», «Privación de proteínas», «Castigo», «Radiación», «Hambre», «Shock», «Lesiones en la columna vertebral», «Tensión», «Sed» y muchos más. Aunque algunos experimentos pueden haber promovido avances en el conocimiento médico, a menudo ese conocimiento tiene un valor cuestionable, y en algunos casos se podría haber adquirido por otros medios. Muchos experimentos parecen triviales o mal pensados, y algunos ni siquiera se concibieron para obtener resultados importantes.

Consideremos ahora, como un ejemplo más del modo en que se llevan a cabo interminables variaciones de un mismo experimento o de experimentos similares, una serie relacionada con la producción del *shock* en los animales (no la descarga eléctrica, sino el estado de choque mental y físico que ocurre con frecuencia después de una lesión grave). En fecha tan lejana como 1946, un investigador de este campo, Magnus Gregersen, de la Universidad de Columbia, repasó la literatura y halló más de ochocientos ensayos publicados relativos a estudios experimentales del *shock*. Describe los métodos utilizados:

El uso de un torniquete en una o más de las extremidades, aplastamiento, compresión, trauma muscular por contusión con ligeros golpes de martillo, tambor Noble-Collip [aparato donde se coloca a los animales en un cilindro que da vueltas; caen rodando al fondo del cilindro repetidamente y se lesionan], heridas de bala, estrangulación o nudos intestinales, congelación y quemaduras.

Gregersen también señala que «se ha utilizado mucho» la hemorragia y que «un número creciente de estos estudios se ha realizado sin el factor complicante de la anestesia». Sin embargo, no se siente satisfecho con toda esta diversidad y se queja de que la variedad de los métodos convierte en una tarea «extremadamente difícil» la evaluación de los resultados de los diferentes investigadores; existe, dice, una «necesidad imperiosa» de llegar a procedimientos estándar que produzcan, invariablemente, un estado de *shock*[105].

Ocho años después, la situación no había cambiado sustancialmente. S. M. Rosenthal y R. C. Millican escribían que «las investigaciones con animales en el campo del *shock* traumático han producido resultados diversos y a menudo contradictorios». No obstante, esperaban «que continuara la investigación en este campo» y, como Gregersen, desaconsejaban el uso de la anestesia: «La influencia de la anestesia es un tema polémico [...] en opinión de los críticos, debe evitarse su uso prolongado». Aconsejaban también que «para salvar las variaciones biológicas se utilice el número idóneo de animales»[106].

En 1974, los investigadores seguían estudiando los «modelos animales» de *shock* experimental, realizando todavía experimentos *preliminares* para determinar qué lesiones se podían producir para ocasionar un estado satisfactorio de *shock* «estándar». Tras décadas de experimentos proyectados para producir el *shock* en perros mediante la provocación de hemorragias, estudios más recientes indican que (¡sorpresa!) este tipo de *shock* no es igual en los perros y en los humanos. Teniendo en cuenta estos estudios, unos investigadores de la Universidad de Rochester decidieron provocar hemorragias en cerdos, animales que piensan pueden parecerse más a los humanos en este aspecto, para determinar el volumen de pérdida de sangre necesario para producir un *shock* experimental[107].

También se realizan anualmente cientos de experimentos en los que los animales son forzados a convertirse en drogadictos. Solamente con cocaína, por ejemplo, se han hecho más de quinientos estudios. Un análisis de tan solo 380 de ellos estimaba que cuestan alrededor de 100 millones de dólares, en su mayor parte procedentes de los impuestos[108]. He aquí un ejemplo:

En un laboratorio del Downstate Medical Center dirigido por GERAL DENEAU, unos monos rhesus fueron atados a sillas restrictivas. Se enseñó a los animales a autoadministrarse

cocaína directamente a la corriente sanguínea en la cantidad que quisieran pulsando un botón. Según el informe:

...los monos apretaban el botón una y otra vez, incluso después de las convulsiones. No dormían. Comían cinco y seis veces su ración normal, y aun así se volvían famélicos [...]. Al final empezaron a automutilarse y finalmente murieron por abuso de cocaína.

El doctor Deneau ha reconocido que «pocas personas se podrían pagar las dosis masivas de cocaína que estos monos podían obtener»[\[109\]](#).

Aunque se han realizado quinientos experimentos con animales sobre cocaína, esta es solo una pequeña parte de la experimentación que se dedica a convertir a los animales en adictos. En la primera edición de este libro ya mencioné una serie similar de ensayos en los que se usaban morfina y anfetaminas. Los siguientes ejemplos son más recientes.

En la Universidad de Kentucky se usaron beagles para observar los síntomas del síndrome de abstinencia de Valium y de un tranquilizante similar llamado Lorazepam. Se forzó a los perros a convertirse en adictos a la droga y, con posterioridad, se les retiraba cada dos semanas. Los síntomas de la abstinencia incluían tics, contracciones, temblores corporales, carreras, pérdida de peso rápida, temor y acobardamiento. Después de cuarenta horas sin Valium, «se observaron numerosas convulsiones tónico-clónicas en siete de cada nueve perros [...]. Dos perros tuvieron episodios repetidos de ataques clónicos en todo el cuerpo». Cuatro de los perros murieron —dos mientras tenían convulsiones y dos después de una rápida pérdida de peso—. El Lorazepam produjo síntomas similares pero sin muertes convulsivas. Los experimentadores revisaron experimentos realizados desde 1931 en los que los síntomas del síndrome de abstinencia de barbitúricos y tranquilizantes habían sido observados en ratas, gatos, perros y primates[\[110\]](#).

Después de revisar la historia de los experimentos en los que se demuestra que «pueden aparecer efectos parecidos a los de la abstinencia tras administrar dosis únicas de opiáceos a varias especies», incluidos perros, ratones, monos y ratas, D. M. Grilly y G. C. Gowans, de la Universidad Estatal de Cleveland, procedieron a demostrar la hipótesis de que el síndrome de abstinencia de morfina produce hipersensibilidad al dolor. Las ratas fueron entrenadas mediante un procedimiento que comprendía una media de 6.387 ensayos con «descargas discriminatorias». En ellos, las ratas tenían que responder al recibir una descarga eléctrica. Después se les inyectaba morfina y se las exponía a descargas eléctricas uno, dos, tres y siete días después. Los experimentadores comprobaron que la sensibilidad a la descarga era más elevada durante los días siguientes a la administración de la morfina[\[111\]](#).

He aquí un ejemplo aún más grotesco de la investigación con drogas. En la Universidad de California en Los Angeles, Roñal Siegel encadenó dos elefantes a una caseta. La hembra fue utilizada en pruebas de fijación de media con el fin de «determinar los procedimientos y dosis para la administración de LSD». Se le daba la droga oralmente y con una escopeta de dardos. Después de esto, los experimentadores proporcionaron dosis de LSD a ambos elefantes cada día durante dos meses y observaron su comportamiento. Altas dosis del alucinógeno hicieron que la hembra cayera sobre su costado —temblando y prácticamente sin respirar durante una hora—. Esas mismas dosis hicieron que el macho se volviera agresivo y atacara a Siegel, que describió este comportamiento agresivo repetido como «inapropiado»[\[112\]](#).

Al menos, el último episodio de esta triste historia de la experimentación con drogas tiene un final feliz. Los investigadores del Medical College de la Universidad de Cornell administraron grandes dosis de barbitúricos a gatos por medio de tubos implantados quirúrgicamente en sus estómagos. Después detuvieron repentinamente el suministro. Así se describieron los síntomas de la abstinencia:

Algunos no se podían tener en pie [...]. La postura de patas abiertas era observable en animales que mostraban los signos más severos de abstinencia y las convulsiones más frecuentes del tipo «grand mal». Casi todos los animales murieron durante, o poco después de, periodos de actividad convulsiva continua [...]. A menudo se observó una respiración rápida o trabajosa cuando otros signos de abstinencia eran más intensos [...]. Se observó hipotermia cuando los animales estaban más debilitados, especialmente después de ataques persistentes y cuando estaban cerca de la muerte[\[113\]](#).

Estos experimentos comenzaron en 1975. Aunque el abuso de barbitúricos había sido un serio problema en años anteriores, para entonces su distribución estaba severamente restringida y el abuso había disminuido, como viene haciéndolo desde entonces. Sin embargo, los experimentos con gatos en la Universidad de Cornell continuaron durante

catorce años. En 1987, Trans-Species Unlimited, un grupo pro derechos de los animales de Pennsylvania, reunió toda la información disponible que pudo encontrar sobre los experimentos e inició una campaña para pararlos. Durante cuatro meses, personas concienciadas se manifestaron ante el laboratorio y escribieron cartas a las agencias que financiaban la investigación, la prensa, la universidad y los legisladores. Después de defender los experimentos durante mucho tiempo, a finales de 1988 Cornell y Michiko Okamoto, el investigador responsable de los experimentos, escribieron al centro que facilitaba los fondos, el National Institute on Drug Abuse, renunciando a una subvención adicional de 530.000 dólares que hubiera servido para continuar la investigación durante tres años más[114].

¿Cómo pueden ocurrir estas cosas? ¿Cómo pueden personas que no son sádicas pasar su jornada laboral provocando depresiones de por vida a monos, calentando perros hasta la muerte o volviendo drogadictos a gatos? ¿Cómo, después de todo esto, puede alguien quitarse su bata blanca, lavarse las manos e irse a casa a cenar con su mujer e hijos? ¿Cómo pueden permitir los contribuyentes que su dinero se use para financiar estos experimentos? ¿Cómo pudieron los estudiantes realizar protestas contra la injusticia, la discriminación y la opresión, de cualquier tipo y sin límite geográfico, mientras ignoraban las crueldades que se cometían —y aún se cometen— en sus propias universidades?

La respuesta a estas preguntas yace en la aceptación no cuestionada del especismo. Toleramos crueldades con miembros de otras especies que nos enfurecerían si se llevaran a cabo con miembros de la nuestra. El especismo hace que los investigadores consideren a los animales con los que experimentan como una parte más del instrumental, útiles de laboratorio y no criaturas vivas que sufren. Es más, en las solicitudes de subvención a las agencias gubernamentales financiadoras, los animales son mencionados como «artículos» junto con los tubos de ensayo y los instrumentos de grabación.

Aparte de la actitud especista general, que los experimentadores comparten con otros ciudadanos, hay factores particulares que contribuyen a hacer posibles los experimentos descritos. El más determinante, sin duda, es el inmenso respeto que todavía sentimos por los científicos. Aunque la aparición de las armas nucleares y la contaminación ambiental nos ha hecho pensar que la ciencia y la tecnología no son tan beneficiosas como pudiera parecer a primera vista, la mayoría de la gente aún tiende a reverenciar a quien lleve una bata blanca y posea un doctorado. Stanley Milgram, un psicólogo de Harvard, demostró en una conocida serie de experimentos que las personas corrientes obedecen las instrucciones de un investigador vestido con bata blanca para administrar lo que aparenta ser (aunque de hecho no lo sea) una descarga eléctrica a un sujeto como «castigo» por no contestar correctamente a unas preguntas, y continúan haciéndolo incluso cuando el sujeto humano grita y finge sentir un gran dolor[115]. Si esto puede suceder cuando el responsable actúa en la creencia de que está causando dolor a un humano, ¿no es aún mucho más fácil que un estudiante deje a un lado sus escrúpulos iniciales cuando su profesor le está instruyendo para hacer experimentos con animales? Lo que Alice Heim, con toda razón, ha denominado el «aleccionamiento» del estudiante es un proceso gradual que comienza con disecciones de ranas en las clases de Biología de la escuela. Cuando el estudiante de Medicina, Psicología o Veterinaria llega a la universidad y descubre que para completar los estudios que tanto le interesan ha de experimentar con animales vivos, le resulta difícil oponerse, especialmente porque sabe que lo que se le está exigiendo es una actividad normal en su campo. Aquellos estudiantes que se han negado a hacerlo han sido suspendidos y a menudo se les obliga a abandonar los estudios escogidos.

La presión para adaptarse no se interrumpe cuando el estudiante acaba la carrera. Si quiere doctorarse en algún campo en que es habitual la experimentación con animales, le aconsejarán que diseñe sus propios experimentos y los utilice para su tesis doctoral. Naturalmente, si esta es la educación que reciben los estudiantes, tenderán a continuar por el mismo camino cuando se conviertan en profesores y, a su vez, entrenarán a sus propios estudiantes de la misma forma.

Aquí, el testimonio de Roger Ulrich, un experimentador que escapó a su condicionamiento y ahora reconoce que causó «años de tortura» a los animales, desde ratas hasta monos, es especialmente revelador. En 1977, la revista *Monitor*, publicada por la Asociación Americana de Psicología, informó de que los experimentos sobre agresión realizados por Ulrich habían sido mencionados en un subcomité congresual como ejemplo de investigación inhumana. Para sorpresa de los antiviviseccionistas que le habían criticado, y sin duda del propio director de *Monitor*, Ulrich escribió para decir que se sentía «estimulado» por la crítica, y añadía:

Al inicio, mi investigación fue motivada por el deseo de comprender y ayudar a resolver el

problema de la agresión humana, pero posteriormente descubrí que los resultados de mi trabajo no parecían justificar su continuación. Al contrario, empecé a preguntarme si quizá las prestaciones económicas, el prestigio profesional, la oportunidad de viajar, etcétera, no serían los factores que me interesaban, y si nosotros, los miembros de la comunidad científica (patrocinados por nuestro sistema burocrático y legislativo), no seríamos en realidad parte del problema[116].

Don Barnes, que como hemos visto antes sufrió también un cambio de actitud similar respecto a su trabajo de irradiar monos entrenados para las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, denomina el proceso que describe Ulrich «ceguera ética condicionada». En otras palabras, al igual que se puede condicionar a una rata para que apriete una palanca a cambio de un premio en forma de comida, un ser humano puede ser también condicionado por premios profesionales para ignorar las cuestiones éticas que presentan los experimentos con animales. Como dice Barnes:

Yo representaba un ejemplo clásico de lo que he dado en llamar «ceguera ética condicionada». Toda mi vida había sido premiado por utilizar animales, tratándolos como instrumentos para la mejora o el entretenimiento de los humanos [...]. Durante mis dieciséis años en el laboratorio, la moralidad y la ética de la utilización de animales de laboratorio nunca se abordaron en reuniones formales o informales con anterioridad a que yo planteara esos temas durante mi última temporada como vivisector[117].

No son solo los experimentadores quienes sufren de ceguera ética condicionada. Las instituciones de investigación a veces contestan a sus críticos diciéndoles que disponen de un veterinario para cuidar de los animales. Se supone que tales declaraciones nos van a tranquilizar, debido al mito generalizado de que todos los veterinarios son personas que quieren a los animales y no permiten que se les haga sufrir innecesariamente. Por desgracia, esto no es así. Sin duda, muchos veterinarios escogieron esa profesión porque se preocupaban por los animales, pero a alguien que realmente aprecie a los animales tiene que resultarles difícil completar los estudios de Veterinaria sin que se le adormezca la sensibilidad ante el sufrimiento animal, y quizá los más sensibles no sean capaces de terminarlos. Un ex estudiante de veterinaria escribía así a una organización de protección animal:

La ambición y el sueño de mi vida de hacerme veterinario se disiparon después de varias experiencias traumáticas ligadas a los procedimientos experimentales estándar, utilizados por los desapasionados profesores de la Facultad de Veterinaria de la universidad de mi estado. Les parecía perfectamente aceptable experimentar con animales y luego acabar con las vidas de todos los que utilizaban, cosa que yo encontré repugnante e inaceptable para mi propio código moral. Después de numerosas confrontaciones con estos inhumanos viviseccionistas, decidí con dolor cambiar de carrera[118].

En 1966, cuando se estaban intentando aprobar leyes para proteger a los animales de laboratorio, la Asociación Americana de Medicina Veterinaria defendió ante los comités del Congreso que, aunque favorecía la legislación encaminada a detener el robo de mascotas para su venta posterior a laboratorios, se oponía a la concesión de licencias y a las regulaciones de los centros investigadores, ya que estas medidas podían interferir en los objetivos de la investigación. La actitud básica de la corporación era, como se indicaba en un artículo del *Journal of the American Veterinary Medical Association*, que «la *raison d'être* de la profesión veterinaria es el bienestar total del hombre, y no el de los animales inferiores»[119]. Una vez comprendidas las implicaciones de este excelente ejemplo de especismo, nadie debería sorprenderse al saber que los veterinarios formaban parte de los equipos de investigación que realizaron muchos de los experimentos descritos en este capítulo. Como ejemplo, pueden revisarse las descripciones que hemos hecho acerca del experimento en la PEP sobre exposición al gas nervioso soman. El informe del que se tomó esta descripción indica: «El cuidado rutinario de los animales fue proporcionado por la División de Ciencias Veterinarias de la Escuela de Medicina Aeroespacial de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos».

En América, los veterinarios ofrecen «cuidado rutinario» a los animales que sufren abusos innecesarios. ¿Es esta la meta de la profesión veterinaria? (Sin embargo, los veterinarios pueden albergar algunas esperanzas, ya que se ha creado una organización profesional para proporcionar apoyo a colegiados y estudiantes con preocupaciones éticas respecto al tratamiento de animales no humanos).

Una vez que una cierta modalidad de experimentación con animales se convierte en la forma aceptada de investigación en un campo concreto, el proceso es autoconfirmante y difícil de interrumpir. No solo las publicaciones y las promociones, sino también las subvenciones que financian la investigación y los premios, acaban vinculándose a los

experimentos con animales. Una propuesta de un nuevo experimento con animales es algo que los administradores de los fondos para la investigación están dispuestos a apoyar si en el pasado ya han apoyado otros experimentos con animales. Los nuevos métodos que no utilizan animales les serán menos familiares y, por tanto, menos propicios para recibir apoyo.

Todo esto ayuda a explicar por qué a las personas ajenas a las universidades no les es siempre fácil comprender los motivos de las investigaciones realizadas bajo los auspicios universitarios. Quizá en un primer momento los estudiosos e investigadores simplemente quisieron resolver los problemas más importantes y no se dejaron influir por otras consideraciones. No hay duda de que estas inquietudes siguen motivando a algunos. Sin embargo, muy a menudo la investigación científica se ve enmarañada en pequeños e insignificantes detalles porque las cuestiones importantes han sido ya estudiadas y solucionadas o resultan demasiado difíciles, por lo que los investigadores salen del camino ya trillado en busca de nuevos territorios donde cualquier descubrimiento que hagan será nuevo, aunque su conexión con un problema importante sea remota. No es raro, como ya hemos visto, que los experimentadores admitan que ensayos similares ya se habían hecho antes muchas veces, pero sin esta o aquella variación menor; y la conclusión final más común en las publicaciones científicas es que «se necesita una investigación más amplia».

Cuando leemos informes de experimentos que causan dolor y que ni siquiera parecen encaminados a producir resultados realmente significativos, en un primer momento tendemos a pensar que debe de haber alguna otra razón que no alcanzamos a comprender —que los científicos deben de tener algún motivo para lo que hacen, aunque no lo indiquen en sus informes—. Cuando describo tales experimentos a algunas personas o leo literalmente los informes de los investigadores, la reacción más común que suscito es la de extrañeza o escepticismo. Cuando profundizamos más en el tema, sin embargo, encontramos que lo que parece trivial en la superficie resulta ser realmente trivial. Los propios experimentadores admiten a menudo este extremo extraoficialmente. H. F. Harlow, cuyos experimentos mencionamos al principio de este capítulo, fue durante doce años el editor del *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, una revista que ha publicado más informes de experimentos dolorosos con animales que casi ninguna otra. Al final de este periodo, en el que Harlow estimó haber revisado unos 2.500 artículos presentados para su publicación, escribió en una nota de despedida semijocosa que «no valía la pena realizar la mayoría de los experimentos, y la información obtenida carecía de suficiente valor para ser publicada»[\[120\]](#).

Esto no debería sorprendernos. Los investigadores, incluso los de psicología, medicina y ciencias biológicas, son seres humanos propensos a las mismas influencias que cualquier otro ser humano. Les gusta avanzar en su carrera, recibir promociones y que los colegas lean y discutan su trabajo. La publicación de artículos en las revistas adecuadas es un elemento importante en el proceso de promoción y un prestigio profesional añadido. Esto sucede en todos los campos, en filosofía o historia tanto como en psicología o medicina, y es enteramente comprensible y apenas criticable en sí mismo. Los únicos daños que causan los filósofos e historiadores que publican artículos para mejorar sus perspectivas profesionales son el gasto de papel y el aburrimiento de sus colegas; aquellos cuyo trabajo incluye la experimentación con animales, sin embargo, causan un gran dolor o sufrimiento prolongado. Su trabajo, por tanto, debería estar sometido a criterios de necesidad mucho más estrictos.

Las agencias gubernamentales de Estados Unidos, Inglaterra y otros países que promocionan la investigación en ciencias biológicas se han convertido en los principales patrocinadores de los experimentos con animales. Ciertamente, los fondos públicos procedentes de los impuestos han pagado la gran mayoría de los experimentos descritos en este capítulo. Muchas de estas agencias están financiando experimentos que solo tienen una conexión remota con los fines para los que fueron creadas las agencias. En páginas anteriores he descrito experimentos que fueron financiados por el Instituto de Salud Nacional de Estados Unidos, la Agencia de Salud Mental, Abuso de Drogas y Alcohol, la Administración Federal de Aviación, el Departamento de Defensa, la Fundación Nacional de Ciencias, la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio y otras muchas. No es fácil comprender por qué el Ejército de Estados Unidos tendría que pagar un estudio de las modalidades de la distribución de la orina en ratas calentadas y drogadas, o por qué el Servicio de Salud Pública de Estados Unidos querría entregar su dinero para administrar LSD a elefantes.

Puesto que estos experimentos son financiados por agencias del Gobierno, apenas resulta necesario añadir que no existe una ley que prohíba a los científicos realizarlos.

Hay leyes que prohíben a las personas corrientes apalea a sus perros hasta la muerte, pero en Estados Unidos los científicos pueden hacer esto mismo con impunidad y sin que nadie compruebe si efectivamente estos actos van a dar como resultado beneficios que no se obtendrían de una paliza normal. Esta situación es así porque la fuerza y el prestigio del cuerpo científico, apoyado por los diversos grupos interesados, incluidos los que crían animales para venderlos a laboratorios, han bastado para parar todo intento de control legal efectivo.

Robert J. White, del Hospital General Metropolitano de Cleveland, es un experimentador que se ha especializado en trasplantar cabezas de monos, que mantiene vivas en líquidos después de haberlas separado por completo de sus cuerpos. Es el ejemplo perfecto del científico que considera a un animal de laboratorio como un «instrumento de investigación»; es más, él mismo ha dicho que el principal objetivo de su trabajo con cabezas de monos decapitados es «ofrecer un instrumento de laboratorio vivo» para la investigación del cerebro. El periodista a quien hizo esta declaración consideró la visita al laboratorio de White «una rara y desoladora mirada al mundo frío y clínico del científico, donde la vida del animal no tiene significado alguno más allá del propósito inmediato de la experimentación»[121].

En opinión de White, «la inclusión de animales en nuestro sistema ético carece filosóficamente de significado y es operacionalmente imposible»[122]. En otras palabras, White se ve a sí mismo sin frenos éticos respecto a lo que les hace a los animales. Por tanto, no es ninguna sorpresa que otro periodista que le entrevistó observase que White «se irrita con las reglas, tanto de los administradores de hospitales como de los aseguradores. “Soy un elitista”, dice. Cree que los médicos deberían ser gobernados por sus iguales»[123].

Otro activo enemigo de las regulaciones del Gobierno es David Baltimore, profesor del Instituto de Tecnología de Massachusetts y premio nobel. Durante una reciente ponencia en la reunión nacional de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, se refirió a las «largas horas» que él y sus colegas habían pasado luchando contra la reglamentación de su investigación[124]. La base de la oposición de Baltimore a tal reglamentación había quedado clara algunos años antes, cuando apareció en un programa de televisión con el filósofo de Harvard Robert Nozick y otros científicos. Nozick preguntó a los científicos si alguna vez consideran que el hecho de que un experimento vaya a matar a cientos de animales constituye una razón para no realizarlo. Uno de los científicos contestó: «No, que yo sepa». Nozick presionó sobre su pregunta: «Los animales ¿no cuentan para nada?». Un científico contestó: «¿Por qué deberían contar?». En este punto, Baltimore intercaló que él no consideraba que la experimentación con animales constituyese ningún tema moral[125].

Hombres como White y Baltimore pueden ser científicos ilustres, pero sus manifestaciones sobre los animales muestran que son unos ignorantes en filosofía. No conozco a un solo filósofo profesional entre los que escriben hoy día que pueda estar de acuerdo con que es «insignificante» o «imposible» incluir a los animales en nuestro sistema ético o con que experimentar con animales no constituye un tema moral. Tales declaraciones son comparables, en filosofía, a mantener que la Tierra es plana.

Los científicos americanos han sido hasta la fecha extraordinariamente intransigentes ante la supervisión pública de lo que les hacen a los animales. Incluso han conseguido derrotar regulaciones mínimas que protegían a los animales del sufrimiento en los experimentos. En Estados Unidos, la única ley federal sobre el tema es el Acta de Protección de los Animales. La ley fija las normas para el transporte, alojamiento y manejo de los animales que se venden como mascotas, se exponen o se usan en la investigación. Por lo que se refiere a la experimentación, sin embargo, permite a los investigadores hacer lo que gusten. Esto es intencionado. El motivo ofrecido por el Comité Conferencial del Congreso de Estados Unidos cuando se aprobó el acta fue:

...proporcionar protección al investigador en este tema excluyendo de las regulaciones a todos los animales durante la investigación o experimentación [...]. No es intención del comité interferir en modo alguno con la investigación o experimentación[126].

Una sección de la ley requiere que aquellas empresas privadas y otras organizaciones que se registren bajo el acta (ni las agencias del Gobierno que realizan investigaciones ni muchos centros más pequeños tienen que registrarse) deben presentar un informe indicando que, cuando se hayan realizado experimentos dolorosos sin el uso de calmantes, ha obedecido a que era necesario para conseguir los objetivos del proyecto de investigación. No se intenta siquiera juzgar si estos «objetivos» son suficientemente importantes para justificar ese dolor. En estas circunstancias, tal condición solo sirve para

crear papeleo adicional, y esta es una queja fundamental entre los experimentadores. Naturalmente, no pueden administrar a los perros las descargas eléctricas continuas que les producirán un estado de desamparo si al mismo tiempo los anestesian; tampoco pueden producir una depresión en monos mientras los mantengan felices o indiferentes con drogas. Por tanto, en tales casos pueden decir sin faltar a la verdad que los objetivos del experimento no se pueden alcanzar si se utilizan calmantes, y continuar con el experimento como lo hubieran hecho antes de que existiera esa ley.

Así pues, no debería extrañarnos que, por ejemplo, el informe del experimento con soman en la PEP esté prologado con la siguiente declaración:

Los animales implicados en este estudio fueron conseguidos, mantenidos y usados de acuerdo con el Acta de Protección de los Animales y la *Guía para el cuidado y uso de animales de laboratorio* elaborada por el Institute of Laboratory Animal Resources-National Research Council.

De hecho, la misma declaración aparece en el manual de entrenamiento de la base de Brooks para la Plataforma de Equilibrio de Primates, en el informe del experimento de la «rueda de actividad de primates» del Instituto de Investigación de Radiobiología de las Fuerzas Armadas y en otras muchas publicaciones americanas recientes de las que he extraído párrafos. La declaración no nos dice nada sobre cuánto sufrieron los animales, ni de lo trivial que pueda haber sido el objetivo por el que sufrieron; pero sí nos dice mucho sobre el valor del Acta de Protección de los Animales y la *Guía para el cuidado y uso de animales de laboratorio* elaborada por el National Research Council's Institute of Laboratory Animal Resources.

La total ausencia de una regulación eficaz en Estados Unidos contrasta radicalmente con la situación de otros muchos países desarrollados. En Inglaterra, por ejemplo, un experimento no se puede realizar sin una licencia concedida por la Secretaría de Estado de Asuntos Internos, y el Acta de los Animales (Procedimientos Científicos) de 1986 indica expresamente que, al decidir la concesión de una licencia para un proyecto de experimentación, «el secretario de Estado sopesará los probables efectos adversos para los animales en cuestión frente a los beneficios que se espera conseguir». En Australia, el Código de Práctica desarrollado por los principales cuerpos científicos del Gobierno (equivalentes al Instituto Nacional de Salud en Estados Unidos) exige que todos los experimentos sean aprobados por un Comité de Ética de la Experimentación Animal. Estos comités deben incluir a una persona interesada en la protección animal que no trabaje para la institución que va a realizar el ensayo y a una persona adicional independiente que no esté involucrada en la experimentación animal. El comité debe aplicar una serie detallada de principios y condiciones que incluyen instrucciones para ponderar el valor científico o educativo del experimento en relación con los potenciales efectos sobre el bienestar de los animales. Además, debe usarse anestesia si el experimento «puede causar dolor de una clase y en un grado para el que la anestesia sería normalmente utilizada en la práctica médica o veterinaria». El Código de Práctica australiano se aplica a todos los investigadores que obtengan subvenciones del Gobierno, y por ley estatal es vinculante para todos los experimentadores en Victoria, New South Wales y Australia del Sur[127]. Suecia también exige que los experimentos sean aprobados por comités que incluyen miembros independientes. En 1986, después de revisar las leyes en Australia, Canadá, Japón, Dinamarca, Alemania, Países Bajos, Noruega, Suecia, Suiza y el Reino Unido, la Oficina de Certificaciones de Tecnología del Congreso de Estados Unidos concluyó:

La mayoría de los países examinados para este estudio tienen leyes mucho más protectoras de los animales de experimentación que las de Estados Unidos. A pesar de estas garantías, quienes defienden el bienestar animal han estado ejerciendo una presión considerable para conseguir leyes aún más contundentes, y muchos países, incluidos Australia, Suiza, Alemania y el Reino Unido, están estudiando cambios importantes[128].

De hecho, en Australia y en el Reino Unido ya se han aprobado leyes más proteccionistas desde que se hizo esta declaración.

Espero que esta comparación no se entienda mal. No quiere decir que todo lo relativo a la experimentación animal esté bien en países como el Reino Unido y Australia. Eso estaría muy lejos de la verdad. En esos países, el «equilibrio» entre los potenciales beneficios y el daño a los animales todavía se lleva a cabo desde la asunción de una actitud especista hacia los animales, por lo que resulta imposible que sus intereses reciban la misma consideración que similares intereses de los humanos. He comparado la situación de Estados Unidos con la de otros países solamente para mostrar que las normas norteamericanas en este tema son desastrosas no solo según los criterios de los

partidarios de la liberación animal, sino también según los aceptados por las comunidades científicas de otras importantes naciones desarrolladas. Sería muy conveniente que los científicos de Estados Unidos se vieran a sí mismos como les ven sus colegas de otros países. En conferencias médicas y científicas a las que asisto en Europa y Australia, a menudo hay investigadores que me dicen en un aparte que pueden no estar de acuerdo con todas mis opiniones respecto a la experimentación animal, pero..., y a continuación me cuentan, con un deje de horror en su tono, algo que contemplaron durante su último viaje a Estados Unidos. No es de extrañar que en la respetada revista científica británica *New Scientist* un escritor describiera Estados Unidos como «un país que, según queda reflejado en su legislación de protección animal, parece una nación de bárbaros»[\[129\]](#). De la misma manera en que Estados Unidos se rezagó respecto al mundo civilizado en lo referente a la abolición de la esclavitud humana, hoy se queda atrás en la restricción de las brutalidades desenfrenadas de la esclavitud animal.

En 1985, varias enmiendas menores al Acta de Protección de los Animales de Estados Unidos mejoraron los requisitos de ejercicio para perros y de alojamiento para primates, pero no trataron el problema del control sobre lo que sucede durante un experimento. Las enmiendas organizaban comités institucionales para animales, pero al mantener sin cambios la exención de interferencias concedida a los experimentos, estos comités no tienen autoridad sobre lo que sucede en los experimentos[\[130\]](#).

En cualquier caso, y a pesar de que el Acta de Protección de los Animales se aprobó hace más de veinte años, su cumplimiento es prácticamente nulo. Para empezar, el secretario de Agricultura ni siquiera ha emitido normas para extender las provisiones del acta a ratones, ratas, pájaros y animales de granja utilizados en la investigación. Cabe suponer que esto se debe a que el Departamento de Agricultura carece de suficientes inspectores para comprobar las condiciones de animales como los perros, los gatos y los monos, por no hablar de los pájaros, las ratas, los ratones y los animales de granja. Como dijo la Office of Technology Assessment, «los fondos y el personal para la vigilancia no han estado nunca a la altura de las expectativas de aquellos que piensan que la misión principal de la ley existente es evitar o disminuir el sufrimiento de los animales de experimentación». El personal de esta oficina inspeccionó una lista de 112 instalaciones donde se llevaban a cabo experimentos con animales y encontró que el 39 por ciento ni siquiera estaban registradas en la sección del Departamento de Agricultura que se encarga de la inspección de los laboratorios. Es más, el informe indica que este es un cálculo conservador del número real de laboratorios de animales sin registrar y que, por tanto, no se han inspeccionado y están fuera de todo control[\[131\]](#).

La reglamentación estadounidense sobre experimentación animal es hoy una farsa continuada: existe una ley que, sobre el papel, es aplicable a todos los animales de laboratorio de sangre caliente, pero solo puede hacerse efectiva por medio de regulaciones que, en palabras de la Office of Technology Assessment, «probablemente no afecten a un porcentaje sustancial de los animales usados para fines experimentales». Esta oficina también dijo que la exclusión de muchas especies de la protección del acta «parece frustrar la intención del Congreso e ir más allá de la autoridad legal de la Secretaría de Agricultura»[\[132\]](#). Estas son palabras fuertes para la normalmente comedida Office of Technology Assessment; pero, tres años después, nada se ha hecho para cambiar la situación. En efecto, un informe de 1988 realizado por un panel de científicos norteamericanos de primera línea consideró, pero rechazó, una recomendación para que las reglamentaciones se extendieran para cubrir a todos los animales de sangre caliente. No se dio razón alguna para este rechazo: queda como un ejemplo más de la actitud obstruccionista de los científicos estadounidenses a las más elementales mejoras en las condiciones de los animales que utilizan[\[133\]](#).

La farsa no muestra señal alguna de llegar a su fin. El problema es que no resulta nada divertida. No hay razón para creer que las ratas y los ratones son menos sensibles al dolor y al sufrimiento, o necesitan menos de unas normas mínimas de alojamiento y transporte, que las cobayas, los hámsteres, los conejos o muchos otros animales.

Hasta ahora, en las descripciones de experimentos incluidas en este capítulo me he limitado a resumir los informes escritos por los propios experimentadores y publicados en las revistas científicas. No se puede decir que estos datos estén siendo exagerados. Debido a la total ausencia de una inspección o escrutinio adecuados de lo que sucede en los experimentos, la realidad es a menudo mucho peor que el informe publicado. Esto quedó claro en 1984, en el caso de los experimentos dirigidos por Thomas Gennarelli en la Universidad de Pennsylvania. El objetivo de los experimentos era provocar heridas en las cabezas de los monos para después examinar la naturaleza del daño cerebral. Según los documentos de la subvención oficial, los monos iban a ser anestesiados antes de que se les

infligiera daño alguno. De esta forma, parecería que los experimentos no ocasionarían sufrimiento. Pero los miembros de un grupo llamado Frente de Liberación Animal tenían otra información. También sabían que Gennarelli grababa en vídeo sus experimentos. Asaltaron el laboratorio y robaron las cintas. Cuando las visionaron, contemplaron mandriles conscientes, sin anestésiar, que forcejeaban mientras se les ataba antes de que se les provocaran las heridas en la cabeza. Vieron animales retorciéndose, aparentemente despertando de la anestesia mientras los cirujanos operaban en sus cerebros expuestos. También oyeron a los cirujanos riéndose y mofándose de animales asustados y sufrientes. Las cintas de vídeo eran tan condenatorias que —aunque costó más de un año de dura labor por parte del grupo People for the Ethical Treatment of Animals, con sede en Washington, y de cientos de activistas de la causa animal— el secretario de Sanidad y Servicios Humanos cortó la financiación a Gennarelli[134]. Desde entonces, han salido a la luz otros ejemplos, basados normalmente en información suministrada por personas que trabajan en el laboratorio y dan la voz de alarma, aun a costa de perder su trabajo. En 1986, por ejemplo, Leslie Fain, técnico del cuidado de los animales en el laboratorio de pruebas de Gillette en Rockville, Maryland, renunció a su empleo y entregó a activistas de Liberación Animal fotos que ella misma había obtenido dentro del laboratorio. Las fotos mostraban cómo Gillette probaba las nuevas fórmulas de tinta rosa y marrón para sus bolígrafos Paper Mate en los ojos de conejos conscientes. La tinta resultó ser extremadamente irritante y causó derrames sanguinolentos en los ojos de algunos conejos[135]. Se puede intentar adivinar el número de laboratorios en los que el abuso de animales es igual de execrable, pero nadie ha tenido el suficiente coraje para hacer algo al respecto.

¿Cuándo están justificados los experimentos con animales? Al enterarse de la naturaleza de muchos de los experimentos realizados, algunas personas reaccionan diciendo que deben prohibirse todos inmediatamente. Pero si formulamos nuestras exigencias de una manera tan absoluta, los experimentadores disponen de una rápida respuesta: «¿Estaríamos dispuestos a dejar morir a cientos de humanos si se pudieran salvar mediante un solo experimento con un solo animal?».

Desde luego, esta pregunta es puramente hipotética. Nunca ha habido, ni podrá haberlo, un solo experimento que salve miles de vidas. La respuesta adecuada a esta pregunta hipotética es otra pregunta: «¿Estarían dispuestos los investigadores a realizar el experimento con un huérfano humano menor de seis meses si ese fuera el único modo de salvar miles de vidas?»

Si los experimentadores no estuvieran dispuestos a utilizar una criatura humana, su disposición a utilizar animales no humanos revela una forma injustificable de discriminación sobre la base de la especie, ya que gorilas, monos, perros, gatos, ratas y otros animales adultos son más conscientes de lo que les sucede, más capaces de autodirigirse y, por lo que sabemos, al menos igual de sensibles al dolor que una criatura humana. (He especificado que el niño fuera huérfano para evitar la complicación de los sentimientos de los padres. Plantear el caso de esta manera es, si acaso, condescendiente de cara a quienes defienden el uso de animales no humanos en experimentos, ya que los mamíferos destinados a uso experimental suelen ser separados de sus madres a muy temprana edad, cuando la separación causa aflicción tanto en la madre como en el hijo).

Por lo que sabemos, los bebés no poseen ninguna característica moralmente relevante en mayor medida que los animales no humanos adultos, a menos que consideremos el potencial del niño como una característica que convierte la experimentación con él en un acto condenable. Que hayamos de tener en cuenta esta característica es un tema polémico: si lo hacemos, tenemos que condenar el aborto al mismo tiempo que los experimentos con los niños, ya que el potencial del bebé y el del feto es el mismo. No obstante, para evitar las complejidades de este planteamiento, podemos modificar un poco nuestra pregunta de partida y suponer que se trata de un bebé con una lesión cerebral grave e irreversible que imposibilita su desarrollo por encima del nivel de un niño de seis meses. Existen, por desgracia, muchos seres humanos así encerrados en instituciones especiales por todo el país, algunos de ellos abandonados por sus padres y parientes desde hace mucho tiempo y, a veces, tristemente, sin el amor de nadie. A pesar de sus deficiencias mentales, su anatomía y fisiología son idénticas en casi todos los aspectos a las de los seres humanos normales. Si, por tanto, les forzásemos a ingerir grandes cantidades de barniz para el suelo o les echáramos soluciones concentradas de cosméticos en los ojos, tendríamos una indicación mucho más positiva de la seguridad de estos productos para otros humanos que tratando de extrapolar los resultados de las pruebas realizadas a varias otras especies distintas. Las pruebas LD50, las pruebas Draize en ojos, los experimentos con radiaciones, sobre golpes de calor y muchos otros descritos

anteriormente en este capítulo nos podrían haber dicho más sobre las reacciones humanas a la situación experimental si se hubieran hecho con humanos con una lesión cerebral grave en lugar de con perros o conejos.

Así pues, siempre que un investigador alegue que su experimento es lo bastante importante para justificar la utilización de animales debemos preguntarle si estaría dispuesto a hacerlo con un ser humano con daño cerebral cuyo nivel mental fuese el mismo que el del animal que pensaba utilizar. No puedo pensar que alguien pudiera proponer seriamente realizar los experimentos descritos en este capítulo con humanos con lesiones cerebrales. Alguna vez se ha sabido que ciertos experimentos médicos se han realizado en seres humanos sin su consentimiento; un caso afectó a niños disminuidos intelectualmente internados en instituciones, a quienes se provocó hepatitis[136]. Cuando se llegan a conocer tales experimentos dañinos en seres humanos, suelen generar un clamor de protesta contra los experimentadores, clamor que, por otra parte, está muy justificado. Con mucha frecuencia, se trata de casos ejemplares de la arrogancia del investigador dispuesto a justificar todo apelando a la ampliación del conocimiento. Pero si el investigador aduce que el experimento es lo bastante importante como para justificar que se cause sufrimiento a los animales, ¿por qué no lo es como para justificar que se cause sufrimiento a humanos del mismo nivel mental? ¿Cuál es la diferencia entre ambos? ¿Solamente que uno es miembro de nuestra especie y el otro no? Pero apelar a esa diferencia revela un prejuicio no más defendible que el racismo o cualquier otra forma de discriminación arbitraria.

En el campo de la experimentación, la analogía entre el especismo y el racismo es válida tanto en la práctica como en la teoría. El especismo puro es lo que conduce a la experimentación dolorosa con otras especies, defendida en aras de su contribución al conocimiento y a la posible utilidad para los humanos. El racismo sin tapujos es lo que ha conducido a la realización de dolorosos experimentos con otras razas, defendidos en aras de su contribución al conocimiento y a la posible utilidad para la raza que experimenta. En Alemania, durante el régimen nazi, cerca de doscientos médicos, algunos eminentes en el campo de la medicina, participaron en experimentos con prisioneros judíos, rusos y polacos. Miles de médicos más conocían estos experimentos, algunos de los cuales fueron tema de conferencias en academias de medicina. No obstante, las crónicas atestiguan que los doctores escuchaban los informes médicos sobre los horribles daños que se infligían a estas «razas inferiores» y que, después, pasaban a discutir las lecciones que se desprendían de todo ello sin la más leve protesta contra la naturaleza de los experimentos. Los paralelismos que hay entre esta actitud y la que tienen hoy los experimentadores hacia los animales son sorprendentes. Entonces, como ahora, los sujetos eran congelados, sometidos a muy altas temperaturas e introducidos en cámaras de descompresión. Entonces, como ahora, se relataban estos hechos en una jerga científica desapasionada. El siguiente párrafo está tomado de un informe de un científico nazi sobre un experimento con un ser humano a quien se introdujo en una cámara de descompresión:

Después de cinco minutos empezaron los espasmos; entre el sexto y décimo minuto aumentó la frecuencia de la respiración, produciéndose la pérdida de la consciencia del TP [persona sometida a la prueba]. Desde el minuto once al trece, la respiración descendió a tres inhalaciones por minuto, deteniéndose completamente al final de ese periodo [...]. Una media hora después de haberse detenido la respiración, se empezó a hacer la autopsia[137].

La experimentación con la cámara de descompresión no cesó con la derrota de los nazis. Se trasladó a animales no humanos. Por ejemplo, en la Universidad de Newcastle on Tyne, en Inglaterra, los científicos utilizaron cerdos. Los cerdos fueron sometidos a un total de 81 procesos de descompresión durante nueve meses. Todos sufrieron el síndrome de la descompresión y algunos murieron por ello[138]. El ejemplo ilustra a la perfección lo que escribió el gran escritor judío Isaac Bashevis Singer: «En su comportamiento con las criaturas, todos los hombres (son) nazis»[139].

La experimentación con sujetos ajenos al propio grupo del experimentador es una historia que se repite constantemente con distintas víctimas. En Estados Unidos, el caso más conocido de experimentación humana en el siglo XX consistió en mantener deliberadamente sin tratamiento a pacientes de sífilis en Tuskegee, Alabama, de forma que se pudiera observar el curso natural de la enfermedad. Y se prolongó durante mucho tiempo después de que se demostrara que la penicilina era un tratamiento eficaz contra la sífilis. Las víctimas que no recibieron tratamiento eran, naturalmente, negros[140]. El que quizá fuera el mayor escándalo internacional de la última década en la experimentación con humanos salió a la luz en Nueva Zelanda en 1987. Un respetado doctor de un importante hospital de Auckland decidió no tratar a pacientes con signos incipientes de

cáncer. Intentaba probar su poco ortodoxa teoría de que se trataba de una forma de cáncer que no se desarrollaría, pero no informó a los pacientes de que formaban parte de un experimento. Su teoría estaba equivocada, y veintisiete de sus pacientes murieron. En esta ocasión, las víctimas eran mujeres<sup>[141]</sup>.

Cuando sucesos así salen a la luz, la reacción del público deja muy claro que nuestro ámbito de preocupación moral es más amplio que el de los nazis, y que ya no estamos dispuestos a aceptar un menor grado de preocupación por otros seres humanos; pero aún quedan muchos seres sintientes por quienes no parecemos sentir preocupación real alguna.

Todavía no hemos contestado la pregunta de cuándo puede ser justificable un experimento. No es solución decir: «¡Nunca!». Plantear la moralidad en términos de blanco y negro es atractivo porque elimina la necesidad de pensar en casos particulares, pero en circunstancias extremas siempre se vienen abajo las respuestas absolutas. Torturar a un ser humano está mal casi siempre, pero no es un acto condenable en términos absolutos. Si la tortura fuera el único modo de descubrir el emplazamiento de una bomba nuclear escondida en un sótano de Nueva York y programada para explotar en el plazo de una hora, esa tortura sería justificable. De manera similar, si un solo experimento pudiera curar una enfermedad como la leucemia, ese ensayo sería justificable. Pero en la vida real los beneficios son siempre menos inmediatos e incluso, la mayoría de las veces, inexistentes. Por tanto, ¿cómo decidimos cuándo es justificable un experimento?

Hemos visto que los experimentadores revelan una actitud parcial a favor de su propia especie cuando realizan experimentos con animales no humanos con fines para los que no considerarían justificado utilizar a seres humanos, aunque estos tuvieran algún tipo de lesión cerebral. Este principio nos sirve de orientación para responder a la pregunta que hemos planteado. Puesto que los prejuicios especistas, como los racistas, son injustificables, un experimento no puede estar justificado a menos que su importancia justifique también el uso de un ser humano con lesión cerebral.

Este no es un principio absoluto. No creo que se pueda decir que nunca es justificable experimentar con un humano que sufre una lesión cerebral. Si realmente fuera posible salvar muchas vidas con un experimento que solo acabara con una y no hubiera ningún otro modo de salvarlas, ese ensayo estaría justificado. Pero se trataría de un caso extremadamente raro. Sin duda, ninguno de los experimentos descritos en este capítulo pasaría esta prueba. Decididamente, como en cualquier línea divisoria, habría una zona gris en la que sería difícil decidir si un experimento se podría justificar. Pero no necesitamos distraernos con tales consideraciones en este momento. Como ha mostrado este capítulo, nos encontramos en una situación de emergencia en la que se está causando un sufrimiento horroroso a millones de animales con fines que, desde cualquier punto de vista imparcial, son obviamente inadecuados para justificar el sufrimiento. Cuando hayamos dejado de realizar todos esos experimentos, tendremos tiempo para discutir qué hacer con aquellos otros que se consideran esenciales para salvar vidas o evitar un mayor sufrimiento.

En Estados Unidos, donde la actual falta de control sobre la investigación con animales permite la clase de experimentos descritos en las páginas anteriores, un primer paso mínimo sería exigir que no se realice experimento alguno sin la previa aprobación de un comité ético que incluya a representantes de la protección animal y esté autorizado a denegar el visto bueno a experimentos cuando no considere que sus potenciales beneficios superan ampliamente el daño a los animales. Como hemos visto, ya existen sistemas de este tipo en países como Australia y Suecia, y sus comunidades científicas los consideran razonables y justos. Sobre la base de los argumentos éticos de este libro, tal sistema está aún muy lejos de ser ideal. Los representantes de la protección animal en tales comités proceden de grupos con una amplia gama de opiniones, pero, por razones obvias, los que reciben y aceptan las invitaciones a formar parte de los comités de ética en la experimentación animal tienden a proceder de los grupos menos radicales del movimiento. Ellos mismos pueden pensar que los intereses de los animales no humanos no merecen la misma consideración que los intereses de los humanos; o, aunque piensen que sí, quizá les resulte imposible hacer efectivo este principio cuando valoren las peticiones para efectuar experimentos con animales, porque no sean capaces de persuadir a los restantes miembros del comité. En su lugar, es probable que insistan en considerar debidamente las alternativas, los esfuerzos genuinos para minimizar el dolor, y en que se demuestre claramente que hay potenciales beneficios significativos cuya importancia basta para prevalecer sobre todo dolor o sufrimiento que no se pueda eliminar del experimento. Hoy en día, un comité de ética para la experimentación con animales

aplicaría estas normas casi inevitablemente de una forma especista, sopesando el sufrimiento animal con mayor ligereza que el potencial beneficio humano comparable; incluso así, enfatizar estos criterios eliminaría muchos experimentos dolorosos que ahora se permiten y reduciría el sufrimiento causado por otros.

En una sociedad fundamentalmente especista, no hay ninguna solución rápida para cuestiones como estas en los comités de ética. Por esta razón, algunos liberacionistas de animales no quieren tener relación alguna con ellos. En su lugar, exigen la eliminación absoluta e inmediata de toda la experimentación con animales. Tal reivindicación ha sido realizada en numerosas ocasiones durante el último siglo y medio de actividad antiviviseccionista, pero no parece haber calado en la mayoría de los votantes de país alguno. Entre tanto, el número de animales que sufre en laboratorios siguió creciendo, hasta llegar a los recientes avances descritos en este capítulo. Estos avances fueron fruto del trabajo de personas que encontraron una manera de evitar la mentalidad del «todo o nada», que de hecho había supuesto «nada» por lo que respecta a los animales.

Una razón por la que la demanda de la abolición inmediata de los experimentos con animales no ha logrado persuadir a la opinión pública es que los investigadores respondieron que aceptarla equivaldría a renunciar a encontrar una cura para las enfermedades principales que todavía nos matan, a nosotros y a nuestros hijos. En Estados Unidos, donde los experimentadores pueden hacer prácticamente lo que deseen con los animales, una forma de progresar podría ser preguntar a quienes utilizan este argumento que defiende la necesidad de la experimentación animal si estarían dispuestos a aceptar el veredicto de un comité de ética que, como los de otros muchos países, incluyese una representación de protectores de animales y tuviese derecho a comparar los costes para los animales con los posibles beneficios de la investigación. Si la contestación es «no», la defensa de la experimentación animal que aduce la necesidad de curar enfermedades graves habrá resultado ser un mero argumento falso para engañar a la opinión pública y que esta acepte lo que quieren los experimentadores: permiso para hacer lo que gusten con los animales. Porque, si no, ¿por qué no estaría dispuesto un experimentador a dejar la decisión de realizar el experimento en manos de un comité de ética, que tendría el mismo interés en acabar con las enfermedades graves que el resto de la comunidad? Si la contestación es «sí», se debería solicitar a ese experimentador que firmara una declaración pidiendo la creación de tal comité de ética.

Supongamos que se pudiera ir más allá de reformas mínimas como las que ya existen en las naciones más avanzadas. Supongamos que podemos alcanzar el punto en el que los intereses de los animales reciben realmente la misma consideración que intereses similares de los seres humanos. Eso significaría el final de la gran industria de la experimentación animal como hoy la conocemos. En todo el mundo, las jaulas quedarían vacías y se cerrarían los laboratorios. No debe pensarse, sin embargo, que la investigación médica se detendría de inmediato o que inundaría el mercado un torrente de productos no probados. Por lo que respecta a nuevos productos, es cierto, como ya dije antes, que tendríamos que arreglarnos con una cantidad menor, utilizando ingredientes que ya sabemos que no son peligrosos. Esto no parece ser ninguna gran pérdida. Pero para probar productos realmente esenciales, así como para otros tipos de investigación, se pueden encontrar, y se encontrarían, métodos alternativos que no precisen el uso de animales.

En la primera edición de este libro escribí que «los científicos no buscan alternativas simplemente porque no se preocupan lo suficiente por los animales que usan». Después hice una predicción: «Considerando el poco esfuerzo que se ha invertido en este campo, los primeros resultados prometen un progreso mucho mayor si se aumenta el esfuerzo». En la década pasada, estas dos afirmaciones se revelaron como verdaderas. Ya hemos visto que en las pruebas de productos ha aumentado considerablemente el esfuerzo aplicado a la búsqueda de alternativas a los experimentos con animales —no porque los científicos hayan empezado de repente a preocuparse más por los animales, sino como resultado de las duras campañas de los liberacionistas—. Lo mismo podría suceder en otros muchos campos de la experimentación animal.

Aunque decenas de miles de animales han sido forzados a inhalar el humo del tabaco durante meses e incluso años, la prueba de la conexión entre el uso del tabaco y el cáncer de pulmón se basó en datos de observaciones clínicas en humanos [\[142\]](#). El Gobierno de Estados Unidos continúa invirtiendo miles de millones de dólares en la investigación del cáncer, a la vez que subsidia a la industria del tabaco. Gran parte del dinero para la investigación se dirige a experimentos con animales, pese a ser muy remota la conexión entre muchos de ellos y la lucha contra el cáncer —es sabido que los experimentadores redenominaron su trabajo «investigación del cáncer» cuando descubrieron que podían

conseguir más dinero de esta forma que bajo cualquier otra etiqueta—. Mientras tanto, seguimos perdiendo la batalla contra la mayoría de las formas de cáncer. Cifras facilitadas en 1988 por el US National Cancer Institute muestran que la incidencia media general del cáncer, incluso cuando se ajusta el aumento de edad de la población, ha estado creciendo alrededor de un 1 por ciento por año durante treinta años. Informes recientes sobre el descenso de las cifras de cáncer de pulmón entre jóvenes estadounidenses pueden ser la primera señal de un cambio de esta tendencia, puesto que el cáncer de pulmón causa más muertes que cualquier otra forma de cáncer. Sin embargo, si el cáncer de pulmón está disminuyendo, esta deseada noticia no es el resultado de ninguna mejora en el tratamiento, sino del hecho de que los jóvenes, sobre todo los hombres blancos, están fumando menos. Las cifras de supervivencia al cáncer de pulmón apenas han variado[143]. Sabemos que fumar causa entre un 80 y un 85 por ciento de todos los casos de cáncer de pulmón. Debemos preguntarnos: «¿Podemos justificar que se fuerce a miles de animales a inhalar humo de tabaco para que desarrollen cáncer de pulmón, cuando sabemos que prácticamente podríamos acabar con la enfermedad eliminando el uso del tabaco?». Si las personas deciden continuar fumando, sabiendo que así se arriesgan a un cáncer de pulmón, ¿es correcto hacer sufrir a los animales el coste de esta decisión?

Nuestro pobre historial en el tratamiento del cáncer de pulmón está en la misma línea que el del tratamiento del cáncer en general. Aunque ha habido éxitos en el tratamiento de algunos cánceres específicos, desde 1974 el número de personas que sobreviven cinco años o más después de haberles sido diagnosticado un cáncer ha aumentado menos del 1 por ciento[144]. La prevención, especialmente a través de la educación de los ciudadanos para que lleven vidas más sanas, es una opción más prometedora.

Cada vez más científicos se están dando cuenta de que la experimentación con animales a menudo frena el avance de nuestra comprensión de las enfermedades de los humanos y su tratamiento. Por ejemplo, unos investigadores del National Institute of Environmental Health Sciences (Instituto Nacional de Ciencias de Sanidad Ambiental), en Carolina del Norte, avisaron recientemente de que las pruebas con animales pueden dejar sin identificar algunos productos químicos que causan cáncer en las personas. La exposición al arsénico parece aumentar el riesgo de una persona de contraer cáncer, pero no tiene este efecto en las pruebas de laboratorio con animales[145]. Una vacuna contra la malaria desarrollada en 1985 en Estados Unidos, en el prestigioso Walter Reed Army Institute of Research, funcionó en animales pero resultó inútil en humanos; la vacuna desarrollada por científicos colombianos, que trabajaron con voluntarios humanos, ha resultado más eficaz[146]. Hoy en día, los defensores de la investigación con animales hablan a menudo de la importancia de hallar una cura para el sida; pero Robert Gallo, el primer americano que aisló el VIH (el virus del sida), ha dicho que una posible vacuna desarrollada por el investigador francés Daniel Zagury había resultado más efectiva para estimular la producción de anticuerpos VIH en seres humanos que en animales; y añadió: «Los resultados en chimpancés no han sido muy prometedores [...]. Quizá deberíamos empezar a probar más intensamente en el hombre»[147]. Es significativo que personas con sida hayan apoyado esta propuesta: «Déjenos ser sus cobayas», suplicó Larry Kramer, activista gay[148]. Obviamente, esta súplica tiene sentido. Se encontrará una cura más rápidamente si la experimentación se hace directamente sobre humanos voluntarios, y, debido a la naturaleza de la enfermedad y a los fuertes lazos entre muchos miembros de la comunidad gay, no hay escasez de voluntarios. Por supuesto, hay que tener cuidado con que estos voluntarios comprendan verdaderamente lo que están haciendo y no se ejerza presión o coerción alguna para que participen en un experimento. Pero no sería un sinsentido consentir esto. ¿Por qué deberían estar muriendo personas por una enfermedad invariablemente fatal mientras se prueba una posible cura en animales que no suelen desarrollar el sida?

A los defensores de la experimentación con animales les gusta decirnos que gracias a ella ha aumentado en gran medida nuestra expectativa de vida. En pleno debate sobre la reforma de la ley británica sobre experimentación animal, la Association of the British Pharmacy Industry publicó un anuncio a toda página en *The Guardian* bajo el siguiente encabezamiento: «Dicen que la vida empieza a los cuarenta. No hace mucho, era ahí cuando acababa». El anuncio continuaba diciendo que ahora se considera una tragedia que alguien muera en la cuarentena, mientras que en el siglo XIX era habitual asistir a un funeral de una persona de esa edad, puesto que la expectativa media de vida era solamente de 42 años. El anuncio indicaba que, «en gran parte, es gracias a los avances debidos a la investigación con animales el hecho de que la mayoría de nosotros podamos vivir hasta los setenta».

Tales afirmaciones son, sencillamente, falsas. De hecho, este anuncio concreto era tan

claramente engañoso que un especialista en medicina comunitaria, el doctor David St. George, escribió a *The Lancet* para decir que «el anuncio es un buen material educativo, puesto que ilustra dos graves errores en la interpretación de las estadísticas». También hizo referencia al influyente libro de Thomas McKeown *The Role of Medicine*, publicado en 1976[149], que originó un debate sobre las contribuciones relativas de los cambios sociales y ambientales, en comparación con la intervención médica, en las mejoras en las tasas de mortalidad desde mediados del siglo XIX; y añadía:

Este debate ha sido resuelto y está ahora ampliamente aceptado que las intervenciones médicas tuvieron solo un efecto marginal sobre la mortalidad de la población y, principalmente y en fecha muy posterior, después de que las tasas de mortalidad habían descendido ya significativamente[150].

J. B. y S. M. McKinley llegaron a una conclusión similar en un estudio sobre la disminución de diez enfermedades contagiosas principales en Estados Unidos. Mostraron que, en cada caso, excepto en la poliomielitis, la tasa de mortalidad ya había descendido espectacularmente (es de suponer que debido a la mejora de la dieta y de los servicios sanitarios) antes de que se introdujese ningún sistema nuevo de tratamiento médico. Centrándose en el descenso del 40 por ciento de la mortalidad bruta en Estados Unidos entre 1910 y 1984, estimaron «conservadoramente» que:

...quizá un 3,5 por ciento del descenso de la mortalidad general pueda explicarse a través de las intervenciones médicas en las principales enfermedades contagiosas. Desde luego, y puesto que es precisamente en estas enfermedades donde la medicina presume de mayores éxitos en el descenso de la mortalidad, el 3,5 por ciento probablemente represente una estimación razonable —por lo alto— de la contribución total de las medidas médicas al descenso de la mortalidad por enfermedades contagiosas en Estados Unidos[151].

Recuérdese que este 3,5 por ciento es una cifra que corresponde a la intervención médica total. La contribución de la experimentación animal puede ser, como mucho, una mera fracción de esta pequeñísima contribución al descenso de la mortalidad.

Sin duda, existen algunos campos de la investigación científica que sufrirían un retroceso si predominase una auténtica consideración hacia los intereses de los animales utilizados en la experimentación. No se puede cuestionar que se han producido algunos progresos en el conocimiento que no se habrían logrado tan fácilmente sin la utilización de animales. Ejemplos de descubrimientos importantes mencionados a menudo por quienes defienden la experimentación animal se remontan hasta los tiempos del trabajo de Harvey sobre la circulación de la sangre. Incluyen el descubrimiento de Banting y Best de la insulina y su papel contra la diabetes; el reconocimiento de la poliomielitis como un virus y el desarrollo de una vacuna contra ella; varios hallazgos que sirvieron para hacer posible la cirugía a corazón abierto y la cirugía de *bypass* de la arteria coronaria, así como la comprensión de nuestro sistema inmunológico y el desarrollo de procedimientos para superar el rechazo de los órganos trasplantados[152]. El argumento de que la experimentación animal fue esencial para conseguir estos avances ha sido rechazado por algunos oponentes de estas técnicas[153]. No pretendo entrar aquí en esta controversia. Acabamos de ver que cualquier conocimiento adquirido a través de la experimentación animal ha supuesto, en el mejor de los casos, una muy pequeña contribución al aumento de nuestra expectativa de vida; más difícil resulta estimar su contribución a la mejora de la calidad de vida. En un sentido más fundamental, la controversia sobre los beneficios derivados de la experimentación animal es esencialmente irresoluble, porque, incluso si se lograsen descubrimientos valiosos empleando animales, no podemos decir cuánto éxito habría tenido la investigación médica si se hubiera visto obligada, desde el principio, a desarrollar métodos alternativos de investigación. Algunos descubrimientos probablemente se hubieran retrasado, o quizá nunca hubieran tenido lugar; pero tampoco se habrían seguido muchas pistas falsas y es posible que la medicina se hubiera desarrollado en una dirección muy diferente y más eficaz, enfatizando un modo de vida sano en lugar de la curación.

En cualquier caso, la cuestión ética de la justificación de los experimentos con animales no se puede resolver apuntando a sus beneficios para los seres humanos, independientemente de lo persuasiva que pueda ser tal evidencia en favor de esos beneficios. El principio ético de igual consideración de intereses descarta algunos medios para la obtención del conocimiento. Ya estamos aceptando muchas restricciones a la empresa científica. No creemos que nuestros científicos tengan un derecho general a realizar experimentos dolorosos o letales con seres humanos sin su consentimiento, aunque haya muchos casos en los que tales experimentos harían avanzar el conocimiento mucho más rápidamente que cualquier otro método. Ahora necesitamos ensanchar el

alcance de la restricción existente para la investigación científica.

Por último, es importante darse cuenta de que gran parte de los principales problemas de salud en el mundo continúan existiendo no porque no sepamos cómo prevenir las enfermedades y mantener sanos a los seres humanos, sino porque nadie invierte el suficiente esfuerzo y dinero para poner en práctica el conocimiento que ya poseemos. Las enfermedades que azotan Asia, África, América Latina y las bolsas de pobreza del Occidente industrializado son dolencias que, en su mayoría, sabemos cómo curar. Han sido eliminadas en comunidades que cuentan con una nutrición, una sanidad y unos cuidados médicos adecuados. Se ha calculado que 250.000 niños mueren cada semana en el mundo y que una cuarta parte de estas muertes se debe a la deshidratación causada por la diarrea. Un tratamiento simple, ya conocido y que no precisa experimentación animal, podría evitar las muertes de estos niños[154]. Los que se interesan de verdad por mejorar el cuidado de la salud probablemente harían una contribución más eficaz a la humanidad si dejasen los laboratorios y se dedicaran a hacer llegar a quienes más lo necesitan nuestro bagaje actual de conocimiento médico.

Dicho todo esto, queda todavía una cuestión práctica por resolver: ¿qué podemos hacer para cambiar una actividad tan extendida como la experimentación con animales? Sin duda, se necesita alguna acción que modifique las políticas gubernamentales, pero ¿qué acción en concreto? ¿Qué puede hacer el ciudadano corriente para ayudar a que se opere el cambio?

Los legisladores tienden a ignorar las protestas de sus votantes contra la experimentación animal porque están excesivamente influidos por los grupos científicos, médicos y veterinarios. En Estados Unidos, estos financian grupos de presión política en Washington y actúan fuertemente contra las propuestas para restringir la experimentación. Puesto que los legisladores carecen del tiempo necesario para convertirse en conocedores de esta materia, se fían de lo que les dicen los «expertos». Pero esta es una cuestión moral, no científica, y habitualmente los «expertos» están interesados en que continúe la experimentación o están tan imbuidos de la ética del conocimiento que no pueden tomar distancia de la posición que ocupan y examinar críticamente lo que hacen sus colegas. Es más, han aparecido ahora organizaciones profesionales de relaciones públicas, como la National Association for Biomedical Research, cuyo único propósito es mejorar la imagen de la investigación animal entre el público y los legisladores. La asociación ha publicado libros, producido cintas de vídeo y dirigido talleres de trabajo sobre cómo los investigadores deben defender la experimentación. Se ha ido desarrollando, como otras organizaciones similares, en paralelo a la preocupación por el tema de la experimentación. Ya hemos visto en el caso de otro grupo de presión, la Association of the British Pharmacy Industry, cómo estos grupos pueden engañar a la opinión pública. Los legisladores tienen que aprender que, cuando se discute sobre la experimentación animal, el trato que deben dar a estas organizaciones, y también a las asociaciones médicas, veterinarias, psicológicas y biológicas, es el mismo que darían a General Motors y a Ford cuando se discutiese sobre la contaminación del aire.

Tampoco facilitan la tarea de la reforma las grandes compañías dedicadas al lucrativo negocio de criar o atrapar animales para venderlos, o a fabricar y distribuir las jaulas en las que viven, la comida usada para alimentarlos y el equipo empleado para experimentar con ellos. Estas compañías están dispuestas a gastar grandes cantidades de dinero para oponerse a cualquier legislación que las prive de sus beneficiosos mercados. Con intereses financieros como estos, aliados al prestigio de la medicina y la ciencia, la lucha para acabar con el especismo en el laboratorio está abocada a ser difícil y larga. ¿Cuál es el mejor sistema para avanzar? No parece probable que ninguna democracia occidental vaya a abolir la experimentación animal de un plumazo. Los gobiernos, simplemente, no funcionan así. La experimentación animal solo acabará cuando una serie de reformas individuales haya reducido su importancia, conseguido su sustitución en muchos campos y modificado ampliamente la actitud de la opinión pública hacia los animales. La tarea inmediata, entonces, es trabajar para lograr estas metas parciales, que se pueden ver como hitos en la larga marcha hacia la eliminación de toda explotación de los animales sintientes. Todos aquellos a quienes preocupe acabar con el sufrimiento animal pueden tratar de dar a conocer lo que está sucediendo en las universidades y en los laboratorios de animales de sus comunidades. Los consumidores pueden negarse a comprar productos que hayan sido probados en animales, especialmente cosméticos, puesto que ahora hay alternativas disponibles. Los estudiantes deberían negarse a realizar experimentos que no considerasen éticos. Cualquiera puede estudiar las revistas científicas para saber dónde se están realizando experimentos dolorosos y después encontrar algún medio para

publicitar lo que está sucediendo.

También es necesario conseguir que este sea un tema político. Como ya hemos visto, los legisladores reciben grandes cantidades de cartas sobre la experimentación con animales. Pero ha costado muchos años de duro trabajo que obtenga relevancia política. Afortunadamente, esto ya ha empezado a suceder en varios países. En Europa y Australia, la experimentación animal está siendo examinada con seriedad por los partidos políticos, especialmente los que están cerca de los verdes en el espectro político. En las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 1988, la plataforma del Partido Republicano asumió que el proceso para certificar alternativas a las pruebas con animales de medicinas y cosméticos debería volverse más simple y rápido.

La explotación de los animales de laboratorio es parte del más amplio problema del especismo y es poco probable que se elimine del todo mientras no eliminemos el propio especismo. Seguramente algún día los hijos de nuestros hijos, al leer lo que se hacía en los laboratorios en el siglo XX, sentirán ante lo que era capaz de hacer gente, por lo demás, civilizada el mismo horror e incredulidad que sentimos hoy nosotros cuando leemos las atrocidades sobre los gladiadores de los circos romanos o el comercio de esclavos en el siglo XVIII.

### 3. EN LA GRANJA INDUSTRIAL...

#### o lo que le sucedió a tu comida cuando aún era un animal

Para la mayoría de los seres humanos, especialmente los de las modernas comunidades metropolitanas, la forma de contacto más directa con los animales no humanos se produce a la hora de las comidas: nos los comemos. En este simple hecho está la clave de nuestras actitudes hacia otros animales y también de lo que cada uno de nosotros podemos hacer para cambiarlas. El uso y abuso de los animales que se crían para procurarnos alimento excede con mucho, en números absolutos de animales afectados, a cualquier otro tipo de malos tratos. Anualmente, solo en Estados Unidos se crían y se llevan al matadero 100 millones de vacas, cerdos y ovejas; y por lo que respecta a las aves de corral, la cifra asciende asombrosamente a 5.000 millones (lo que significa que en el tiempo en que el lector lee esta página, unas 8.000 aves —pollos en su mayoría— habrán sido masacradas). Es aquí, cuando nos sentamos a la mesa y en el supermercado o carnicería de nuestro barrio, donde nos ponemos en contacto directo con la mayor explotación que jamás haya existido de otras especies.

Generalmente, ignoramos el abuso de criaturas vivientes que subyace tras la comida de que nos alimentamos. Nuestro consumo en la tienda o en el restaurante es la culminación de un largo proceso que, a excepción de su producto final, se oculta delicadamente ante nuestros ojos. Solemos comprar la carne y las aves envueltas en pulcras bolsas de plástico, donde apenas hay sangre. No hay razón para asociar estas porciones con un animal vivo que respira, camina y sufre. Las mismas palabras que se emplean en inglés para describirlo disimulan su origen: comemos *beef steak*, y no toro, ternera ni vaca, y *pork*[\[155\]](#), no cerdo, aunque por alguna razón nos parezca más fácil enfrentarnos a la verdadera naturaleza de una pierna de cordero[\[156\]](#). El término *meat* («carne») es en sí mismo engañoso. En su origen designaba cualquier tipo de alimento sólido, no necesariamente la carne de los animales. Este significado se prolonga todavía en una expresión como *nut meat*[\[157\]](#), que parece implicar un valor sustitutivo de *flesh meat* pero que en realidad tiene el mismo derecho que la carne a denominarse *meat* [\[158\]](#) por sí misma. Mediante la utilización del término más general *meat* evitamos enfrentarnos con el hecho de que lo que comemos es realmente carne (*flesh*).

Estos disfraces verbales solo son la última capa de una ignorancia más profunda sobre el origen de nuestro alimento. Consideremos las imágenes que nos evoca la palabra «granja»: una casa, un granero, unas gallinas escarbando en el corral vigiladas por un gallo que se contonea al andar, un rebaño de vacas traídas de los campos para ordeñarlas y, quizá, una cerda hozando por el huerto con una camada de chillones cerditos que corren excitadamente tras ella.

Muy pocas granjas han sido nunca tan idílicas como nos haría creer esta imagen tradicional. Y, sin embargo, aún pensamos en una granja como un lugar agradable, remotamente alejado de nuestra vida en la ciudad industrial dominada por el lucro. No hay muchos, entre los pocos que se detienen a pensar en la vida de los animales en las granjas, que conozcan los métodos modernos de cría de animales. Algunas personas se preguntan si se mata a los animales sin dolor, y quien haya seguido por la carretera a un camión lleno de ganado tiene que saber que los animales de granja se transportan en condiciones de gran hacinamiento; pero pocos sospechan que tanto el transporte como el matadero son algo más que la conclusión breve e inevitable de una vida cómoda y tranquila, una vida que reúne los placeres naturales de la vida animal sin las fatigas de los animales salvajes en su lucha por la supervivencia.

Estas cómodas suposiciones tienen poco que ver con las modernas explotaciones pecuarias. Para empezar, ya no se trata de una tarea controlada por sencilla gente del campo. Durante los últimos cincuenta años, las grandes compañías y los métodos de producción en cadena han convertido la agricultura en agroindustria. Este proceso comenzó cuando las grandes compañías adquirieron control sobre la producción de aves de corral, patrimonio, en otra época, de la mujer del granjero. En la actualidad,

prácticamente cincuenta grandes compañías controlan en Estados Unidos la producción avícola y, por lo que respecta a la producción de huevos, mientras hace cincuenta años una granja importante podía tener 3.000 gallinas ponedoras, hoy muchos productores tienen más de 500.000, y los mayores pueden tener más de 10 millones de gallinas ponedoras. Los pequeños productores restantes han tenido que adoptar los métodos de los gigantes como único medio de evitar la ruina. Compañías que nunca habían tenido conexión alguna con la agricultura o la ganadería han desarrollado granjas a gran escala para conseguir desgravaciones fiscales o diversificar los beneficios. La Greyhound Corporation (compañía de autobuses) ahora produce pavos, y el rosbif puede proceder de la compañía de seguros John Hancock Mutual Life Insurance o de una de la docena de compañías petrolíferas que han invertido en piensos para ganado, construyendo establos con capacidad para 100.000 reses o más[159].

A las grandes compañías, y a las que tienen que competir con ellas, no les preocupa el sentido de armonía entre las plantas, los animales y la naturaleza. La agricultura y la ganadería son competitivas y los métodos que se adoptan son los que reducen los costes y aumentan la producción. Hablamos, por tanto, de una agricultura y de una ganadería «industriales». A los animales se les trata como a máquinas que convierten el forraje de bajo precio en carne de alto valor, y se suele adoptar cualquier innovación que redunde en una «tasa de conversión» más rentable. La mayor parte de este capítulo es sencillamente una descripción de estos métodos y de lo que significan para los animales a los que se les aplican. La meta es demostrar que bajo este sistema los animales viven unas vidas miserables desde que nacen hasta que se les sacrifica. No obstante, repetiré de nuevo que no es mi intención probar que las personas que llevan a cabo estas acciones sobre los animales son crueles o malvadas. Por el contrario, las actitudes de los consumidores y de los productores no son fundamentalmente diferentes. Las técnicas agropecuarias que voy a describir son simplemente la lógica aplicación de las actitudes y los prejuicios que se abordan en este libro. Cuando situamos a los animales no humanos fuera de nuestra esfera de consideración moral y los tratamos como a objetos que utilizamos para satisfacer nuestros deseos, el resultado es predecible.

Como hice en el capítulo anterior, para tratar de ser lo más objetivo posible no he basado las descripciones en mis observaciones personales de las granjas y de las condiciones que se dan en ellas. Si hubiera procedido así, podría culpármeme de ofrecer una versión parcial e incompleta fundamentada en unas pocas visitas a granjas peores de lo habitual. Por el contrario, he utilizado como primera fuente un material que, lógicamente, debería ser el más favorable a la industria agropecuaria: sus propias revistas y publicaciones comerciales. Como es natural, en estas revistas no se pueden encontrar artículos que expongan directamente los sufrimientos de los animales de granja, y menos ahora que esta industria está alerta ante la sensibilización sobre el tema. De hecho, las revistas de ganadería no están interesadas en el asunto del sufrimiento de los animales. A veces se aconseja a los granjeros que eviten métodos que hagan sufrir a los animales porque esto les impediría ganar peso, y se les insta a que se les trate con más cuidado cuando se les envía al matadero porque una res magullada se cotiza menos; pero no se menciona que se deba evitar encerrar a los animales en condiciones incómodas porque esté mal hacerlo. Ruth Harrison, autora de una exposición pionera sobre métodos de explotación ganadera intensiva en Gran Bretaña titulada *Animal Machines*, concluía que «solo se reconoce la crueldad allí donde el negocio no es lucrativo»[160]. Esta es, ciertamente, la actitud que exhiben las páginas de las revistas pecuarias, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña.

Aun así, leyéndolas podemos aprender mucho sobre las condiciones de los animales domésticos. Nos familiarizamos con las actitudes de ciertos granjeros ante los animales sometidos a su dominio de un modo absoluto y sin restricciones, y también con los nuevos métodos y técnicas que están siendo adoptados y con los problemas que surgen con su implantación. Siempre que sepamos un poco sobre las necesidades de los animales domésticos, esta información es suficiente para hacernos una idea de las condiciones de la producción animal en Estados Unidos hoy en día. Podemos enfocar mejor esta imagen examinando algunos de los estudios científicos sobre la protección de los animales de granja que, respondiendo a la presión del Movimiento de Liberación Animal, están apareciendo en número creciente en publicaciones agrícolas y veterinarias.

El primer animal al que se alejó de las condiciones relativamente naturales de la granja tradicional fue la gallina. Los seres humanos utilizan la gallina de dos maneras: por su carne y por sus huevos. Ahora existen técnicas normalizadas de producción a gran escala para obtener ambos artículos.

Los promotores de la agroindustria consideran que el surgimiento de la industria del

pollo es uno de los grandes éxitos de la producción animal. Al final de la Segunda Guerra Mundial aún era relativamente poco frecuente encontrar pollo en el menú. Los pollos procedían sobre todo de pequeños granjeros independientes o eran los machos no deseados que producían las gallinas ponedoras. En la actualidad, en Estados Unidos 102 millones de «pollos de engorde» —como se denominan habitualmente los pollos destinados a la mesa— se sacrifican cada semana después de haber sido criados en instalaciones industriales, sumamente mecanizadas, que pertenecen a las grandes compañías que controlan la producción. Ocho de estas corporaciones controlan más del 50 por ciento de los 5.300 millones de aves sacrificadas anualmente en Estados Unidos[161].

El paso esencial para transformar al pollo de ave de corral en producto manufacturado fue recluirlo en un espacio cerrado. Actualmente, un productor de pollos recibe de las incubadoras una carga de 10.000, 50.000 o incluso más pollos de un día de edad y los coloca directamente en una nave larga sin ventanas —habitualmente en el suelo, aunque algunos productores utilizan jaulas en hilera para aprovechar mejor el espacio—. Dentro de la nave, cada aspecto del entorno del pollo se controla hasta el último detalle al objeto de que su crecimiento sea lo más rápido posible con un mínimo de pienso. Se les alimenta y se les da de beber mecánicamente con unos comederos colgados del techo. La iluminación se regula según el criterio de los investigadores agrícolas: por ejemplo, durante la primera y segunda semanas, puede haber una luz fuerte las veinticuatro horas del día para aumentar la rapidez de su crecimiento; más adelante, puede reducirse ligeramente y apagarse y encenderse cada dos horas, en la creencia de que los pollos están más dispuestos a comer después de un periodo de sueño; finalmente se llega a un punto, alrededor de las seis semanas, en que las aves han crecido tanto que empiezan a estar hacinadas, y se las mantiene permanentemente con una luz muy tenue. El objeto de mantenerlas con poca luz es reducir la agresión que resulta del hacinamiento.

Los pollos son sacrificados cuando tienen siete semanas (la vida natural del pollo es de unos siete años). Al final de este breve periodo, las aves pesan alrededor de 2 kg; aun así, el espacio disponible para cada pollo puede ser tan solo de la mitad de un pie cuadrado —menor que el área de un folio—. (En términos métricos, esto equivale a 450 centímetros cuadrados). En estas condiciones, cuando la iluminación es normal, la tensión del hacinamiento y la ausencia de un desgaste natural de energía conducen a peleas en que las aves se despluman unas a otras a picotazos, y algunas veces llegan a matarse, comiéndose después a la víctima. Se ha demostrado que una iluminación muy tenue reduce este comportamiento, por lo que es probable que las aves vivan sus últimas semanas en estado de penumbra.

En el lenguaje del avicultor, tanto el hecho de desplumarse como el canibalismo son «vicios». Sin embargo, no se trata de vicios naturales, sino que son el resultado de la tensión y el hacinamiento a que el productor moderno somete a los pollos. Los pollos son animales sumamente sociales que, cuando viven en un corral, desarrollan una jerarquía llamada a veces *pecking order*[162]. Esta se manifiesta en que, ante la cubeta del alimento o en cualquier otra parte, cada pollo cede el puesto al que le supera en rango y domina a los que están por debajo. En ocasiones hay alguna pelea antes de que el orden esté firmemente establecido, pero más a menudo una demostración de fuerza, no un contacto físico real, basta para colocar a cada uno de ellos en el lugar que le corresponde. Como escribió Konrad Lorenz, un notable observador del comportamiento animal, en los días en que todavía eran pequeños los gallineros:

¿Se conocen, entonces, los animales entre ellos? Sin duda, sí [...]. Todo granjero de aves sabe que [...] existe un orden muy definido, en el que cada ave tiene miedo de las que están por encima en rango. Después de algunas disputas, que no necesariamente tienen que acabar en una pelea, cada ave sabe a quién tiene que temer y cuáles han de mostrarle respeto. No solo la fuerza física, sino también la valentía individual, la energía e incluso la autoafirmación de cada ave son decisivas en el mantenimiento del *pecking order*[163].

Otros estudios han mostrado que en gallineros de hasta noventa aves se puede mantener un orden social estable, en el que cada una conoce su lugar; pero, obviamente, cuando se trata de 80.000 aves hacinadas en una sola nave, la cuestión cambia por completo. Las aves no pueden establecer un orden social y, como consecuencia, a menudo se pelean entre ellas. Aparte de la total incapacidad del ave para reconocer a tantas otras, el simple hecho de encontrarse tan apiñadas probablemente contribuya a que se muestren irritables y excitables, como sucede con los humanos y otros animales. Esto es algo que los granjeros han sabido desde hace mucho tiempo:

El acto de desplumarse y el canibalismo se convierten fácilmente en grandes vicios entre las aves sometidas a condiciones intensivas. Se traducen en una productividad menor y en una pérdida de

beneficios. Las aves se aburren, y pronto empiezan a picotear alguna parte prominente del plumaje de la que tienen más próxima [...]. Si la ociosidad y el aburrimiento son causas que predisponen a los vicios, la falta de espacio, la mala ventilación y una temperatura excesiva de los locales contribuyen a ellos directamente[164].

El granjero debe acabar con los «vicios», puesto que le cuestan dinero; pero, aunque sepa que se deben al amontonamiento, no puede solucionar el problema, porque su eliminación, en el estado competitivo en que se encuentra la industria, significaría eliminar, a la vez, sus ganancias marginales: los costes de la nave, del equipo mecanizado de alimentación, del combustible empleado en calentar y ventilar el edificio y de la mano de obra seguirían siendo los mismos, pero al haber menos aves que alimentar en cada nave, se reducirían los beneficios. El granjero, por tanto, limita sus esfuerzos a reducir las consecuencias de esa tensión que le cuesta dinero. Las condiciones antinaturales de cría provocan los vicios, pero para controlarlos el granjero debe hacer que las condiciones sean aún más antinaturales. Una manera de conseguirlo es una iluminación muy tenue, pero otro sistema mucho más drástico, extendido ahora casi universalmente en la industria, es el «corte del pico».

Iniciado en San Diego en los años cuarenta, el corte del pico solía hacerse con un soplete. El granjero quemaba la parte superior del pico de los pollos de manera que les impedía picotear las plumas de los demás. Una versión modificada de un soplete de soldadura pronto sustituyó a esta técnica primitiva, y hoy en día el instrumento preferido es una especie de guillotina con cuchilla caliente. Se introduce el pico del pollito en el aparato y la hoja le corta el extremo. El procedimiento se lleva a cabo a alta velocidad, unas quince aves por minuto. Tal rapidez significa que la temperatura y el filo de la cuchilla pueden variar, dando como resultado cortes descuidados y lesiones graves para el ave:

Una cuchilla excesivamente caliente causa ampollas en la boca. Una cuchilla roma o fría puede ocasionar el desarrollo de un bulto carnoso y bulboso en el extremo de la mandíbula. Tales bultos son muy sensibles[165].

Joseph Mauldin, un científico del servicio de extensión avícola de la Universidad de Georgia, informó sobre sus observaciones prácticas en una conferencia sobre salud avícola:

Hay muchos casos de narices quemadas y mutilaciones graves debido a procedimientos incorrectos que incuestionablemente influyen sobre el dolor crónico y agudo, el comportamiento alimenticio y los factores de producción. He valorado la calidad del corte del pico para compañías privadas productoras de pollos y la mayoría se contenta con alcanzar un 70 por ciento en las categorías de corte adecuado [...]. A los pollitos de repuesto les cortan los picos equipos que cobran por la cantidad y no por la calidad del trabajo[166].

Incluso cuando la operación se realiza correctamente, es un error pensar que se trata de un procedimiento indoloro, como cortar las uñas de los pies. Ya un comité de expertos del Gobierno inglés, dirigido por el profesor de zoología F. W. Rogers Brambell, señaló hace algunos años:

Entre la sustancia córnea y el hueso hay una fina capa de un tejido blando extremadamente sensible, parecido a «la carne viva» de la uña humana. El cuchillo caliente utilizado en la amputación del pico atraviesa este compuesto de sustancia córnea, hueso y tejido sensible, causando un dolor intenso[167].

Además, el perjuicio causado al ave por el corte del pico es de largo alcance: los pollos mutilados de esta forma comen menos y pierden peso durante varias semanas[168]. La explicación más lógica para esto es que el pico lacerado continúa causando dolor. J. Breward y M. J. Gentle, investigadores del Poultry Research Centre del British Agricultural and Food Research Council, investigaron los muñones de los picos de los pollos y descubrieron que los nervios dañados crecían de nuevo, volviéndose sobre sí mismos para formar una masa de fibras de nervios entrelazados llamada «neuroma». Se ha demostrado que estos neuromas en humanos con amputaciones causan dolor tanto agudo como crónico. Breward y Gentle llegaron a la conclusión de que probablemente esto suceda también en los neuromas formados por el corte del pico[169]. Por ello, Gentle, explicándose con la cautela previsible de un científico avícola que escribe en una revista científica, ha dicho:

En conclusión, es justo decir que no sabemos cuánta incomodidad o cuánto dolor experimentan las

aves después del corte del pico, pero en una sociedad compasiva deberían recibir el beneficio de la duda. Para evitar el canibalismo y la arrancada de plumas en las aves, es esencial una cría bien hecha, y en circunstancias en las que la intensidad de la luz no pueda ser controlada, la única alternativa es tratar de criar aves que no tengan estas perjudiciales características[170].

Hay también otra posible solución. El corte del pico, que se realiza de forma rutinaria para evitar el canibalismo en la mayoría de las granjas avícolas, reduce enormemente los daños que pueden causarse los pollos entre sí. Pero es obvio que no hace nada para reducir el estrés y el hacinamiento, que son los principales causantes de este canibalismo antinatural. Los granjeros antiguos, al mantener un número reducido de pollos en un espacio mayor, no tenían necesidad de cortar el pico a sus aves.

En otra época, los miembros de un gallinero eran individuos; si uno de ellos intimidaba a los otros (cosa que podía suceder, aunque no fuese la norma), se le alejaba del averío. De la misma manera, si alguno enfermaba o se lesionaba, se le atendía o bien se le sacrificaba rápidamente en caso de considerarse necesario. Hoy en día, una sola persona se ocupa de varias decenas de miles de aves. Un secretario de Agricultura de Estados Unidos escribió con entusiasmo que bastaba una persona para cuidar entre 60.000 y 75.000 pollos[171]. *Poultry World* publicaba recientemente un artículo de fondo sobre la unidad de pollos de David Dereham, que cuida él solo a 88.000 aves bajo un solo techo y, además, ¡cultiva 24,27 hectáreas de tierra![172]. «Cuidar» no significa hoy lo mismo que antaño, porque si un avicultor le dedicara tan solo un segundo a cada pollo, tardaría más de veinticuatro horas simplemente en completar la inspección de 88.000 aves, sin contar todas las tareas restantes y, además, el cultivo de la tierra. Hay que tener en cuenta también que la luz extremadamente tenue dificulta aún más el trabajo de inspección. De hecho, todo el cuidado que se dedica hoy a los pollos en las granjas avícolas consiste en retirar los que están muertos, ya que resulta más económico perder el ingreso suplementario que supondrían esos pocos que pagar el trabajo necesario para atender la salud de cada uno individualmente.

Para lograr un control total sobre la iluminación y un cierto control sobre la temperatura (suele haber calefacción, pero pocas veces un sistema que refrigeración), las naves de pollos tienen paredes sólidas y sin ventanas, y dependen de una ventilación artificial. Jamás se expone a las aves a la luz natural, excepto el día en que se las saca para sacrificarlas, y el aire que respiran está fuertemente impregnado del amoníaco de sus propios excrementos. Tienen una ventilación adecuada para mantenerlas vivas en circunstancias normales, pero, si hubiera un fallo mecánico, pronto se asfixiarían. Incluso una contingencia tan previsible como un fallo eléctrico podría ocasionar un desastre, ya que no todas las granjas avícolas poseen un grupo generador autónomo auxiliar.

Pero además de esta hay otras formas de asfixia. Existe el fenómeno del «amontonamiento». Los pollos que viven en estas condiciones se convierten en criaturas nerviosas e inquietas. Deshabitados a una luz fuerte, a ruidos o a otras intromisiones, cualquiera de estos fenómenos puede generar en ellos un estado de pánico y hacer que huyan a un lugar más seguro. En su carrera desenfrenada, se amontonan de tal forma que, como describe el encargado de una granja, se «asfixian unos a otros creando una pila lastimosa de cuerpos en un rincón de la zona de cría»[173].

Incluso si las aves escapan a estos peligros, pueden sucumbir a las enfermedades que proliferan en las naves de pollos. Una causa de muerte nueva y todavía misteriosa se conoce simplemente como «síndrome de muerte aguda» o ADS. Parece ser que es producto de las condiciones antinaturales generadas por la industria avícola, y se ha demostrado que mata aproximadamente a un 2 por ciento de los pollos en Canadá y Australia, y es probable que las cifras sean similares dondequiera que se utilicen los mismos métodos[174]. Se ha descrito de esta manera:

Los pollos padecían un ataque súbito anterior a la muerte caracterizado por la pérdida de equilibrio, aleteos violentos y fuertes contracciones musculares [...]. Se observó que las aves caían hacia delante o hacia atrás durante la pérdida de equilibrio inicial y que podían darse la vuelta sobre la espalda o el esternón durante el violento aleteo[175].

Ninguno de los estudios ofrece una explicación clara de por qué unos pollos aparentemente sanos habrían de colapsarse de repente y morir, pero un especialista avícola del Ministerio de Agricultura británico lo ha vinculado al objetivo que persigue la industria pollera, a saber, el rápido crecimiento:

Los niveles de mortalidad de pollos han aumentado y es razonable especular si ello se puede atribuir indirectamente a los avances genéticos y nutricionales tan considerables que se han hecho. En otras palabras, puede que queramos que los pollos crezcan demasiado rápidamente, multiplicando

su peso 50-60 veces en siete semanas [...]. Las «volteretas», es decir, la muerte súbita de pollos jóvenes fuertes (normalmente machos) puede estar también conectada con este crecimiento «supercargado»[\[176\]](#).

El rápido ritmo de crecimiento también causa lesiones y deformidades que fuerzan a los productores a sacrificar entre un 1 y un 2 por ciento de los pollos —y puesto que solo se retiran los casos más severos, la cantidad de aves que sufren deformidades tiene que ser mucho más alta—[\[177\]](#). Los autores de un estudio de una forma específica de lesión concluyeron: «Consideramos que las aves podrían haber sido criadas para crecer tan rápido que se encuentran al borde del colapso estructural»[\[178\]](#).

La atmósfera en la que deben vivir las aves es en sí misma un peligro para la salud. Durante las siete u ocho semanas en que los pollos están en las naves no se intenta retirar la arena ni los excrementos. A pesar de la ventilación mecánica, el aire se carga de amoníaco, polvo y microorganismos. Diversos estudios han demostrado que, como cabe esperar, el polvo, el amoníaco y las bacterias tienen efectos nocivos para los pulmones de las aves[\[179\]](#). En Australia, el Departamento de Medicina Comunitaria de la Universidad de Melbourne realizó un estudio sobre los peligros de esta atmósfera para la salud de los granjeros de pollos. Encontraron que el 70 por ciento de los granjeros sufría de ojos irritados, casi un 30 por ciento tosía regularmente y cerca del 15 por ciento tenía asma y bronquitis crónica. Como resultado, los investigadores alertaron a los granjeros para que pasaran el menor tiempo posible en sus naves y usaran un respirador al entrar. Pero el estudio no decía nada sobre respiradores para los pollos[\[180\]](#).

Al tener que estar de pie y sentarse sobre una arena sucia, putrefacta y cargada de amoníaco, los pollos también sufren de pies ulcerados, ampollas en el pecho y quemaduras en los codos. Las «piezas de pollo» son a menudo partes de pollos dañados que no se pueden vender enteros. No obstante, los daños en las patas no suponen problema alguno para la industria, puesto que de todas formas estas son cortadas después de muertos.

Si vivir en grandes naves superpobladas, llenas de amoníaco, polvorientas y sin ventanas es estresante, la primera y única experiencia de los pollos con la luz solar no lo es menos. Las puertas se abren de par en par y las aves, acostumbradas ya a la semioscuridad, son agarradas por las patas, trasladadas boca abajo y violentamente introducidas en cajas que se amontonan en la trasera de un camión. Así son conducidas a la planta de «procesamiento», donde se las sacrificará, limpiará y convertirá en pulcros paquetes de plástico. En la planta, son bajadas del camión y apiladas en cajas hasta que les toca su turno, que puede retrasarse varias horas, en las que los pollos permanecen sin comida y sin agua. Finalmente, son sacados de las cajas y colgados boca abajo en la cinta transportadora que los conduce hasta el cuchillo que acabará con su infeliz existencia.

Los cuerpos de los pollos, desplumados y preparados, se venderán entonces a millones de familias que chuparán sus huesos sin detenerse a pensar por un instante ni que se están comiendo el cuerpo muerto de una criatura que estuvo viva, ni lo que se le hizo a esa criatura para que ellos pudieran comprar y comer su cuerpo. Y si se hicieran estas preguntas, ¿dónde iban a hallar una respuesta? Si esta procediese del magnate Frank Perdue, el cuarto productor de pollos de engorde de Estados Unidos (pero sin duda el primero en autopromoción), sería tranquilizadora. Perdue diría que mima a los pollos de su «granja» y que «llevan una vida tan tranquila»[\[181\]](#). ¿Cómo va a enterarse la gente corriente de que mantiene a sus pollos en naves de 136 metros de longitud en las que viven 27.000 aves? ¿Cómo puede el público saber que el sistema de producción en masa de Perdue sacrifica a 6,8 millones de aves a la semana y que, como muchos otros grandes productores de pollos, les amputa los picos para evitar que se conviertan en caníbales bajo la presión de la vida en una explotación avícola moderna?[\[182\]](#).

La publicidad de Perdue promueve un mito común: que la recompensa económica del granjero va de la mano con una buena vida para las aves o los animales. Los defensores de las granjas industriales dicen a menudo que si las aves o los animales no fueran felices, no crecerían y, por tanto, no rendirían beneficios. La industria avícola refuta claramente este mito ingenuo. Un estudio publicado en *Poultry Science* mostraba que dar a los pollos tan solo 372 centímetros cuadrados por ave (un 20 por ciento menos que la cantidad estándar de la industria) podría ser rentable, aunque un espacio tan reducido significaría que un 6,4 por ciento de las aves morirían (más que con densidades menores), que las aves tendrían un bajo peso y que habría muchos casos de ampollas en la pechuga. Como indican los autores, la clave del beneficio en la industria avícola no es el beneficio por ave, sino el beneficio de la unidad como un todo:

Los beneficios monetarios netos por ave comenzaron a declinar [...] conforme se aumentó la densidad del almacenamiento. Sin embargo, cuando los beneficios monetarios se calcularon sobre la

base de beneficios por unidad de área del suelo, tuvo lugar el efecto contrario; los beneficios monetarios aumentaron conforme aumentaba la densidad de población. Aunque se probaron densidades de almacenamiento extremadamente altas, no se alcanzó el punto de disminución de beneficios a pesar de la reducción de la tasa de crecimiento[183].

Si, después de leer esta sección, el lector está pensando en comprar pavo en lugar de pollo, debe ser advertido de que esta tradicional pieza central de la cena familiar del día de Acción de Gracias se cría ahora con los mismos métodos que los pollos de engorde y que también entre ellos el corte del pico constituye la norma general. Según *Turkey World*, ha tenido lugar una «explosión en la producción de pavo» durante los últimos años y se espera que continúe. La industria del pavo, que genera 2.000 millones de dólares, crió 207 millones de pavos en 1985, más del 80 por ciento de ellos procedentes de veinte grandes corporaciones. Los pavos pasan entre trece y veinticuatro semanas en condiciones intensivas, más del doble que sus compañeros más pequeños, antes de encontrar su fin[184].

«Una gallina —escribió en cierta ocasión Samuel Butler— es solo la manera en que un huevo hace otro huevo». Sin duda, Butler pensaba que estaba haciendo un chiste; pero cuando Fred C. Haley, presidente de una granja avícola de Georgia que controla la vida de 225.000 gallinas ponedoras, describe a la gallina como «una máquina productora de huevos», sus palabras tienen implicaciones más serias. Para subrayar su planteamiento empresarial, Haley añade: «El objetivo de la producción de huevos es hacer dinero. Cuando lo olvidamos, hemos olvidado para qué estamos aquí»[185].

No se trata tan solo de una actitud típicamente americana. Una revista agrícola británica decía a sus lectores:

La ponedora moderna solo es, después de todo, una máquina de conversión muy eficiente, que transforma la materia prima —sustancias alimenticias— en un producto acabado —el huevo—, descontando, por supuesto, los gastos de mantenimiento[186].

La idea de que la ponedora es una forma eficaz de convertir comida en huevos es común en las revistas del gremio, sobre todo en los anuncios. Como cabe prever, sus consecuencias no son buenas para las gallinas ponedoras.

Muchos de los procedimientos usados con los pollos se aplican a las gallinas ponedoras, aunque existen algunas diferencias. Como a los pollos, se les hace también el corte del pico para evitar el canibalismo que se produciría en las condiciones de hacinamiento en que viven; pero debido a que su vida es mucho más larga, es frecuente que se les haga pasar dos veces por esta operación. Así, nos encontramos con que un especialista en aves de corral, Dick Wells, jefe del National Institute of Poultry Husbandry británico, aconseja a los avicultores el corte del pico «cuando las aves tienen entre cinco y diez días de edad», porque se provoca menos tensión a los polluelos entonces que si se hace antes y, además, «es una buena manera de disminuir el riesgo de mortalidad temprana»[187]. Cuando se desplaza a las gallinas desde la nave de crecimiento a la nave de producción, entre las doce y dieciocho semanas de edad, a menudo se les corta de nuevo el pico[188].

El sufrimiento empieza pronto en la vida de las gallinas ponedoras. Los polluelos recién incubados son divididos en machos y hembras por un «sexador de pollos». Puesto que los machos no tienen valor comercial, se descartan. Algunas compañías gasean a los pequeños polluelos, pero es más frecuente que se les arroje vivos a un saco de plástico, donde acaban asfixiados por el peso de los otros polluelos que caen encima de ellos. Otros son molidos, aún vivos, para ser convertidos en pienso para sus hermanos. Al menos 160 millones de aves son gaseadas, asfixiadas o mueren de esta forma anualmente tan solo en Estados Unidos[189]. Es imposible saber qué cantidad de aves sufre uno u otro destino concreto, ya que no se hacen estadísticas: para los criadores, la muerte de estos polluelos machos es como para nosotros sacar la basura.

La vida de la gallina ponedora es más larga, pero esto no se puede considerar un beneficio. Las pollitas (como se llama a las ponedoras que aún son jóvenes para poner) solían ser criadas al aire libre, en la creencia de que esto las fortalecía para ser ponedoras, más capaces de soportar su vida futura en jaulas. Ahora se crían en espacios interiores y en muchos casos se las coloca en jaulas casi desde el nacimiento, puesto que con las cajas apiladas unas encima de otras caben más aves por nave y el coste por gallina es, por tanto, más bajo. No obstante, como las aves crecen rápidamente, hay que cambiarlas a jaulas más grandes y esto es una desventaja, ya que «la mortalidad puede ser un poco mayor [...]. Es fácil que el traslado de aves provoque patas rotas y cabezas magulladas»[190].

Cualesquiera que sean las técnicas utilizadas en la actualidad, todos los grandes productores de huevos guardan a sus ponedoras en jaulas. (Estas se denominan frecuentemente «baterías» o «jaulas en batería», no porque tengan nada eléctrico, sino por el significado original de la palabra «batería» como «conjunto de unidades de equipo similares o relacionadas entre sí»). Cuando se introdujeron originalmente, solo había un ave por jaula, y la idea era que el granjero podía saber así cuáles eran las que no ponían suficientes huevos para rentabilizar el alimento que se les administraba. Estas aves eran sacrificadas. Más tarde se descubrió que había espacio para más gallinas y que se podían reducir los costes por ave si se colocaban dos por jaula. Esto solo fue el primer paso. Ahora ya no se intenta llevar la cuenta de los huevos que pone cada gallina. Las jaulas se usan para aumentar la cantidad de aves a las que se puede albergar, calentar, alimentar y suministrar agua en un solo edificio, y para utilizar mejor el equipo automático que ahorra mano de obra.

El requisito económico de reducir los gastos de mano de obra a un mínimo absoluto implica que las gallinas ponedoras no reciben más cuidados individuales que los pollos. Alan Hainsworth, propietario de una granja avícola del estado de Nueva York, le dijo a un periodista local que cuatro horas al día le bastaban para cuidar a sus 36.000 gallinas ponedoras, mientras que su mujer cuidaba de las 20.000 pollas: «Ella tarda quince minutos al día. Todo lo que hace es examinar los comederos automáticos y los bebederos y comprobar las muertes ocurridas durante la noche».

Como demuestra la descripción del periodista, este tipo de cuidados no contribuye a la felicidad del gallinero:

Quando se entra en el cobertizo de las pollas, la reacción es inmediata: un auténtico pandemio. Los graznidos son altos e intensos; unas 20.000 aves se apelotonan en lo más recóndito de sus jaulas por temor a los intrusos humanos<sup>[191]</sup>.

Ochenta kilómetros al noroeste de Los Ángeles se encuentra uno de los primeros centros de producción de huevos por millones, Julius Goldman's Egg City. Ya en 1970, cuando el *National Geographic Magazine* hizo un estudio entusiasta de lo que en aquel entonces eran métodos de granja aún relativamente nuevos, contaba dos millones de gallinas divididas en largos edificios que contenían cada uno 90.000 aves, colocadas de cinco en cinco en jaulas de 40 por 46 centímetros. Ben Shames, vicepresidente ejecutivo de Egg City, explicó al periodista los métodos utilizados para cuidar a tantas aves:

Llevamos la cuenta del alimento que se consume y los huevos que se recogen en dos de las 110 hileras de jaulas que tiene cada edificio. Cuando se llega a un punto en que la producción deja de ser económica, se venden las 90.000 aves a las procesadoras, que las convierten en empanadillas de pollo o en caldo. No es rentable vigilar la totalidad de las hileras, mucho menos a cada gallina individualmente; puesto que hay que ocuparse de dos millones de ponedoras, se tiene que depender de muestras estadísticas<sup>[192]</sup>.

En la mayoría de las granjas de huevos, las jaulas se colocan en hileras, con comederos y bebederos situados longitudinalmente, que se llenan de forma automática desde un suministro central. Las jaulas tienen suelos metálicos en declive. Esta inclinación — habitualmente una pendiente de un uno en cinco— impide que las aves puedan estar de pie cómodamente, pero hace que los huevos rueden hasta el frente de la jaula y desde ahí se pueden coger fácilmente con la mano o, en las instalaciones más modernas, conducirse en una cinta transportadora hasta la planta de embalaje.

El suelo metálico tiene también una justificación económica. El excremento cae a través de las rejillas y se amontona durante muchos meses hasta que se recoge en una sola operación. (Algunos productores lo retiran más a menudo, otros no). Desgraciadamente, los dedos de una gallina no se adaptan bien a vivir sobre las rejillas metálicas, y cuando alguien se molesta en hacer una inspección es muy frecuente que se encuentren lesiones. Al no tener un suelo sólido donde desgastar las uñas, estas se hacen muy largas y pueden engancharse en el alambre de la jaula de forma permanente. Un ex presidente de una organización avícola nacional recordaba esto en una revista de la industria:

Descubrimos que las gallinas habían crecido literalmente amarradas a las jaulas. Parece ser que sus uñas se habían enganchado en la malla de alambre y no se podían soltar. Por lo tanto, con el tiempo, la carne de los dedos había crecido completamente alrededor del alambre. Afortunadamente para ellas, habían quedado enganchadas cerca de la parte delantera de las jaulas, por lo que tenían acceso al alimento y al agua<sup>[193]</sup>.

También hemos de considerar la cantidad de espacio vital con que cuentan las gallinas ponedoras en las jaulas. En Gran Bretaña se aprobó en 1954 una ley llamada Protection of

Birds Act que fue concebida para evitar la crueldad con las aves. El artículo 8, subsección 1, de esta ley dice lo siguiente:

Toda persona que mantenga o encierre a cualquier ave en una jaula u otro receptáculo que no tenga suficiente altura, longitud o anchura para permitir que el ave estire sus alas libremente incurrirá en infracción de esta ley y quedará sujeta a una pena especial.

Aunque cualquier enjaulamiento es objetable, el principio de que una jaula tiene que ser suficientemente grande como para permitir que un ave pueda estirar sus alas con libertad parece un mínimo necesario para protegerlas de un grado intolerable de confinamiento que frustra una necesidad muy básica. ¿Se puede suponer, por tanto, que en Gran Bretaña las jaulas para aves de corral son al menos lo bastante grandes como para darles a las aves esta mínima libertad? No. La subsección citada arriba contiene una salvagedad corta pero significativa: «Dado que esta subsección no se aplicará a las aves de corral...».

Esta sorprendente condición testimonia la fuerza relativa de los deseos que emanan del estómago y los que tienen su origen en la compasión en un país que tiene fama de ser bondadoso con los animales. No hay nada en la naturaleza de las «aves de corral» que las haga menos deseosas de estirar sus alas que otras aves. La única conclusión deducible es que los miembros del Parlamento británico están en contra de la crueldad, excepto cuando esta produce su desayuno.

En Estados Unidos existe un paralelismo cercano con esta situación. La Animal Welfare Act de 1970 y sus revisiones posteriores establecen unas normas que obligan a que las jaulas de animales «provean espacio suficiente para permitir que el animal haga movimientos de tipo social y ajustes posturales normales con una adecuada libertad de movimiento». Esta ley se aplica a los zoológicos, circos, vendedores de animales domésticos al por mayor y laboratorios, pero no a los animales cuya crianza se enfoca a la alimentación[194].

¿Cómo son las jaulas de las gallinas ponedoras en contraste con estas mínimas normas fijadas para las aves en general? Para responder a esta pregunta debemos saber que la envergadura media de una ponedora del tipo común es de unos 75 centímetros. El tamaño de las jaulas varía, pero según el *Poultry Tribune*:

...el tamaño típico es de 12 por 20 pulgadas, donde puede haber desde una hasta cinco gallinas. El espacio disponible por ave varía desde 240 a 483 pulgadas cuadradas, dependiendo del número de aves por jaula. Hay una tendencia a hacinar a las ponedoras para reducir los costes de edificio y equipo por ave[195].

Obviamente, este tamaño es demasiado pequeño incluso para que una sola gallina pueda estirar sus alas del todo, mucho menos si hay cinco gallinas en la misma jaula —y como se indica en la última línea del pasaje citado, cuatro o cinco aves, no una o dos, es lo normal en la industria—.

Desde que se publicó la primera edición de este libro, las condiciones en que viven las gallinas en la modalidad de cría intensiva moderna han sido objeto de numerosos estudios por parte de comités científicos y gubernamentales. En 1981, el Comité de Agricultura de la Cámara de los Comunes británica emitió un informe sobre protección animal en el que se decía: «Hemos visto por nosotros mismos jaulas en batería, tanto experimentales como comerciales, y nos desagrada enormemente lo que vimos». El comité recomendaba que el Gobierno británico tomara la iniciativa de retirar las jaulas en batería en un plazo de cinco años[196]. Aún más revelador fue un estudio realizado en la Houghton Poultry Research Station, en Inglaterra, sobre el espacio que necesitan las gallinas para diversas actividades. Este estudio encontró que la gallina típica en descanso ocupa un área de 637 centímetros cuadrados, pero para que un ave pueda darse la vuelta con facilidad necesita 1.681 centímetros cuadrados si está en una jaula individual. En una jaula para cinco aves, el estudio concluyó que el tamaño de la jaula debería dejar espacio al frente para todas las aves, y por tanto necesitaría tener no menos de 106,5 centímetros de longitud y 41 centímetros de fondo, dando a cada ave 873 centímetros cuadrados (aproximadamente 42 por 16 pulgadas)[197]. Las 48 pulgadas cuadradas indicadas anteriormente en el artículo del *Poultry Tribune*, cuando cinco aves están en las jaulas estándar de 12 por 20 pulgadas, equivalen a tan solo 300 centímetros cuadrados. Con solo cuatro aves en tales jaulas, cada ave cuenta con 375 centímetros cuadrados.

Aunque el Gobierno británico no ha emprendido acción alguna sobre la recomendación de tomar la iniciativa para retirar paulatinamente las jaulas, el cambio es posible. En 1981, Suiza comenzó un programa para desterrar las jaulas en batería a lo largo de diez años. En 1987, las aves en jaulas tenían que tener un mínimo de 500 centímetros

cuadrados; y en el primer día de 1992, las jaulas tradicionales serán ilegales y todas las gallinas ponedoras tendrán acceso a cajones de anidar protegidos y de suelo suave[198]. En los Países Bajos, las jaulas en batería convencionales serán ilegales en 1994, y las gallinas tendrán un espacio mínimo de 1.000 centímetros cuadrados, así como acceso a áreas para anidar y para rascarse. De mayor alcance, sin embargo, es una ley sueca aprobada en julio de 1988 que exige la supresión de las jaulas para gallinas en los diez siguientes años y señala que las vacas, los cerdos y los animales criados por sus pieles deben ser mantenidos «en un entorno tan natural como sea posible»[199].

El resto de Europa sigue debatiendo aún sobre el futuro de la jaula en batería. En 1986, los ministros de Agricultura de los países de la Comunidad Europea fijaron el espacio mínimo para las gallinas ponedoras en 450 centímetros cuadrados. Ahora se ha decidido que este mínimo no será un requisito legal hasta 1995. El doctor Mandy Hill, director adjunto de la granja experimental Gleadthorpe del Ministerio de Agricultura británico, ha estimado que 6,5 millones de aves en Inglaterra habrán de ser trasladadas, lo que indica que actualmente esta cantidad de aves cuenta con un espacio inferior a este ridículo mínimo[200]. Pero como el total de ponedoras británicas está en torno a los 50 millones, de los que aproximadamente el 90 por ciento se hallan en jaulas, esto demuestra también que lo único que hará el nuevo mínimo será convertir en ley las elevadísimas densidades que la mayoría de los productores de huevos está usando ya. Solo deberá cambiar una minoría que hacina sus aves aún más de lo que es habitual en la industria. Mientras tanto, en 1987 el Parlamento Europeo recomendó que las jaulas en batería fueran eliminadas en la Comunidad Europea en un plazo de diez años[201]. Pero el Parlamento Europeo es un mero órgano consultivo, y los europeos ansiosos por ver el final de las jaulas no tienen aún motivo para celebraciones.

Estados Unidos, sin embargo, va a la zaga de Europa incluso en lo que se refiere a una primera tentativa de arreglar el problema. La norma mínima de la Comunidad Europea de 450 centímetros cuadrados equivale a 70 pulgadas cuadradas por gallina; en Estados Unidos, la United Eggs Producers ha recomendado 48 pulgadas cuadradas como estándar para este país[202]. Pero, a menudo, el espacio concedido a las aves en las granjas es incluso menor. En la granja Hainsworth, en Mount Morris, Nueva York, se embutía a las gallinas de cuatro en cuatro en jaulas de 12 por 12 pulgadas (36 pulgadas cuadradas por ave), y el informador añadía: «Algunas contienen cinco gallinas cuando Hainsworth tiene más aves que espacio»[203]. La verdad es que, cualesquiera que sean las recomendaciones oficiales o semioficiales, no se sabe cuántas gallinas hay en las jaulas a menos que se vaya y se compruebe. En Australia, donde un «Código de práctica» del Gobierno sugiere que no debería haber más de cuatro gallinas en una jaula de 18 por 18 pulgadas, una visita sorpresa a una granja en el estado de Victoria en 1988 reveló que había siete aves en una jaula de este tamaño, y cinco o seis en otras muchas. Aun así, el Departamento de Agricultura del estado de Victoria se negó a enjuiciar al productor[204]. Con siete aves en una jaula de 18 pulgadas cuadradas la superficie disponible por gallina es de tan solo 289 centímetros cuadrados, o 46 pulgadas cuadradas. Con este promedio de ocupación, una página de papel representa el espacio vital de dos gallinas, y las aves se encuentran prácticamente una encima de la otra.

Bajo las condiciones normales de las modernas granjas productoras de huevos de Estados Unidos, Inglaterra y casi todas las naciones desarrolladas (excepto, en un futuro próximo, Suiza, los Países Bajos y Suecia), se frustran todos los instintos naturales de las aves. No pueden andar, escarbar la tierra, revolcarse en el polvo, construir un nido o estirar las alas. No forman parte de un grupo como en los gallineros. No pueden distanciarse de las otras, ni las más débiles pueden escapar de los ataques de las más fuertes, ya enloquecidas por las condiciones antinaturales. El descomunal grado de hacinamiento tiene como consecuencia lo que los científicos llaman un estado de «estrés», parecido al estrés que se produce en los seres humanos sometidos a situaciones de hacinamiento, reclusión y privación de las actividades básicas. Ya hemos visto que en los pollos de engorde este estrés conduce al picoteo agresivo y al canibalismo. El naturalista tejano Roy Bedichek observó otros síntomas:

He observado atentamente a los pollos criados de esta forma y, en mi opinión, parecen muy infelices [...]. Los pollos en batería que he observado parecen haber perdido la cabeza a una edad en que normalmente estarían despegándose de sus madres y cazando saltamontes por su cuenta entre los yerbajos. Sí; de hecho, la granja avícola en batería se convierte literalmente en un manicomio gallináceo[205].

El ruido es otra muestra de la tensión. Las gallinas que picotean en un campo suelen estar calladas, y cloquean tan solo de cuando en cuando; pero las que están enjauladas

tienden a hacer mucho ruido. Ya he citado al periodista que visitó el edificio de las pollas en la granja de Hainsworth y se encontró con «un auténtico pandemio». A continuación transcribimos la descripción, hecha por el mismo periodista, del edificio de las ponedoras:

Las ponedoras están histéricas. El alboroto que organizan las pollas no era nada en comparación. Graznan, cacarean y cloquean mientras trepan unas sobre otras para picotear el comedero con grano controlado automáticamente o para beber un poco de agua. Así es como las gallinas consumen su corta vida de producción incesante[206].

La imposibilidad de construir un nido y poner un huevo en él es otra fuente de frustración para la gallina. Konrad Lorenz ha descrito el proceso de la puesta del huevo como la peor tortura que sufre una gallina en batería:

Para la persona que sabe algo sobre los animales es verdaderamente penoso ver cómo una gallina trata una y otra vez de arrastrarse bajo sus compañeras de jaula, buscando en vano un lugar cubierto. En estas circunstancias, las gallinas, indudablemente, tratarán de retener el huevo tanto tiempo como les sea posible. Su repugnancia instintiva a poner huevos en medio de la multitud de sus compañeras de jaula es, ciertamente, tan grande como la de las personas civilizadas a defecar en una situación análoga[207].

La opinión de Lorenz ha sido reforzada por un estudio en el que las gallinas conseguían alcanzar un cajón de anidar solo después de superar obstáculos cada vez más difíciles. Su gran motivación para poner en el nido queda demostrada por el hecho de que se esforzaban tanto por llegar al cajón de anidar como lo hacían por obtener alimento tras haber sido privadas de comer durante veinte horas[208]. Quizá una de las razones de que las gallinas hayan desarrollado el instinto de poner los huevos en privado sea que el canal se les enrojece y humedece, y si otras aves lo ven se lo pueden picotear. Si este picoteo produce sangre, habrá un picoteo continuado que puede llevar al canibalismo.

Las gallinas también proporcionan otro tipo de pruebas de que nunca pierden el instinto de anidar. Algunos amigos míos han adoptado gallinas que se hallaban al final de su periodo comercial de puesta de huevos e iban a ser enviadas al matadero. Cuando se suelta a estas aves en un jardín y se les proporciona un poco de paja, inmediatamente comienzan a construir nidos —incluso después de haber pasado más de un año en una jaula de alambre—. En Suiza, la ley exigirá a finales de 1991 que las gallinas ponedoras tengan cajones de anidar protegidos, oscuros y de suelo suave o con lecho de paja. Los científicos suizos han investigado hasta la clase de lecho que prefieren las gallinas, y han descubierto que tanto las enjauladas como las que han sido criadas sobre lecho prefieren la cascarilla de gramíneas o la paja de trigo; tan pronto como descubrieron que podían elegir, ninguna puso huevos sobre suelos de alambre, ni siquiera sobre hierba sintética. Significativamente, el estudio descubrió que casi todas las gallinas criadas sobre lecho de paja abandonaban los cajones de anidar a los 45 minutos de haber entrado en ellos, pero las que se habían criado en jaulas parecían estar tan encantadas con sus comodidades recién estrenadas que al concluir este periodo ¡el 87 por ciento permanecían sentadas sobre el cajón![209].

Esta historia se repite con otros instintos básicos que se ven coartados por el sistema de jaulas. Dos científicos observaron a gallinas que habían sido mantenidas en jaulas durante los primeros seis meses de vida y encontraron que, en los primeros diez minutos después de ser liberadas, la mitad de ellas ya había sacudido las alas, una actividad difícilmente realizable en las jaulas[210]. Lo mismo sucede con el baño de polvo —otra importante actividad instintiva que ha demostrado ser necesaria para mantener la calidad de las plumas—[211]. Una gallina de corral encontrará un área adecuada de tierra fina, formará un hueco, esparcirá tierra entre las plumas y después se sacudirá enérgicamente para retirar el polvo. Se trata de una necesidad instintiva y se halla incluso entre las aves enjauladas. Un estudio mostró que las aves mantenidas sobre suelos de alambre tenían «un grado mayor de denudación de la tripa», y sugería que «la falta de material apropiado para los baños de polvo puede ser un factor importante, ya que se sabe que las gallinas realizan sus actividades de baño de polvo directamente sobre el suelo de alambre»[212]. En efecto, otro investigador descubrió que las gallinas mantenidas sobre alambre desarrollan comportamientos similares a los del baño de polvo —aunque no tengan tierra que mezclar con las plumas— más a menudo que las aves mantenidas en arena, aunque sea por periodos de tiempo más breves[213]. El deseo del baño de tierra es tan fuerte que las gallinas lo siguen intentando a pesar del suelo de alambre, frotando sus plumas hasta desgastarlas. Una vez más, si se las libera de las jaulas se revolcarán en baños de polvo con auténtico placer. Es maravilloso ver cómo una gallina abatida, tímida, prácticamente sin plumas, puede, en un periodo de tiempo relativamente corto, recuperar tanto sus

plumas como su dignidad natural cuando se la coloca en un entorno adecuado.

Para darnos cuenta de la frustración permanente y aguda de la vida de las aves en las modernas factorías de huevos, lo mejor es observar durante un periodo corto una jaula llena de gallinas. Parecen incapaces de permanecer cómodamente en pie o en posición de descanso. Incluso si una o dos estuvieran a gusto con sus posturas, no podrían mantenerlas, porque mientras las demás se estén moviendo, ellas también deben hacerlo. La situación de las gallinas en estas condiciones es similar a la de tres personas que intentan pasar la noche cómodamente en una cama estrecha, con la diferencia de que las primeras están condenadas a esa infructuosa lucha durante un año entero y no una sola noche. Un motivo más de irritación es que después de estar unos pocos meses en la jaula empiezan a desplumarse, en parte por el roce con la jaula y en parte por los constantes picotazos de las otras. El resultado es que su piel desnuda entra en contacto con el alambre, y es habitual ver que las que han estado en jaulas un cierto tiempo tienen pocas plumas y la piel enrojecida y en carne viva, sobre todo alrededor de la cola.

Al igual que en los pollos de engorde, el picoteado de las plumas es una señal de estrés y, como señalaba uno de los estudios antes mencionados, de «ausencia de una estimulación adecuada por el entorno físico»[214]. Se ha demostrado que en un entorno enriquecido, con acceso a palos de gallinero, arena en la que rascarse y cajones de anidar, las gallinas picotean menos y se dañan menos las plumas que en jaulas convencionales[215]. El picoteo de plumas provoca aún más lesiones, ya que, como observaba otro grupo de investigadores:

...los arañazos y la piel rota, especialmente en la espalda [...], suceden más fácilmente cuando las plumas ya no protegen la piel de la espalda. Así, el miedo, la pérdida de plumas y el dolor pueden, en ocasiones, formar parte del mismo síndrome[216].

Por último, en la mayoría de las jaulas hay un ave —quizá más de una en las jaulas grandes— que ya no tiene capacidad para evitar que las demás la empujen a un lado o la pisoteen. Quizá estas sean las aves que, en un gallinero normal, ocuparían el lugar más bajo en la escala del picoteo, lo cual no importaría mucho si las condiciones fueran normales. En la jaula, sin embargo, no les queda otra solución más que acurrucarse en un rincón, normalmente cerca del fondo del suelo inclinado, donde sus compañeras las atropellan al intentar llegar al comedero o al bebedero.

Aunque después de todos estos datos podría parecer ocioso estudiar si las gallinas prefieren las jaulas o el exterior, la doctora Marian Dawkins, del Departamento de Zoología de la Universidad de Oxford, ha hecho precisamente eso, y su trabajo aporta más respaldo científico a lo que ya se ha dicho. Si se les da una opción, las gallinas familiarizadas con el corral de hierba tanto como con las jaulas escogen siempre el corral. De hecho, la mayoría prefiere un corral sin comida antes que una jaula en la que sí la haya[217].

En último término, la manera más convincente en que una gallina puede indicar que sus condiciones son inadecuadas es morir. Solo cuando las condiciones son muy extremas existe un alto índice de mortalidad, ya que el promedio habitual de vida de una gallina es mucho más largo que el que se le permite vivir a una ponedora, que oscila entre los dieciocho meses y los dos años. Las gallinas, como los humanos en los campos de concentración, se aferran tenazmente a la vida aun en las condiciones más miserables. Pese a ello, es bastante común que una granja productora de huevos pierda en un año entre un 10 y un 15 por ciento de sus gallinas, muchas de ellas, claramente, a causa del estrés producido por el hacinamiento y los problemas relacionados con él. He aquí un ejemplo:

Según el gerente de una granja de huevos de 50.000 aves, cerca de Cucamonga, California, entre cinco y diez de sus gallinas sucumben diariamente al estrés de la reclusión (esto es, entre 2.000 y 4.000 por año). «Estas aves», dice, «no mueren de ninguna enfermedad. Simplemente, no pueden soportar la tensión de vivir hacinadas»[218].

Un estudio cuidadosamente controlado por miembros del Departamento de Avicultura de la Universidad de Cornell confirmó que el hacinamiento aumenta los índices de mortalidad. Durante un periodo menor a un año, la mortalidad de las ponedoras, que vivían de tres en tres en jaulas de 12 por 18 pulgadas, fue del 9,6 por ciento; cuando fueron introducidas de cuatro en cuatro en jaulas de las mismas dimensiones, se disparó al 16,4 por ciento; con cinco aves por jaula, murió el 23 por ciento de las aves. A pesar de estos resultados, los investigadores aconsejaron que «en la mayor parte de los casos, las ponedoras de raza Leghorn deberían criarse de cuatro en cuatro en jaulas de 12 por 18

pulgadas», ya que la mayor cantidad de huevos así obtenida favorece un mayor rendimiento del capital y del trabajo que compensa con creces los costes superiores de lo que denominaron «la depreciación de las aves»[219]. Es más, si los precios de los huevos son excepcionalmente altos, concluía el informe, «cinco ponedoras por jaula rinden un beneficio mayor». Esta situación es paralela a la que vimos que se demostraba respecto a los pollos, y prueba nuevamente que los directores de industrias pecuarias pueden obtener mayores beneficios manteniendo a los animales en condiciones de mayor hacinamiento, aunque el índice de mortalidad sea mayor. Ya que poner huevos es una función corporal (como la ovulación en la mujer), las gallinas continúan poniendo huevos aun cuando se las mantenga en condiciones que frustran todas sus necesidades de comportamiento.

Así es como viven y mueren las gallinas que producen nuestros huevos. Quizá las que mueren pronto sean las más afortunadas, ya que lo único que se ofrece a sus más vigorosas compañeras son unos pocos meses más de incómodo amontonamiento. Ponen hasta que desciende su productividad, y entonces se las envía al matadero para convertirlas en sopa o en empanadillas de pollo, que es para lo único que sirven llegado ese punto.

Solo existe una alternativa probable a esta rutina y no es precisamente agradable. Cuando empieza a declinar la producción de huevos, es posible recuperar la capacidad reproductora de las gallinas mediante un procedimiento llamado *force-molting* («muda provocada»). Su objetivo es hacer pasar a la gallina por los procesos fisiológicos que, en condiciones naturales, se asocian a la pérdida estacional del viejo plumaje y al crecimiento de plumas nuevas. Después de una muda, sea natural o artificial, la gallina pone huevos con más frecuencia. Provocar la muda a una gallina que vive en un medio controlado, sin cambios estacionales de temperatura o de luz, le ocasiona a su organismo un choque considerable. De repente, se priva a las aves del alimento y el agua que hasta entonces habían estado a su libre disposición. Por ejemplo, hasta hace muy poco un folleto del Ministerio de Agricultura británico recomendaba que el segundo día de una muda forzada se desarrollara de la siguiente manera:

Ni comida, ni luz, ni agua. Asegúrese de que los comederos están realmente vacíos, retire cualquier masa restante, recoja los huevos, después desconecte el agua y las luces y deje a las aves así durante veinticuatro horas[220].

La práctica estándar era que después de dos días se les suministrara agua de nuevo, aunque tendrían que esperar un día más para recibir alimento. La iluminación recupera la normalidad durante las semanas siguientes y las gallinas supervivientes —algunas sucumben al choque— se pueden considerar lo bastante productivas como para que merezca la pena mantenerlas durante otros seis meses, aproximadamente. Desde 1987, como resultado de la presión ejercida por los grupos de protección animal, este método de muda forzada ha sido declarado ilegal en Inglaterra, y las gallinas deben tener comida y agua cada día. En cambio, en Estados Unidos es totalmente legal. Muchos granjeros, sin embargo, no consideran rentable este procedimiento; las gallinas son baratas y prefieren adquirir un nuevo lote tan pronto como el que tienen inicia el declive de su productividad.

Durante todo el proceso, incluida su fase final, el granjero no permite que los sentimientos interfieran en su actitud hacia las aves que tantos huevos les dieron. A diferencia del asesino, que disfruta de una comida especial antes de ser ejecutado, las gallinas que han sido condenadas no reciben ningún tipo de comida. «Retire la comida a las gallinas gastadas», aconseja un titular en el *Poultry Tribune*, y el artículo que le sigue dice que el alimento que se les da a las gallinas en las treinta horas previas a su envío al matadero se pierde, ya que los empresarios no pagan más por lo que les quede en el aparato digestivo[221].

Entre todos los animales que se comen habitualmente en el mundo occidental, el cerdo es, sin duda, el más inteligente. Su inteligencia natural es comparable y quizá incluso superior a la de un perro; es posible criar a un cerdo como compañero del ser humano y enseñarle a obedecer órdenes simples como lo haría un perro. Cuando George Orwell puso a los cerdos a cargo de la granja en *Rebelión en la granja*, su elección era defendible tanto desde el punto de vista científico como desde el literario.

Hemos de tener presente el alto nivel de inteligencia de los cerdos a la hora de juzgar si las condiciones en que se les cría son o no satisfactorias. Aunque se debe considerar por igual a todos los seres sintientes, sean o no inteligentes, las necesidades de los animales varían de acuerdo con sus diferentes capacidades. Una característica común a todos es su necesidad de bienestar físico, requisito elemental que hemos visto que se les negaba a las gallinas y que, como veremos, también se les niega a los cerdos. Además del bienestar

físico, una gallina requiere el medio social estructurado de un gallinero normal; es posible que eche también de menos el calor y los cloqueos reconfortantes de la gallina clueca inmediatamente después de la incubación, y algunas investigaciones han aportado datos para afirmar que incluso una gallina puede padecer de aburrimiento[222]. Aunque no sabemos con respecto a las gallinas hasta qué punto esto es así, sí tenemos la certeza de que se puede decir, y en mayor medida, de los cerdos. Investigadores de la Universidad de Edimburgo han estudiado cerdos comerciales liberados en un cercado seminatural, y han observado que tienen modelos consistentes de comportamiento: forman grupos sociales estables, construyen lechos comunales, utilizan áreas sanitarias lo bastante alejadas del lecho, son activos y pasan gran parte del día husmeando por la maleza. Cuando las cerdas van a parir, dejan el lecho común y construyen uno propio: encuentran el lugar apropiado, abren un agujero y lo forran con hierba y ramas. Allí paren y viven durante unos nueve días, hasta que ella y sus cerditos se reincorporan al grupo[223]. Como veremos, la granja industrial le impide al cerdo seguir estos modelos instintivos de comportamiento.

Los cerdos de las modernas granjas industriales no tienen nada que hacer, salvo comer, dormir, estar de pie y tumbarse. Normalmente carecen de paja u otro material sobre el que recostarse, ya que esto dificulta las tareas de limpieza. Los cerdos mantenidos así no pueden evitar aumentar de peso, pero se sentirán aburridos e infelices. A veces, los granjeros notan que sus cerdos disfrutan con los estímulos. Un granjero inglés escribió a la revista *Farmer's Weekly* describiendo la reacción de unos cerdos que había metido en una granja abandonada, en la que jugaban por todo el edificio, persiguiéndose por las escaleras de arriba abajo, y concluía:

Nuestro ganado necesita entornos variados [...], se le deberían dar objetos de diferentes estructuras, formas y tamaños [...], como a los humanos, les disgusta la monotonía y el aburrimiento[224].

Esta observación de sentido común ha sido respaldada ahora por estudios científicos. Los investigadores franceses han mostrado que los cerdos frustrados o con privaciones, cuando se les suministran tiras de cuero o cadenas de las que tirar, tienen niveles reducidos de corticosteroides (una hormona asociada con el estrés) en la sangre[225]. La investigación británica ha demostrado que los cerdos mantenidos en un entorno vacío están tan aburridos que, si se les da a la vez comida y un comedero lleno de tierra, husmearán en la tierra antes de comer[226].

Cuando se les mantiene en un entorno vacío y hacinados, los cerdos, como las gallinas, son propensos al «vicio». En vez de desplumarse y practicar el canibalismo, se dedican a morderse los rabos unos a otros, lo que ocasiona peleas en la pocilga y reduce el aumento de peso. Puesto que los cerdos no tienen pico, los granjeros no pueden cortárselo para evitar estos ataques, pero han encontrado otro modo de eliminar los síntomas sin alterar las condiciones que causan el problema: les cortan el rabo. Según el Departamento de Agricultura de Estados Unidos,

...cortar el rabo se ha convertido en una práctica común para evitar que los cerdos se lo muerdan cuando están reclusos. Lo deberían hacer todos los productores de cerdos. Corten los rabos a una distancia de 1/4 a 1/2 pulgada del cuerpo con alicates de corte lateral u otro instrumento romo. La acción aplastadora ayuda a frenar la hemorragia. Algunos productores usan un cortador de picos de pollo; también este sistema cauteriza la superficie del corte[227].

Esta recomendación es doblemente desgraciada. Pero antes de explicar por qué, aquí están las sinceras opiniones de un productor de cerdos sobre el corte del rabo:

¡Lo odian! ¡Los cerdos simplemente lo odian! Y supongo que probablemente podríamos pasar sin cortarles el rabo si les diéramos más espacio, porque no se vuelven tan locos ni tan malos cuando disponen de él. Con espacio suficiente, son unos animales bastante agradables. Pero no nos podemos permitir ese lujo. Estos edificios cuestan un montón[228].

Además de un espacio mayor, un importante investigador de animales de granja sugiere otro posible remedio:

Es probable que la causa principal [...] sea que los cerdos están llevando a cabo actividades típicas de la especie de una forma inusual por no disponer de ningún objeto apropiado. La menor incidencia de mordeduras de rabo en unidades con lecho de paja probablemente se deba, al menos en parte, a los efectos «recreativos» de la paja[229].

Ahora podemos ver por qué son desgraciadas las recomendaciones del Departamento de Agricultura estadounidense. Primero, no se sugiere en ningún momento que los cerdos

que van a sufrir el corte del rabo reciban calmantes o anestésicos. Segundo, no se menciona que la necesidad de privar a los cerdos de sus rabos indica que los cerdos están demasiado hacinados o que carecen de paja o cualquier otra cosa que atraiga su interés. El problema parece ser que los cerdos aburridos mordisquean cualquier objeto atractivo, y si el mordisqueo del rabo de otro cerdo produjera sangre, a algunos cerdos les atraería la sangre y comenzarían a morder con afán[230]. Es absolutamente típico de la mentalidad de la moderna ganadería industrial el que la respuesta tanto del Departamento de Agricultura como de los productores de cerdos sea mutilar a los animales en lugar de darles las condiciones de vida que necesitan.

Otro aspecto en el que los cerdos confinados se asemejan a las gallinas enjauladas es en que también padecen de estrés, y en muchos casos les llega a provocar la muerte. Debido a que en la producción porcina cada cerdo contribuye a las ganancias totales mucho más que una gallina en la industria avícola, el granjero dedicado a la primera tiene que tomarse más en serio este problema que un avicultor. Esta patología, en los cerdos, recibe el nombre de «síndrome de estrés porcino», cuyos síntomas describía así una revista agrícola: «tensión extrema [...], rigidez, pústulas en la piel, jadeos, ansiedad y, a menudo, muerte repentina»[231]. Este estado ocasiona graves trastornos a los productores porque, como dice el mismo artículo, «desgraciadamente, los cerdos con el síndrome de estrés porcino a menudo se pierden cuando están cerca del peso de mercado, desperdiciándose lo invertido en su alimentación».

También hay pruebas sólidas de que el síndrome de estrés porcino ha aumentado drásticamente conforme se ha hecho más común la cría en reclusión[232]. Los cerdos confinados se convierten en seres tan delicados que cualquier cosa que les altere, como un ruido extraño, luces fuertes repentinas o el perro del granjero, puede producirles los síntomas. No obstante, si alguien sugiriese que para reducir el estrés debería eliminarse el confinamiento como método de producción, la reacción sería casi con certeza la que se expresó en *Farmer and Stockbreeder* hace algunos años, cuando el confinamiento era todavía casi una novedad y las muertes relacionadas con el estrés apenas comenzaban a notarse: «Estas muertes no anulan de ningún modo el ingreso añadido que supone una mayor producción total»[233].

En la industria porcina, en contraste con la de los pollos y los huevos, el confinamiento total aún no es universal. Pero la tendencia va en esa dirección. Un estudio realizado por la Universidad de Missouri reveló que, ya en 1979, el 54 por ciento de los productores de tamaño medio y el 63 por ciento de los grandes productores tenían instalaciones de confinamiento total[234]. Cada vez más, son los grandes productores los que dominan la industria. En 1987, William Haw, presidente de National Farms, Inc., dijo que «en los próximos diez años el negocio del cerdo será igual que hoy el del pollo, con menos de cien operadores de importancia»[235]. Es la historia de siempre: las pequeñas granjas familiares están dejando de funcionar debido a las grandes industrias, que «fabrican», cada una, entre 50.000 y 300.000 cerdos al año. Tyson Foods, la mayor compañía productora de pollos del mundo, que sacrifica más de 8,5 millones de aves a la semana, ha entrado ahora en el mercado del cerdo. La compañía posee 69 complejos para el nacimiento y cría de lechones y envía al matadero a más de 600.000 cerdos al año[236].

Así, la mayoría de los cerdos pasa ahora toda su vida en espacios interiores. Nacen y son amamantados en una unidad de parto, se crían inicialmente en una guardería y alcanzan el peso adecuado para la matanza en una unidad de crecimiento y alimentación. A menos que su destino sea la reproducción, se les lleva al mercado entre los cinco y los seis meses de edad, cuando pesan unos cien kilos.

El deseo de disminuir costes laborales ha sido una de las principales razones del cambio hacia el confinamiento. Se asegura que con el sistema intensivo un solo hombre es capaz de cubrir todo el trabajo, gracias a la alimentación automatizada y a los suelos inclinados que permiten que el excremento caiga y se retire fácilmente. Otro ahorro, en este y en todos los demás sistemas de confinamiento, es que, al tener menos espacio donde moverse, el cerdo quema menos alimento realizando un ejercicio «inútil», y así cabe esperar que engorde más por cada kilo de comida consumida. Con todo esto, como dijo un productor de cerdos, «lo que realmente estamos tratando de hacer es modificar el entorno del animal para obtener el máximo beneficio»[237].

Además del estrés, el aburrimiento y el hacinamiento, las modernas unidades de confinamiento de cerdos crean problemas físicos a los animales. Uno de los problemas es la atmósfera. Las siguientes palabras pertenecen al porquero de Lehman Farm, en Strawn, Illinois:

El amoníaco machaca los pulmones de los animales [...]. El mal aire es un problema. Después de haber estado trabajando aquí un rato, lo siento en mis propios pulmones. Pero al menos yo salgo de

aquí por la noche. Los cerdos no, por lo que tenemos que mantenerlos con tetraciclina, que sí ayuda a controlar el problema[238].

El nivel de este productor no es precisamente bajo. El año anterior a esta declaración, Lehman había sido nombrado Illinois Pork All-American por el National Pork Producers' Council.

Otro problema físico para los cerdos es que los suelos de las unidades de confinamiento están diseñados para un fácil mantenimiento y para eliminar tareas como deshacerse de los excrementos, más que para el bienestar de los animales. En la mayoría de las unidades los suelos son de hormigón de rejilla o sólido. Ninguno es satisfactorio: ambos dañan los pies y las patas de los cerdos. Distintos trabajos han demostrado que hay tasas extremadamente altas de daño en los pies, pero un estudio de los suelos de rejilla realizado por el editor de la revista *Farmer and Stockbreeder* puso claramente de manifiesto la actitud de los productores hacia esta cuestión:

En el nivel de conocimiento en que nos encontramos, el sentido común nos dice que cuando se trata de ganado cuya vida es de corta duración, el suelo de rejilla parece tener más compensaciones que desventajas. Normalmente, se enviará el animal al matadero antes de que presente deformidades importantes. Por otra parte, el ganado reproductor, al ser más larga su vida útil, tiene que desarrollar y mantener unas buenas patas; en este caso, parece que el riesgo de una lesión sería mayor que las ventajas[239].

Un productor americano lo exponía más sucintamente: «Aquí no se nos paga por producir animales con buena postura. Se nos paga por libra[240]».

Aunque el hecho de que se suela sacrificar al cerdo antes de que desarrolle una deformidad importante puede minimizar la pérdida económica del productor, difícilmente podrá consolar al animal, que ha de mantenerse continuamente sobre un suelo inadecuado y desarrolla así deformidades en los pies o en las patas que serían graves si no se le llevara al matadero a una edad temprana.

La solución, claro está, consiste en retirar a los cerdos de los suelos de hormigón. Un porquero británico con trescientas cerdas hizo precisamente eso, instalando a los cerdos en corrales exteriores con paja y refugios. Informó:

Durante el tiempo en que todas nuestras cerdas preñadas estuvieron encerradas, sufrimos pérdidas considerables debidas a abrasiones, nudo estomacal, cojeras, llagas y problemas de cadera [...]. Podemos demostrar que tenemos pocas cerdas cojas y daños mínimos debidos a peleas en el grupo [del exterior][241].

Muy pocos cerdos disfrutaban del lujo de corrales con paja, y la tendencia general todavía sigue en la dirección equivocada. Imitando de nuevo a la industria avícola, los ganaderos de Holanda, Bélgica e Inglaterra han empezado a criar lechones en jaulas. Los productores americanos ya están probándolo. Aparte del deseo habitual de obtener ganancias más rápidas con menos pienso, así como una carne más tierna imponiendo restricciones al ejercicio, la ventaja principal de las jaulas es que se puede destetar antes a los lechones. Esto significa que la lactancia de la cerda cesará, y que en unos pocos días estará fértil. Entonces, se la vuelve a preñar, bien con un semental, bien con técnicas de inseminación artificial. El resultado es que, con un destete temprano, una cerda puede producir un promedio de 2,6 camadas al año, en lugar del máximo de dos que se pueden producir si se permite mamar a las crías durante tres meses como harían de modo natural[242].

La mayor parte de los ganaderos dedicados a la cría de cerdos en jaula permite que los lechones sean alimentados por sus madres al menos durante una semana antes de recluirlos; pero el doctor J. Frank Hurnick, un investigador agrícola canadiense, ha desarrollado recientemente una cerda mecánica. Según un informe, «el éxito de Hurnick podría permitir que los esfuerzos de cría intensiva se dirigiesen a aumentar el tamaño de las camadas. Hasta ahora, siempre han estado limitadas por la capacidad del sistema mamario de las cerdas»[243]. Mediante la combinación del amamantamiento mecánico y otras técnicas novedosas como la superovulación, que aumenta el número de óvulos fértiles de la hembra, los investigadores prevén sistemas de producción porcina altamente mecanizados, cuyo rendimiento sería de 45 cerdos por hembra al año en lugar de los 16 que venían siendo el promedio hasta ahora.

Hay dos aspectos alarmantes de estos desarrollos. Primero está el efecto sobre los lechones, privados de sus madres y encerrados en jaulas de alambre. En los mamíferos, la temprana separación de madre e hijo causa desazón a ambos. Respecto a las propias jaulas, un ciudadano normal que mantuviera perros en condiciones similares durante toda

su vida se arriesgaría a que le denunciasen por crueldad. Sin embargo, a un porquero que trate así a un animal de inteligencia comparable es más probable que se le recompense con una concesión fiscal o, en algunos países, con un subsidio directo del Gobierno.

El segundo aspecto alarmante de las nuevas técnicas es que están convirtiendo a la cerda en una máquina reproductora viva. «La cerda de cría debería ser considerada, y tratada, como una valiosa pieza de maquinaria cuya función es bombear lechones como una máquina de salchichas»[244]. Así se expresaba un importante director corporativo de Wall's Meat Company; y, de hecho, el Departamento de Agricultura de Estados Unidos anima a los productores a que vean a los cerdos de la siguiente manera: «Si se considera a la cerda como una unidad de manufactura de cerdos, entonces la mejora del manejo de la reproducción y posteriormente del destete resultará en que al año se obtendrán más lechones destetados por cada cerda»[245]. Incluso bajo las mejores condiciones hay poca alegría en una existencia que consiste en la preñez, el parto, la retirada de los bebés y una nueva preñez para que el ciclo se pueda repetir —y las cerdas no viven bajo las mejores condiciones—. Se las somete a un estricto confinamiento tanto para la preñez como para el parto. Mientras están preñadas, se las suele encerrar en establos metálicos individuales de 60 por 180 centímetros, apenas un poco mayores que la propia cerda; o puede que se las encadene con un collar alrededor del cuello, o que estén en establos y aun así permanezcan encadenadas. De esta manera vivirán durante dos o tres meses. A lo largo de todo ese tiempo no podrán caminar más de un paso hacia delante o hacia atrás, darse la vuelta o hacer cualquier otro tipo de ejercicio. Una vez más, el ahorro en comida y en gastos laborales es el motivo principal de esta brutal forma de prisión de aislamiento.

Cuando la cerda está a punto de dar a luz, es trasladada —pero solo hasta el «establo de parir»—. (Los humanos «dan a luz», pero los cerdos «paren»). Aquí la cerda puede estar aún más limitada en sus movimientos de lo que lo estaba en su establo. Un instrumento conocido como «la doncella de hierro», consistente en una estructura metálica que impide al animal moverse con libertad, ha sido introducido y está ampliamente extendido en muchos países. El objetivo teórico es evitar que la cerda se tumbe y aplaste a los cerditos, pero esto también se podría conseguir proporcionándole unas condiciones más naturales.

En los casos en que se encierra a la cerda tanto en la gestación como en la lactancia —o cuando se le niega la oportunidad de amamantar—, el animal pasa casi toda su vida sometido a enormes restricciones. En el confinamiento, el entorno es monótono y la cerda tiene pocas opciones de elegir o alterar el medio que la rodea. El Departamento de Agricultura estadounidense admite que «la cerda mantenida en un cajón no puede colmar su fuerte instinto de construir un lecho para la crianza», y esta frustración puede contribuir a problemas en el parto y en la lactancia[246].

Las propias cerdas dejan muy claro lo que opinan de esta forma de confinamiento. En la Universidad de Wageningen, en los Países Bajos, G. Cronin se doctoró con un estudio sobre el comportamiento de las cerdas confinadas. He aquí su descripción de cómo se comportan la primera vez que se las introduce, encadenadas, en un establo:

Las cerdas se tiraban violentamente hacia atrás tensando la cadena. Daban cabezazos mientras se retorcián y daban vueltas luchando por liberarse. A menudo emitían fuertes gritos y de cuando en cuando algunas se chocaban contra las paredes laterales de los establos. En ocasiones, esto terminaba provocando que las cerdas se colapsaran sobre el suelo[247].

Estos violentos intentos de escapar pueden durar hasta tres horas. Cuando disminuyen, informa Cronin, las cerdas permanecen tumbadas por largos periodos de tiempo, a menudo con el morro metido bajo los barrotes y emitiendo de cuando en cuando suaves gruñidos y quejidos. Pasado más tiempo, las cerdas muestran otras señales de estrés, tales como roer las barras de los establos, masticar cuando no hay nada que masticar y mover la cabeza hacia atrás y hacia delante, y así sucesivamente. Esto se conoce como «comportamiento estereotípico». Cualquiera que haya visitado un zoo que mantenga leones, tigres u osos en áridos cercados de hormigón habrá visto el comportamiento estereotípico —los animales pasean incesantemente por todo el contorno de las vallas de sus jaulas—. La cerda ni siquiera tiene esta oportunidad. Como hemos visto, en condiciones naturales el cerdo es un animal extremadamente activo, que pasa varias horas al día buscando comida, comiendo y explorando su entorno. Roer los barrotes del establo es, como ha indicado un veterinario, «una de las pocas expresiones físicas posibles en su árido entorno»[248].

En 1986, la Scottish Farm Buildings Investigation Unit, organización de investigación subvencionada por el Gobierno, publicó un informe que reunía datos científicos relativos a la siguiente pregunta: «El confinamiento, ¿causa angustia a las cerdas?». Tras comentar más de veinte estudios diferentes, el informe comparó el comportamiento estereotípico de

las cerdas con el comportamiento compulsivo-obsesivo de seres humanos neuróticos que se lavan o frotan las manos continuamente. La respuesta a la pregunta era inequívoca: «El estrecho confinamiento de las cerdas causa una angustia severa»[249]. El British Farm Animal Welfare Council, órgano consultivo del Gobierno británico, alcanzó la misma conclusión y la expresó con un lenguaje más oficial en su informe de 1988:

Ni el sistema de establos ni el de cadenas cubren ciertos criterios de bienestar a los que damos particular importancia. Como resultado de su diseño, los animales alojados en ellos no pueden ejercitarse ni comportarse según patrones naturales de conducta; en la amplia gama de sistemas que vieron los miembros, había poco margen para reducir el continuo estrés que puede provocar el confinamiento bajo estos sistemas [...]. Recomendamos [...] que el Gobierno introduzca una legislación con carácter de urgencia para evitar que haya más instalaciones de unidades con estos diseños[250].

La cerda solo disfruta de un breve periodo de libertad en una pocilga más grande cuando se la coloca con el cerdo —aunque sigue siendo probable que se trate de un espacio interior—. Al menos durante diez meses por año, la cerda preñada y que amamanta no podrá caminar. Cuando se extienda más la inseminación artificial, a este sensible animal le será negada la última oportunidad de ejercitarse, así como el último contacto natural que le queda con otro miembro de su especie al margen de la fugaz intimidad con sus bebés.

En 1988, después de más de veinte años de prácticas de confinamiento, se publicó un importante estudio que mostraba que los desafortunados cerdos y cerdas que son encerrados y utilizados para la reproducción tienen otra fuente más de angustia: se les mantiene constantemente hambrientos. Los animales que son engordados para el mercado reciben toda la comida que quieren; pero dar a los animales reproductores más que el mínimo suficiente para que se sigan reproduciendo sería, bajo el punto de vista del productor, simplemente una pérdida de dinero. El estudio mostraba que los cerdos alimentados con las raciones que recomienda el Agricultural Research Council de Gran Bretaña obtienen solo el 60 por ciento de lo que comerían si dispusieran de más comida. Es más, su presteza en apretar palancas para conseguir más comida era muy similar antes y después de haber comido sus raciones diarias, lo que indicaba que seguían hambrientos inmediatamente después de comer. Como concluyeron los científicos:

Los niveles comerciales de alimentación para las cerdas preñadas y los cerdos, aun cuando cubren las necesidades del productor, no satisfacen la motivación alimenticia. A menudo se ha asumido que no se pueden alcanzar altos niveles de producción en ausencia del bienestar adecuado. Sin embargo, el hambre resultante de los bajos niveles de comida ofrecidos a la población de cerdos reproductores puede actuar como una fuente principal de estrés[251].

Una vez más, los beneficios del productor y los intereses del animal están en conflicto. Es verdaderamente sorprendente la frecuencia con que esto se puede demostrar —mientras los grupos de presión favorables a la industria pecuaria nos aseguran de forma permanente que solo los animales felices y bien atendidos pueden ser productivos—.

De todas las formas de producción animal intensiva que hoy se practican, la que mayor repugnancia moral provoca es la de la carne de ternera. La esencia de la producción de ternera es facilitar una comida alta en proteínas a terneras anémicas y confinadas, de manera que produzcan una carne tierna de color pálido que será servida a los clientes de restaurantes caros. Afortunadamente, esta industria no tiene un tamaño comparable a la de la producción de aves, vacas o cerdos; aun así, merece nuestra atención porque representa un caso extremo en cuanto al grado de explotación a que se somete a los animales y por su absurda ineficacia como método para proporcionar un alimento nutritivo a las personas.

La ternera es la carne de un ternero joven. El término se reservaba originalmente para las terneras que se sacrificaban antes de ser destetadas de sus madres. La carne de estos jovencísimos animales era más pálida y tierna que la de una ternera que ya había comenzado a comer hierba; pero no se disponía de mucha, ya que las terneras empiezan a comer hierba cuando tienen unas pocas semanas y, por tanto, son aún muy pequeñas. La pequeña cantidad disponible provenía de los terneros machos no deseados que producía la industria lechera. Un día o dos después de nacer salían en camiones hacia el mercado, donde, hambrientos y asustados por el ambiente extraño y por la ausencia de sus madres, se vendían para ser entregados inmediatamente al matadero.

Después, en los años cincuenta, los productores de ternera de Holanda encontraron una manera de mantener al ternero vivo más tiempo sin que la carne enrojeciera o perdiera

suavidad. El truco está en mantener al animal en condiciones extremadamente antinaturales. Si se les permitiera crecer en ambientes exteriores, las terneras correrían por los campos, desarrollando músculos que endurecerían su carne y quemando calorías que el productor tendría que reponer con una alimentación costosa. A la vez, comerían hierba y su carne perdería el color pálido característico de los terneros recién nacidos. Por ello, los productores especializados en ternera llevan a sus terneros directamente del corral de subastas a una unidad de confinamiento. Allí, en un corral convertido o en un cobertizo especialmente construido, se disponen filas de establos de madera, cada uno de 50 centímetros de ancho por 1,32 metros de largo. El suelo es de madera de rejilla, levantado sobre el piso de hormigón del cobertizo. Se ata a los terneros con una cadena al cuello para evitar que se den la vuelta en el cajón cuando son pequeños. (La cadena puede ser retirada cuando se vuelven demasiado grandes para darse la vuelta en establos tan reducidos). El establo no contiene paja ni otro material mullido, puesto que las terneras se lo podrían comer y estropearían la palidez de su carne. Solo abandonan el cajón cuando se las conduce al matadero. Son alimentadas con una dieta totalmente líquida, basada en leche desnatada en polvo a la que se añaden vitaminas, minerales y drogas para acelerar el crecimiento. Las terneras viven de esta manera durante las dieciséis semanas siguientes. El atractivo del sistema, desde el punto de vista de los productores, es que a esa edad una ternera puede pesar hasta 180 kilos, en lugar de los 40, más o menos, que pesaba al nacer; y puesto que la carne de ternera se cotiza a unos precios extremadamente altos, la cría con este sistema se ha convertido en un negocio lucrativo.

Este método para criar terneras fue introducido en Estados Unidos en 1962 por Provimi, Inc., un fabricante de piensos de Watertown, en Wisconsin. Su nombre deriva de las «proteínas, vitaminas y minerales» de que se componen sus piensos —ingredientes que, cabe pensar, podrían destinarse a mejores fines que la producción de ternera—. Provimi, según se vanagloria, creó este «concepto nuevo y completo de producción de ternera» y todavía es, con diferencia, la compañía más grande del ramo, ya que controla entre el 50 y el 75 por ciento del mercado interno. Su interés en la promoción de este sistema de producción de ternera es desarrollar un mercado para sus piensos. Describiendo lo que consideraba como «óptima producción de ternera», el boletín de Provimi, *The Stall Street Journal*, que ya no se publica, nos da una idea de la naturaleza de una industria que en Estados Unidos y en algunos países europeos ha permanecido sin cambios esenciales desde su introducción:

El doble objetivo de la producción de ternera es, primero, producir un ternero del mayor peso posible en el tiempo más corto y, segundo, mantener su carne lo más pálida posible para dar gusto al consumidor. Todo ello con un beneficio proporcional al riesgo e inversión exigidos[252].

Los estrechos cubículos y sus suelos de tablillas son una grave fuente de incomodidad para las terneras. Cuando crecen, ni siquiera pueden estar de pie o tumbarse sin dificultades. Como indicaba un informe de un grupo investigador dirigido por el profesor John Webster, de la unidad de producción animal de la Escuela de Ciencias Veterinarias de la Universidad de Bristol, Inglaterra:

Las terneras, en cajones de 750 mm de ancho, no pueden, naturalmente, tumbarse con las patas estiradas [...]; se tumban así cuando tienen calor y quieren perderlo [...]. Las terneras criadas a una temperatura ambiente superior a los 20 °C pueden estar incómodas. Negarles la oportunidad de adoptar una posición especial para maximizar la pérdida de calor solo empeora las cosas [...]. Las terneras de más de diez semanas de edad que estaban dentro de cajones no podían adoptar una postura normal para dormir, con la cabeza metida en el costado. Concluimos que negarles a las terneras la oportunidad de adoptar una postura normal de sueño es un desprecio importante a su bienestar. Para superar esto, los cajones necesitarían tener al menos 900 mm de ancho[253].

Los lectores americanos deben tener en cuenta que 750 milímetros equivalen a dos pies y seis pulgadas, y 900 milímetros a tres pies, siendo ambas medidas considerablemente superiores a los cajones estándar de un pie y diez pulgadas que se usan en Estados Unidos.

Los cajones son también demasiado estrechos para permitir que la ternera se dé la vuelta. Esto es otra fuente de frustración. Además, un cubículo así es también demasiado estrecho para realizar cómodamente el proceso de higiene, y las terneras tienen un deseo innato de girar la cabeza para limpiarse con la lengua. Como dijeron los investigadores de la Universidad de Bristol:

Puesto que las terneras crecen tan deprisa y producen tanto calor, tienden a mudar su pelaje a las diez semanas de edad, aproximadamente. Durante este tiempo, tienen la urgente necesidad de limpiarse. También son especialmente susceptibles a infestarse con parásitos externos, sobre todo en

condiciones templadas y húmedas. Las terneras metidas en cajones no pueden alcanzar muchas partes de sus cuerpos. Concluimos que negar a la ternera la oportunidad de limpiarse a conciencia es un desprecio inaceptable a su bienestar, tanto si esto se consigue frenando su libertad de movimiento como si se utiliza un bozal[254].

Un suelo de tablillas de madera sin ningún material mullido es duro e incómodo; raspa las rodillas de las terneras cuando se levantan o se tumban. Además, los animales con pezuñas están incómodos sobre los suelos entablillados. El suelo de tablilla es como la reja metálica que impide pasar al ganado en la carretera y de la que el ganado siempre huye, salvo que el espacio entre las tablas es menor. Sin embargo, los huecos tienen que ser lo bastante anchos para permitir que la mayor parte del excremento pase a su través, y esto significa que son lo bastante grandes como para que las terneras estén incómodas. El equipo de Bristol decía que los jóvenes terneros estaban «inseguros y con miedo a cambiar de posición durante varios días».

Los jóvenes terneros añoran profundamente a sus madres. También echan de menos poder mamar. El impulso de mamar, como en los bebés humanos, es fuerte en estos animales. No disponen ni de una ubre ni de ningún sustituto. Desde su primer día de confinamiento —que muy bien pudiera ser solo el tercero o cuarto de sus vidas—, beben de un cubo de plástico. Se ha intentado alimentarlos con ubres artificiales, pero parece que la dificultad de mantenerlas limpias y estériles no compensa al granjero. Es habitual ver a las terneras intentando frenéticamente mamar de alguna parte de las secciones del establo donde están ubicadas, aunque por lo general nunca hay nada apropiado; y si se les ofrece un dedo empezarán a chuparlo inmediatamente, al igual que los bebés humanos se chupan el pulgar.

Más tarde, el ternero desarrolla el deseo de rumiar, esto es, de tragarse el forraje y devolverlo a la boca para mastcarlo después. Pero el forraje es un artículo rigurosamente prohibido porque contiene hierro y oscurece la carne, y una vez más, por tanto, el animal debe contentarse con vanos intentos de masticar los laterales de su cubículo. En los terneros destinados a producir carne son comunes los desórdenes digestivos, incluyendo úlceras de estómago. También la diarrea crónica. Citando una vez más el estudio de Bristol:

Los terneros son privados de comida seca. Esto distorsiona completamente el desarrollo normal del cuajar y favorece el desarrollo de bolas de pelo que pueden producir indigestión crónica[255].

Por si todo esto fuera poco, los ganaderos mantienen anémicos a sus terneros deliberadamente. El *Stall Street Journal* de Provimi explica por qué:

El color de la carne es uno de los principales factores para obtener máximas ganancias en el caprichoso mercado de la ternera [...]. La de «color blanco» constituye un artículo de primera calidad muy solicitado por los mejores clubs, hoteles y restaurantes. El color blanco o rosa de la ternera guarda relación, en parte, con la cantidad de hierro que hay en los músculos de los animales[256].

Así pues, los piensos de Provimi, como los de otros fabricantes de piensos para terneras, se mantienen deliberadamente bajos en hierro. Una ternera normal obtendría hierro del pasto o de otras formas de forraje, pero como estas terneras no tienen acceso a ellos, se vuelven anémicas. La carne rosa pálido es, de hecho, carne anémica, y la demanda de carne de este color es cuestión de esnobismo, ya que el color no afecta al sabor ni, por supuesto, la vuelve más nutritiva, sino más bien todo lo contrario —solo significa que le falta hierro—.

La anemia, naturalmente, está controlada. Sin hierro alguno las terneras caerían muertas. Con una ingestión normal, la libra de carne no se cotizaría. Así que se llega a un equilibrio en el que se mantiene pálida la carne y a las terneras en pie —o al menos a la mayoría— el tiempo suficiente para alcanzar los pesos de mercado. No obstante, los animales están enfermos y anémicos. Mantenedos deliberadamente con poco hierro, desarrollan una apetencia enorme por esta sustancia que les impulsa a lamer cualquier remache de metal de sus cubículos, lo cual explica que estos sean de madera. Como dice Provimi a sus clientes:

La razón más importante para utilizar cubículos de madera dura en lugar de metal es que este podría afectar al color pálido de la carne [...]. Alejen a sus terneras de todo tipo de hierro[257].

Y, de nuevo:

Es necesario también que los terneros no tengan acceso a una fuente continua de hierro. [Se debe inspeccionar el agua suministrada. Si hay un alto nivel de hierro (un exceso de 0,5), habría que

plantearse poner un filtro]. Los cajones de los terneros deben construirse de tal forma que los animales no tengan acceso al metal oxidado[258].

La insaciable apetencia de hierro que tiene el ternero anémico es una de las razones por las que el productor intenta evitar que se dé la vuelta en su cubículo. Aunque las terneras, como los cerdos, normalmente prefieren no acercarse a sus propios orines o estiércol, la orina contiene algo de hierro. La necesidad es lo suficientemente fuerte como para superar esta repugnancia natural, de modo que las terneras anémicas lamerán las tablas del suelo que están impregnadas de orina. Al productor no le gusta esta actitud porque, por una parte, proporciona a los terneros un poco de hierro y, por otra, pueden adquirir infecciones con el estiércol, que cae en el mismo sitio que la orina.

Hemos visto que, en opinión de Provimi, Inc., los dos objetivos de la producción de carne de ternera son criar un animal del mayor peso en el menor tiempo posible y conseguir que la carne sea cuanto más pálida mejor. Ya hemos visto lo que se hace para lograr el segundo objetivo, pero aún hay más que decir respecto a las técnicas usadas para conseguir un crecimiento rápido.

Para que un animal crezca rápidamente tiene que ingerir la mayor cantidad posible de alimento y gastar lo menos posible del alimento ingerido en su vida diaria. Para asegurarse de que el ternero destinado a carne come todo lo que puede, no se le da agua. El único líquido al que tiene acceso es su comida: un sustituto enriquecido de la leche, compuesto de leche en polvo y grasa añadida. Puesto que los establos que los albergan mantienen un ambiente cálido, los sedientos animales ingieren más alimento del que tragarían si pudieran beber agua. Como consecuencia del exceso de comida es habitual que rompan a sudar, de modo similar a como dijimos que le ocurre a un ejecutivo que ha comido demasiado y muy deprisa[259]. Al sudar, el ternero elimina humedad; esto le produce sed de nuevo, de modo que vuelve a comer en exceso. Este procedimiento es insalubre según los criterios generalmente admitidos, pero el productor de carne de ternera, cuya finalidad es producir el animal más pesado en el menor tiempo posible, no se inquieta por su salud futura mientras sobreviva para llevarlo al mercado; así, Provimi advierte que el sudor es una muestra de que «el ternero está sano y creciendo lo máximo posible»[260].

Conseguir que el ternero coma en exceso significa ganar la primera batalla; la segunda consiste en asegurarse de que la mayor parte de lo que ha ingerido contribuya a que aumente de peso. Confinar al ternero para impedirle que haga ejercicio es un requisito para lograrlo, como también lo es mantener caliente el establo, ya que una ternera con frío quemaría calorías solo para mantener su temperatura. Aun así, los terneros que se mantienen calientes en sus cubículos pueden mostrarse inquietos, ya que no tienen nada que hacer durante todo el día excepto comer dos veces. Un investigador holandés ha escrito lo siguiente:

Los terneros para consumo sufren por la incapacidad de hacer algo [...]. La ingestión del alimento les ocupa solamente veinte minutos al día y el resto del tiempo el animal no puede hacer ninguna otra cosa más que esta [...]. Pueden observarse conductas estereotipadas como rechinar los dientes, menear la cola, mover la lengua y otras [...]. Este tipo de movimientos puede considerarse como una reacción ante la falta total de ocupación[261].

Para reducir la inquietud de los animales aburridos, muchos productores de carne de ternera los mantienen en la oscuridad a todas horas, excepto cuando los alimentan. Puesto que los establos no suelen tener ventanas, lo único que hay que hacer es apagar las luces. De este modo, los terneros, carentes ya de casi todo el afecto, la actividad y los estímulos que exige su naturaleza, se encuentran también privados del estímulo visual y del contacto con otros terneros durante periodos de más de veintidós horas, de las veinticuatro que tiene el día. Se ha comprobado que las enfermedades duran más en los establos sin luces[262].

Los terneros que viven así son animales infelices e insanos. Aunque el productor selecciona tan solo a los más fuertes y saludables, aunque les proporciona una alimentación tratada farmacológicamente como medida rutinaria e inyecciones adicionales al menor síntoma de enfermedad, son frecuentes las enfermedades digestivas, respiratorias e infecciosas. Es común que uno de cada diez terneros no sobreviva a las quince semanas de reclusión. Entre el 10 y el 15 por ciento de mortalidad en un periodo tan breve sería desastroso para cualquiera que criase terneros para obtener carne de vacuno, pero el productor de carne de ternera puede tolerar esta pérdida gracias al alto precio que están dispuestos a pagar los restaurantes caros.

Debido a la cómoda relación que existe normalmente entre los veterinarios que trabajan

con animales de granja y los productores intensivos (después de todo, son los dueños, y no los animales, quienes pagan las facturas), saber que este es uno de los aspectos de la producción animal que han tensado las relaciones entre veterinarios y productores nos da una muy buena indicación de las condiciones extremas en que se mantiene a las terneras. Un ejemplar de *The Vealer* de 1982 informa:

Además de por esperar demasiado para llamar cuando un animal está realmente enfermo, los veterinarios no parecen tener buenas relaciones con los criadores porque durante mucho tiempo han desafiado los métodos agrícolas aceptados. Alimentar al ganado con paja larga, a fin de matener un sistema digestivo apropiado, se ha considerado durante años una práctica correcta[263].

El único aspecto positivo de esta triste historia es que las condiciones creadas por los cajones para terneras son tan terribles para el bienestar animal que han provocado la reacción del Gobierno británico, cuyas normas exigen ahora que un ternero se pueda dar la vuelta sin dificultad, que se le alimente a diario con una dieta que contenga el «hierro suficiente para mantenerlo totalmente sano y vigoroso» y que reciba la suficiente fibra para permitir el desarrollo normal de la rumia[264]. Estos son requisitos mínimos para el bienestar de los terneros, y aún se quedan cortos para satisfacer sus necesidades, pero casi todas las unidades de terneros de Estados Unidos y otras muchas de Europa los incumplen.

Si el lector recuerda que todo este proceso laborioso, derrochador y doloroso existe con el único objetivo de complacer a las personas que insisten en comer carne pálida y blanda, huelga hacer cualquier otro comentario.

Como hemos visto, la industria de la ternera es una rama de la industria lechera. Los productores deben asegurarse de que las vacas se preñan cada año con el fin de mantener la producción de leche. Se las aparta de sus hijos cuando nacen, experiencia esta que es tan dolorosa para la madre como aterradora para el ternero. La madre demuestra frecuentemente sus sentimientos con llamadas y bramidos constantes durante días después de ser alejada de su cría. Algunas terneras —hembras— serán criadas con sustitutos lácteos para reemplazar a las vacas lecheras cuando lleguen a la edad, en torno a los dos años, en que pueden producir leche. Otros terneros se venderán cuando tengan entre una y dos semanas de edad para ser criados en establos o parcelas de engorde con el fin de producir carne de vacuno. Los restantes serán vendidos a los productores de carne de ternera, quienes también dependen de la industria lechera para conseguir la dieta láctea que se les suministra a los animales para mantenerlos anémicos. Incluso si no se le envía a una unidad de terneros, como ha escrito el profesor John Webster, del Departamento de Producción Animal de la Universidad de Bristol:

El ternero nacido de una vaca lechera sufre rutinariamente más desprecios al desarrollo normal que cualquier otro animal de granja. Se le arranca de su madre al poco tiempo de nacer, se le priva de su comida natural —leche entera de vaca— y se le alimenta con diversos sustitutos líquidos más baratos[265].

La vaca lechera que antaño recorría las colinas pacíficamente, incluso idílicamente, es ahora una máquina de fabricar leche sometida a un control y una regulación extremos. La imagen bucólica de la vaca que juega con su ternero en la pradera no tiene lugar alguno en la producción comercial de leche. Muchas vacas lecheras se crían en espacios interiores. Algunas viven en establos individuales con el espacio justo para ponerse de pie o tumbarse. Su entorno está completamente controlado: se las alimenta con cantidades medidas de pienso, las temperaturas se ajustan para maximizar el rendimiento de leche y la iluminación es artificial. Algunos granjeros han comprobado que un ciclo de dieciséis horas de luz y solo ocho de oscuridad proporciona un mayor rendimiento.

Después de que le retiren su primer ternero, comienza el ciclo de producción de la vaca. Se la ordeña dos veces al día, en ocasiones tres, durante diez meses. Después del tercer mes, será preñada de nuevo. Seguirá siendo ordeñada hasta unas seis o siete semanas antes del parto, y otra vez tan pronto como le sea retirado el ternero. Normalmente, este ciclo intensivo de gestación e hiperlactación puede durar tan solo unos cinco años, tras los cuales la vaca «gastada» se envía al matadero para convertirse en hamburguesa o comida para perros.

Con el fin de obtener la máxima producción, los criadores alimentan a las vacas con concentrados muy energéticos de soja, harina de pescado, subproductos de destilería e incluso estiércol avícola. El peculiar sistema digestivo de las vacas no puede procesar adecuadamente esta comida. El objetivo de la rumia es digerir hierba que fermenta lentamente. En el momento de mayor producción, unas pocas semanas después de haber

parido, la vaca suele gastar más energía que la que es capaz de ingerir. Puesto que su capacidad de producir sobrepasa su habilidad de metabolizar su alimento, empieza a descontrolarse y usa sus propios tejidos; comienza a «ordeñarse a sí misma»[266].

Las vacas lecheras son animales sensibles que manifiestan desajustes psicológicos y fisiológicos como resultado del estrés. Tienen una gran necesidad de identificarse con sus «cuidadores». En el sistema actual de producción láctea no se permite al granjero estar más de cinco minutos al día con cada animal. En un artículo llamado «Granjas lecheras que no necesitan praderas», una de las mayores «industrias lecheras» presume de un adelanto que «permite a un trabajador alimentar a 88 terneros en 45 minutos —una tarea que normalmente costaría todo el día a varios hombres—»[267].

Ahora se vuelca todo el interés en encontrar formas de interferir con los procesos hormonales y reproductivos normales de la vaca para hacer que produzca aún más leche. La hormona de crecimiento bovino (conocida en Europa como somatotropina bovina o BST) se está promocionando como una forma de aumentar espectacularmente la producción lechera. Las vacas que reciben inyecciones diarias de la hormona han producido alrededor del 20 por ciento más de leche. Pero además de las llagas que se puedan producir por las inyecciones diarias, los cuerpos de las vacas estarán obligados a trabajar aún más duramente; necesitarán una dieta más rica, y es de esperar que sufran aún más por las enfermedades que ya afectan a muchas de ellas. David Kronfels, profesor de nutrición y jefe de medicina de animales grandes en la Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad de Pennsylvania, ha dicho que durante una prueba más de la mitad de las vacas que recibían BST fueron tratadas de mastitis (una dolorosa inflamación de la glándula mamaria), frente a ninguna en el grupo de control que no recibía BST[268]. La oposición a la BST viene ahora de los granjeros, así como de los protectores de los animales. Esto no es muy sorprendente, ya que varios estudios realizados en la Universidad de Cornell y en la United States Congress Office of Technology Assessment han indicado que si las principales explotaciones lecheras adoptasen el BST, podría terminarse el negocio de unos 80.000 granjeros americanos —la mitad de la cifra actual—[269]. Un granjero del oeste de Inglaterra ha señalado que «los principales beneficiarios de estas inyecciones a las vacas serían muchas compañías farmacéuticas de altos vuelos», y ha rogado: «Al menos, déjenos recibir leche procedente de vacas contentas y no de los acericos de unos industriales avariciosos»[270].

Pero los aumentos de producción conseguidos por la hormona de crecimiento bovino no son nada comparados con los que ya anticipan los entusiastas de las nuevas tecnologías de reproducción. En 1952 se produjo el primer ternero por medio de la inseminación artificial. Hoy, este es prácticamente el método estándar. En los años sesenta se produjeron los primeros terneros a partir de embriones transferidos de una vaca a otra. Mediante inyecciones de hormonas, se puede lograr que una vaca con un rendimiento especialmente alto produzca docenas de óvulos de una vez. Después de que se la insemine artificialmente con el semen de un semental valioso, se le pueden extraer los embriones del útero y trasplantarlos a vacas sustitutas más baratas, haciéndoles incisiones en los flancos. Así se puede criar rápidamente toda una vacada solo con la mejor raza. La técnica para congelar los embriones, desarrollada durante los años setenta, ha facilitado su comercialización, y en Estados Unidos se intentan ahora más de 150.000 transferencias de embriones cada año, obteniéndose al menos 100.000 terneros de estos intentos. La ingeniería genética y quizá la clonación serán los próximos pasos de este esfuerzo continuo por crear animales cada vez más productivos[271].

Tradicionalmente, el ganado criado en Estados Unidos para obtener carne de vacuno vagaba libremente por los inmensos espacios abiertos que vemos en las películas de vaqueros. Pero, como se dice en un artículo supuestamente humorístico del *Peoria Journal Star*, la pradera moderna no es lo que solía ser:

El hogar del vaquero ya no es necesariamente la pradera. Es más que probable que el hogar sea una parcela de engorde donde el único punto de encuentro entre la vaca y la salvia sea la olla. Esta es la modernidad del vaquero. Esto es la Granja Norris, donde, en lugar de mantener 700 reses en 8.100 hectáreas de pradera de hierba rala, se mantienen 7.000 reses en 4,45 hectáreas de hormigón[272].

Comparado con los pollos, cerdos, terneros y vacas lecheras, el ganado vacuno criado para carne disfruta más de los espacios abiertos, pero la duración de este periodo de libertad ha disminuido. Hace veinte años, el ganado hubiera vagado por las praderas durante unos dos años. Ahora, los que tienen la suerte de hacerlo son agrupados después de unos seis meses para ser «completados», esto es, para que alcancen el peso y las

condiciones de mercado con una alimentación más rica que la hierba. Con este propósito se les traslada a parcelas de engorde situadas en lugares lejanos. Aquí, durante seis u ocho meses, comen maíz y otros cereales. Después se les envía al matadero.

La tendencia dominante en la industria del ganado vacuno ha sido el aumento de las grandes «parcelas de sobrealimentación». De los 34 millones de reses que se sacrificaron en 1987 en Estados Unidos, el 70 por ciento llegaba al matadero procedente de las parcelas de engorde. Las grandes parcelas son ahora responsables de un tercio de la carne de vacuno que se produce en el país. Se trata de explotaciones comerciales importantes, a menudo financiadas por compañías petroleras o dinero de Wall Street en busca de desgravaciones fiscales. Las parcelas resultan económicas porque el ganado engorda más deprisa con cereal que con pasto. Sin embargo, al igual que ocurre con las vacas lecheras, los estómagos de las reses no están preparados para esta alimentación concentrada. Con frecuencia, en su esfuerzo por obtener más fibra que la que proporciona la dieta de la parcela, el ganado lame su propia piel y la de las otras reses, lo que le puede originar abscesos por la gran cantidad de pelos que entra en la rumia[273]. Diluir el grano con el forraje que el ganado necesita y desea retrasaría, sin embargo, el aumento de peso.

El sistema de parcelas de sobrealimentación no confina al ganado tanto como las jaulas a las gallinas ni como los cubículos a las cerdas, los terneros de consumo y, a menudo, las vacas lecheras. La concentración animal ha ido aumentando, pero incluso con una densidad del orden de 2.200 animales por hectárea, cada animal dispone de 150 metros<sup>2</sup>, puede vagar por todo el terreno (que quizá tenga una superficie de 0,4 hectáreas) y no se le aísla de los otros. Más que la restricción de movimientos, lo que constituye un problema aquí es el aburrimiento que produce un medio árido e invariable.

Otro problema muy serio es la exposición a las inclemencias del clima. En verano es posible encontrar el ganado al sol y sin ninguna sombra que lo ampare; en invierno, quizá no pueda protegerse de unas condiciones climatológicas para las que no está preparado naturalmente. Durante las tormentas de nieve de 1987, algunos granjeros informaron de graves pérdidas, ya que llegó a morir entre el 25 y el 30 por ciento de los terneros y entre el 5 y el 10 por ciento del ganado adulto. Un granjero de Colorado dijo lo siguiente: «Había poca protección para los terneros. La mayor parte se malogró por estar a la intemperie. Tuvimos una nieve húmeda y justo a continuación vino el frío». En otra ocasión, 75 terneros de un grupo de 100 se perdieron por la tormenta[274].

En Europa, algunos productores de vacuno han seguido las pautas de las industrias del pollo, del cerdo y de la ternera y han comenzado a criar a sus animales en espacios interiores. En Estados Unidos, Inglaterra y Australia, el confinamiento permanente se considera económicamente injustificado. Protege a los animales del clima, pero siempre a cambio de un hacinamiento mucho mayor, ya que el ganadero ha de amortizar el capital que ha invertido en el edificio. El ganado vacuno confinado intensivamente se suele mantener en grupos, en corrales más que en cubículos individuales. A menudo se emplean suelos de rejilla para facilitar la limpieza, aunque el ganado vacuno, como los cerdos y los terneros, se siente incómodo sobre este piso y puede llegar a quedarse cojo.

Ningún sector de la explotación animal queda a salvo de las incursiones de la tecnología y de las presiones para intensificar la producción. Los corderos, esos gozosos símbolos de la primavera, ya han entrado en los oscuros interiores de los edificios de confinamiento[275]. En el Rabbit Research Center de la Universidad del Estado de Oregón, los investigadores han desarrollado un sistema de jaulas para criar conejos y están experimentando con densidades de ocupación de dos conejos por cada 30 cm[276]. En Australia, las ovejas seleccionadas que producen una lana de gran calidad ya han sido recluidas en interiores, en establos individuales y colectivos —la meta es mantener la lana limpia y larga—. La lana de estas ovejas se vende a un precio cinco o seis veces superior al precio normal[277]. Aunque el sector peletero gusta de promocionar sus pieles «producidas en granjas» para minimizar la mala fama que le otorga el uso de cepos para cazar animales salvajes, sus «ranchos» son altamente intensivos. Los visones, mapaches, hurones y otros animales explotados por su piel son mantenidos en pequeñas jaulas de alambre. El hermoso zorro ártico, por ejemplo, suele vagar normalmente por miles de acres en la tundra: en una granja peletera tiene una jaula de alambre que mide ciento seis por ciento catorce centímetros cuadrados[278].

Podemos decir que ya hemos cubierto los principales sectores de la cría de animales en los que los métodos tradicionales han sido sustituidos por explotaciones de tipo industrial. Por desgracia, en lo que respecta a los animales ha habido muy poca mejoría desde que se publicó la primera edición de este libro hace quince años. En aquel momento ya estaba claro que los modernos métodos de producción son incompatibles con una inquietud

auténtica por el bienestar de los animales. Los datos se recogieron por vez primera en el libro pionero de Ruth Harrison *Animal Machines*, publicado en 1964. Este libro fue apoyado con toda su autoridad por el comité Brambell, nombrado por el ministro de Agricultura británico e integrado por los más distinguidos especialistas. Además de Brambell, un distinguido zoólogo, el comité incluía a W. H. Thorpe, director del Departamento de Conducta Animal de la Universidad de Cambridge, y a otros expertos en ciencia veterinaria, producción animal y agricultura. Tras una investigación exhaustiva, en 1965 publicaron un informe oficial de 85 páginas. En el informe del comité se negaba tajantemente el argumento de que la productividad es una indicación satisfactoria de la ausencia de sufrimiento —el hecho de que el animal esté engordando puede, dijeron, ser una «condición patológica»—. También rechazaron el punto de vista de que los animales de granja no sufren por el confinamiento porque se les cría para ello y están acostumbrados. En un apéndice importante al informe, Thorpe subrayaba que las observaciones del comportamiento de los animales domésticos han demostrado que «todavía son esencialmente lo que eran en la época prehistórica», con modelos innatos de conducta y necesidades que siguen presentes aun cuando el animal no haya conocido nunca condiciones naturales. Concluía Thorpe:

Ciertos hechos básicos son lo bastante claros como para justificar la acción. Aunque aceptemos la necesidad de una gran restricción, debemos poner un freno a aquellas condiciones que supriman por completo todas o casi todas las necesidades naturales instintivas y modelos de conducta característicos de actividades adecuadas al alto grado de organización social que se encuentra en las especies salvajes ancestrales y que se han modificado poco, si es que lo han hecho, en el proceso de domesticación. En concreto, es claramente cruel inmovilizar a un animal durante un largo periodo de su vida de forma que no pueda usar ninguno de sus modelos normales de conducta locomotriz[279].

De acuerdo con lo anterior, las recomendaciones del comité se basaban en el siguiente principio, modesto pero fundamental:

En principio, desaprobamos un grado de confinamiento que necesariamente frustre la mayoría de las actividades que integran la conducta natural de un animal [...]. Un animal debería tener al menos la suficiente libertad de movimiento como para poder darse la vuelta, acicalarse, levantarse, tumbarse y estirar sus miembros sin dificultad[280].

Estas «cinco libertades básicas», como han sido llamadas desde entonces —darse la vuelta, acicalarse, levantarse, tumbarse y estirar sus miembros libremente—, se les siguen negando a todas las gallinas enjauladas, a todas las cerdas atadas en sus pocilgas y a todas las terneras que viven en cajones. Sin embargo, una gran cantidad de material científico ha confirmado el veredicto del comité Brambell en todos sus aspectos principales desde que este emitió su informe. Ya hemos visto, por ejemplo, cómo los comentarios de Thorpe sobre la conservación de modelos naturales de conducta en animales domésticos han sido totalmente corroborados por un estudio de la Universidad de Edimburgo sobre la vida de los cerdos en un entorno seminatural[281]. El argumento que dice que si los animales son productivos se demuestra que están contentos es también hoy considerado universalmente por los científicos como una falacia. Un estudio de 1986 publicado en *American Scientist* constituye una crítica informada sobre este argumento:

Con respecto a los animales domesticados, sin embargo, este argumento puede ser equívoco por varias razones. Los animales de granja han sido seleccionados por su habilidad para crecer y reproducirse bajo una amplia gama de condiciones y circunstancias, algunas de ellas adversas. Las gallinas, por ejemplo, pueden continuar poniendo huevos con normalidad incluso cuando están gravemente heridas. Aún más, el crecimiento y la reproducción son frecuentemente manipulados por prácticas tales como alterar el fotoperiodo o añadir a la alimentación sustancias que aceleran el crecimiento, como los antibióticos. Finalmente, en una granja industrial moderna donde un solo trabajador puede cuidar de hasta 2.000 cabezas de ganado o 250.000 pollos al año, la práctica de medir el crecimiento o la reproducción por libras de carne o huevos producidos en relación a la construcción, el combustible o los costes de alimentación informa bien poco sobre el estatus productivo de un animal individual[282].

El doctor Bill Gee, director de la fundación del Bureau of Animal Health (Oficina de Salud Animal) del Gobierno australiano, ha dicho:

Se sostiene que la productividad de los animales de granja es un indicador directo de su bienestar. Hay que enterrar de una vez para siempre esta falsa idea. El «bienestar» se refiere al buen vivir de los animales individuales, mientras que la «productividad» se refiere al beneficio por dólar gastado o por unidad de recurso[283].

Me he ocupado de documentar lo errado de este argumento en diversos puntos de este capítulo. Sería agradable pensar que se puede enterrar de una vez por todas, pero sin duda seguirá surgiendo cada vez que los defensores del negocio agropecuario lo consideren útil para hacer que el consumidor crea que todo funciona bien en la granja.

El Parlamento Europeo dio cierto reconocimiento al peso de las pruebas contra los métodos intensivos en las granjas cuando en 1987 tuvo en cuenta un informe sobre el bienestar animal y adoptó una política que contenía los siguientes puntos:

- 1) Poner fin al mantenimiento de terneros en cajones individuales y a las privaciones de hierro y forraje a las que se les somete.
- 2) Acabar con las jaulas en batería en un plazo de diez años.
- 3) Interrumpir el mantenimiento de cerdas en pocilgas individuales o atadas.
- 4) Terminar con mutilaciones rutinarias tales como el corte de rabo y la castración de cerdos machos[284].

Estas propuestas se aprobaron con 150 votos favorables y ninguno desfavorable, y dos abstenciones. Pero como ya hemos indicado, aunque el Parlamento Europeo está formado por representantes electos de todas las naciones de la Comunidad Europea, solo es un órgano consultivo. El poderoso negocio agropecuario está trabajando en firme para evitar que esta política se ponga en práctica. No obstante, la resolución sirve como un indicador de la informada opinión europea sobre estos temas. Cuando se trata de acciones, no de palabras, la mejoría real de las condiciones de los animales desde la publicación de la primera edición de este libro ha tenido lugar tan solo en unos pocos casos. En Suiza, las jaulas de gallinas en batería están siendo retiradas y ya se pueden adquirir fácilmente en las tiendas huevos procedentes de sistemas alternativos. Estos nuevos sistemas dan a las aves libertad para caminar, rascarse, darse baños de tierra, subirse a un palo de gallinero y poner huevos en cajas-nido protegidas con materiales adecuados. Los huevos de las gallinas mantenidas así son solo un poco más caros que los obtenidos de gallinas enjauladas[285]. En Inglaterra, la única señal real de que ha habido un progreso para los animales de granja es la prohibición de los cajones individuales para los terneros. Ahora es Suecia quien está mostrando el camino en lo relativo a la protección animal, como frecuentemente ha hecho con respecto a otras reformas sociales; las leyes suecas aprobadas en 1988 transformarán las condiciones de todos los animales de granja.

A lo largo de todo este capítulo me he concentrado en las condiciones de Estados Unidos e Inglaterra. Los lectores de otros países pueden inclinarse a creer que las condiciones de su propio país no son tan malas; pero si viven en una de las naciones industrializadas (aparte de Suecia), su complacencia carece de motivos. En la mayoría de los países, las condiciones son más parecidas a las de Estados Unidos que a las recomendadas más arriba.

Por último, es importante recordar que, aunque la puesta en práctica de las «cinco libertades» del comité de Brambell, o de las resoluciones del Parlamento Europeo, o incluso de la nueva legislación sueca, constituiría un avance importante en Gran Bretaña, Estados Unidos y cualquier otra parte donde haya granjas industriales, ninguna de estas reformas considera por igual intereses similares de los animales y de los humanos. Representan, en grados diferentes, una forma cultivada y más humanitaria de especismo, pero especismo al fin y al cabo. Todavía no ha habido ningún país cuyo Gobierno se haya cuestionado la idea de que los intereses de los animales cuentan menos que los intereses similares de los humanos. El tema en cuestión es siempre si hay sufrimiento «evitable», esto es, un sufrimiento que se puede evitar sin encarecer significativamente los mismos productos animales que se consumían hasta entonces. La idea incuestionable es que los humanos pueden utilizar a los animales para sus propios fines y criarlos, y también sacrificarlos, para satisfacer sus preferencias por una alimentación que contenga carne animal.

En este capítulo me he centrado en los modernos métodos intensivos de las granjas porque, por lo general, el público desconoce profundamente el sufrimiento que implican; pero no es solo la explotación intensiva la que hace sufrir a los animales. El sufrimiento les ha sido provocado a los animales para el beneficio del hombre, ya sea con los métodos modernos o con los tradicionales. Parte de este sufrimiento ha sido una práctica normal durante siglos, y aunque esto podría inclinarnos a pensar que no existe motivo de preocupación, no es ningún consuelo para el animal que lo padece. Consideremos, por ejemplo, algunas operaciones rutinarias a las que todavía se somete al ganado vacuno.

Casi todos los ganaderos quitan los cuernos, marcan y castran a sus animales. Todos estos procesos pueden causar un profundo dolor físico. Se les quitan los cuernos porque

con ellos ocupan más espacio en el establo o en las operaciones de transporte y pueden herirse unos a otros cuando se les encajona apretadamente. Los cuerpos magullados y los cueros estropeados cuestan dinero, pero los cuernos no se componen solamente de hueso insensible. Cuando se quitan los cuernos se cortan también arterias y otros tejidos, lo que hace correr la sangre, especialmente si el corte no se realiza al poco tiempo de nacer el ternero.

Se practica la castración porque se piensa que los bueyes engordan más que los toros — aunque, de hecho, parece ser que lo que hacen es solo aumentar la grasa— y por miedo a que las hormonas masculinas les hagan desarrollar manchas en la carne. También resulta más fácil manejar a los animales castrados. La mayoría de los granjeros admite que la operación provoca un choque al animal y que es dolorosa. Los anestésicos no se suelen usar. El procedimiento que se sigue es el de sostener fuertemente al animal y rajarle el escroto con un cuchillo, dejándole los testículos al aire. Entonces se agarra cada testículo y se tira de él, rompiendo el cordón que lo sujeta; cuando los animales no son tan jóvenes, puede ser necesario cortar el cordón[286].

A algunos granjeros les preocupa, y ello les honra, esta cirugía brutal. En un artículo titulado «El cuchillo de la castración tiene que desaparecer», C. G. Scruggs, editor de la revista *The Progressive Farmer*, hace referencia al «estrés extremo de la castración» y sugiere que, puesto que ahora hay una demanda de carne magra, podría no mutilarse a los animales machos[287]. La misma opinión ha sido expresada en la industria porcina, donde existe una práctica similar. Decía un artículo de la revista británica *Pig Farming*:

La castración es un asunto bestial, incluso para el encallecido tratante de ganado porcino. Es bastante sorprendente que el grupo de oposición a la vivisección no la haya atacado con fuerza.

Y puesto que la investigación ha mostrado ahora un modo de detectar el tinte que a veces mancha la carne de los cerdos machos, el artículo sugiere que «consideremos la posibilidad de que descansen los cuchillos de la castración»[288].

Otro método muy difundido es marcar al ganado con un hierro candente como protección frente a la pérdida y a los ladrones de reses (que todavía existen en algunos lugares), y también para facilitar el conteo. Aunque la piel del ganado es más gruesa que la de los humanos, no lo es tanto como para proteger a los animales del dolor que les produce el hierro al rojo vivo cuando se les aplica directamente —habiendo sido esquilados antes— y se mantiene encima durante cinco segundos. Para que esta operación sea posible, se tira al animal al suelo y se le sujeta con fuerza. Como alternativa, se puede recurrir al llamado «squeeze chute» ('pasillo del apretón'), que consiste en una jaula ajustable donde queda perfectamente encajado. Incluso así, como se señala en un manual, «el animal suele saltar cuando se le aplica el hierro»[289].

Como mutilación adicional, es frecuente que al ganado vacuno se le corte las orejas con un cuchillo bien afilado, dándoles formas especiales para poder identificar a las reses a distancia cuando están en los pastos o cuando se las observa de frente o por detrás y las marcas no son visibles[290].

Estos son, pues, algunos de los procedimientos estándar de los métodos tradicionales de la cría de ganado vacuno. A otros animales criados para la alimentación humana se les trata de modo parecido. Y, por último, al reflexionar sobre el bienestar de los animales en los sistemas tradicionales, es importante recordar que casi todos los métodos llevan implícita la separación de la madre y de su cría a una edad muy temprana, produciéndose inevitablemente una gran tensión en ambos. Ninguna forma de producción animal les permite crecer y convertirse en parte de un rebaño de animales de edades diversas, como pasaría en condiciones naturales.

Aunque la castración, el marcado y la separación de las madres de sus crías han causado sufrimiento a los animales de granja durante siglos, la crueldad del transporte y del matadero despertó en el siglo XIX las más angustiosas súplicas por parte del movimiento humanitario. En Estados Unidos, los animales eran conducidos desde pastos cercanos a las Montañas Rocosas hasta las estaciones de ferrocarril; allí eran encajonados en vagones de tren y se les negaba el alimento durante varios días, hasta su llegada a Chicago. En gigantescos depósitos con olor a sangre y carne putrefacta, los que habían sobrevivido al viaje tenían que esperar a que les tocara el turno de ser arrastrados y agujoneados para que subieran la rampa, donde les esperaba el matarife. Si su puntería era buena, podían considerarse afortunados, pero no siempre tenían suerte.

Desde entonces se han producido ciertos cambios. En 1906 se dictó una ley federal limitando a 28 horas el tiempo que podían estar en un vagón de tren sin alimento ni agua, o a 36 en casos especiales. Transcurrido este tiempo, había que descargarlos, darles de comer y de beber y dejarles descansar durante cinco horas, por lo menos, antes de

continuar el viaje. Obviamente, un periodo de 28 a 36 horas viajando en un vagón de tren sin comida ni agua y soportando su enorme traqueteo es todavía lo bastante largo como para producir tensión entre los animales, pero supuso una mejora. Por lo que respecta a la matanza, también se han logrado mejoras. Actualmente, antes de sacrificarlos se les aturde, lo que significa, en teoría, que mueren sin dolor —aunque, como veremos, existen dudas sobre ello y también excepciones importantes—. Debido a estos progresos, el transporte y el matadero constituyen hoy día problemas menos graves, en mi opinión, que los métodos de producción industrial que convierten a los animales en máquinas de transformación de forraje de bajo precio en carne de gran valor. No obstante, cualquier descripción de lo que le acontece a nuestra cena cuando todavía es un animal sería incompleta sin alguna descripción de los métodos de transporte y matadero.

El transporte de los animales no se reduce a su viaje final al matadero. Cuando los mataderos estaban concentrados en grandes centros como Chicago, este solía ser el viaje más largo y a menudo el único que hacían, ya que alcanzaban los pesos de mercado en los pastos donde habían nacido. Pero cuando las técnicas de refrigeración hicieron posible que se descentralizaran los mataderos, disminuyó la duración de este viaje final. Hoy, sin embargo, es mucho menos frecuente que el ganado, especialmente el vacuno, nazca y llegue al peso de mercado en la misma región. Los terneros pueden haber nacido en un estado —Florida, por ejemplo— y ser transportados después en camión a pastizales situados a muchos cientos de millas de distancia, quizá hasta el oeste de Texas. El ganado que ha pasado un año en los grandes pastos de Utah o Wyoming puede ser enviado a parcelas de engorde en Iowa u Oklahoma, teniendo que recorrer en estos casos distancias de hasta 3.200 kilómetros. Es probable entonces que, para estos animales, el viaje a la parcela de engorde sea más largo y duro que el viaje final al matadero.

La ley federal de 1906 determinaba que los animales transportados en ferrocarril descansaran, se alimentaran y bebieran agua al menos cada 36 horas, pero no mencionaba el transporte en camión. En aquella época no se utilizaban camiones para transportar animales. Más de ochenta años después, el transporte de animales en camión carece todavía de regulación a escala federal. Se ha intentado repetidamente conseguir una ley sobre camiones semejante a la del ferrocarril, pero hasta ahora no ha habido éxito. En consecuencia, es frecuente que el ganado vacuno pase 48 o incluso 72 horas dentro de un camión, sin ser descargado. No todos los transportistas dejan al ganado tanto tiempo sin descanso, alimento o agua, pero algunos están más interesados en concluir pronto su trabajo que en entregar su cargamento en buenas condiciones.

Es fácil que el ganado que se introduce por vez primera en su vida en un camión se sienta aterrado, sobre todo si los hombres que cargan el camión le dan un trato apresurado y brusco. El movimiento del vehículo es también una experiencia nueva que puede ponerle enfermo. Después de uno o dos días en el camión, sin alimento ni agua, los animales están desesperadamente sedientos y hambrientos. Lo normal para el ganado vacuno es comer a menudo a lo largo del día; sus peculiares estómagos necesitan dosis constantes de alimento para que la rumia funcione adecuadamente. Si viajan durante el invierno, los vientos gélidos pueden provocarles fuertes enfriamientos; en verano, el calor y el sol pueden contribuir a la deshidratación causada por la falta de agua. Nos resulta difícil imaginar lo que puede sufrir el ganado con esta combinación de miedo, mareo, sed, hambre, agotamiento y, posiblemente, graves enfriamientos. Cuando se trata de terneros jóvenes que acaban de pasar unos días antes por el estrés del alejamiento de sus madres y de la castración, el efecto es aún peor. Expertos en veterinaria recomiendan que, simplemente para mejorar las perspectivas de supervivencia, se debería destetar, castrar y vacunar a los terneros al menos treinta días antes del transporte. De esta forma, se les da la oportunidad de recuperarse de una experiencia llena de tensión y angustia para ellos antes de someterlos a otra. Sin embargo, estas recomendaciones no se siguen siempre[291].

Aunque los animales son incapaces de describir sus experiencias, las reacciones de sus cuerpos nos dan una pista. Hay dos reacciones fundamentales: el «encogimiento» y la «fiebre del transporte». Todos los animales pierden peso durante el transporte. Parte de esta pérdida, que se debe a la deshidratación y al vaciamiento del tracto intestinal, es fácilmente recuperable, pero lo normal es que también se produzcan pérdidas más duraderas. No es en absoluto infrecuente que, en un solo viaje, un novillo de 360 kilos pierda 32, esto es, el 9 por ciento de su peso, y a veces son necesarias tres semanas para que el animal recupere lo perdido. El «encogimiento», como se conoce este fenómeno en la industria, está considerado por los investigadores como una muestra del estrés a que ha sido sometido el animal. Supone un serio motivo de preocupación para la industria cárnica, puesto que los animales se venden por kilos.

La «fiebre del transporte», un tipo de neumonía que ataca al ganado después de haber sido transportado, es otra manifestación importante del estrés que produce el traslado. Esta enfermedad se asocia a un virus que al ganado sano no le es difícil resistir; sin embargo, un estado de intenso estrés debilita sus defensas.

El encogimiento y la mayor susceptibilidad a la fiebre son muestras de que los animales han sido sometidos a mucho estrés; pero, al fin y al cabo, los afectados por estas enfermedades son también los que sobreviven. Otros mueren antes de llegar a su destino, o llegan con miembros rotos u otras lesiones. En 1986, los inspectores de USDA rechazaron más de 7.400 reses, 3.100 terneras y 5.500 cerdos porque estaban muertos o presentaban lesiones graves antes de llegar al matadero, y 570.000 reses, 57.000 terneras y 643.000 cerdos estaban tan gravemente lesionados que algunas partes de sus cuerpos tuvieron que ser descartadas[292].

Los animales que mueren en el trayecto no tienen una muerte fácil. Son causas frecuentes, en invierno, la congelación, y en verano, el colapso provocado por el agotamiento que les producen la sed y el calor. Fallecen también, desatendidos en cercados próximos al matadero, debido a las lesiones producidas al caerse por una rampa de descarga resbaladiza. Se asfixian cuando otros animales se amontonan encima de ellos en camiones abarrotados y mal cargados. Mueren de sed o de hambre cuando ganaderos poco cuidadosos se olvidan de suministrarles agua o alimento. O, simplemente, el propio estrés que les ocasiona una experiencia tan aterradora acaba con su vida. Tal vez el animal que tenemos ante nosotros en el plato a la hora de comer no murió de ninguna de estas formas, pero estas muertes son, y han sido siempre, parte del proceso que nos proporciona la carne que comemos.

Dar muerte a un animal es un acto que produce cierto malestar. Se ha dicho que si tuviéramos que sacrificar nosotros mismos a los animales que nos sirven de alimento, todos seríamos vegetarianos. Ciertamente, pocas personas deciden visitar un matadero, y los documentales de televisión que muestran las operaciones realizadas en su interior son poco populares. El público puede tener la esperanza de que la carne que compra provenga de un animal que murió sin dolor, pero en realidad no quiere enterarse. Sin embargo, aquellos que con sus compras convierten en un hecho inevitable que se mate a los animales no tienen derecho a que se les dispense del conocimiento de este o de cualquier otro aspecto de la producción de la carne que compran.

La muerte, aunque nunca es agradable, no tiene por qué ser dolorosa. Si todo sucede como se ha planeado, en las naciones desarrolladas donde los procedimientos de los mataderos están regulados por leyes humanitarias, la muerte llega de un modo rápido y sin dolor. Se supone que los animales quedan inconscientes mediante la aplicación de una corriente eléctrica o el uso de una pistola de proyectil cautivo, y que se les corta el cuello mientras están en este estado. Probablemente han podido sentir terror poco antes de morir, cuando se les aguijoneaba para que subieran la rampa del matadero, oliendo la sangre de los que habían estado antes allí; pero el momento concreto de la muerte puede ser, en teoría, totalmente indoloro. Por desgracia, a menudo hay un espacio vacío entre la teoría y la práctica. Un periodista de *The Washington Post* describía no hace mucho un matadero de Virginia, dirigido por Smithfield, la procesadora de carne más importante de la Costa Este de Estados Unidos:

El procesamiento del cerdo termina en una factoría altamente automatizada con los últimos adelantos, donde lonchas de tocino y de jamón atractivamente empaquetadas al vacío en bandejas de plástico salían por la cinta transportadora. Pero comienza fuera, en la parte trasera de la planta, en un corral de cerdos apestoso, embarrado y ensangrentado. En el matadero de Smithfield, en Gwaltney, se permite a los visitantes que su estancia dure solo unos pocos minutos para evitar que el mal olor de los cerdos muertos impregne sus ropas y cuerpos durante mucho tiempo después de haber terminado la visita.

El proceso comienza cuando los cerdos, que chillan, son dirigidos desde sus pocilgas por una rampa de madera en la que un trabajador los aturde aplicándoles en la cabeza una descarga eléctrica. Conforme van cayendo por la descarga, otro operario cuelga rápidamente a los cerdos boca abajo de una cinta transportadora, colocando las patas traseras en una pinza metálica. A veces los cerdos aturdidos caen de la cinta y recuperan la consciencia, y los trabajadores tienen que esforzarse por izar las patas traseras del cerdo hasta las pinzas metálicas antes de que comiencen a correr alocadamente por ese espacio cerrado. De hecho, los cerdos son matados por un operario que les clava en la yugular, mientras están aturdidos y a menudo revolviéndose aún, un cuchillo para que se desangren casi por completo. Los cerdos recién sacrificados son llevados desde el matadero ensangrentado a la olla de escaldar[293].

Gran parte del sufrimiento que tiene lugar en los mataderos es el resultado del frenético ritmo que debe seguir la cadena de la matanza. La competencia económica significa que

los mataderos tratan de sacrificar más animales por hora que sus competidores. Entre 1981 y 1986, por ejemplo, la velocidad de la cinta en una importante planta americana aumentó de 225 cuerpos por hora a 275. La presión de tener que trabajar más deprisa significa que se pone menos cuidado —y no solo con los animales—. En 1988, un comité del Congreso de Estados Unidos informó de que ninguna otra industria de este país tiene una tasa de accidentes o de enfermedades tan alta como la de los mataderos. Se facilitaron pruebas de que 58.000 empleados de mataderos tienen lesiones cada año, o 160 por día, aproximadamente. Si se tiene tan poco cuidado con los humanos, ¿cuál es el posible destino de los animales? Otro grave problema de esta industria es que, al ser tan desagradable, los empleados no duran mucho y en muchas plantas el movimiento anual suele estar entre el 60 y el 100 por ciento. Esto significa que hay un flujo constante de personal sin experiencia que maneja animales asustados en un entorno extraño[294].

En Inglaterra, donde los mataderos están, en teoría, muy controlados por una legislación humanitaria, el Farm Animal Welfare Council del Gobierno llevó a cabo una investigación y encontró lo siguiente:

Hemos concluido que en muchas operaciones de los mataderos se asume que hay inconsciencia e insensibilización, cuando es muy probable que el grado no sea suficiente para dejar al animal insensible al dolor.

El consejo añadió que, aunque existían leyes que exigían que el aturdimiento se realizase eficazmente y sin dolor innecesario por personal experimentado y con el equipo apropiado, «no estamos satisfechos de que se estén cumpliendo adecuadamente»[295].

Desde que se publicó aquel informe, un veterano científico británico ha levantado dudas sobre si el aturdimiento eléctrico es indoloro, incluso cuando se administra adecuadamente. El doctor Harold Hillman, lector de fisiología y director del Unity Laboratory in Applied Neurobiology de la Universidad de Surrey, indica que las personas que han experimentado el choque eléctrico, tanto accidentalmente como durante la terapia electroconvulsiva para enfermedades mentales, sienten un gran dolor. Es significativo, indica, que la terapia electroconvulsiva se suela administrar ahora bajo un anestésico general. Si el choque eléctrico incapacitara instantáneamente al paciente para sentir dolor, esto no sería necesario. Por esta razón, el doctor Hillman duda de que la electrocución, usada como método de pena capital en algunos estados americanos, sea humanitaria; en la silla eléctrica, el reo puede estar paralizado durante un tiempo, pero no inconsciente. El doctor Hillman menciona después el aturdimiento eléctrico en los mataderos: «El aturdimiento es considerado humanitario, porque se cree que los animales no sufren dolor ni desazón. Esto es casi sin duda falso, por las mismas razones que hemos indicado para la silla eléctrica»[296]. Por eso, es muy posible que la muerte no sea totalmente indolora, incluso cuando se realiza adecuadamente en un matadero moderno.

Aun cuando se pudieran superar estos problemas, queda otro relativo a la muerte de los animales. Muchos países, incluidos Gran Bretaña y Estados Unidos, hacen una excepción en la aplicación de esas leyes al respetar los ritos judíos y musulmanes, que requieren que los animales estén completamente conscientes cuando se les sacrifica. Otra excepción importante en Estados Unidos es que la Ley Federal del Sacrificio Humanitario, aprobada en 1958, solo se aplica a los mataderos que venden carne al Gobierno estadounidense o sus agencias, y no a la mayor parte de los animales sacrificados: las aves.

Vamos a considerar primero esta segunda excepción. Hay aproximadamente 6.100 mataderos en Estados Unidos, pero la inspección federal para ver si cumplían con la Ley del Sacrificio Humanitario cubrió menos de 1.400. Por tanto, es completamente legal para los restantes 4.700 la utilización de la anticuada y brutal *poleax*, y este método sigue vigente en algunos mataderos americanos.

La *poleax* es, más que un hacha, un mazo pesado. El hombre que empuña su largo mango se sitúa por encima del animal e intenta dejarlo inconsciente de un solo golpe. El problema es que tiene que apuntar con un movimiento rápido por encima de la cabeza a un blanco que no está inmóvil; para lograr su objetivo, el mazo debe atinar en un punto preciso de la cabeza del animal y, dado el estado de terror en que este se encuentra, es muy probable que la mueva. Si el mazo se desvía mínimamente, puede atravesarle un ojo o la nariz; entonces, mientras el animal se agita con agonía y terror, puede ser necesario asestarle varios golpes más para dejarlo inconsciente. No se puede esperar que ni siquiera el matarife más hábil acierte exactamente con el golpe cada vez. Puesto que hay que sacrificar a ochenta animales o más en una hora, aunque solo falle uno de cada cien golpes el resultado será que se provocará un terrible dolor a varios animales al día. También debe recordarse que para ser un experto en esta tarea hay que asestar antes muchos golpes, y que la experiencia se adquiere practicando con animales vivos.

¿Por qué están todavía en uso métodos tan primitivos, condenados universalmente por inhumanos? La razón es la misma que en otros aspectos de la producción animal: si procedimientos más humanitarios cuestan más o reducen el número de animales que se pueden sacrificar por hora, a una compañía no le compensa adoptarlos si sus competidores continúan usando los antiguos. El coste de la munición empleada para disparar la pistola de proyectil cautivo, aunque solo sea unos pocos céntimos por animal, basta para disuadir a los mataderos de su uso. La corriente eléctrica es más barata a largo plazo, pero la instalación es cara. Por tanto, a no ser que una ley obligue a utilizar uno de estos métodos en los mataderos, no es probable que se adopten.

La otra laguna importante de la legislación que regula los procedimientos para sacrificar a los animales es que la matanza según algunos ritos religiosos está exenta de la obligación de dejar al animal inconsciente antes de sacrificarlo. Las leyes dietéticas de los judíos y los musulmanes ortodoxos prohíben el consumo de la carne de un animal que no esté «sano y moviéndose» cuando se le sacrifica. El aturdimiento, que se considera que causa lesiones con anterioridad al corte del cuello, es, por tanto, inaceptable. Es posible que los orígenes de esta tradición se remitan a la prohibición de comer la carne de un animal enfermo o muerto; tal y como se interpreta hoy en la comunidad religiosa ortodoxa, sin embargo, incluye también la prohibición de dejar inconsciente al animal unos pocos segundos antes de sacrificarlo. Debe realizarse un solo corte con un cuchillo bien afilado, dirigido a la vena yugular y la arteria carótida. Es probable que, en la época en que se estableció en la ley judaica, este método fuera más humanitario que cualquier otra alternativa; sin embargo, hoy en día lo es menos, en las mejores circunstancias, que, por ejemplo, el uso de la pistola de proyectil cautivo para insensibilizar instantáneamente al animal.

Por otra parte, en Estados Unidos se dan circunstancias especiales que convierten este procedimiento en una parodia grotesca y lo alejan de cualquier intención humanitaria que pudiera haber tenido en su origen. Esto se debe a una combinación de los requisitos del ritual y los de la Pure Food and Drug Act (Ley sobre la Pureza en la Alimentación y los Medicamentos) de 1906, que, por razones higiénicas, exige que un animal al que se acaba de sacrificar no caiga sobre la sangre de otro al que se ha sacrificado previamente. De hecho, lo que esto significa es que hay que sacrificar al animal mientras cuelga de una cinta transportadora o se mantiene sobre el suelo por cualquier otro procedimiento, y no cuando yace en el suelo del matadero. Esta norma no afecta al bienestar de un animal que está inconsciente antes de sacrificarlo, ya que no se le suspende hasta que no ha perdido la consciencia, pero trae horribles consecuencias para los animales que continúan conscientes cuando se les sacrifica. En lugar de darles un golpe seco y rápido que les tira al suelo al instante y les mata casi al mismo tiempo que caen, a los animales sacrificados ritualmente en Estados Unidos se les ajusta un grillete a una de las patas traseras, se les eleva del suelo y, después, completamente conscientes, se les cuelga boca abajo de la correa de suspensión entre dos y cinco minutos —y ocasionalmente mucho más tiempo, si algo no funciona en la «fila de la muerte»— antes de que el matarife les haga un corte. El proceso ha sido descrito del siguiente modo:

Quando se amarra fuertemente con una pesada cadena de hierro la pata de una vaca que pesa entre 450 kg y una tonelada y se la levanta del suelo de un fuerte tirón, se le desgarran la piel y se le separa del hueso. A menudo, la caña se le astilla o se le fractura[297].

El animal, boca abajo, con las articulaciones partidas y, a menudo, con una pata rota, se retuerce frenéticamente de dolor y de terror, de tal forma que hay que agarrarle fuertemente por el cuello o introducirle unas tenazas en el morro para sujetarle y permitir así que se le pueda matar de un solo golpe, como prescribe la ley religiosa. Resulta difícil concebir un ejemplo más claro de cómo el hecho de seguir una ley exactamente al pie de la letra puede pervertir su espíritu. (Debemos señalar, sin embargo, que ni siquiera entre los rabinos ortodoxos existe unanimidad sobre la prohibición de dejar inconsciente al animal antes de matarlo. En Suecia, Noruega y Suiza, por ejemplo, los rabinos han aceptado la legislación que obliga a aturdir previamente al animal, sin ninguna exención para la matanza ritual. También muchos musulmanes han aceptado el aturdimiento previo a la muerte[298]).

La American Society for the Prevention of Cruelty to Animals (Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad con los Animales), ASPCA, ha desarrollado un dispositivo especial que permite sacrificar a un animal consciente, de acuerdo con las regulaciones de higiene de Estados Unidos, sin colgarlo de una pata. Este dispositivo se usa ahora para cerca del 80 por ciento de los animales grandes que son sacrificados de forma ritual, pero para menos del 10 por ciento de las terneras. Temple Grandin, de Grandin Livestock

Handling Systems, Inc., dice: «Puesto que el sacrificio ritual religioso está exento de la Ley del Sacrificio Humanitario, algunas instalaciones no están dispuestas a invertir dinero en humanitarismos»[299].

Aquellos que no siguen las leyes dietéticas judaicas ni musulmanas pueden pensar que la carne que compran proviene de animales que no han muerto de esta manera obsoleta; podrían estar equivocados. Para que los rabinos ortodoxos autoricen que la carne se considere *kosher*, tienen que habersele extraído los tejidos prohibidos, tales como vasos sanguíneos, nódulos linfáticos, el nervio ciático y todas sus ramificaciones, además de pertenecer a un animal que estuviera consciente cuando se le mató. La extracción de estas partes en los cuartos traseros del animal es una tarea muy laboriosa y, por tanto, solo se vende como carne *kosher* la de los cuartos delanteros, y el resto del animal acaba generalmente en los estantes de algún supermercado sin ninguna indicación de sus orígenes. Esto significa que se sacrifican muchos más animales sin aturdirlos previamente de lo que sería necesario para abastecer la demanda de este tipo de carne. El Consejo para la Protección de los Animales de Granja británico ha estimado que «una alta proporción» de la carne sacrificada por métodos rituales se distribuye en los mercados normales[300].

El lema «libertad religiosa» y la acusación de que los que atacan este modo ritual de sacrificar a los animales tienen como motivación un sentimiento antisemita han bastado para impedir cualquier interferencia legislativa en esta práctica en Estados Unidos, Gran Bretaña y muchos otros países. Pero, obviamente, uno no tiene que ser antisemita o antimusulmán para oponerse a lo que se les hace a los animales en nombre de la religión. Es hora ya de que los seguidores de estas dos religiones se replanteen si las interpretaciones actuales de las leyes respecto al sacrificio están realmente en sintonía con las enseñanzas religiosas sobre la compasión. Mientras tanto, aquellos que no deseen comer carne sacrificada de forma contraria a las enseñanzas actuales de su religión tienen una alternativa simple: no comer carne alguna. Al sugerir esto, no estoy pidiendo a los creyentes religiosos más de lo que me pido a mí mismo; solo ocurre que para ellos las razones son más fuertes debido al sufrimiento añadido que conlleva producir la carne que comen.

Vivimos en una época de corrientes conflictivas. Mientras unos insisten en continuar sacrificando animales mediante métodos bíblicos, nuestros científicos están muy ocupados en desarrollar técnicas revolucionarias con las que esperan cambiar la propia naturaleza de los animales. En 1988 se dio un paso importantísimo cuando la Oficina de Patentes y Marcas Registradas de Estados Unidos concedió a investigadores de la Universidad de Harvard una patente para un ratón manipulado genéticamente, desarrollado especialmente para que fuera más susceptible al cáncer y pudiera ser usado para probar determinados carcinógenos. La concesión siguió una decisión de la Corte Suprema de 1980 que hacía posible patentar microorganismos creados por el hombre, pero esta fue la primera vez que se concedió una patente para un animal[301].

Líderes religiosos, defensores de los derechos de los animales, defensores del medio ambiente y rancheros (preocupados ante la perspectiva de que se les fuerce a pagar regalías para mantenerse competitivos) han formado ahora una coalición para impedir las patentes de animales. A menos que la presión de la opinión pública acabe con estas prácticas, se crearán grandes fortunas a partir de animales que ganen más peso o produzcan más leche o huevos en un periodo menor de tiempo.

La amenaza al bienestar animal ya es obvia. Los investigadores de la granja de Beltsville, Maryland, del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, han introducido genes de la hormona del crecimiento en cerdos. Los cerdos genéticamente alterados desarrollaron graves efectos secundarios, incluyendo neumonía, hemorragias internas y una forma grave de artritis. Parece ser que solo uno de estos cerdos llegó a la edad adulta, y después solo vivió dos años. Este cerdo salió en la televisión británica; de manera muy apropiada, en *The Money Programme* («El programa del dinero»). El cerdo no podía sostenerse en pie[302]. Uno de los investigadores responsables dijo a *The Washington Times*:

Nos encontramos al nivel de los hermanos Wright comparados con el 747. Vamos a estrellarnos y quemarnos durante años sin conseguir levantarnos de la tierra en mucho tiempo.

Pero serán los animales los que se «estrellen y se quemén», no los investigadores. *The Washington Times* también citó a defensores de la ingeniería genética que negaban los argumentos de los defensores del bienestar animal, diciendo:

Las personas han cruzado, domesticado, sacrificado y explotado de otras formas a los animales

durante siglos. Nada cambiará de manera fundamental[303].

Como ha mostrado este capítulo, eso es cierto. Durante mucho tiempo hemos tratado a los animales como cosas a nuestra conveniencia y durante los últimos treinta años hemos estado aplicando nuestras más modernas técnicas científicas para hacer que sirvan mejor a nuestros fines. La ingeniería genética, revolucionaria como puede ser en algún sentido, es, en otro aspecto, otro modo de someter a los animales para nuestros propósitos. Lo realmente necesario es que las actitudes y las prácticas cambien de un modo fundamental.

#### 4.

### HACERSE VEGETARIANO...

#### **o cómo producir menos sufrimiento y más alimento a un menor coste para el entorno**

Ahora que hemos entendido la naturaleza del especismo y hemos visto las consecuencias que tiene para los animales no humanos, es hora de preguntarnos: ¿Qué podemos hacer para cambiar esta situación? Hay muchas cosas que podemos y debemos hacer respecto al especismo. Deberíamos, por ejemplo, escribir a nuestros representantes políticos acerca de los temas discutidos en este libro; hacer que nuestros amigos tomaran conciencia de ellos; educar a nuestros hijos de forma que se preocupasen por el bienestar de todos los seres sintientes, y protestar públicamente en representación de los animales no humanos siempre que se nos presente una oportunidad eficaz de hacerlo.

Si bien debemos hacer todo esto, hay una cosa más que podemos hacer y que tiene suma importancia; culmina y da consistencia y significado a todas nuestras demás actividades a favor de los animales. Se trata de que seamos responsables con nuestras propias vidas y evitemos la crueldad tanto como nos sea posible. El primer paso es dejar de comer animales. Muchas personas que se oponen a la crueldad con los animales establecen el límite en la cuestión de hacerse vegetarianos. Fue sobre estas personas sobre las que Oliver Goldsmith, el ensayista humanitario del siglo XVIII, escribió: «Sienten piedad, y se comen los objetos de su compasión»[\[304\]](#).

Desde un punto de vista puramente lógico, quizá no haya contradicción alguna en interesarse por los animales por razones compasivas y gastronómicas simultáneamente. Si alguien se opone a causar sufrimiento a los animales, pero no a que se les sacrifique sin dolor, esa persona podría ser coherente comiendo animales que hubieran vivido sin sufrimiento y a los que se sacrificara de una manera instantánea e indolora. Sin embargo, práctica y psicológicamente es imposible ser consistente con nuestro interés por los animales no humanos mientras sigamos sirviéndolos en la mesa a la hora de comer. Si estamos dispuestos a disponer de la vida de otro ser simplemente para satisfacer nuestra apetencia por un determinado tipo de alimento, está claro que ese ser no es más que un medio para nuestros fines. Acabaremos por considerar a los cerdos, al ganado vacuno y a los pollos como objetos para nuestro uso, por muy fuerte que sea la compasión que podamos sentir; y cuando sepamos que para que continúe el suministro de los cuerpos de estos animales a un precio asequible para nuestros bolsillos es necesario cambiar un poco sus condiciones de vida, no es probable que adoptemos una actitud crítica hacia estos cambios. La granja industrial no es más que la aplicación de la tecnología a la idea de que los animales son un medio para nuestros fines. El apego que tenemos a nuestros hábitos alimentarios es tal que no resulta fácil modificarlos. Ponemos un gran interés en convencernos de que nuestra preocupación por el bienestar de los otros animales no exige que dejemos de comerlos. Nadie que tenga el hábito de comerse a un animal queda completamente libre de todo prejuicio a la hora de juzgar si las condiciones en que fue criado le causaron sufrimiento.

En la práctica, es imposible criar animales a gran escala para que nos sirvan de alimento sin hacerles sufrir bastante. Incluso si no se utilizan métodos intensivos: la ganadería tradicional comprende la castración, la separación de la madre de sus crías, la destrucción de manadas y rebaños, el marcado, el transporte al matadero y, por último, la propia muerte de los animales. Es difícil imaginar una producción animal dirigida a alimentarnos sin estas formas de sufrimiento. Posiblemente podría lograrse a pequeña escala, pero nunca se podría alimentar a las enormes poblaciones urbanas de hoy en día con carne obtenida de esta manera. Pero, si se pudiera hacer, esa carne animal sería muchísimo más cara que ahora, y la cría de animales es ya una forma costosa e ineficaz de producir proteínas. La carne de animales criados y sacrificados tomando en consideración su bienestar sería una golosina accesible tan solo a los ricos.

En cualquier caso, todas estas reflexiones son irrelevantes para la cuestión inmediata de la ética de nuestra alimentación diaria. No importa cuáles sean las posibilidades teóricas

de criar animales sin sufrimiento; el hecho es que la carne que se vende en carnicerías y supermercados proviene de unos animales a los que no se trató con ninguna consideración real mientras se les criaba. Por tanto, no debemos preguntarnos: «¿Es *en general* correcto comer carne?», sino: «¿Es correcto comer *esta* carne?». En este punto, creo que quienes se oponen a la muerte innecesaria de los animales y los que únicamente se oponen a causarles sufrimiento deben unirse y dar la misma respuesta negativa.

Hacerse vegetariano no es un mero gesto simbólico. Tampoco es un intento de aislarse de la desagradable realidad del mundo, manteniéndonos puros y, por tanto, sin responsabilidad alguna por la crueldad y las matanzas que abundan en todas partes. Hacerse vegetariano es el paso más eficaz y práctico que se puede dar para poner fin tanto a la muerte de los animales no humanos como a todo aquello que les causa sufrimiento. Supongamos, por el momento, que es únicamente el sufrimiento con lo que no estamos conformes; sí, en cambio, con sacrificarlos. ¿Cómo podemos terminar con los métodos de producción animal intensiva descritos en el capítulo anterior?

En la medida en que la gente esté dispuesta a comprar los productos de las explotaciones intensivas, las formas habituales de protesta y acción política jamás conseguirán una reforma importante. Incluso en Gran Bretaña, donde se supone que se ama particularmente a los animales, aunque la amplia polémica suscitada por la publicación del libro de Ruth Harrison *Animal Machines* forzó al Gobierno a nombrar un grupo de expertos imparciales (el comité Brambell) para investigar el asunto del maltrato, cuando el comité presentó su informe al Gobierno, este se negó a poner en práctica sus recomendaciones. En 1981, el House of Commons Agriculture Committee volvió a hacer otra investigación de la cría intensiva, que también resultó en recomendaciones para eliminar los peores abusos. Una vez más, nada se hizo<sup>[305]</sup>. Si el destino del movimiento en favor de la reforma en Gran Bretaña era este, nada mejor puede esperarse de Estados Unidos, donde la influencia política de las explotaciones industriales es aún más poderosa.

Esto no quiere decir que los canales normales de protesta y acción política sean inútiles y deban abandonarse. Por el contrario, constituyen una parte necesaria de la lucha global por un cambio efectivo en el trato a los animales. Especialmente en Gran Bretaña, organizaciones como Compassion in World Farming han mantenido viva la atención de la opinión pública hacia el tema e incluso han logrado acelerar el fin de los cajones para las terneras. Más recientemente, algunos grupos americanos también han empezado a despertar la preocupación ciudadana por el tema de la cría intensiva. Pero estos métodos no son suficientes por sí solos.

Las personas que se benefician de la explotación de grandes cantidades de animales no necesitan nuestra aprobación. Necesitan nuestro dinero. El principal apoyo que piden los ganaderos industriales del público es que este compre los cadáveres de los animales que producen (el otro, en muchos países, son los grandes subsidios del Gobierno). Utilizarán métodos intensivos mientras puedan vender lo que producen con esos métodos; dispondrán de los recursos necesarios para combatir la reforma políticamente, y podrán defenderse de las críticas argumentando que ellos solo están abasteciendo al público con lo que este les demanda.

De aquí la necesidad de que cada uno de nosotros deje de comprar los productos de las modernas explotaciones pecuarias, incluso aunque no estemos convencidos de que esté mal comer animales que vivieron vidas placenteras y murieron sin dolor. El vegetarianismo es una forma de boicot. Para la mayor parte de los vegetarianos el boicot es permanente, porque una vez suprimidos los hábitos de comer carne ya no pueden aprobar que se mate a los animales para satisfacer los triviales deseos de sus paladares. Pero la obligación moral de boicotear la carne que se vende en carnicerías y supermercados es igualmente ineludible para quienes solo condenan que se cause sufrimiento, y no que se mate, a los animales. Mientras no boicoteemos la carne y los demás productos de las granjas industriales, cada uno de nosotros estará contribuyendo a la permanencia, la prosperidad y el crecimiento de la cría intensiva y de las restantes prácticas crueles que utiliza la producción animal para la alimentación.

Es en este punto donde las consecuencias del especismo intervienen directamente en nuestras vidas, y nos vemos obligados a responder personalmente de la sinceridad de nuestro interés por los animales no humanos. Se nos está presentando la oportunidad de hacer algo en lugar de simplemente hablar y desear que lo hagan los políticos. Resulta fácil adoptar una postura sobre un suceso remoto, pero los especistas, como los racistas, revelan su verdadera naturaleza cuando el tema les toca de cerca. Protestar por las corridas de toros en España, porque comen perros en Corea del Sur o por la matanza de crías de focas en Canadá, a la vez que seguimos comiendo huevos de gallinas que han pasado toda su vida hacinadas en jaulas o terneros a los que se ha privado de sus madres,

de una alimentación adecuada y de libertad para tumbarse con las patas estiradas, se parece a denunciar el *apartheid* en Sudáfrica mientras pedimos a nuestros vecinos que no vendan sus casas a personas negras.

Para que el boicot que encierra el vegetarianismo sea más eficaz, no debemos mostrarnos tímidos ante nuestra negativa a comer carne. En una sociedad omnívora, a un vegetariano siempre se le pregunta por las razones de su extraña dieta. Esto puede resultar irritante e incluso embarazoso, pero también nos brinda la oportunidad de contarle a la gente las crueldades que se cometen con los animales y que quizá desconozcan. (Yo me enteré de la existencia de granjas industriales gracias a un vegetariano que se tomó la molestia de explicarme por qué no comía los mismos alimentos que yo). Si el boicot es el único modo de acabar con la crueldad, tenemos que animar al mayor número de personas posible a que se una a él. Solo seremos eficaces si nosotros mismos damos ejemplo.

Algunas veces la gente intenta justificar su proceder como comedor de carne diciendo que el animal ya estaba muerto cuando lo compró. La debilidad de esta racionalización — que yo he oído a menudo dicha muy en serio— debería ser obvia si consideramos el vegetarianismo como una forma de boicot. Las uvas no sindicalizadas que se vendían en las tiendas durante el boicot que instigó César Chávez para mejorar los salarios y las condiciones de los recogedores de la fruta ya habían sido producidas por trabajadores mal pagados, y tan imposible nos era aumentar los salarios de los trabajadores que ya habían recogido esas uvas como nos es devolverle la vida al filete de nuestro plato. En ambos casos, el objetivo del boicot no es modificar el pasado, sino evitar que en el futuro continúen las condiciones a las que nos oponemos.

He hecho tanto hincapié en el componente de boicot del vegetarianismo que el lector puede preguntarse, en caso de que nuestra protesta no prospere ni demuestre ser una medida eficaz, si ha logrado algo volviéndose vegetariano. Pero a menudo tenemos que atrevernos aun sin estar seguros del triunfo, y no habría argumentos en contra de hacerse vegetariano si este fuera el único que se pudiera esgrimir, ya que ninguno de los grandes movimientos contra la opresión y la injusticia habrían existido si sus líderes no se hubieran esforzado hasta tener la certeza de su éxito. En lo que concierne al vegetarianismo, sin embargo, sí creo que lograremos algo con nuestros actos individuales, incluso si el boicot como proyecto global fracasara. George Bernard Shaw dijo en cierta ocasión que a su tumba lo seguiría un tropel de ovejas, vacas, cerdos, pollos y todo un banco de peces, agradecidos de que su alimentación vegetariana les hubiese evitado morir. Aunque no nos sea posible identificar a ningún animal individual que se haya beneficiado de que nos hayamos hecho vegetarianos, sí podemos suponer que nuestra dieta, junto a la de muchos otros que ya están evitando comer carne, repercutirá de alguna manera en la cantidad de animales criados en granjas industriales y conducidos al matadero para servir de alimento. Se trata de un supuesto razonable, ya que la cantidad de animales producidos y sacrificados depende en parte de la demanda del producto. Cuanto más pequeña sea la demanda, más bajo será el precio y menor el beneficio. Cuanto menor sea el beneficio, menor será el número de animales criados y sacrificados. Estos son principios elementales de economía, y en los cuadros sinópticos de las revistas avícolas puede observarse, por ejemplo, que existe una correlación directa entre el precio de la carne de aves de corral y el número de pollos de engorde que se instalan en naves para iniciar sus lúgubres existencias.

Así pues, en realidad el vegetarianismo se apoya en bases incluso más sólidas que la mayoría de los otros tipos de boicots y protestas. La persona que boicotea productos sudafricanos para intentar que caiga el *apartheid* no logra nada a menos que el boicot consiga forzar a los blancos sudafricanos a modificar su política (aunque, independientemente del resultado, el esfuerzo puede haber sido muy valioso en sí); pero los vegetarianos saben que sí contribuyen con sus acciones a reducir el sufrimiento y la matanza de los animales, lleguen o no a ver cómo sus esfuerzos dan paso a un boicot masivo a la carne y al fin de la crueldad de la producción animal.

Además de todo esto, hacerse vegetariano tiene una trascendencia especial porque los vegetarianos constituyen una refutación práctica y viva de un tipo de defensa habitual, si bien completamente falsa, de los métodos de explotación intensiva. Se dice a veces que estos métodos son necesarios para alimentar a la creciente población del mundo. Puesto que la verdad sobre este punto es tan importante —de hecho, lo bastante importante como para argumentar convincentemente a favor del vegetarianismo por razones ajenas a la cuestión del bienestar animal que aborda este libro—, haré una breve digresión para discutir los fundamentos de la producción de alimentos.

En la época actual, millones de personas carecen de alimento suficiente en muchas

partes del mundo. Otros millones más tienen bastante, pero no del tipo adecuado; sobre todo, les faltan proteínas. Lo que debemos preguntarnos es: ¿contribuye a resolver el problema del hambre la producción de alimentos con los métodos que adoptan las naciones ricas?

Los animales deben alimentarse para alcanzar el tamaño y el peso que los humanos consideran adecuado para comérselos. Si, por ejemplo, un ternero padece en un pastizal que solo da hierba y donde no se puede sembrar maíz ni ningún otro grano de directa utilidad alimenticia para las personas, el resultado será una ganancia neta de proteínas para los seres humanos, ya que cuando el ternero haya crecido nos proporcionará proteínas que —todavía— no podemos extraer de la hierba de manera rentable. Pero si agarramos al mismo ternero y lo metemos en un establo para someterlo a un sistema de confinamiento, las cosas cambian. Ahora, tenemos que alimentar al ternero. Por muy reducido que sea el espacio donde se le hacina con sus compañeros, hay que utilizar un terreno para cultivar el maíz, el sorgo, la soja o cualquier otra planta con que se le vaya a alimentar. En este caso, lo estamos alimentando con productos que nosotros mismos podríamos comer. El ternero necesita casi todo este alimento para los procesos fisiológicos habituales de su vida diaria. Independientemente de lo severas que sean las restricciones impuestas a su ejercicio, su cuerpo sigue teniendo que quemar alimentos simplemente para mantenerse vivo. La comida también se usa para desarrollar partes de su cuerpo que, como los huesos, no son comestibles. Solo la comida que queda una vez satisfechas estas necesidades se puede convertir en carne y, finalmente, en comida para los seres humanos.

¿Qué proporción de las proteínas ingeridas en su alimento consume el ternero y cuánta queda disponible para los humanos? La respuesta es sorprendente. Se necesita dar a un ternero 9 kilos de proteínas para que produzca tan solo 0,5 kilos de proteína animal destinada a los humanos. Recibimos menos del 5 por ciento de lo que invertimos. ¡No es extraño que Francés Moore Lappé haya denominado a este tipo de explotación «una fábrica de proteínas a la inversa»[\[306\]](#).

Podemos expresarlo de otra forma. Supongamos que contamos con un acre (40,46 áreas) de tierra fértil y que podemos utilizarlo para cultivar una planta alimenticia de alto valor proteínico, como guisantes o judías. Si lo hacemos, obtendremos de nuestro acre entre 135 y 235 kilos de proteínas. Tenemos la alternativa de cultivar una cosecha que sirva para alimentar a los animales y después sacrificarlos y comérselos. En este caso, obtendremos entre 18 y 20 kilos de proteínas con el mismo terreno. Es interesante señalar que, aunque la mayoría de los animales convierte la proteína vegetal en animal con más eficacia que el ganado vacuno —un cerdo, por ejemplo, «solo» necesita ingerir 3,5 kilos de proteínas para producir 0,5 kilos para el consumo humano—, esta ventaja casi se elimina si consideramos la cantidad de proteínas que podemos producir por acre, porque el ganado vacuno puede utilizar otras fuentes de proteínas que no son digeribles para los cerdos. Por tanto, la mayoría de los estudios sobre este tema concluyen que los alimentos vegetales producen aproximadamente diez veces más proteínas por acre que la carne, aunque existen diferencias en estos cálculos y la proporción, algunas veces llega a ser de veinte a uno[\[307\]](#).

Si en lugar de sacrificar a los animales y comernos su carne, los utilizamos para que nos proporcionen leche o huevos, mejoramos considerablemente los rendimientos. No obstante, también en este caso tiene el animal que consumir proteínas para sus propios procesos, y las formas más eficaces de producir leche y huevos no aportan más que un cuarto de las proteínas obtenidas por acre mediante plantas alimenticias.

Naturalmente, la proteína solo es uno de los nutrientes necesarios. Si comparamos el número total de calorías producidas por las plantas alimenticias con las de los alimentos procedentes de animales, salen victoriosas las plantas. Una comparación de los rendimientos de un acre sembrado con brócoli o avena y un acre empleado en alimento para producir cerdos, leche, aves o ganado vacuno muestra que un acre de avena rinde seis veces más calorías que el cerdo, que es el más eficiente de los productos animales. También el acre de brócoli rinde casi tres veces más calorías que el cerdo. La avena produce veinticinco veces más calorías por acre que el vacuno. El estudio de otros nutrientes rompe varios mitos creados por las industrias cárnica y láctea. Por ejemplo, un acre de brócoli produce veinticuatro veces el hierro que un acre usado para vacuno, y un acre de avena, dieciséis veces la misma cantidad de hierro. Aunque la producción de leche rinde más calcio por acre que la avena, el brócoli rinde todavía más, proporcionando cinco veces más calcio que la leche[\[308\]](#).

Las implicaciones de todo esto para la alimentación mundial son asombrosas. En 1974 Lester Brown, miembro del Overseas Development Council, calculó que, si los americanos redujeran solamente en un 10 por ciento su consumo de carne durante un año, quedarían

disponibles para el consumo humano por lo menos 12 millones de toneladas de grano o, dicho de otra forma, una cantidad suficiente para alimentar a 60 millones de personas. Don Paarlberg, un antiguo secretario adjunto de Agricultura de Estados Unidos, ha dicho que con solo reducir la población ganadera americana a la mitad se dispondría de comida suficiente para cubrir, y casi cuadruplicar, el déficit calórico de las naciones subdesarrolladas no socialistas[309]. Es más, la comida desperdiciada por la producción de animales en las naciones ricas sería suficiente, si se distribuyera de modo adecuado, para acabar tanto con el hambre como con la desnutrición en el mundo. La respuesta simple a nuestra pregunta, entonces, es que criar animales para comerlos con los métodos usados en las naciones industrializadas no contribuye a solucionar el problema del hambre.

La producción de carne también incide negativamente sobre otros recursos. Alan Durning, investigador del Instituto Worldwatch, gabinete de estudios medioambientales con base en Washington DC, ha calculado que medio kilo de bistec procedente de terneros cebados en establos de engorde cuesta dos kilos de grano, once mil litros de agua, la energía equivalente a cinco litros de gasolina y unos dieciséis kilos de mantillo. Más de un tercio de América del Norte está ocupado por pastos; más de la mitad de las tierras cosechadas de Estados Unidos se usa para alimentar animales y más de la mitad del agua consumida va a parar al ganado[310]. En todos estos aspectos, las plantas alimenticias exigen mucho menos de nuestros recursos y nuestro entorno.

Vamos a considerar primero el uso de energía. Cabría pensar que la agricultura es una manera de usar la fertilidad de la tierra y la energía de la luz solar para aumentar la cantidad de energía de que disponemos. La agricultura tradicional hace precisamente eso. El maíz cosechado en México, por ejemplo, produce 83 calorías de comida por cada caloría de energía de combustible fósil utilizada. La agricultura de los países desarrollados, sin embargo, está basada en un aporte alto de combustible fósil. La forma más eficiente de utilizar la energía en la producción de alimentos en Estados Unidos (avena, de nuevo) produce escasamente 2,5 calorías de alimento por caloría de energía de combustible fósil, mientras que las patatas solo rinden un poco más de 2 y el trigo y la soja, alrededor de 1,5. Sin embargo, incluso estos flacos resultados son halagüeños comparados con la producción de animales estadounidense, ya que cada una de sus modalidades cuesta más energía que lo que rinde. La más eficiente —el vacuno de las praderas— usa más de 3 calorías de energía fósil por cada caloría de comida que rinde; mientras que la más deficiente —el vacuno de engorde— usa 33 calorías de combustible por cada caloría de comida. En lo que respecta a la eficacia energética, los huevos, los corderos, la leche y las aves se encuentran en medio de las dos formas de producción de vacuno. En otras palabras, limitándonos a la agricultura de Estados Unidos, cultivar productos agrícolas es, en general, al menos cinco veces más eficaz que criar ganado en pastos, unas veinte veces más que producir pollos y cincuenta veces más que producir ganado en parcelas de engorde[311]. La producción animal en Estados Unidos funciona solamente porque utiliza energía solar acumulada durante millones de años, almacenada en la tierra en forma de petróleo o carbón. Esto tiene sentido económico para las corporaciones agropecuarias porque la carne tiene más valor que el petróleo, pero en cuanto a la utilización racional y a largo plazo de nuestros limitados recursos, carece de sentido.

La producción de animales también sale perdiendo en lo relativo al uso del agua si se compara con la producción agrícola. Medio kilo de carne necesita cincuenta veces más agua que una cantidad equivalente de trigo[312]. *Newsweek* describió gráficamente este volumen de agua cuando dijo: «En el agua que usa un buey de 450 kilos podría flotar un destructor»[313]. Las necesidades de la producción de animales están secando vastas reservas subterráneas de agua de las que dependen amplias regiones secas de América, Australia y otros países. En la zona ganadera que se extiende desde el oeste de Texas hasta Nebraska, por ejemplo, las reservas de agua están bajando y los pozos se están secando a medida que el gran lago subterráneo conocido como acuífero Ogalalla (otro recurso cuya creación, como el petróleo y el carbón, se prolongó millones de años) se utiliza para producir carne[314].

Tampoco podemos pasar por alto los efectos de la producción de animales sobre el agua que no usa. Las estadísticas de la Water Authorities Association británica muestran que en 1985 hubo más de 3.500 casos de contaminación del agua por granjas. He aquí solo un ejemplo de aquel año: un tanque de una unidad de cerdos reventó, con lo que un cuarto de millón de litros de excrementos porcinos fueron a parar al río Perry y murieron 110.000 peces. Más de la mitad de las denuncias por contaminación grave de los ríos que cursan las autoridades responsables de la calidad del agua se dirigen ahora contra

granjeros[315]. Esto no es sorprendente, ya que una modesta granja huevera de 60.000 aves produce 82 toneladas de estiércol a la semana y, en el mismo periodo, 2.000 cerdos producirán 27 toneladas de estiércol y 32 toneladas de orina. Las granjas holandesas producen 94 millones de toneladas de estiércol al año, pero solo 50 millones pueden ser absorbidas por la tierra sin peligro. Se ha calculado que el exceso llenaría un tren de mercancías de 16.000 kilómetros; se extendería desde Amsterdam hasta las costas más lejanas de Canadá. Pero el exceso no se desplaza a ningún sitio, sino que se tira sobre la tierra, donde contamina los suministros de agua y mata la vegetación natural restante en las regiones ganaderas de los Países Bajos[316]. En Estados Unidos, los animales de granja producen 2.000 millones de toneladas de estiércol al año, unas diez veces más que los humanos, y la mitad procede de animales criados en granjas industriales, donde los residuos no regresan naturalmente a la tierra[317]. Como dijo un porquero: «Hasta que el fertilizante no sea más caro que la mano de obra, los residuos tienen muy poco valor para mí»[318]. Por tanto, el estiércol que debería restaurar la fertilidad de la tierra acaba contaminando nuestros arroyos y ríos.

Pero será la destrucción de los bosques la que termine convirtiéndose en la mayor de las locuras generadas por la demanda de carne. Históricamente, el deseo de hacer pastar a los animales ha sido el motivo dominante de la tala de bosques. Todavía lo es hoy. En Costa Rica, Colombia, Brasil, Malasia, Tailandia e Indonesia se están talando las selvas húmedas para proporcionar pastos al ganado. Pero la carne que produce este ganado no beneficia a los pobres de estos países. En cambio, se vende a los ricos en las grandes ciudades o se exporta. Durante los veinticinco últimos años, se ha destruido casi la mitad de las selvas húmedas tropicales de América Central, en gran parte para proporcionar carne de vaca a América del Norte[319]. Quizá el 90 por ciento de las especies vegetales y animales de este planeta vivan en los trópicos; muchas siguen siendo desconocidas para la ciencia[320]. Si la tala continúa a la velocidad actual, estarán condenadas a extinguirse. Además, la tala erosiona la tierra, el aumento del arrastre provoca inundaciones, los campesinos se quedan sin leña para quemar y puede que disminuya la pluviosidad[321].

Estamos perdiendo estos bosques justo en el momento en que empezamos a darnos cuenta de lo vitales que son. Desde la sequía norteamericana de 1988, muchas personas han oído hablar de la amenaza que supone para nuestro planeta el efecto invernadero, causado principalmente por cantidades cada vez mayores de dióxido de carbono en la atmósfera. Los bosques almacenan cantidades inmensas de carbono; se ha calculado que, a pesar de todas las talas que ya se han hecho, los bosques restantes del mundo aún tienen cuatrocientas veces la cantidad de carbono que libera cada año a la atmósfera el uso por parte de los humanos de combustibles fósiles. Destruir un bosque libera a la atmósfera el carbono en forma de dióxido de carbono. De la misma manera, un bosque nuevo, en crecimiento, absorbe el dióxido de carbono de la atmósfera y lo mantiene como materia viva. La destrucción de los bosques existentes intensificará el efecto invernadero; en la reforestación a gran escala, combinada con otras medidas para reducir la producción de dióxido de carbono, está nuestra única esperanza de mitigarlo[322]. Si no lo hacemos, el calentamiento de nuestro planeta traerá, en los próximos cincuenta años, sequías generalizadas, una mayor destrucción de los bosques debido al cambio climático, la extinción de innumerables especies incapaces de superar los cambios en su hábitat y el deshielo de los casquetes polares, que a su vez aumentará el nivel del agua de los mares e inundará las ciudades y llanuras costeras. Una elevación de un metro en el nivel del mar inundaría el 15 por ciento de Bangladesh, afectando a 10 millones de personas, y amenazaría la existencia misma de varias islas-nación del Pacífico que están a un nivel bajo sobre el agua, como las Maldivas, Tuvalu y Kiribati[323].

Los bosques y los animales para carne compiten por la misma tierra. El tremendo apetito de las naciones ricas por la carne significa que el negocio agrícola puede pagar más que quienes desean preservar o restaurar los bosques. Estamos, literalmente, apostando el futuro de nuestro planeta —y todo para tener más hamburguesas—.

¿Hasta dónde deberíamos llegar? Están claras las razones para una ruptura radical con nuestros hábitos alimenticios, pero ¿debemos comer solo vegetales? ¿Dónde exactamente debemos establecer el límite?

Siempre resulta difícil delimitar con precisión. Voy a hacer algunas sugerencias, pero es posible que el lector las encuentre menos convincentes que lo que he dicho antes sobre casos más claros. Cada uno debe decidir por sí mismo dónde situar el límite, y esta decisión quizá no coincida exactamente con la mía. Esto no es tan importante, a fin de cuentas. Podemos distinguir a los calvos de los que no lo son sin tener que establecer en cada caso el límite diferenciador. Lo importante es llegar a un acuerdo sobre lo esencial.

Espero que cualquiera que haya leído hasta aquí reconocerá la necesidad moral de

negarse a comprar o comer carne, u otros productos, de animales que han sido criados bajo las condiciones imperantes en las modernas granjas industriales. Esta es la conclusión más clara, el mínimo absoluto que debería aceptar cualquiera con capacidad para ir más allá del estrecho campo del interés personal.

Vamos a ver lo que implica este mínimo necesario. Significa que, a menos que estemos seguros del origen del producto concreto que compremos, debemos evitar el pollo, el pavo, el conejo, el cerdo, la carne de ternera, la de vacuno y los huevos. Hoy por hoy, la producción intensiva de corderos es relativamente pequeña, pero algo hay y es posible que crezca en el futuro. La posibilidad de que la carne de vaca que usted compra proceda de una parcela de engorde o de alguna otra forma de confinamiento, o de pastizales creados por la tala de bosques húmedos, dependerá del país en el que viva. Es posible obtener provisiones de estas carnes que no se hayan producido en una granja industrial, pero, a menos que usted habite en una zona rural, resulta bastante complicado. La mayoría de los carniceros no tiene ni idea de cómo han sido criados los animales cuyos cuerpos está vendiendo. En algunos casos, como el de los pollos, los métodos tradicionales de cría han desaparecido tan completamente que es casi imposible comprar un pollo al que se le haya dejado picotear en libertad en un corral; y la carne de ternera es un tipo de carne que, simplemente, no se puede producir de manera humanitaria. Incluso cuando se dice que la carne es «orgánica», puede que esto no signifique más que los animales no recibieron las dosis habituales de antibióticos, hormonas u otras drogas; triste consuelo para un animal que careció de libertad para moverse al aire libre. Por lo que respecta a los huevos, en muchos países se dispone fácilmente de «huevos de corral», aunque en la mayor parte de Estados Unidos aún son muy difíciles de encontrar.

Una vez que se ha decidido no comer más pollo, cerdo, ternera, vacuno y huevos de granja industrial, el paso siguiente consiste en rechazar también comer cualquier ave o mamífero al que se haya dado muerte. Esto constituye tan solo un mínimo paso adicional, ya que muy pocas aves y mamíferos de los que se comen habitualmente no han pasado por una cría intensiva. A las personas que no tienen la experiencia de lo satisfactoria que puede ser una dieta vegetariana imaginativa les puede parecer un gran sacrificio. A esto solo puedo contestar: «¡Pruébalo!». Compre un buen libro de cocina vegetariana y encontrará que ser vegetariano no supone ningún sacrificio. La razón para dar este nuevo paso puede ser la creencia de que está mal matar a estas criaturas por una causa trivial, como dar gusto a nuestros paladares; o quizá que, aun cuando estos animales no hayan sido sometidos a métodos de producción intensiva, sufren de las diversas formas que describimos en el capítulo anterior.

Es ahora cuando surgen interrogantes más difíciles. ¿Hasta dónde deberíamos descender en la escala de la evolución? ¿Vamos a comer pescado? ¿Y las gambas? ¿Y las ostras? Para responder a estas preguntas tenemos que tener presente el principio central sobre el que se basa nuestra consideración hacia otros seres. Como dijimos en el primer capítulo, el único límite legítimo a nuestro respeto por los intereses de otros seres es aquel punto en el que ya no sea certero decir que el otro ser tiene intereses. Para que un ser tenga intereses en un sentido estricto, no metafórico, tiene que ser capaz de sufrir o experimentar placer. Si un ser sufre, no puede haber ninguna justificación moral para no tener en cuenta ese sufrimiento, o para negarse a considerarlo del mismo modo que el sufrimiento similar de cualquier otro ser. Pero también es verdad lo contrario. Si un ser es incapaz de sufrir, o de disfrutar, no hay nada que debamos tener en cuenta.

Así pues, el problema de establecer un límite es el problema de decidir cuándo estamos justificados para asumir que un ser es incapaz de sufrir. En mi anterior exposición de las pruebas de que los animales son capaces de sufrir sugerí dos indicadores de esta capacidad: la conducta del ser (si se retuerce, emite chillidos, intenta escapar de la fuente de dolor, etcétera) y la similitud que haya entre su sistema nervioso y el nuestro. A medida que descendemos en la escala evolutiva, y si nos basamos en estos dos argumentos, percibimos que disminuyen las pruebas de que existe capacidad de sentir dolor. En cuanto a las aves y los mamíferos, la evidencia es abrumadora. Los reptiles y los peces poseen sistemas nerviosos que difieren en algunos aspectos importantes de los de los mamíferos, pero comparten con ellos la estructura básica de las redes nerviosas centralizadas. Los peces y los reptiles manifiestan una conducta de dolor muy parecida a la de los mamíferos. En la mayoría de las especies hay incluso vocalización, aunque no sea audible para nuestros oídos. Los peces, por ejemplo, emiten sonidos vibratorios, y los investigadores han diferenciado distintas «llamadas» que incluyen sonidos que indican «alarma» y «fastidio»[\[324\]](#). Los peces también dan muestras de ansiedad cuando se les saca del agua y se les deja sacudiéndose en una red o en tierra hasta que mueren. Sin duda, que los peces no chillen ni giman de un modo tal que podamos oírles explica el

hecho de que a personas de buenos sentimientos les pueda resultar agradable pasar una tarde sentadas a la orilla del agua lanzando anzuelos, mientras los animales ya pescados mueren lentamente a su lado.

En 1976, la Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals británica (RSPCA) organizó un panel de investigación independiente sobre la caza y la pesca. El panel estaba presidido por Lord Medway, conocido zoólogo, y formado por expertos ajenos a la RSPCA. La investigación examinó con detalle datos sobre si los peces podían sentir dolor, y concluyó categóricamente que las pruebas de que los peces sienten dolor son tan concluyentes como en otros animales vertebrados[325]. Las personas a quienes preocupa más no causar dolor que matar a los animales pueden preguntarse: suponiendo que los peces *puedan* sufrir, ¿cuánto *sufren* realmente en el proceso normal de la pesca comercial? Puede parecer que los peces, al contrario de lo que sucede con las aves y los mamíferos, no se exponen al sufrimiento del proceso de criarlos para nuestra alimentación, ya que, por lo general, no se los cría; los seres humanos solo interfieren con ellos al pescarlos y matarlos. En realidad, esto no es siempre cierto: la piscifactoría, que es una modalidad de granja industrial tan intensiva como el engorde del ganado vacuno, es una industria en rápido crecimiento. Comenzó con peces de agua dulce como la trucha, pero los noruegos desarrollaron una técnica para producir salmón en jaulas en el mar, y otros países están usando ahora este método con diversos peces marinos. Los potenciales problemas relativos al bienestar de los peces de criadero, tales como la densidad de ocupación, negarles su instinto migratorio, el estrés durante la manipulación y así sucesivamente, ni siquiera se han investigado. Pero incluso con peces que no son de criadero, la agonía de la muerte que depara la pesca comercial es más lenta que, por ejemplo, la de un pollo, ya que a los peces simplemente se les arrastra y lanza por los aires para dejarlos morir. Puesto que con las agallas pueden extraer oxígeno del agua, pero no del aire, no pueden respirar fuera del agua. El pescado que se vende en el supermercado puede haber muerto lentamente por asfixia. Si era un pez de aguas profundas, al arrastrarlo a la superficie las redes de un barco pesquero quizás haya muerto dolorosamente por descompresión.

Cuando los peces son salvajes en vez de criados en piscifactorías, no sirve el argumento ecológico que condena que se coman animales producidos con métodos intensivos. No desperdiciamos grano y soja para alimentar a los peces del océano. Pero hay un argumento ecológico diferente contra la pesca comercial a gran escala practicada ahora en los océanos, y este es que estamos vaciando los océanos de peces. En años recientes, los resultados de la pesca han decaído enormemente. Varias especies abundantes en otro tiempo, como los arenques del norte de Europa, las sardinas de California y el róbalo de Nueva Inglaterra, escasean tanto ahora que, desde un punto de vista comercial, se pueden considerar extinguidas. Las modernas flotas pesqueras barren de forma sistemática los bancos de pesca con redes de malla fina que capturan todo lo que encuentran en su camino. Las especies no buscadas, conocidas en la industria como «basura», pueden alcanzar hasta la mitad de la captura[326]. Sus cuerpos se tiran por la borda. Puesto que la pesca implica el arrastre de una gran red por el fondo del mar, antes intocado, se daña la frágil ecología del lecho marino. Al igual que otras formas de producir alimentos animales, tal pesca desperdicia también combustibles fósiles, al consumir más energía de la que produce[327]. Asimismo, las redes que utiliza la industria atunera también capturan miles de delfines al año, aprisionándolos bajo el agua y ahogándolos. Además del desastre ocasionado a la ecología oceánica, este exceso de pesca también tiene consecuencias nefastas para los humanos. Por todo el mundo, las pequeñas poblaciones costeras que viven de la pesca están descubriendo que sus fuentes tradicionales de alimento se agotan. Desde las comunidades del oeste de Irlanda hasta los pueblos pesqueros birmanos y malayos, la historia es la misma. La industria pesquera de las naciones desarrolladas se ha convertido en una forma más de redistribución que va de los pobres a los ricos.

Así pues, si nos preocupan los peces y los seres humanos deberíamos dejar de comer pescado. Es cierto que los que continúan comiendo pescado, negándose sin embargo a comer otros animales, han dado un gran paso para alejarse del especismo; pero los que rechazan ambas cosas han dado un paso más.

Cuando vamos más allá del pescado, hacia las otras formas de vida marina que solemos comer los humanos, ya no podemos estar tan seguros de la existencia de una capacidad para sentir dolor. Los crustáceos —langostas, cangrejos, camarones, gambas— poseen sistemas nerviosos muy diferentes a los nuestros. Sin embargo, el doctor John Baker, un zoólogo de la Universidad de Oxford y perteneciente a la Royal Society, ha indicado que sus órganos sensoriales están muy desarrollados, sus sistemas nerviosos son complejos,

sus células nerviosas son muy similares a las nuestras y sus respuestas a ciertos estímulos son inmediatas y vigorosas. El doctor Baker, por tanto, cree que la langosta, por ejemplo, puede sentir dolor. También está convencido de que la forma normal de matar a la langosta, echándola en agua hirviendo, puede causar dolor durante al menos dos minutos. Experimentó con otros métodos que a veces se suponen más humanitarios, tales como ponerlas en agua fría y calentarlas lentamente, o dejarlas en agua dulce hasta que dejan de moverse, pero encontró que estas dos formas provocaban un forcejeo más prolongado y, aparentemente, sufrimiento[328]. Si los crustáceos pueden sufrir, debe de haber una gran cantidad de sufrimiento, no solo por el método con que se les mata, sino también por las formas en que se les transporta y mantiene vivos en los mercados. Para mantenerlos frescos, con frecuencia simplemente se los empaqueta vivos, unos encima de otros. Así, aunque cabe cuestionar su capacidad para sentir dolor, el hecho de que puedan estar sufriendo intensamente, combinado con la ausencia de cualquier necesidad de comerlos por nuestra parte, hace que el veredicto sea simple: deben recibir el beneficio de la duda.

Las ostras, almejas, mejillones, lapas y similares son moluscos, y los moluscos son, en general, organismos muy simples. (Hay una excepción: el pulpo es un molusco, pero incomparablemente más desarrollado y presuntamente más sintiente que sus parientes lejanos). Con criaturas como las ostras, las dudas sobre la capacidad de sentir dolor son considerables, y en la primera edición de este libro sugerí que la línea divisoria bien pudiera trazarse en algún lugar intermedio entre una gamba y una ostra. Por eso seguí comiendo ostras, lapas y mejillones de cuando en cuando durante algún tiempo después de volverme, en todos los demás aspectos, vegetariano. Pero, si bien no se puede asegurar con certeza que estas criaturas sienten dolor, tampoco se puede afirmar que no lo sientan. Es más, si sienten dolor, un plato de ostras o de mejillones causaría dolor a una cantidad considerable de criaturas. Puesto que es tan fácil evitar comerlos, ahora pienso que es mejor hacerlo[329].

Esto nos lleva al final de la escala evolutiva por lo que respecta a criaturas que normalmente comemos: esencialmente, nos quedamos con una dieta vegetariana. La dieta vegetariana tradicional, sin embargo, incluye productos animales, tales como los huevos y la leche. Algunos han tratado de acusar a los vegetarianos de inconsistentes. «Vegetariano», dicen, es una palabra que tiene la misma raíz que «vegetal», y un vegetariano debería comer únicamente alimentos de origen vegetal. A pesar de su literalidad, esta crítica es históricamente inadecuada. El término «vegetariano» se extendió como consecuencia de la formación de la Sociedad Vegetariana en Inglaterra, en 1874. Puesto que las normas de dicha sociedad permiten que se coman huevos y leche, el término «vegetariano» se aplica adecuadamente a aquellos que utilizan estos productos animales. Teniendo en cuenta este *fait accompli* lingüístico, los que no comen carne animal ni huevos ni leche ni derivados de la leche se denominan a sí mismos «veganos». La disquisición verbal, sin embargo, no es lo que importa. Lo que sí debemos preguntarnos es si el uso de estos otros productos animales es justificable moralmente. Esta es una cuestión de importancia real, porque es posible alimentarse adecuadamente sin consumir ningún producto animal en absoluto, un hecho que no es lo bastante conocido, aunque ahora la mayor parte de la gente sabe que los vegetarianos pueden vivir vidas largas y sanas. Hablaré más adelante, en este mismo capítulo, sobre la nutrición; por el momento, basta con que el lector sepa que podemos prescindir de los huevos y la leche. Pero ¿existe alguna razón por la que debemos hacerlo?

Hemos visto que la industria de producción de huevos constituye uno de los regímenes intensivos más despiadados de las modernas granjas industriales, que explota implacablemente a las gallinas para producir la mayor cantidad de huevos a unos costes mínimos. La obligación que tenemos de boicotear este tipo de explotaciones es tan fuerte como la de boicotear al cerdo o al pollo producidos con métodos intensivos. ¿Qué sucede entonces con los huevos de corral, suponiendo que los podamos conseguir? Aquí hay menos objeciones éticas. Las gallinas que están provistas de un lugar para cobijarse y de un corral exterior donde poder moverse y escarbar viven cómodamente. No parece que les importe que se les quiten los huevos. Las razones principales para objetar son que los pollos machos de las gallinas ponedoras serán sacrificados al nacer, y que a las propias gallinas se las sacrificará cuando dejen de poner productivamente. La cuestión es, por tanto, si las agradables vidas de las gallinas (más el beneficio que nos dan sus huevos) son suficientes para compensar la muerte que forma parte del sistema. La respuesta a esto dependerá de nuestro punto de vista sobre la muerte, diferenciándola del hecho de infligir sufrimiento. Esta discusión de los temas filosóficos relevantes se amplía en el capítulo final de este libro[330]. Basándonos en las razones aquí apuntadas, yo no me opongo en principio a la producción de huevos de corral.

La leche y sus derivados, como el queso y el yogur, plantean problemas distintos. Hemos visto en el capítulo 3 que la producción lechera puede estresar a las vacas y sus terneros de varias formas: la necesidad de preñar a las vacas y la consiguiente separación de la vaca y su ternero, el grado cada vez mayor de confinamiento en muchas granjas, los problemas de salud y estrés que provoca el alimentar a las vacas con dietas muy ricas y criarlas con el fin de conseguir rendimientos lecheros cada vez más altos y, ahora, la posibilidad de que aumente el estrés a causa de las inyecciones diarias de hormonas para el crecimiento bovino.

En principio, no existe ningún problema por evitar los derivados de la leche. Es más, en muchos lugares de Asia y África la única leche que se consume es la humana, para los niños. Muchos adultos de estas partes del mundo no tienen capacidad de digerir la lactosa que contiene la leche, y enferman si la beben. Los chinos y los japoneses han empleado desde hace mucho tiempo la soja para conseguir gran parte de los productos que nosotros elaboramos con leche. Las leches de soja son hoy muy fáciles de adquirir en los países occidentales, y el helado de tofu es muy popular entre aquellos que tratan de reducir su consumo de grasa y colesterol. Hay incluso quesos, cremas para untar y yogures hechos de soja.

Así pues, los «veganos» tienen razón al decir que no debemos usar productos derivados de la leche. Ellos son vivos ejemplos de lo práctico y nutritivamente sensato de una dieta que no exige en absoluto que se explote a otros animales. Al mismo tiempo, se debería decir que no resulta fácil en nuestro actual mundo especista adherirse tan estrictamente a lo que es moralmente justo. Un plan de acción razonable y defendible es cambiar la dieta a un ritmo moderado con el que uno pueda sentirse a gusto. Aunque en principio todos los productos derivados de la leche son sustituibles, en las sociedades occidentales es mucho más difícil en la práctica suprimir la carne y los productos lácteos que suprimir simplemente la carne. Quien no se dedique a leer las etiquetas con la idea de evitar los productos lácteos, no se dará cuenta de la enorme cantidad de alimentos que los contienen. Incluso comprar un sándwich de tomate se convierte en un problema, puesto que probablemente estará untado, bien con mantequilla, bien con una margarina que contenga suero o leche desnatada. Poco consiguen los animales si dejamos de comer carne animal y huevos de gallinas en batería y nos limitamos a sustituirlos por una mayor cantidad de queso. Por otra parte, lo siguiente es, si no ideal, sí una estrategia razonable y práctica:

- Sustituir la carne de animales por plantas alimenticias.
- Sustituir huevos de granja industrial por huevos de corral, si se pueden conseguir; en caso negativo, evitar los huevos.
- Sustituir la leche y el queso por soja, tofu u otras plantas alimenticias, pero sin sentirse obligado a hacer enormes esfuerzos para evitar toda la comida que contenga productos lácteos.

Eliminar el especismo de un solo golpe en nuestros hábitos dietéticos es una tarea muy difícil. Las personas que adoptan la estrategia que yo apoyo aquí han contribuido con un claro compromiso público al movimiento contra la explotación animal. El quehacer más urgente del Movimiento de Liberación Animal es persuadir al mayor número posible de personas para que acepte este compromiso, de tal forma que el boicot se extienda y atraiga la atención. Si debido a un admirable deseo de poner fin inmediatamente a todas las formas de explotación de los animales damos la impresión de que a menos que renunciemos a los derivados de la leche no estamos haciendo nada mejor que los que todavía comen carne, el resultado puede ser que mucha gente se desanime y no haga nada, y la explotación de los animales continuará exactamente igual que antes.

Estas, al menos, son algunas de las respuestas a los problemas con que probablemente se encontrará un no-especista al preguntarse qué es lo que debe y no debe comer. Como dije al comienzo de esta sección, mis observaciones no tienen otra intención que la de servir de sugerencias. Los no-especistas sinceros pueden muy bien discrepar entre ellos acerca de los detalles. En tanto que exista un acuerdo sobre lo esencial, el resto no debería obstaculizar los esfuerzos hacia un objetivo común.

Mucha gente está dispuesta a admitir que existen razones de peso para aceptar el vegetarianismo. Con demasiada frecuencia, sin embargo, hay un abismo entre la convicción intelectual y la acción necesaria para romper con un hábito de toda la vida. Este abismo no se llena con libros; en última instancia, poner en práctica nuestras convicciones depende de cada uno de nosotros. Pero puedo intentar disminuir este abismo en las próximas páginas. Mi intención es conseguir que la transición desde una dieta

omnívora a una vegetariana sea mucho más fácil y atractiva, de forma que, en lugar de considerar este cambio como un deber desagradable, el lector llegue a interesarse por un tipo de cocina nuevo y atractivo, lleno de alimentos frescos y de originales platos sin carne oriundos de Europa, China y el Medio Oriente, platos tan variados que, por comparación, convierten el habitual «carne, carne y más carne» de casi todas las dietas occidentales en algo rancio y repetitivo. El placer de tal cocina se ve aumentado al saber que su buen gusto y sus cualidades nutritivas fueron proporcionados directamente por la tierra, sin desperdiciar lo que la tierra produce y sin exigir el sufrimiento y la muerte de ningún ser sintiente.

El vegetarianismo introduce una nueva relación con los alimentos, las plantas y la naturaleza. La carne mancha nuestras comidas. Por mucho que lo disimulemos, no podemos negar el hecho de que la pieza central de nuestra comida viene del matadero, chorreando sangre. Si no la tratamos y refrigeramos, pronto comienza a pudrirse y a apestar. Cuando la comemos, se asienta pesadamente en nuestros estómagos, bloqueando el proceso digestivo hasta que, días después, nos esforzamos por eliminarla<sup>[331]</sup>. Cuando comemos plantas, el alimento adquiere cualidades diferentes. Se trata de frutos de la tierra que están preparados para que los ingeramos y que no luchan contra nosotros cuando los consumimos. Sin carne que nos adormezca el paladar, se puede apreciar mucho mejor el magnífico sabor de los vegetales frescos recién sacados de la tierra. Personalmente, encontré tan atractiva la idea de recoger los frutos para mi propia comida que, poco después de hacerme vegetariano, empecé a cavar en una parte de nuestro jardín trasero y a cultivar algunos de mis propios vegetales, algo que nunca había pensado hacer antes, pero que varios de mis amigos vegetarianos también hacían. De esta forma, suprimir en mi alimentación la carne animal me puso en contacto más directo con las plantas, la tierra y las estaciones del año.

La cocina también fue algo que me interesó solamente después de volverme vegetariano. Para aquellos acostumbrados a los menús anglosajones habituales, en los que el plato principal consiste en carne acompañada de dos vegetales excesivamente cocidos, la eliminación de la carne plantea un desafío interesante a la imaginación. Cuando hablo en público de los temas que se abordan en este libro, a menudo se me pregunta qué se puede comer en lugar de carne, y por cómo se formulan las preguntas está claro que las personas han sustraído mentalmente la chuleta o la hamburguesa de su plato, dejando el puré de patata y el repollo cocido, y se están interrogando sobre qué poner en lugar de la carne. ¿Un poco de soja, quizá?

Puede que haya alguien a quien le guste una comida de este tipo, pero para la mayoría la respuesta está en replantearse completamente la idea del plato principal, de modo que consista en una combinación de ingredientes, quizá con una ensalada aparte, en lugar de ingredientes separados. Los platos chinos bien hechos, por ejemplo, son soberbias combinaciones de uno o más ingredientes con muchas proteínas. La cocina china vegetariana puede incluir tofu, nueces, brotes de judías, hongos o gluten de trigo, con arroz y vegetales frescos ligeramente cocidos. Un curry indio en el que las lentejas aportan las proteínas, servido sobre arroz integral y rodajas de pepino fresco para aligerar, constituye una comida igualmente satisfactoria, como lo es una lasaña italiana vegetariana con ensalada. Incluso se pueden poner «albóndigas de tofu» sobre los espaguetis. Una comida más simple podría consistir en granos integrales y vegetales. La mayoría de los occidentales comen muy poco mijo, trigo integral o trigo negro, pero estos granos pueden formar la base de platos que suponen un cambio refrescante. En la primera edición de este libro incluí algunas recetas y sugerencias sobre la cocina vegetariana para ayudar a los lectores a hacer la transición a lo que, en aquel entonces, aún era una dieta poco usual. Pero en estos años se han publicado tantos libros magníficos de cocina vegetariana que la ayuda que yo podía proporcionar parece ahora totalmente innecesaria. Al principio a algunas personas les resulta difícil cambiar su actitud hacia la comida. Puede que lleve tiempo acostumbrarse a comidas donde no hay una pieza central de carne, pero, una vez que esto sucede, verá que se puede elegir entre tantos platos nuevos interesantes que se preguntará cómo pudo pensar que le sería difícil prescindir de los alimentos cárnicos.

Independientemente del sabor de las comidas, es probable que las personas que contemplan la idea vegetariana se preocupen de si este régimen les va a proporcionar la nutrición adecuada. Estas preocupaciones carecen de fundamento. En numerosas partes del mundo han existido culturas vegetarianas cuyos miembros han gozado de la misma salud, y a menudo mejor, que los no vegetarianos que vivían en zonas similares. Los hindúes ortodoxos han sido vegetarianos desde hace más de 2.000 años. Gandhi, vegetariano toda su vida, tenía cerca de ochenta años cuando una bala asesina acabó con

su activa vida. En Gran Bretaña, donde viene existiendo un movimiento vegetariano oficial desde hace más de 140 años, hay vegetarianos de tercera y cuarta generación. Muchos vegetarianos famosos, como Leonardo da Vinci, León Tolstói y George Bernard Shaw, han vivido vidas largas e inmensamente creativas. De hecho, la mayoría de las personas que han llegado a edades excepcionalmente avanzadas han comido poca carne o ninguna. Los habitantes del valle de Vilcabamba, en Ecuador, sobrepasan a menudo los cien años, y los científicos han encontrado hombres de hasta 123 y 142 años de edad; estas personas comen menos de treinta gramos de carne a la semana. En Hungría, un estudio de las personas centenarias vivas descubrió que casi todas eran vegetarianas[332]. Que la carne es innecesaria para la resistencia física lo demuestra la larga lista de atletas triunfadores que no la prueban, una lista que incluye al campeón olímpico de natación de fondo Murray Rose y al famoso corredor de fondo finlandés Paavo Nurmi, la estrella del baloncesto Bill Walton, el triatleta «hombre de hierro» Dave Scott y el campeón olímpico de carreras de obstáculos de 400 metros Edwin Moses.

Muchos vegetarianos piensan que se sienten más ágiles, más sanos y con más ganas de vivir que cuando comían carne. Ahora les apoya una gran cantidad de pruebas. *El Informe sobre nutrición y salud* de 1988 de la Secretaría de Sanidad de Estados Unidos cita un importante estudio que indica que la tasa de mortalidad por ataques cardíacos de vegetarianos con edades entre 35 y 64 años supone solamente el 28 por ciento de la tasa general de los americanos de ese mismo grupo de edad. Para los vegetarianos de más edad, la tasa de mortalidad por ataques cardíacos era aún más de un 50 por ciento menor que la de los no vegetarianos. El mismo estudio mostraba que los niveles de colesterol de los vegetarianos que comen huevos y productos lácteos eran un 16 por ciento más bajos que los de las personas que comían carne, y que los veganos tenían niveles de colesterol un 29 por ciento más bajos. Las principales recomendaciones del informe eran reducir el consumo de colesterol y grasas (especialmente grasas saturadas) y aumentar el consumo de comidas con granos integrales, cereales, vegetales (incluyendo judías secas y guisantes) y frutas. Recomendar que se reduzca el colesterol y la grasa saturada es, de hecho, recomendar que se evite la carne (excepto, quizá, el pollo sin piel), la nata, la mantequilla y todos los productos lácteos menos los desnatados[333]. El informe fue muy criticado por no decir esto en términos suficientemente específicos; parece ser que la vaguedad obedecía a las presiones de grupos como la National Cattlemen's Association (Asociación Nacional de Ganaderos) y la Dairy Board (Junta Lechera)[334]. Aun así, la presión, fuera cual fuera, no consiguió impedir que la sección sobre el cáncer informara de que los estudios indicaban una conexión entre el cáncer de mama y el consumo de carne, y también entre el consumo de carne, especialmente vacuno, y el cáncer del intestino grueso. La American Heart Association (Asociación Americana del Corazón) también recomienda, desde hace muchos años, que los americanos disminuyan su consumo de carne[335]. Las dietas concebidas para mejorar la salud y la longevidad, como el plan Pritikin y el plan McDougall, son en gran parte o completamente vegetarianas[336].

Los expertos en nutrición ya no discuten sobre si la carne animal es o no esencial. Hoy en día, todos están de acuerdo en que no lo es. Si las personas normales recelan todavía de una alimentación que no la incluya, se deberá sin duda a la ignorancia. La mayoría de las veces se trata de una ignorancia sobre la naturaleza de las proteínas. A menudo se nos dice que las proteínas son un elemento importante de una alimentación adecuada y que la carne tiene un alto porcentaje de proteínas. Ambas afirmaciones son ciertas, pero hay otras dos cosas que no oímos con la misma frecuencia. La primera es que el americano medio ingiere demasiadas proteínas. Su ingestión excede en un 45 por ciento el generoso nivel recomendado por la Academia Nacional de Ciencias. Otros cálculos dicen que la mayoría de los americanos consumen entre dos y cuatro veces más carne de la utilizable por sus cuerpos. El exceso de proteínas no puede almacenarse. Una parte se elimina y la otra puede ser convertida por nuestro cuerpo en hidratos de carbono, lo que supone una manera muy cara de aumentar nuestra ingestión de estos últimos[337].

Lo segundo que debemos saber sobre las proteínas es que la carne no es más que uno entre los muchos alimentos que las contienen, distinguiéndose de los demás, sobre todo, en que es el más caro. En otro tiempo se pensó que las proteínas de la carne eran de superior calidad, pero ya en 1950 el British Medical Association's Committee on Nutrition (Comité de Nutrición de la Asociación Médica Británica) afirmaba:

Está generalmente aceptado que no importa que las unidades esenciales de proteína se deriven de alimentos vegetales o animales, siempre que aporten una mezcla adecuada de estas unidades en formas asimilables[338].

Algunas investigaciones más recientes han confirmado aún más esta conclusión. Sabemos ahora que el valor nutritivo de las proteínas consiste en los aminoácidos esenciales que contienen, ya que son estos los que determinan la cantidad de proteínas que puede utilizar el cuerpo. En tanto que es cierto que los alimentos animales, especialmente los huevos y la leche, tienen una composición de aminoácidos muy equilibrada, algunos alimentos vegetales como la soja y los frutos secos del tipo de las nueces contienen también una amplia gama de estos nutrientes. Además, al comer diferentes tipos de proteína vegetal a la vez, resulta fácil hacer una comida que proporcione un equivalente exacto de la proteína animal. Este principio se denomina «complementariedad proteica», pero no es necesario saber mucho de nutrición para ponerlo en práctica. El campesino que come sus judías o lentejas con arroz o maíz está poniendo en práctica la complementariedad proteica. Lo mismo hace la madre que le da a su hijo un sándwich de crema de cacahuete untada en pan integral, una combinación de dos alimentos, cacahuetes y trigo, que contienen proteínas. Las diversas formas de proteína de los distintos alimentos se combinan entre sí de tal modo que el cuerpo absorbe más proteínas si se comen juntos que por separado. Aun así, incluso sin el efecto complementario de la combinación de diferentes proteínas, la mayoría de las plantas alimenticias que comemos, no solo los frutos secos, los guisantes y las judías, sino también el trigo, el arroz y las patatas, contienen suficiente proteína en sí mismas para proporcionar a nuestros cuerpos la que necesitamos. Si evitamos la comida basura con alto contenido en azúcares o grasas y nada más, casi la única manera de que no consigamos suficiente proteína será siguiendo una dieta insuficiente en calorías[339].

Las proteínas no son el único elemento nutritivo de la carne, pero los demás pueden obtenerse fácilmente con un régimen vegetariano y sin poner un cuidado especial. Tan solo los veganos, que no ingieren ningún producto animal en absoluto, necesitan tener un cuidado especial con su alimentación. Parece ser que hay una sustancia nutritiva necesaria, y solo una, que normalmente no se encuentra en los vegetales; es la vitamina B12, presente en los huevos y la leche, pero no de forma directamente asimilable en las plantas alimenticias. Se puede obtener, sin embargo, de algas marinas como el kelp, de una salsa de soja elaborada por el sistema tradicional japonés de fermentación, o del tempero, un producto de soja fermentada que se consume en partes de Asia y que a menudo se encuentra en establecimientos de alimentos naturales occidentales. También es posible que la produzcan microorganismos de nuestros propios intestinos. Estudios de veganos que aparentemente no han usado fuente alguna de B12 durante muchos años han mostrado que los niveles de esta vitamina en la sangre se mantienen aún dentro de la media normal. Sin embargo, para tener la seguridad de que se evita esta deficiencia, es simple y barato tomar vitamina B12. La B12 en pastillas se obtiene de bacterias criadas en alimentos vegetales. Estudios realizados con niños pertenecientes a familias de veganos demuestran que su desarrollo es normal cuando sus dietas contienen un suplemento de vitamina B12, aunque no hayan comido alimentos animales desde el destete[340].

En este capítulo he intentado aclarar las dudas que pueden surgir al considerar la idea de hacerse vegetariano y que se pueden expresar y explicar fácilmente. Pero algunas personas tienen una resistencia más profunda que les impide decidirse. Quizá la razón de que se vacile sea el miedo a que los amigos le tomen a uno por chiflado. Cuando mi esposa y yo empezamos a plantearnos volvernos vegetarianos, hablamos de esto. Nos preocupaba que se convirtiera en una forma de aislamiento de nuestros amigos no vegetarianos, y en aquel tiempo ninguno de nuestros amigos antiguos lo era. Ciertamente, hacernos vegetarianos juntos hizo que esta decisión fuera mucho más fácil de tomar, pero tal y como salieron las cosas no teníamos por qué preocuparnos. Explicamos nuestra decisión a nuestros amigos y comprendieron que teníamos buenas razones para ello. No todos se hicieron vegetarianos, pero tampoco dejaron de ser amigos nuestros; de hecho, creo que más bien disfrutaban invitándonos a cenar y mostrándonos lo bien que podían cocinar sin carne. Es posible, por supuesto, encontrarse con personas que le consideren a uno un chiflado. Hoy en día esto es mucho menos probable que hace unos años, porque ahora hay muchos más vegetarianos. Pero si esto sucede, recuerde que se halla en buena compañía. Al principio, los mejores reformadores —los que se opusieron antes que nadie al comercio de esclavos, las guerras nacionalistas y la explotación de los niños que trabajaban catorce horas al día en las fábricas de la Revolución Industrial— fueron tildados de locos por aquellos cuyos intereses eran inseparables de los abusos a los que se oponían.

## 5.

### EL DOMINIO DEL HOMBRE...

#### una breve historia del especismo

Para poner fin a la tiranía hay que comprender, primero, en qué consiste. Desde un punto de vista práctico, el dominio del animal humano sobre otros animales se expresa del modo que hemos visto en los capítulos 2 y 3 y en prácticas relacionadas, como matar a animales salvajes por deporte o por sus pieles. Estos hechos no deben considerarse aberraciones aisladas. La única forma de llegar a entenderlos es considerarlos como manifestaciones de la ideología de nuestra especie, esto es, las actitudes que nosotros, como animal dominante, sostenemos ante los otros animales.

En este capítulo vamos a ver cómo, en distintos periodos, figuras destacadas del pensamiento occidental formularon y defendieron las actitudes ante los animales que hemos heredado nosotros. Si elijo Occidente como foco de mi análisis no es porque considere que otras culturas son inferiores —lo contrario es cierto en lo que respecta a las actitudes hacia los animales—, sino porque durante los dos o tres últimos siglos las ideas occidentales se han propagado desde Europa hasta llegar a construir en la actualidad el modo de pensamiento dominante para la mayoría de las sociedades humanas, ya sean capitalistas o comunistas.

Aunque lo que presento a continuación es histórico, mi objetivo al exponerlo no lo es. Cuando una actitud está tan profundamente enraizada en nuestro pensamiento que llegamos a considerarla una verdad incuestionable, un desafío serio y consistente a esa actitud corre el riesgo de caer en el ridículo. Quizá se pueda quebrantar la complacencia con que se mantiene la actitud mediante un ataque frontal. Esto es, de hecho, lo que he intentado hacer en los capítulos precedentes. Pero una estrategia alternativa consiste en intentar socavar la plausibilidad de la actitud prevaleciente revelando sus orígenes históricos.

Las actitudes de generaciones anteriores ante los animales ya no son convincentes porque giran en torno a unos presupuestos —religiosos, morales, metafísicos— que se han quedado obsoletos. Debido a que no defendemos nuestras actitudes hacia los animales del modo en que santo Tomás de Aquino, por ejemplo, defendió las suyas, quizá estemos dispuestos a aceptar que Aquino utilizó las ideas religiosas, morales y metafísicas de su época para enmascarar el simple egoísmo que caracterizaba las relaciones de los humanos con otros animales. Si, entonces, podemos ver que las generaciones pasadas aceptaron como buenas y naturales actitudes que reconocemos como camuflaje ideológico de acciones en beneficio propio —y si, al mismo tiempo, no puede negarse que continuamos utilizando a los animales para promover nuestros intereses secundarios en franca violación de sus intereses primarios—, quizá podamos convencernos de que debemos adoptar una posición más escéptica ante justificaciones de nuestras propias acciones que nosotros mismos hemos calificado de buenas y naturales.

Las actitudes occidentales ante los animales tienen sus raíces en dos tradiciones: el judaísmo y la Grecia antigua. En el cristianismo se unen ambas raíces, y a esta doctrina se debe el que prevaleciesen en Europa. Solo paulatinamente, a medida que los pensadores empiezan a adoptar posturas relativamente independientes de la Iglesia, surge una visión más civilizada de nuestras relaciones con los animales; y en los aspectos más fundamentales no nos hemos liberado todavía de las actitudes que se aceptan como incuestionables en Europa hasta el siglo XVIII. Podemos, por tanto, dividir nuestra distinción histórica en tres partes: la precristiana, la cristiana y la de la Ilustración hasta nuestros días.

#### EL PENSAMIENTO PRECRISTIANO

La creación del universo nos parece un buen punto de partida. La historia bíblica de la creación establece muy claramente la naturaleza de la relación entre el hombre y el

animal tal y como la concibió el pueblo hebreo. Es un ejemplo soberbio de cómo el mito le hace eco a la realidad:

Después dijo Dios: «Produzca la tierra seres vivientes conforme a su especie: animales domésticos, reptiles y bestias salvajes con arreglo a su especie». Y vio Dios que estaba bien.

Hizo, pues, Dios las bestias salvajes sobre la tierra conforme su especie y a los animales domésticos según su especie y a toda criatura que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y llegó a ver Dios que era bueno.

Entonces dijo Dios: «Hagamos un hombre a imagen nuestra, conforme a nuestra semejanza, para que domine en los peces del mar, y en las aves del cielo y los animales domésticos y todas las bestias salvajes y sobre toda la tierra y todos los reptiles que se arrastren sobre la tierra».

Y procedió Dios a crear al hombre a su imagen, a la imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó.

Y los bendijo Dios y les dijo: «Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla y dominad en los peces del mar y en las aves del cielo y toda criatura viviente que se mueve sobre la tierra»[\[341\]](#).

La Biblia nos dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Otra forma de considerarlo es que fue el hombre quien creó a Dios según su propia imagen. En cualquier caso, la Biblia coloca al hombre en una posición especial en el universo, como un ser que, único entre todas las criaturas vivientes, es similar a Dios. Además, se dice explícitamente que Dios otorgó al hombre el dominio sobre todas las criaturas vivientes. Es cierto que, en los Jardines del Edén, este dominio puede no haber implicado que se sacrificara a otros animales para comerlos. El versículo 29 del primer capítulo del Génesis sugiere que, en un principio, el hombre vivía de las plantas y los frutos de los árboles, y a menudo se ha representado el Paraíso como una escena de paz perfecta en la que no habría cabida para ningún tipo de muerte. El hombre gobernaba, pero en este paraíso terrenal el suyo era un despotismo benevolente.

Después de la caída del hombre (de la que se responsabiliza en la Biblia a la mujer y a un animal), matar a los animales se convirtió en algo claramente permisible. Fue Dios quien vistió a Adán y Eva con pieles de animales antes de expulsarlos de los Jardines del Edén. Su hijo Abel era pastor de ovejas y ofrecía sacrificios de su rebaño al Señor. Entonces llegó el Diluvio, y el resto de la creación desapareció casi por completo para castigar al hombre por su maldad. Cuando las aguas se apaciguaron, Noé dio gracias a Dios ofreciendo sacrificios «de todas las bestias puras y de todas las aves puras». En recompensa, Dios bendijo a Noé y afianzó definitivamente el dominio del hombre:

Luego bendijo Dios a Noé y a sus hijos y díjoles: «Procread y multiplicaos y llenad la tierra.

»El temor y el miedo a vosotros sea sobre todas las fieras del campo y todas las aves del cielo; sobre todo aquello que pulula la tierra y todos los peces del mar. A vuestras manos los entrego.

»Todo aquello que se mueva dotado de vida os servirá de alimento; así como la hierba verde os lo he dado todo»[\[342\]](#).

Esta es la postura básica de los antiguos escritos hebreos ante los no humanos. Hay de nuevo una pista intrigante de que en el estado original de inocencia éramos vegetarianos y solo comíamos «la verde hierba», pero que, tras la caída, la maldad que a ella siguió y el diluvio, se nos dio permiso para añadir animales a nuestra dieta. Bajo el supuesto de dominio humano que implica este permiso, aún surge de cuando en cuando una línea de pensamiento más compasiva. El profeta Isaías condenó los sacrificios de animales, y el libro de Isaías ofrece una hermosa visión de la época en que el lobo morará con el cordero, el león comerá paja como el buey y «no se harán daño ni se destruirán en toda mi montaña sagrada». Pero se trata de una visión utópica y no de un precepto que deba cumplirse inmediatamente. Otros pasajes aislados del Antiguo Testamento alientan cierto grado de benevolencia hacia los animales, de forma que sí es posible argumentar que la crueldad injustificable estaba prohibida, y que «dominio» es realmente «custodia», y somos responsables ante Dios del cuidado y bienestar de aquellos que están bajo nuestra custodia. Sin embargo, no hay nada que suponga un desafío al planteamiento global establecido en el Génesis de que la especie humana es el pináculo de la creación y goza del permiso divino para matar y comerse a otros animales.

La segunda tradición antigua del pensamiento occidental es la de Grecia. Aquí nos encontramos, en un principio, con tendencias conflictivas. El pensamiento griego no fue uniforme, sino que estaba dividido en escuelas rivales cuyas doctrinas básicas procedían de algunos grandes fundadores. Uno de estos, Pitágoras, era vegetariano e instó a sus seguidores a tratar a los animales con respeto, parece ser que porque creía que las almas de los hombres muertos transmigraban a los animales. Pero la escuela más importante fue la de Platón y su discípulo, Aristóteles.

La defensa que hace Aristóteles de la esclavitud es de sobra conocida; pensaba que

algunos hombres son esclavos por naturaleza y que la esclavitud es a la vez justa y conveniente para ellos. No menciono este aspecto de su teoría para desacreditar a este pensador, sino porque nos es esencial para comprender su actitud ante los animales. Sostiene que los animales existen para servir a los propósitos de los seres humanos, aunque, a diferencia del autor del Génesis, no establece un abismo profundo entre los humanos y el resto del mundo animal.

Aristóteles no niega que el hombre es un animal; de hecho, lo define como animal racional. Pero compartir una naturaleza animal común no es suficiente para justificar una igual consideración. Para Aristóteles, el hombre que es por naturaleza un esclavo es, sin duda, un ser humano, y es tan capaz de sentir placer y dolor como cualquier otro ser humano; no obstante, al ser presuntamente inferior al hombre libre en su capacidad de raciocinio, lo considera un «instrumento viviente». Aristóteles yuxtapone de un modo muy claro ambos elementos en una sola frase: el esclavo es aquel que, «aun siendo un ser humano, es también un objeto de propiedad»[\[343\]](#).

Si la diferencia en la capacidad de raciocinio de los seres humanos es suficiente para convertir a unos en amos y a otros en objetos de propiedad, Aristóteles debe de haber pensado que los derechos de los seres humanos sobre los otros animales son tan obvios que no hay que argumentarlos demasiado. La naturaleza, para Aristóteles, es esencialmente una jerarquía donde los que poseen una capacidad menor de raciocinio existen para provecho de los que la tienen mayor:

Las plantas existen para los animales y las bestias brutas, para el hombre: los animales domésticos, para su utilización y alimento; los salvajes (al menos la mayor parte), para alimento y otras necesidades de la vida, tales como el vestido y diversas herramientas.

Por tanto, si la naturaleza no hace nada sin motivo ni en vano, es innegablemente cierto que ha creado todos los animales para beneficio del hombre[\[344\]](#).

Fueron los criterios de Aristóteles, y no los de Pitágoras, los que habrían de formar parte de la tradición occidental posterior.

## EL PENSAMIENTO CRISTIANO

Con el tiempo, el cristianismo reuniría las ideas judaicas y griegas sobre los animales. Pero esta doctrina se fundó y se hizo poderosa durante el Imperio romano, y la mejor manera de ver sus primeros efectos es comparar las actitudes cristianas con aquellas que sustituyeron.

El Imperio romano se configuró mediante guerras de conquista y necesitaba destinar gran parte de su energía e ingresos públicos a las fuerzas militares que defendían y expandían su vasto territorio. Estas condiciones no fomentaban los sentimientos de compasión por los débiles, sino que, por el contrario, eran las virtudes marciales las que daban el tono a la sociedad. Dentro de Roma, lejos de las luchas fronterizas, el espíritu de los ciudadanos romanos se fortalecía, supuestamente, mediante los llamados «juegos». Aunque cualquier colegial sabe que los cristianos eran arrojados a los leones del Coliseo, raramente se aprecia el significado de los juegos como una muestra de los posibles límites de humanidad y compasión de un pueblo aparentemente —y en otros aspectos realmente— civilizado. Hombres y mujeres consideraban las matanzas de seres humanos y de otros seres como una fuente normal de entretenimiento, y esto se prolongó durante siglos sin apenas ninguna protesta.

El historiador del siglo XIX W. E. H. Lecky hace la siguiente descripción del desarrollo de los juegos romanos desde su comienzo, cuando consistían en un combate entre dos gladiadores:

El combate simple finalmente se hizo insípido, y se concibieron todas las variantes posibles de atrocidades para estimular el interés decaído. A veces un oso y un toro, encadenados juntos, rodaban por la arena en una lucha feroz; otras, criminales vestidos con pieles de animales salvajes eran arrojados a los toros, enloquecidos debido a hierros candentes o a dardos con puntas untadas de pez ardiendo. Cuatrocientos osos fueron sacrificados en un solo día con Calígula [...]. Con Nerón, 400 tigres lucharon contra toros y elefantes. En un solo día, en la consagración del Coliseo por Tito, perecieron 5.000 animales. Con Trajano, los juegos se prolongaron durante 123 días sucesivos. Leones, tigres, elefantes, rinocerontes, hipopótamos, jirafas, toros, venados, incluso cocodrilos y serpientes, eran utilizados para dar novedad al espectáculo. Tampoco se escatimaba ninguna forma de sufrimiento humano [...] 10.000 hombres lucharon durante los juegos de Trajano. Nerón iluminó sus jardines durante la noche con cristianos que ardían bajo sus camisas untadas de pez. Bajo el mandato de Domitiano se obligó a luchar a un ejército de enanos enfermizos [...]. Tan intensa era la sed de sangre que la popularidad de un príncipe sufría menos si descuidaba la distribución de grano

que si descuidaba los juegos[345].

Los romanos no carecían por completo de sentimientos morales. Dieron muestra de una gran atención hacia la justicia, el deber público e, incluso, la benevolencia para con otros. Lo que demuestran los juegos con espantosa claridad es que había un límite perfectamente definido para estos sentimientos morales. Si un ser se situaba dentro de este límite, actividades del tipo de las de los juegos habrían sido una afrenta intolerable; cuando, por el contrario, quedaba fuera del ámbito de consideración moral, causar sufrimiento era una mera diversión. Algunos seres humanos —sobre todo los criminales y los prisioneros militares— y todos los animales estaban fuera de esta esfera.

Es en este contexto donde debe analizarse el impacto del cristianismo. Esta doctrina llevó al mundo romano la idea de la singularidad de la especie humana, idea que, aunque heredada de la tradición judaica, se vio reforzada por la importancia que confería a la inmortalidad del alma humana. El hombre, y solo el hombre entre todos los seres vivos de la Tierra, estaba destinado a vivir otra vida después de su muerte corporal. Es así como surgió la idea característicamente cristiana de la santidad de toda vida humana.

Ha habido religiones, sobre todo en Oriente, que han predicado que toda vida es sagrada, y muchas otras han considerado como una falta muy grave matar a miembros del grupo social, religioso o étnico al que se pertenece; pero el cristianismo difundió la idea de que toda vida humana —y solo la vida humana— es sagrada. Incluso un niño recién nacido y el feto en el útero tienen almas inmortales, y sus vidas, por tanto, son tan sagradas como las de los adultos.

En su aplicación a los seres humanos, la nueva doctrina era en muchos aspectos muy progresiva, y supuso una enorme expansión de la limitada esfera moral de los romanos; en lo que se refiere a otras especies, sin embargo, esta misma doctrina sirvió para confirmar y rebajar aún más la despreciable posición a que se había relegado a los no humanos en el Antiguo Testamento. Si bien afirmaba el dominio total del hombre sobre las demás especies, el Antiguo Testamento mostraba, al menos, alguna sombra de preocupación por su sufrimiento. El Nuevo Testamento carece por completo de preceptos contra la crueldad con los animales o de recomendaciones en el sentido de considerar sus intereses. El mismo Jesús se mostró indiferente ante el destino de los no humanos cuando incitó a 2.000 cerdos a arrojar al mar, acto que, aparentemente, era bastante innecesario, dado que podía muy bien expulsar a los demonios sin permitir que poseyeran a ninguna otra criatura[346]. San Pablo insistió en reinterpretar la antigua ley mosaica que prohibía poner bozal al buey que trilla: «¿Es que a Dios le importan los bueyes?», pregunta Pablo desdeñosamente. No, respondió, la ley es «totalmente para nuestro bienestar»[347].

El ejemplo dado por Jesús no se perdió en los cristianos posteriores. Refiriéndose al incidente de los cerdos y al episodio en que Jesús maldijo una higuera, san Agustín escribió:

El mismo Cristo consideró el evitar matar animales o destruir plantas como el máximo de la superstición y, decidiendo que no había derechos comunes entre nosotros y las bestias y los árboles, envió a los demonios a la pira de cerdos y con una maldición secó la higuera por no hallar en ella ningún fruto [...]. Ciertamente, ni los puercos ni la higuera habían cometido pecado alguno.

Según san Agustín, Jesús estaba intentando mostrar que nuestro comportamiento hacia los animales no debe regirse por las mismas normas morales que dictan nuestra conducta con los hombres. Esa es la razón por la que transfirió los demonios a la pira de cerdos, en lugar de destruirlos como podía haber hecho fácilmente[348].

Sobre esta base, no es difícil adivinar cuál fue el resultado de la interacción de la actitud cristiana y la romana. Puede verse, sobre todo, observando lo que pasó con los juegos romanos después de la conversión del Imperio al cristianismo. La enseñanza cristiana se oponía implacablemente a la lucha de gladiadores. El gladiador que sobrevivía habiendo matado a su oponente era considerado un asesino. La simple asistencia a estos combates era razón suficiente para excomulgar a un cristiano y, hacia finales del siglo IV, las luchas entre seres humanos habían quedado completamente suprimidas. Sin embargo, el rango moral de matar o torturar animales no humanos permaneció inalterado. Los combates con animales salvajes continuaron ya entrada la era cristiana, y parece ser que la única causa de su decadencia fue la propia decadencia del Imperio, que, al contar con menor riqueza y extensiones, hizo más difícil la tarea de obtener animales salvajes. De hecho, todavía podemos verlos en España y Latinoamérica en su forma moderna de corridas de toros.

Lo que es cierto respecto a los juegos romanos también lo es de una manera más general. El cristianismo dejó a los no humanos tan decididamente fuera del ámbito de la compasión como lo estaban en tiempos del Imperio. En consecuencia, aunque las

actitudes ante los seres humanos se suavizaron y mejoraron hasta hacerse irreconocibles, las prácticas de estos con otros animales continuaron siendo tan insensibles y brutales como antes. En realidad, no solo es que el cristianismo no sirviera para moderar lo peor de la conducta de los romanos con los animales, sino que, por desgracia, contribuyó a extinguir durante mucho tiempo la llama de una compasión más generosa que un pequeño número de personas más sensibilizadas había mantenido encendida.

Solamente hubo unos pocos romanos que, al margen de cuál fuera el ser que sufriese, mostraron compasión ante el dolor y repulsión por el uso de criaturas sintientes para el placer humano, ya fuera en la mesa de un gastrónomo o en la arena del circo. Ovidio, Séneca, Porfirio y Plutarco se sitúan en esta línea. Y Plutarco tuvo el honor, según Lecky, de ser el primero en abogar decididamente por un trato bondadoso hacia los animales, basándose para ello en la benevolencia universal, independientemente de toda creencia en la transmigración de las almas[349]. Pero habría que esperar cerca de 1.600 años para que un escritor cristiano condenase la crueldad con los animales sobre una base que no fuera la de que podía fomentar la crueldad con los propios humanos.

Unos cuantos cristianos expresaron cierta preocupación por los animales. Hay una plegaria escrita por san Basilio que pide compasión por ellos, un comentario de san Juan Crisóstomo en el mismo sentido y una enseñanza de san Isaac el Sirio. Incluso hubo algunos santos que, como san Juan Neot, sabotearon cacerías rescatando venados y liebres de los cazadores[350]. Pero estos personajes no lograron desviar el pensamiento cristiano generalizado de su preocupación exclusivamente especista. Para demostrar esta falta de influencia, en lugar de seguir el desarrollo de las ideas cristianas sobre los animales desde los primeros padres de la Iglesia hasta la escolástica medieval —un proceso tedioso, puesto que abunda más la repetición que un desarrollo evolutivo—, será mejor considerar con mayor detalle que el que sería posible en otro caso la postura de Tomás de Aquino.

La *Summa Theologica* de santo Tomás supuso un intento de abarcar la totalidad del conocimiento teológico y reconciliarlo con la mundanal sabiduría de los filósofos, aunque, para Aquino, Aristóteles era tan extraordinario en su campo que, cuando lo menciona, se refiere a él simplemente como «el Filósofo». Si hemos de señalar a un solo escritor como representante de la filosofía cristiana anterior a la Reforma y de la filosofía católica romana hasta nuestros días, este es santo Tomás de Aquino.

Podemos empezar preguntando si, según santo Tomás, la prohibición cristiana de matar se aplica a otras criaturas que no sean las humanas, y, si no, por qué motivo. Santo Tomás responde:

No existe pecado en la utilización de un objeto para aquello que fue creado. Ahora bien, el orden de las cosas es tal que las imperfectas existen para las perfectas [...]. Las cosas, como las plantas que meramente tienen vida, son todas iguales para los animales, y todos los animales lo son para el hombre. Por consiguiente, no es ilícito que los hombres usen las plantas para el bien de los animales, y a los animales para el bien del hombre, como afirma el Filósofo (*Política*, I, 3).

Ahora bien, la utilización más necesaria parece que debería consistir en que los animales usen las plantas, y los hombres a los animales, para alimentarse, y esto no puede hacerse a menos que se les quite la vida. Por consiguiente, es lícito acabar con la vida de las plantas para el uso de los animales y con la de los animales para el uso del hombre. De hecho, esto está de acuerdo con el mandato del propio Dios (*Génesis* I, 29, 30 y *Génesis* IX, 3)[351].

Para santo Tomás, la cuestión no es que matar para conseguir alimento sea necesario y, por lo tanto, justificable (puesto que conocía la existencia de sectas como los maniqueos en las que matar animales está prohibido, no podía ignorar completamente el hecho de que los seres humanos pueden vivir sin matar animales, pero no vamos a fijarnos en esto por el momento); son únicamente los «más perfectos» los que están cualificados para matar por esta razón. Los animales que matan a seres humanos para alimentarse pertenecen a una categoría muy distinta:

El salvajismo y la brutalidad derivan sus nombres de un parecido con los animales salvajes. Porque los animales de esta clase atacan al hombre para alimentarse con su cuerpo, y no por ningún motivo de justicia, cuya consideración pertenece exclusivamente a la razón[352].

Los seres humanos, por supuesto, no matarán para alimentarse, ¡a menos que antes hayan considerado que era justo hacerlo!

Así pues, el hombre puede matar a otros animales y utilizarlos como alimento; pero ¿hay, quizá, otras cosas que no debe hacerles? ¿Es el sufrimiento de otras criaturas un mal en sí mismo? Si es así, ¿no estaríamos por esta razón obrando mal al hacerles sufrir o, cuando menos, al hacerles sufrir innecesariamente?

Santo Tomás no dice que la crueldad con los «animales irracionales» sea mala en sí misma. En su esquema moral no hay cabida para ofensas de este tipo, ya que divide los pecados según se cometan contra Dios, contra uno mismo o contra el prójimo. Así pues, los límites de la moralidad vuelven de nuevo a excluir a los no humanos. No existe categoría para pecados que pudieran cometerse contra ellos[353].

¿Podría ser que, aun sin que sea pecado ser cruel con los animales, debamos, por caridad, ser benévolos con ellos? No, santo Tomás excluye también esta posibilidad de un modo explícito. La caridad, dice, no se extiende a las criaturas irracionales, por tres razones: no son «capaces, propiamente hablando, de poseer el bien, pues este es propio de las criaturas racionales»; carecemos de un sentimiento de hermandad con respecto a ellas; y, finalmente, porque «la caridad se basa en la comunión de la felicidad eterna que las criaturas irracionales no pueden alcanzar». Solamente es posible amarlas, nos dice, «si las consideramos como algo bueno que deseamos para los otros», esto es, «para el honor de Dios y el uso del hombre». En otras palabras, no podemos dar de comer con afecto a un pavo que esté hambriento, excepto en el caso de que lo consideremos como la cena de Nochebuena de alguien[354].

Todo esto podría llevarnos a considerar que, simplemente, santo Tomás no cree que los animales, a excepción de los humanos, sean capaces de sufrir en absoluto. Esta opinión ha sido mantenida por otros filósofos y, aunque aparentemente parezca absurda, el hecho de atribuírsela a santo Tomás le libraría al menos de la acusación de indiferencia ante el sufrimiento. Sin embargo, esta interpretación queda desechada por las propias palabras del autor. En el curso de su exposición de algunos de los preceptos que condenan moderadamente la crueldad con los animales en el Antiguo Testamento, santo Tomás propone que distingamos entre la razón y la pasión. En cuanto a la razón, nos dice:

No importa cómo se comporta el hombre con los animales, porque Dios ha sometido todas las cosas al poder del hombre y es en este sentido en el que el Apóstol dice que a Dios no le importan los bueyes, porque Dios no le pregunta al hombre lo que hace con los bueyes u otros animales.

Por otro lado, en lo que respecta a la pasión, los animales despiertan nuestra piedad porque «incluso los animales irracionales son sensibles al dolor»; no obstante, Aquino considera el dolor que los animales sufren como razón insuficiente para justificar los preceptos del Antiguo Testamento, y, por tanto, añade:

Es evidente que si un hombre siente afecto y piedad por los animales, estará aún mejor dispuesto para ser piadoso con sus iguales, los hombres, por lo que está escrito (*Proverbios XII, 10*) «El justo atiende las necesidades de su ganado»[355].

Así pues, santo Tomás llega a la conclusión, que habrá de repetirse a menudo, de que la única razón para no ser crueles con los animales es que serlo puede conducir a la crueldad con los seres humanos. Ningún otro argumento podría revelar más claramente la esencia del especismo.

La influencia de santo Tomás ha sido duradera. Todavía a mediados del siglo XIX, el papa Pío IX impidió que se estableciera en Roma una Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales, basándose en que, si se permitiera, se admitiría implícitamente que los seres humanos tienen deberes con respecto a los animales[356]. Y podemos actualizar este suceso hasta la segunda mitad del siglo XX sin encontrar modificaciones importantes en la postura oficial de la Iglesia Católica Romana. El párrafo siguiente, de un texto católico romano norteamericano contemporáneo, sirve para ilustrar, comparándolo con el anterior de santo Tomás, que las actitudes hacia los animales siguen siendo las mismas:

En el orden de la naturaleza, lo imperfecto existe para lo perfecto, lo irracional para servir a lo racional. Al hombre, como animal racional, se le permite usar para sus necesidades reales las cosas que están por debajo de él en este orden de la naturaleza. Necesita comer plantas y animales para mantener su vida y su fuerza. Para comer plantas y animales, tiene que matarlos. Por lo tanto, matar no es, en sí mismo, un acto inmoral o injusto[357].

Lo importante de este texto es, para nosotros, que su autor se adhiere tan completamente a la postura de santo Tomás que incluso repite la afirmación de que es necesario que los seres humanos coman plantas y animales. Es sorprendente la ignorancia del santo a este respecto, pero podría excusársele dado el estado del conocimiento científico en su época; que un autor moderno mantenga el mismo error, cuando en su caso podría haberlo subsanado fácilmente con solo mirar cualquier tratado sobre nutrición o con tener en cuenta la existencia de vegetarianos en buen estado de salud, resulta

increíble.

Fue en 1988 cuando una declaración autorizada de la Iglesia Católica indicó que el movimiento medioambiental está empezando a afectar a las enseñanzas católicas. En su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, el papa Juan Pablo II apremió a que el desarrollo humano incluyese «el respeto para los seres que constituyen el mundo natural», y añadió:

El dominio concedido al hombre por el Creador no es un poder absoluto, ni podemos hablar de una libertad para «usar y maltratar» o para disponer de las cosas como uno guste [...]. Cuando se trata del mundo natural, estamos sujetos no solo a las leyes biológicas, sino también a las morales, que no pueden ser violadas con impunidad[358].

El hecho de que un papa rechace tan claramente el concepto del dominio absoluto es muy prometedor, pero aún es muy pronto para decir si anuncia un cambio histórico, tan necesario, en la dirección de las enseñanzas católicas sobre los animales y el medio ambiente.

Ha habido, por supuesto, muchos católicos compasivos que han hecho todo lo que han podido para mejorar la postura de su Iglesia hacia los animales y que, en ocasiones, han tenido éxito. Al poner el énfasis en la tendencia degradante de la crueldad, algunos escritores católicos han sido capaces de condenar los peores aspectos del comportamiento humano con otros animales. No obstante, la gran mayoría está aún limitada por la visión básica de su religión. El caso de san Francisco de Asís sirve de ilustración de este tipo de condena.

San Francisco es la importante excepción a la regla de que el catolicismo desalienta toda preocupación por los seres no humanos. «Si al menos me fuera posible presentarme al emperador —decía en cierta ocasión—, le rogaría por amor a Dios, y a mí, que emitiera un edicto prohibiendo que nadie cazara o encarcelara a mis hermanas las alondras, y ordenando que todos los que tienen bueyes o asnos los alimenten especialmente bien en Navidad». Hay muchas leyendas sobre su compasión, y la historia de cómo predicaba a los pájaros parece implicar, ciertamente, que la distancia entre ellos y los humanos no era tan abismal como otros cristianos suponían.

Sin embargo, podríamos sacar una impresión equivocada si solo nos fijáramos en su actitud hacia las alondras y los otros animales. No fueron solo las criaturas sintientes las que este santo consideró hermanas: el Sol, la Luna, el viento y el fuego también eran para él hermanos y hermanas suyas. Sus contemporáneos le describieron como un ser que «disfrutaba interna y externamente casi con cualquier criatura, y cuando tenía a una en sus manos, o la miraba, parecía que su espíritu se encontraba más en el cielo que en la tierra». Este gozo se hacía extensible al agua, las rocas, las flores y los árboles. La descripción nos recuerda a alguien que estuviera en un estado de éxtasis religioso, profundamente emocionado por un sentimiento de unión con toda la naturaleza. Personas de diferentes religiones y tradiciones místicas parecen haber tenido tales experiencias y han expresado sentimientos similares de amor universal. Ver a san Francisco bajo este prisma hace más fácilmente comprensible la grandeza de su amor y compasión. También nos permite ver cómo este amor por todas las criaturas podía coexistir con una postura teológica de un especismo muy ortodoxo. San Francisco afirmaba que «todas las criaturas proclaman: “Dios me ha creado para ti, ¡oh, hombre!”». El propio Sol, pensaba, brillaba para el hombre. Estas creencias formaban parte de una cosmología que nunca puso en duda; la fuerza de su amor por toda la creación, sin embargo, no quedaba limitada por consideraciones de este tipo.

En tanto que esta clase de amor universal extático puede ser una maravillosa fuente de compasión y bondad, la falta de reflexión racional puede, por otra parte, contrarrestar sus consecuencias beneficiosas. Si amamos a las rocas, los árboles, las plantas, las alondras y los bueyes por igual, puede que perdamos de vista las diferencias esenciales que hay entre ellos, especialmente las que se refieren a los grados de sensibilidad que puedan tener unos y otros. Podríamos pensar entonces que, puesto que para sobrevivir tenemos que comer y no nos es posible comer sin matar alguna de las cosas que amamos, no importa lo que matemos. Posiblemente fuera este el motivo de que el amor que sentía san Francisco por los pájaros y los bueyes no le llevara, según parece, a cesar de comerlos; y a que, cuando estableció las normas de conducta para los frailes de la orden que fundó, no diera ninguna instrucción para que se abstuvieran de comer carne, excepto en algunos días de ayuno[359].

Podría parecer que el periodo del Renacimiento, con la llegada del pensamiento humanista en contraste con el escolasticismo del medievo, habría resquebrajado la imagen medieval del universo, y con ella otras ideas anteriores sobre la posición del

hombre frente a los demás animales. Pero el humanismo del Renacimiento era, después de todo, *humanismo*; y el significado de este término nada tiene que ver con el humanitarismo, que es la tendencia a actuar humanamente, es decir, con compasión.

El rasgo principal del humanismo renacentista es su insistencia en el valor y la dignidad de los seres humanos y en el puesto central que ocupan en el universo. Hasta el punto de que podría resumirse en una frase de los antiguos griegos que nuevamente toma vigor en la época renacentista: «El hombre es la medida de todas las cosas». En lugar del enfoque un tanto deprimente del pecado original y la debilidad del hombre en comparación con el poder infinito de Dios, los humanistas del Renacimiento hicieron hincapié en la singularidad de los seres humanos, su libre albedrío, su potencial y su dignidad; y contrastaron todas estas cualidades con la limitada naturaleza de los «animales inferiores». Al igual que la insistencia original cristiana en la santidad de la vida humana, esta postura supuso, en ciertos aspectos, un gran avance en las actitudes hacia los seres humanos, pero relegó a los no humanos a una posición de mayor inferioridad que nunca.

Así pues, los autores renacentistas escribieron ensayos indulgentes consigo mismos en los que afirmaban que «no se puede encontrar en el mundo nada más digno de admiración que el hombre»[360], y describían a los humanos como «el centro de la naturaleza, el eje del universo, el engarce del mundo»[361]. Si bien el Renacimiento señala en cierto sentido el comienzo del pensamiento moderno, en lo que respecta a las actitudes hacia los animales se mantuvieron vigentes las ideas anteriores.

Es alrededor de esta época, no obstante, cuando surgen los primeros disidentes auténticos: los amigos de Leonardo da Vinci se mofaban de él porque se preocupaba tanto del sufrimiento de los animales que acabó haciéndose vegetariano[362]; y Giordano Bruno, influido por la astronomía copernicana, que admitía la posibilidad de que existieran otros planetas, algunos de los cuales podían estar habitados, se aventuró a afirmar que «el hombre no es más que una hormiga en presencia del infinito». Bruno fue quemado en la hoguera en 1600 por no retractarse de sus herejías.

El autor favorito de Michel de Montaigne era Plutarco, y su ataque contra las tesis humanistas de su tiempo hubieran obtenido la aprobación de aquel romano compasivo:

La presunción es nuestro mal natural y original [...]. Por la misma vanidad de la imaginación [el hombre] se iguala a Dios, se atribuye cualidades divinas y se retira y separa del conjunto de las demás criaturas[363].

Sin duda, no es ninguna coincidencia que el escritor que rechaza semejante exaltación de uno mismo sea también el primero desde la época de los romanos en afirmar, en su ensayo *Sobre la crueldad*, que la crueldad con los animales está mal en sí, independientemente de que pueda abocar a la crueldad con los humanos.

¿Quizá, pues, habría de mejorar la situación de los no humanos a partir de este punto del desarrollo del pensamiento occidental? El viejo concepto del universo, y el de la posición central del hombre dentro de él, estaba cediendo poco a poco; la ciencia moderna estaba a punto de despegar hacia su hoy famoso auge; y, después de todo, el estatus de los no humanos era tan bajo que cabe suponer que solo podía mejorar.

Pero el absoluto nadir aún estaba por llegar. El último y más extraño resultado de las doctrinas cristianas, y el más doloroso —para los animales—, surgió en la primera mitad del siglo XVII, con la filosofía de René Descartes. Descartes fue, sin duda, un pensador moderno. Se le considera el padre de la filosofía moderna y también de la geometría analítica, origen de gran parte de las matemáticas modernas. Pero también era cristiano, y sus ideas sobre los animales surgieron de la combinación de estos dos aspectos de su pensamiento.

Bajo la influencia de la nueva y excitante ciencia de la mecánica, Descartes sostuvo que todo lo que consistía en materia estaba gobernado por principios mecanicistas, como los que rigen el reloj. Un problema obvio, desde esta óptica, lo constituía la naturaleza del hombre. El cuerpo humano se compone de materia, y es parte del universo físico. En consecuencia, parecería que los seres humanos también tienen que ser máquinas cuyo comportamiento venga determinado por las leyes de la ciencia.

Descartes consiguió eludir la insostenible y herética postura de que el hombre es una máquina mediante la idea del alma. En el universo, decía, existen no uno, sino dos tipos de cosas: las del espíritu o alma y aquellas cuya naturaleza es física o material. Los seres humanos son conscientes y la consciencia no puede originarse en la materia. Descartes identificó la consciencia con el alma inmortal, que sobrevive a la descomposición del cuerpo físico, y afirmó que el alma había sido creada especialmente por Dios. De todos los seres materiales, decía Descartes, solo los humanos tienen alma. (Los ángeles y otros seres inmatrimales tienen consciencia y nada más).

Así pues, en la filosofía de Descartes la doctrina cristiana de que los animales carecen de alma inmortal tiene la extraordinaria consecuencia de que también carezcan de consciencia. Son, decía, simples máquinas, autómatas. No experimentan placer ni dolor, ni ninguna otra cosa. Aunque chillen cuando se les corta con un cuchillo o se retuerzan al intentar escapar del contacto con un hierro caliente, esto no significa, según Descartes, que sientan dolor en estas situaciones. Se rigen por los mismos principios que un reloj, y si sus acciones son más complejas que las del reloj, se debe a que este es una máquina hecha por el hombre, en tanto que los animales son máquinas infinitamente más complejas, hechas por Dios[364].

Esta «solución» al problema de situar la consciencia en un mundo materialista nos parece paradójica, como se lo pareció a muchos de los contemporáneos de Descartes, pero en aquella época también se pensó que gozaba de importantes ventajas. Proporcionaba una razón para creer en una vida después de la muerte, algo que Descartes consideró «de gran importancia», ya que «la idea de que las almas de los animales son de la misma naturaleza que las nuestras propias y de que no tenemos nada que temer o que esperar después de esta vida diferente a lo que les espera a las moscas y a las hormigas» era un error que tendía a provocar una conducta inmoral. Eliminaba también el antiguo y vejatorio enigma teológico de por qué un Dios justo permitiría que los animales —que ni heredaron el pecado de Adán ni gozaban de la recompensa de una vida venidera— sufrieran[365].

Descartes también era consciente de otras ventajas prácticas:

Mi opinión no es cruel con los animales, sino indulgente con los hombres —al menos con aquellos que no se entregan a las supersticiones de Pitágoras—, puesto que les absuelve de la sospecha de crimen cuando comen o matan animales[366].

Para el Descartes científico, la doctrina aún tenía otra consecuencia afortunada. Fue en esta época cuando la práctica de experimentar con animales vivos se extendió por Europa. Puesto que en aquel entonces no había anestésicos, estos experimentos debieron de obligar a los animales a comportarse de tal forma que no dejara lugar a dudas de que estaban sufriendo un gran dolor. La teoría de Descartes permitía que el experimentador se librara de cualquier escrúpulo que pudiese albergar bajo estas circunstancias. El mismo Descartes diseccionaba animales vivos para mejorar sus conocimientos de anatomía, y muchos de los prominentes fisiólogos del periodo se declaraban cartesianos y mecanicistas. La siguiente narración presencial de algunos de los experimentadores que trabajaban en el seminario jansenista de Port Royal a finales del siglo XVII deja clara la conveniencia de la teoría de Descartes:

Administraban palizas a perros con total indiferencia y se mofaban de los que se apiadaban de las criaturas como si sintieran dolor. Decían que los animales eran relojes; que los chillidos que emitían cuando se les golpeaba solo eran ruidos de un muelle que habían tocado, pero que el cuerpo entero carecía de sensibilidad. Clavaban a los pobres animales en maderos por las cuatro patas para practicar la vivisección y ver la circulación de la sangre, que era un gran tema de conversación[367].

Desde este punto de partida, era realmente cierto que la situación de los animales solo podía mejorar.

#### DESDE LA ILUSTRACIÓN HASTA NUESTROS DÍAS

La nueva moda de experimentar con animales puede haber sido parcialmente responsable del cambio operado en las actitudes hacia ellos, dado que los experimentos revelaron una notable similitud entre la fisiología de los seres humanos y la de otros animales. En un sentido estricto, esto no era inconsistente con lo que había dicho Descartes, pero sí restaba plausibilidad a sus opiniones. Voltaire lo expresó correctamente:

Hay salvajes que se apoderan de este perro, que tan sobradamente supera al hombre en fidelidad y amistad, lo clavan a una mesa y lo despedazan vivo para mostrar sus venas mesentéricas. Se descubren en él *los mismos órganos sensoriales que en uno mismo*. Contéstame, mecanicista, ¿es que la naturaleza ha dispuesto todos los resortes sensoriales en este animal *con el fin de que no sienta?* [368].

Aunque no se produjo ningún cambio radical, diversas influencias confluieron para mejorar las actitudes hacia los animales. Se llegó a reconocer paulatinamente que los

otros animales sufren y que son merecedores de una cierta consideración. No se pensó que tuvieran ningún derecho, y sus intereses se supeditaron a los de los humanos; no obstante, el filósofo escocés David Hume expresaba un sentimiento bastante generalizado cuando decía que estamos «obligados por las leyes de la humanidad a dar un tratamiento benigno a estas criaturas»[369].

La expresión «tratamiento benigno» resume de manera adecuada la actitud que comenzó a germinar en este periodo: teníamos derecho a utilizar a los animales, pero con gentileza. La tendencia de la época fue de un mayor refinamiento y civilidad, más benevolencia y menos brutalidad, y los animales, al igual que los humanos, se beneficiaron de ello.

El siglo XVIII fue también el periodo en que el hombre redescubrió la «naturaleza»: el buen salvaje de Jean-Jacques Rousseau, que vagaba desnudo por los bosques recogiendo frutos a su paso, culminaba su idealización. Al vernos a nosotros mismos como parte de la naturaleza, recuperábamos un sentimiento de parentesco con «las bestias»; no obstante, este parentesco no era en ningún sentido igualitario. A lo sumo, se contemplaba al hombre en el papel de padre benevolente de la familia de los animales.

Las ideas religiosas acerca de la condición especial de los seres humanos no desaparecieron, sino que se entremezclaron con la nueva actitud más benevolente. Alejandro Pope, por ejemplo, se opuso a la práctica de rajar a perros completamente conscientes con el argumento de que, aunque «la creación inferior» había sido «sometida a nuestro poder», nosotros tenemos que responder de nuestro «mal gobierno»[370].

Finalmente, y sobre todo en Francia, el aumento de los sentimientos anticlericales fue favorable al estatus de los animales. Voltaire, quien se deleitaba en combatir dogmas de todo tipo, comparó desfavorablemente las costumbres cristianas con las hindúes. Llegó más lejos que sus contemporáneos ingleses, defensores de un tratamiento bondadoso, cuando se refirió a la «bárbara costumbre de mantenernos con carne y sangre de seres como nosotros», aunque, aparentemente, él siguió practicando esta costumbre[371]. También Rousseau parece haber reconocido la fuerza de la argumentación en favor del vegetarianismo sin llegar a practicarlo personalmente; su tratado sobre educación, *Emilio*, contiene un pasaje de Plutarco largo y en su mayor parte irrelevante que ataca el uso de los animales para obtener alimento, aduciendo que es un asesinato antinatural, innecesario y cruento[372].

La Ilustración no afectó de igual manera a todos los pensadores en lo referente a los animales. Immanuel Kant, en sus conferencias sobre ética, aún decía a sus estudiantes:

En lo que respecta a los animales, no tenemos deberes directos para con ellos. No son conscientes de sí mismos, y están ahí meramente como un medio para un fin. Ese fin es el hombre[373].

Pero en el mismo año en que Kant daba estas lecciones (1780), Jeremy Bentham completaba su *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, y en un pasaje de esta obra, que ya he citado en el primer capítulo de este libro, respondía de modo definitivo a Kant: «La pregunta no es ¿pueden razonar?, ni tampoco ¿pueden hablar?, sino ¿pueden sufrir?». Al comparar la situación de los animales con la de los esclavos negros, y anticipar el día «en que el resto de la creación animal pueda adquirir esos derechos que nunca se podrían haber negado de no ser por la acción de la tiranía», Bentham fue quizá el primero en denunciar el «dominio del hombre» como tiranía en lugar de considerarlo un gobierno legítimo.

El progreso intelectual alcanzado durante el siglo XVIII tuvo como consecuencia en el XIX algunas mejoras prácticas en las condiciones de los animales, en forma de leyes que prohibían la crueldad innecesaria con ellos. Gran Bretaña fue el país donde se libraron las primeras batallas para conseguir derechos legales para los animales, y la reacción inicial del Parlamento británico indica que las ideas de Bentham habían tenido poco impacto en sus compatriotas.

La primera propuesta de ley para impedir el abuso de los animales se concretó en un proyecto para prohibir el «deporte» de la lidia de toros con perros. Se introdujo en la Cámara de los Comunes en 1800. George Canning, ministro de Asuntos Exteriores, la consideró «absurda» y preguntó retóricamente: «¿Qué podría ser más inocente que las peleas de toros con perros, el boxeo o el baile?». Puesto que no se hizo ningún intento de prohibir el boxeo ni el baile, parece que este astuto hombre de Estado no había comprendido la intención del proyecto de ley al que se estaba oponiendo —creyó que se trataba de un intento para dejar en la ilegalidad las concentraciones «del populacho» que pudieran terminar en actos de conducta inmoral—[374]. Este error fue posible porque Canning partía de una presuposición: que la conducta que perjudica solamente a un animal no puede en ningún caso ser objeto de legislación —una presuposición compartida

por *The Times*, que publicó un editorial defendiendo que «todo aquello que se inmiscuya en la disposición personal privada del tiempo o la propiedad del hombre es tiranía. Hasta que otra persona no salga perjudicada no existe ocasión para que se interponga el poder». El proyecto de ley fue rechazado.

En 1821 Richard Martin, terrateniente irlandés y miembro del Parlamento por Galway, presentó una propuesta de ley para impedir los malos tratos a los caballos. El párrafo que exponemos a continuación nos da el tono del debate resultante:

Cuando Alderman C. Smith sugirió que se debería proteger a los asnos, se produjeron tales estallidos de risa que el enviado de *The Times* apenas pudo oír lo que se decía. Cuando el presidente repitió esta propuesta, las risas se intensificaron. Otro miembro dijo que Martin pronto empezaría a legislar para perros, lo que originó un nuevo estallido de júbilo, y un grito de «¡Y gatos!» provocó convulsiones en toda la Cámara[375].

También esta propuesta fue rechazada, pero, al año siguiente, Martin triunfó con otra por la que se convertía en infracción el maltratar «innecesariamente» a ciertos animales domésticos «propiedad de cualquier otra persona o personas». Por vez primera, la crueldad con los animales era objeto de una infracción punible. A pesar del regocijo del año anterior, los asnos fueron incluidos; los perros y los gatos, sin embargo, quedaron todavía al otro lado del muro. Un hecho muy significativo es que Martin tuviera que utilizar el argumento de la propiedad privada en su propuesta de ley, de modo que pareciera una medida para proteger los artículos de las personas, en beneficio del propietario y no de los animales en sí[376].

La propuesta era ahora ley, pero aún había que obligar a cumplirla. Puesto que las víctimas no podían querellarse, Martin y otros conocidos altruistas constituyeron una sociedad para reunir pruebas y presentar denuncias. Así comenzó la primera organización protectora de animales, que, posteriormente, se convirtió en la Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals.

Pocos años después de haberse introducido esta primera y modesta prohibición legal de malos tratos a los animales, Charles Darwin escribía en su diario: «El hombre en su arrogancia se cree una gran obra, merecedor de la mediación de una deidad. Más humilde, y yo pienso más cierto, es considerar que fue creado a partir de los animales»[377]. Tuvieron que pasar otros veinte años antes de que Darwin, en 1859, considerara que había acumulado suficientes datos en favor de su teoría para hacerla pública. Incluso entonces, en *El origen de las especies*, Darwin evitó cuidadosamente discutir hasta qué punto su teoría de la evolución de una especie en otra se podía aplicar a los humanos, asegurando solo que el trabajo arrojaría luz sobre «el origen del hombre y su historia». De hecho, Darwin contaba ya con suficiente material para apoyar la teoría de que el hombre procedía de otros animales, pero consideró que publicarla «solo contribuiría a aumentar los prejuicios contra mi punto de vista»[378]. En 1871, cuando muchos científicos habían aceptado ya la teoría general de la evolución, Darwin accedió a publicar *El origen del hombre*, haciendo así explícito lo que se traslucía ocultamente en una sola frase de su obra anterior.

De esta forma comenzó una revolución en el conocimiento de la relación entre los animales humanos y no humanos... ¿o quizá no? Habría sido de esperar que el cataclismo intelectual originado por la publicación de la teoría de la evolución hubiera tenido como consecuencia una notable diferencia en las actitudes humanas con los animales. Una vez fuera obvio el peso de los datos científicos en favor de la teoría, habría que rechazar prácticamente todas las justificaciones anteriores de la supremacía del hombre en la creación y de su dominio sobre los animales. Desde un punto de vista intelectual, la revolución darwiniana fue verdaderamente revolucionaria. Los seres humanos sabían ahora que no eran la creación especial de Dios, hechos a su imagen y semejanza y de una condición distinta a los animales; por el contrario, los seres humanos se dieron cuenta de que ellos mismos eran animales. Además, en apoyo a su teoría de la evolución, Darwin señaló que las diferencias entre los seres humanos y los animales no son tan grandes como generalmente se había supuesto. El capítulo tercero de *El origen del hombre* está dedicado a una comparación entre las capacidades mentales del hombre y las de los «animales inferiores», y Darwin resume los resultados de esta comparación de la siguiente forma:

Hemos visto que los sentidos y las intuiciones, las diversas emociones y facultades, tales como el amor, la memoria, la atención y la curiosidad, la imitación, la razón, etcétera, de las que presume el hombre, pueden encontrarse en una condición incipiente, e incluso a veces bien desarrolladas, en los animales inferiores[379].

El cuarto capítulo de la misma obra llega aún más lejos, afirmando que también el sentido moral del hombre puede remontarse a los instintos sociales de los animales, que les llevan a encontrar placer en la compañía mutua, a sentir afinidad mutua y a realizar servicios de mutua asistencia. Y en una obra posterior, *Expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, Darwin proporcionó más pruebas de que existen extensos paralelismos entre la vida emocional de los seres humanos y la de los otros animales.

La ola de resistencia con que se enfrentó la teoría de la evolución y de la procedencia animal del hombre —demasiado conocida como para volver a contarla aquí— indica en qué medida las ideas especistas habían llegado a dominar el pensamiento occidental. La idea de que el hombre es el producto de un acto de creación especial, y de que los otros animales fueron creados para servirle, no iba a abandonarse sin resistencia. No obstante, las pruebas científicas en favor de un origen común para la especie humana y las otras especies eran abrumadoras.

Al aceptarse finalmente la teoría de Darwin, se logró una percepción moderna de la naturaleza que desde entonces solo se ha modificado en cuestiones de detalle, pero no en lo fundamental. Solo quienes prefieren la fe religiosa a las creencias basadas en el razonamiento y las evidencias pueden seguir sosteniendo que la especie humana es la criatura favorita del universo entero o que los otros animales fueron creados para proporcionarnos alimento, o que tenemos autoridad divina sobre ellos y por permiso divino para matarlos.

Si añadimos esta revolución intelectual al auge de los sentimientos humanitarios que la habían precedido, podríamos pensar que a partir de entonces todo iba a marchar bien. No obstante, como espero que los capítulos anteriores hayan dejado claro, la «mano de la tiranía» humana sigue presionando a las demás especies y es probable que inflijamos más dolor a los animales hoy en día que en cualquier otra época de la historia. ¿Qué fue lo que falló?

Si observamos lo que escribieron sobre los animales los pensadores relativamente avanzados de la época en que se empezaba a aceptar el derecho de los animales a cierto grado de consideración, hacia finales del siglo XVIII, podemos constatar un hecho interesante. Con rarísimas excepciones, estos escritores se detienen, incluso los mejores, en el punto en que sus argumentos les llevarían a afrontar una elección entre la ruptura con la arraigada costumbre de comer carne de otros animales o la admisión por su parte de que no viven de acuerdo a las conclusiones de sus propios argumentos morales. La secuencia se repite frecuentemente. Al leer los textos escritos a partir de finales del siglo XVIII, nos encontramos a menudo con pasajes donde el autor critica tan duramente la injusticia de nuestro tratamiento a los otros animales que resulta imposible no pensar que allí, por fin, tenemos a alguien que se ha liberado completamente de las ideas especistas —y, por tanto, también de la actividad especista más difundida, la de comerse a otros animales—. Sin embargo, a excepción de uno o dos casos notables (Lewis Gompertz y Henry Salt, en el siglo XIX)[\[380\]](#), el resultado es decepcionante. De pronto, se introduce una salvedad o alguna nueva consideración que permite al autor ahorrarse los escrúpulos respecto a su régimen alimenticio, que sin duda habría de sentir al hilo de su propio razonamiento. Cuando llegue a escribirse la historia del Movimiento de Liberación Animal, la era que empezó con Bentham será conocida como la era de las excusas.

La naturaleza de estas excusas es diversa y en algunos casos exhiben cierta ingenuidad. Merece la pena examinar algunas de las variedades principales, ya que todavía siguen vigentes.

Primero, y no debería sorprendernos, está la «excusa divina», que puede ilustrarse con el siguiente párrafo del libro *Principios de filosofía moral*, de William Paley (1785). Al establecer los «derechos generales de la humanidad», Paley pregunta si tenemos derecho a la carne de los animales:

Parece necesario ofrecer alguna excusa por el dolor y los daños que ocasionamos a los animales, restringiéndoles la libertad, mutilándoles los cuerpos y, por último, poniendo fin a su vida (que suponemos es su única existencia) para nuestro placer o conveniencia.

[Se ha] alegado en justificación de esta práctica [...] que el hecho de que las diferentes especies de seres irracionales se hayan creado para ser predatoras unas de otras proporciona un tipo de analogía para probar que la especie humana estuvo desde un principio destinada a alimentarse de las demás especies [...], [pero] esta analogía es extremadamente imperfecta, ya que las criaturas irracionales no tienen capacidad para mantenerse por otros medios, y nosotros sí; porque la especie humana en su totalidad podría subsistir alimentándose exclusivamente de frutos, legumbres, hierbas y raíces, como hacen de hecho muchas tribus de hindúes [...].

Me parece que sería difícil defender este derecho con cualquiera de los argumentos que nos proporciona la luz y el orden de la naturaleza; y que para ello estamos sujetos al permiso otorgado en las Escrituras, *Génesis IX*, 1, 2, 3[\[381\]](#).

Paley es solo uno de los muchos que han apelado a la revelación cuando se han visto incapaces de justificar racionalmente una alimentación consistente en otros animales. Henry Salt, en su autobiografía *Setenta años entre salvajes* (un relato de su vida en Inglaterra), recoge una conversación que tuvo siendo preceptor del Eton College. Se había vuelto vegetariano poco antes y era la primera vez que discutía el tema con un colega suyo, un distinguido profesor de ciencias. Esperaba con cierta inquietud el veredicto de la mente científica sobre sus nuevas creencias; cuando llegó, fue el siguiente: «Pero ¿no crees que los animales nos fueron *enviados* para que nos alimentáramos?»[382].

Otro escritor, Lord Chesterfield, apeló a la naturaleza en lugar de a Dios:

Mis escrúpulos seguían sin conciliación posible frente a comida tan espantosa, hasta que después de reflexionar seriamente llegué a convencerme de su legitimidad por el orden general de la naturaleza, que ha instituido universalmente el devorar al más débil como uno de sus primeros principios[383].

No se sabe si Lord Chesterfield creía que esto justificaba el canibalismo.

Benjamin Franklin utilizó el mismo argumento —cuya flaqueza fue señalada por Paley— para justificar su retorno a una alimentación carnívora después de haber sido vegetariano durante algunos años. En su *Autobiografía* cuenta que, mientras veía cómo pescaban unos amigos, se dio cuenta de que algunos de los peces que habían pescado se habían comido a otros peces. Este hecho le hizo concluir lo siguiente: «Si os coméis los unos a los otros, no veo por qué no podemos comerlos». Sin embargo, al menos Franklin fue más sincero que otros que utilizan este argumento, ya que admitía haber llegado a esta conclusión una vez que el pescado estaba en la sartén y había empezado a oler «admirablemente bien»; y añadía que una de las ventajas de ser una «criatura razonable» es que se pueden encontrar razones para todo lo que uno quiere hacer[384].

También es posible para un pensador profundo evitar enfrentarse al problemático tema de la alimentación, considerándolo como algo demasiado complejo para ser comprendido por la mente humana. Como escribía el doctor Thomas Arnold of Rugby: «Todo el tema de la creación animal es para mí tan dolorosamente misterioso que no me atrevo a abordarlo»[385].

El historiador francés Michelet compartía esta actitud; al ser francés, la expresaba de un modo menos prosaico:

¡Vida animal, misterio sombrío! Inmenso mundo de pensamientos y callados sufrimientos. Toda la naturaleza protesta contra el barbarismo del hombre, que aprisiona, que humilla, que tortura a sus hermanos inferiores [...]. ¡Vida, muerte! El asesinato diario que supone alimentarse de animales —dificiles y amargos problemas colocados tozudamente ante mi mente—. Contradicción miserable. Esperemos que haya otra esfera donde las infames y crueles fatalidades de esta nos sean dispensadas[386].

Michelet parece haber creído que no podemos vivir sin matar; de ser así, su angustia ante esta «contradicción miserable» tiene que haber estado en proporción inversa a la cantidad de tiempo que dedicó a examinarla.

Otro que aceptó el cómodo error de que debemos matar para vivir fue Arthur Schopenhauer. Schopenhauer influyó en la introducción de ideas orientales en Occidente y en varios pasajes contrastó las actitudes «repugnantemente brutales» hacia los animales prevalecientes en la filosofía y la religión occidentales con las de los budistas y los hindúes. Su prosa es incisiva e insolente, y aún hoy se pueden aplicar muchas de sus agudas críticas a las actitudes occidentales. Tras un pasaje especialmente hiriente, sin embargo, Schopenhauer aborda por encima la cuestión de matar a otros seres para alimentarnos. Le resulta muy difícil negar que los humanos pueden vivir sin matar —sabe demasiado sobre los hindúes para eso—, pero afirma que «sin alimento animal la raza humana no podría ni tan siquiera existir *en el norte*». No nos da ningún argumento para esta distinción geográfica, aunque sí añade que debería facilitarse «aún más» la muerte del animal administrándole cloroformo[387].

Incluso Bentham, que tan claramente afirmó la necesidad de extender los derechos a los no humanos, retrocedió en este punto:

Hay muy buenas razones por las que nada debiera impedirnos comer tantos animales como se nos antoje; nosotros nos sentimos mejor por ello, y ellos no se sienten peor. Carecen de esas prolongadas anticipaciones de las desgracias futuras que tenemos nosotros. La muerte que sufren a nuestras manos generalmente es, y puede serlo siempre, más rápida y, por lo tanto, menos dolorosa que la que les esperaría en el curso inevitable de la naturaleza.

No podemos evitar la sensación de que, en estos pasajes, la argumentación de Schopenhauer y Bentham no alcanza la calidad habitual. Aparte de la cuestión de la moralidad de matar sin dolor, ninguno de los dos tiene en cuenta el sufrimiento que necesariamente implican la cría y la muerte de animales cuando se realizan con fines comerciales. Al margen de cuáles puedan ser las posibilidades puramente teóricas de matar sin dolor, la muerte masiva de los animales para procurarnos alimento es, y ha sido siempre, dolorosa. Cuando Schopenhauer y Bentham escribían, las condiciones eran aún mucho más horribles de lo que lo son hoy. Se obligaba a los animales a caminar grandes distancias hasta el matadero, conducidos por pastores cuya única preocupación era realizar el viaje lo más deprisa posible; una vez allí, podían pasar dos o tres días sin alimento y, quizá, sin agua; después, se les mataba con métodos brutales, sin ninguna forma de aturdimiento previo[388]. A pesar de lo que dice Bentham, sí tenían algún tipo de anticipación de lo que se les avecinaba, al menos desde el momento en que entraban en el matadero y olían la sangre de sus semejantes. Bentham y Schopenhauer no hubieran aprobado estos procedimientos, por supuesto; no obstante, continuaron apoyando el proceso al consumir los productos derivados y justificar la práctica generalizada de la que formaba parte. En este sentido, Paley parece haber tenido una concepción más adecuada de lo que lleva implícito comer carne. Podía enfrentarse con los hechos porque le protegía la autorización divina; Schopenhauer y Bentham no podían hacer uso de esa excusa y, en consecuencia, tuvieron que alejar su mirada de la desagradable realidad. En cuanto al propio Darwin, también mantuvo las actitudes morales hacia los animales de las generaciones anteriores, aun habiendo sido él quien demolió los fundamentos intelectuales de esas mismas actitudes. Continuó comiendo la carne de esos seres que, según había dicho, eran capaces de sentir amor, y tenían memoria, curiosidad, razón y mutuo afecto; y rehusó firmar una petición en la que se solicitaba a la RSPCA que presionara urgentemente para obtener un control legislativo de los experimentos con animales[389]. Sus seguidores se esforzaron en señalar que, aunque el hombre era parte de la naturaleza y descendía de los animales, esto no significaba que su posición se hubiese alterado en modo alguno. En respuesta a la acusación de que las ideas de Darwin socavaban profundamente la dignidad del hombre, T. H. Huxley, su mayor paladín, dijo:

Nadie está más firmemente convencido que yo de que existe un enorme abismo entre el hombre civilizado y las bestias; nuestra reverencia por la nobleza del género humano no disminuirá por el conocimiento de que el hombre es, en esencia y en estructura, lo mismo que las bestias[390].

Huxley es un verdadero representante de las actitudes modernas: perfectamente conocedor de que las viejas razones para suponer que hubiera un enorme abismo entre el «hombre» y la «bestia» ya no se sostienen, sigue creyendo, sin embargo, en la existencia de tal abismo.

Aquí vemos con mayor claridad el carácter ideológico de nuestras justificaciones acerca del uso que hacemos de los animales. La característica distintiva de una ideología es que se resiste a ser refutada. Si se socavan los fundamentos de una postura ideológica, se encontrarán unos nuevos o, de lo contrario, la ideología quedará suspendida, desafiando el equivalente lógico de las leyes de gravedad. Por lo que se refiere a la actitud hacia los animales, parece haber sucedido lo segundo. Si bien la perspectiva moderna del lugar que ocupa el hombre en el mundo difiere en gran manera de todas las anteriores que hemos analizado, no ocurre lo mismo con la cuestión práctica de cómo actuamos con otros animales. Aunque los animales ya no quedan completamente excluidos del ámbito moral, todavía están en una sección especial, próxima a su límite externo. Solo se permite tener en cuenta sus intereses cuando no entran en conflicto con los intereses humanos. Si hay un conflicto —incluso entre el sufrimiento vital de un animal no humano y la preferencia gastronómica de un ser humano—, se desatienden los intereses del no humano. Las actitudes morales del pasado están demasiado enraizadas en nuestro pensamiento y nuestras costumbres como para tambalearse por un simple cambio en el conocimiento de los animales humanos y no humanos.

## 6. EL ESPECISMO HOY...

### **defensas, racionalizaciones y objeciones a la liberación animal, y los progresos logrados para superarlas**

Hemos visto cómo, violando el principio moral fundamental de idéntica consideración de los intereses que debería regir nuestras relaciones con los demás seres, los humanos hacen sufrir a los no humanos por motivos triviales; y también hemos visto cómo, generación tras generación, los pensadores occidentales han procurado defender el derecho de los humanos a hacerlo. En este capítulo final examinaré algunas de las formas en que se mantienen y promocionan hoy las prácticas especistas y los diversos argumentos y excusas que siguen esgrimiéndose en defensa de la esclavitud animal. Algunas de estas defensas han sido utilizadas para atacar la posición tomada en este libro y, por tanto, este capítulo nos brinda la oportunidad de responder a algunas de las objeciones más frecuentes contra la causa de la liberación animal; pero también está concebido como una prolongación del anterior, revelando la existencia continuada de una ideología cuya historia habíamos trazado hasta sus orígenes en la Biblia y en los antiguos griegos. Es importante exponer y criticar esta ideología, porque aunque la posición contemporánea ante los animales es lo bastante benévola como para permitir —sobre unas bases muy selectivas— que se produzcan ciertas mejoras en sus condiciones sin que esto suponga una amenaza a las actitudes básicas hacia ellos, estas mejoras siempre correrán el peligro de erosionarse a menos que lleguemos a modificar la postura fundamental que sanciona la explotación despiadada de los no humanos para fines humanos. Solo mediante una ruptura radical con 2.000 años de pensamiento occidental sobre los animales lograremos construir una base sólida para abolir esta explotación.

Nuestras actitudes hacia los animales comienzan a tomar cuerpo cuando somos muy pequeños y están condicionadas por el hecho de que empezamos a comer carne a una edad temprana. Resulta interesante que al principio muchos niños se nieguen a comer carne y que solo se acostumbren a ello después de los denodados esfuerzos de sus padres, quienes creen, equivocadamente, que es necesario para gozar de una buena salud. Cualquiera que sea la reacción inicial del niño, sin embargo, lo que hay que destacar es que comemos carne animal antes de estar capacitados para entender que lo que comemos es el cadáver de un animal. Así pues, nunca tomamos una decisión consciente reflexiva, libre de la parcialidad que acompaña a todo hábito establecido y reforzado por las presiones del conformismo social, de comer carne animal. A la vez, los niños sienten un amor natural por los animales, y nuestra sociedad les fomenta el afecto por animales como los perros y los gatos y por los simpáticos animales de peluche. De estos hechos surge la característica más distintiva de las actitudes de los niños ante los animales en nuestra sociedad, esto es, que no hay una actitud unificada sino dos en conflicto, que coexisten en el mismo individuo cuidadosamente separadas, de forma que la contradicción inherente entre ellas apenas causa problemas.

No hace tanto tiempo que se formaba a los niños con cuentos de hadas donde los animales, especialmente los lobos, eran representados como astutos enemigos del hombre. Un típico final feliz consistía en que el lobo se ahogara en un estanque, arrastrado por las piedras que el ingenioso héroe había conseguido introducir en la barriga del animal mientras dormía. Y en el caso de que los niños no comprendieran las implicaciones de estos cuentos, podían jugar tomados de las manos y cantar una tonada de este tipo:

Tres ratones ciegos. Mira cómo corren.  
Corrieron todos tras la mujer del granjero  
que les cortó los rabos con un cuchillo de trinchar.  
¿Viste en tu vida algo similar  
a tres ratones ciegos?

Para los niños que alimentaban su imaginación con estos cuentos y tonadas no había

ninguna inconsistencia entre lo que se les enseñaba y lo que comían. Sin embargo, hoy en día estos cuentos han pasado de moda y, por lo que respecta a las actitudes de los niños con los animales, todo aparenta dulzura y facilidad. De ahí que haya surgido un problema: ¿qué pasa con los animales que nos comemos?

Una respuesta es la simple evasión. El afecto del niño por los animales se dirige hacia aquellos que no se comen: perros, gatos y demás animales de compañía, ya que son estos los que un niño urbano tendrá más probabilidades de ver. Los graciosos peluches suelen ser osos o leones, más que cerdos y vacas. Sin embargo, cuando se menciona a los animales de granja en los libros de ilustraciones o en los cuentos y en los programas de televisión infantiles, la evasión puede convertirse en un intento deliberado de engañar al niño sobre la naturaleza de las granjas modernas y, por tanto, de ocultarle la realidad que analizamos en el capítulo 3. Un ejemplo de esto es el conocido libro *Farm Animals*, de Hallmark, que presenta al niño imágenes de gallinas, pavos, vacas y cerdos, todos ellos rodeados de sus crías, sin una sola jaula, corral o establo a la vista. El texto nos dice que los cerdos «disfrutaban de una buena comida, después se revuelcan por el barro y lanzan un gruñido», mientras que «las vacas no tienen nada que hacer excepto mover el rabo, comer hierba y mugir»[391]. Los libros británicos, como *The Farm*, publicado en la popular serie Ladybird, dan la misma impresión de simplicidad rural, con la gallina deambulando por el corral con sus polluelos y todos los demás animales instalados en lugares espaciosos con sus crías[392]. No es de sorprender que con esta clase de lecturas infantiles los niños crezcan creyendo que, incluso si los animales «tienen que» morir para proporcionar alimento a los seres humanos, viven felizmente hasta que les llega la hora.

Reconociendo la importancia de las actitudes que nos formamos siendo muy jóvenes, el movimiento feminista ha logrado crear una nueva literatura infantil, en la que valientes princesas rescatan a veces a príncipes indefensos y las muchachas desempeñan los papeles centrales y activos que antes se reservaban a los muchachos. Cambiar la temática de los cuentos sobre animales que leemos a nuestros hijos no será tan fácil, puesto que la crueldad no es un tema ideal para cuentos infantiles. No obstante, debería ser posible evitar los detalles más espantosos y, además, dar a los niños libros de ilustraciones y cuentos que fomentaran el respeto por los animales como seres independientes y no como pequeños y graciosos objetos que existen para nuestra diversión y nuestra mesa; así, a medida que los niños van creciendo se les puede ir creando conciencia de que la mayoría de los animales vive en condiciones que no son muy agradables. La dificultad estribará en que los padres no vegetarianos se mostrarán reacios a dejar que sus hijos se enteren de toda la verdad, por miedo a que el afecto del niño por los animales pueda trastornar las comidas familiares. Incluso ahora, oímos con cierta frecuencia que, al enterarse de que se mata a los animales para obtener alimento, el hijo de algún amigo se niega a comer carne. Desafortunadamente, es probable que esta rebelión instintiva encuentre una gran resistencia en los padres no vegetarianos y que la mayor parte de los niños sean incapaces de mantener su negativa ante la oposición de sus progenitores, que son los que les proporcionan las comidas y que les dicen que no se harán grandes ni fuertes sin carne. Esperemos que, al extenderse el conocimiento sobre la nutrición, más padres se den cuenta de que en esta materia sus hijos quizá sean más sensatos que ellos[393]. Una muestra que nos indica lo alejada que está hoy la gente de los animales que come es que los niños educados con cuentos que les llevan a creer que una granja es un lugar donde los animales viven libremente en condiciones idílicas podrían perfectamente vivir el resto de su vida sin verse obligados nunca a modificar esta imagen de color de rosa. No hay granjas en las ciudades ni en sus alrededores, y si al darnos un paseo por el campo vemos muchos corrales y relativamente pocos animales en los campos, ¿cuántos de nosotros somos capaces de distinguir entre un granero y una nave de pollos de engorde?

Los medios de comunicación tampoco educan al público en este tema. La televisión norteamericana emite, casi cada noche de la semana, programas de animales que viven en estado natural y salvaje (o supuestamente salvaje; a veces, han sido capturados y soltados en un espacio reducido para facilitar la filmación); pero los documentales sobre explotación intensiva se limitan a breves miradas superficiales, como parte de los escasos programas «especiales» sobre agricultura o producción alimentaria. El televidente medio tiene que saber más acerca de las vidas de los leopardos indios y los tiburones que sobre los pollos o las terneras. El resultado es que la mayor parte de la «información» sobre explotaciones ganaderas que se obtiene por la televisión es en forma de publicidad pagada, que oscila entre ridículas caricaturas de cerdos que quieren ser convertidos en salchichas o atunes que intentan envasarse a sí mismos y simples mentiras sobre las condiciones en que se cría a los pollos de engorde. Los periódicos no lo hacen mejor. Las páginas dedicadas a los animales no humanos están dominadas por sucesos de «interés

humano», como el nacimiento de un gorila en el zoológico, o por las amenazas a una especie en peligro; pero el desarrollo de las técnicas agropecuarias que privan de libertad de movimiento a millones de animales nunca sale a la luz.

Antes de los recientes éxitos del Movimiento de Liberación Animal al acusar a uno o dos laboratorios conocidos, lo que sucedía en los laboratorios no se conocía mejor que lo que sucede en las granjas. El público, por supuesto, no tiene acceso a los laboratorios. Aunque los investigadores publican sus informes en revistas profesionales, las noticias de experimentos solo se filtran a la opinión pública cuando se puede decir que han descubierto algo de extraordinaria importancia. De este modo, y hasta que el Movimiento de Liberación Animal logró atraer la atención de los medios de comunicación nacionales, la ciudadanía nunca supo que la mayoría de los experimentos realizados con animales jamás llega a publicarse y que, en cualquier caso, casi todos los publicados son triviales. Puesto que, como vimos en el capítulo 2, nadie sabe exactamente cuántos experimentos se realizan con animales en Estados Unidos, no es de sorprender que un ciudadano no tenga la más remota idea de la extensión de la experimentación animal. Los edificios dedicados a investigación se suelen diseñar de tal forma que el público no pueda ver a los animales vivos que entran y a los muertos que salen. (Un libro de texto estándar sobre el uso de animales en la experimentación aconseja a los laboratorios que instalen un incinerador, ya que el panorama de docenas de cadáveres de animales desechados de modo rutinario «sin duda no va a aumentar la estima del público por la facultad o centro de investigación»)  
[\[394\]](#).

Así pues, la ignorancia es la primera línea de defensa del especista, aunque cualquiera puede superarla fácilmente si dispone de tiempo y está decidido a enterarse de la verdad. La ignorancia ha durado tanto solo porque la gente no quiere enterarse de la verdad. «No me lo digas, me estropearás la comida», es la respuesta habitual ante un intento de decirle a alguien simplemente la manera en que fue producida aquella comida. Incluso quienes son conscientes de que la granja familiar tradicional ha sido absorbida por los intereses de las grandes empresas, y de que en los laboratorios se están llevando a cabo ciertos experimentos cuestionables, se aferran a la vaga creencia de que las condiciones no pueden ser excesivamente malas, puesto que, en tal caso, el Gobierno o las sociedades protectoras de animales habrían hecho algo al respecto. Hace algunos años, el doctor Bernhard Grzimek, director del zoológico de Fráncfort y uno de los más decididos enemigos de las explotaciones intensivas en Alemania Occidental, comparó la ignorancia actual de los alemanes respecto a estas explotaciones con la de una generación anterior respecto a otra forma de atrocidad que también estaba oculta para la mayoría de la población[\[395\]](#); y en ambos casos, sin duda, la falta de conocimiento no es resultado tanto de la incapacidad para enterarse de lo que sucede como del deseo de no conocer unos hechos que pueden pesar en la conciencia, deseo reforzado, por supuesto, por el reconfortante pensamiento de que, después de todo, las víctimas de lo que esté sucediendo en esos lugares no son miembros de nuestro propio grupo.

La idea de que podemos confiar en las sociedades protectoras de animales para que no se les trate cruelmente es bastante tranquilizadora. Hoy en día, la mayoría de los países tiene al menos una sociedad de protección animal grande y bien establecida: en Estados Unidos están la American Society for the Prevention of Cruelty to Animals, la American Humane Association y la Humane Society of the United States; en Gran Bretaña, la Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals sigue siendo la principal. A la vista de tanta institución similar, cabe preguntarse lo siguiente: ¿por qué estas asociaciones no han dado a conocer al público los hechos que yo he presentado en los capítulos 2 y 3 de este libro?

Hay varias razones que explican su silencio frente a los casos de crueldad más flagrantes. Una es histórica. Cuando se establecieron, la RSPCA y la ASPCA eran grupos radicales que iban muy por delante de la opinión pública de su tiempo y que se oponían a todas las formas de crueldad animal, incluida la que afecta a los animales de granja, que, entonces como ahora, eran víctimas de muchos de los abusos más graves. Paulatinamente, sin embargo, a medida que iban aumentando los recursos, los miembros y la respetabilidad de las organizaciones, estas perdieron su radicalismo y se convirtieron en parte del «sistema». Establecieron contactos directos con miembros del Gobierno y con hombres de negocios y científicos. Intentaron usar estos contactos para mejorar las condiciones de los animales y se obtuvieron algunas mejoras de segundo orden; pero, a la vez, el mismo contacto con personas cuyos intereses básicos están estrechamente ligados al uso de animales para alimento o para fines de investigación mitigó las críticas radicales a la explotación animal que habían inspirado a los fundadores. Una y otra vez, las sociedades comprometían sus principios fundamentales por conseguir unas reformas

triviales. Más valen algunas mejoras ahora que nada en absoluto, decían; pero a menudo las reformas demostraban su ineficacia para mejorar las condiciones de los animales, y eran utilizadas, en cambio, para convencer a la opinión pública de que no era necesario hacer nada más[396].

Al aumentar su riqueza, cobró importancia otro tipo de consideración. Las sociedades protectoras de animales se habían establecido como instituciones de caridad, lo que les suponía un ahorro sustancial de impuestos; pero, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, es condición para establecerse como institución de caridad que la organización no participe en actividades de tipo político. Por desgracia, a veces la acción política es lo único que cabe hacer para mejorar las condiciones de los animales (especialmente si una organización es demasiado cautelosa como para organizar boicots a los productos animales), pero la mayoría de los grandes grupos se mantuvo al margen de todo aquello que pudiera poner en peligro su posición como instituciones caritativas. Esto les ha llevado a centrarse en actividades que no encierran ningún riesgo, como recoger perros callejeros y denunciar actos individuales de crueldad innecesaria, en lugar de hacer amplias campañas contra la crueldad sistemática.

Finalmente, en algún momento de los últimos cien años, las principales sociedades protectoras de animales perdieron interés por los animales de granja. Esto quizá ha obedecido a que los miembros y seguidores de las organizaciones provenían de las ciudades y conocían mejor y se preocupaban más de los perros y los gatos que de los cerdos y los terneros. Cualquiera que sea la razón, durante la mayor parte del siglo xx los escritos y la publicidad de los grupos más antiguos contribuyeron de manera importante a reforzar la actitud generalizada de que los perros, los gatos y los animales salvajes necesitan protección, pero no el resto de los animales. Según esto, la ciudadanía acabó creyendo que la «protección animal» es algo reservado a las damas de buen corazón que se chiflan por los gatos, y no una causa fundada sobre principios básicos de justicia y moralidad.

En la última década se ha producido un cambio. Primero, han aparecido docenas de grupos nuevos y más radicales de liberación animal y pro derechos de los animales. Junto con otras organizaciones ya existentes que hasta entonces habían tenido un impacto relativamente pequeño, estos nuevos grupos han aumentado notablemente el conocimiento público sobre la inmensa y sistemática crueldad que existe en la producción intensiva de animales, en laboratorios, circos, zoológicos y cacerías. En segundo lugar, quizá en respuesta a esta nueva ola de interés por las condiciones de los animales, grupos más establecidos, como la RSPCA en Inglaterra y en América la ASPCA y la Humane Society of the United States, han tomado una postura mucho más firme contra la crueldad con los animales de granja y de laboratorio, incluso organizando boicots a productos tales como las terneras, el beicon y los huevos procedentes de la cría intensiva.

Entre los factores que dificultan la tarea de provocar el interés público por los animales destaca, como uno de primer orden, el supuesto de que «los humanos están primero» y que cualquier problema relativo a los animales no puede ser comparable a los problemas de los hombres, tanto por su seriedad moral como por la importancia política del tema. Sobre este supuesto debe hacerse una serie de puntualizaciones. Primero, es en sí mismo una muestra de especismo. ¿Cómo puede saber nadie, sin antes haber hecho un estudio detallado, que el problema es menos serio que los problemas relativos al sufrimiento humano? Únicamente se estaría en posición de defender esta tesis si se asume que los animales realmente no importan y que, aunque sufran mucho, su sufrimiento es menos importante que el de los humanos. Pero el dolor es el dolor, y la importancia de evitar el dolor y el sufrimiento innecesarios no disminuye porque el ser afectado no sea un miembro de nuestra especie. ¿Qué pensaríamos si alguien nos dijera que «los blancos están primero» y que, por tanto, la pobreza en África no plantea un problema tan serio como la pobreza en Europa?

Es cierto que hay muchos problemas en el mundo que merecen que les dediquemos tiempo y energía. El hambre y la pobreza, el racismo, la guerra y la amenaza de aniquilación nuclear, el sexismo, el desempleo, la conservación de nuestro frágil medio ambiente, todos ellos son asuntos importantes, y ¿quién puede decir cuál es el más importante? Sin embargo, si nos situamos fuera del marco especista, podemos ver que la opresión de los no humanos por los humanos ocupa un lugar próximo al de estos temas. El sufrimiento que causamos a los seres no humanos puede ser extremo y las cantidades con que se opera son gigantescas: más de 100 millones de cerdos, ganado vacuno y ovino pasan anualmente por los procesos descritos en el capítulo 3 tan solo en Estados Unidos; lo mismo ocurre con miles de millones de pollos, y al menos 25 millones de animales se destinan cada año a la experimentación. Si se obligara a un millar de seres humanos a

sufrir el tipo de pruebas que padecen los animales para probar la toxicidad de los productos domésticos, habría una conmoción nacional. La utilización de millones de animales para el mismo fin debería causar, al menos, una preocupación similar, sobre todo cuando este sufrimiento es tan innecesario y podría detenerse fácilmente si así lo deseáramos. La gente sensata desea poner fin a la guerra, la desigualdad racial, la pobreza y el desempleo; el problema es que hemos estado intentándolo durante años y ahora tenemos que admitir que, realmente, no sabemos cómo hacerlo. En términos comparativos, la reducción del sufrimiento de los animales no humanos a manos de los humanos será relativamente fácil en cuanto los humanos se lo propongan.

En cualquier caso, la idea de que los «humanos están primero» se utiliza más a menudo como excusa para no hacer nada, ni por los animales humanos ni por los no humanos, que como una verdadera elección entre alternativas incompatibles. Porque lo cierto es que aquí no hay incompatibilidad alguna. Dando por sentado que todos disponemos de un tiempo y una energía limitados, y que el tiempo que le dediquemos a una causa va a suponer una reducción del que nos queda disponible para otra, no hay ninguna razón, sin embargo, para que los que dedican su tiempo y sus energías a problemas humanos no puedan también unirse al boicot de unos artículos que son producto de la crueldad de la agroindustria. No se pierde más tiempo en ser vegetariano que en comer carne animal. De hecho, como ya vimos en el capítulo 4, los que dicen preocuparse por el bienestar de los humanos y la conservación de nuestro medio ambiente deberían hacerse vegetarianos aunque solo fuese por esa razón. De este modo aumentaría la cantidad de grano disponible para alimentar a las personas en otras regiones, se reduciría la contaminación, se ahorraría agua y energía y se dejaría de contribuir a la tala de los bosques; además, puesto que un régimen vegetariano es más barato que uno basado en la carne, dispondrían de más dinero para dedicarlo a la reducción del hambre en el mundo, el control de la población o cualquier causa social o política que consideraran más urgente. No se me ocurriría dudar de la sinceridad de los vegetarianos que se toman poco interés por la liberación animal porque dan prioridad a otras causas; pero cuando los no vegetarianos dicen que «los problemas humanos están primero», no puedo evitar preguntarme qué es exactamente lo que están haciendo por los humanos que les obliga a continuar apoyando la cruel e innecesaria explotación de los animales de granja.

Conviene, al llegar a este punto, hacer una digresión histórica. A menudo se dice, como corolario a la idea de que «los humanos están primero», que las personas dedicadas a las sociedades protectoras de animales se preocupan más por los animales que por los humanos. No hay duda de que esto es cierto en algunos casos. Históricamente, sin embargo, los líderes del movimiento en favor de la protección de los animales se han preocupado mucho más por los seres humanos que otros que no se han preocupado en absoluto por los animales. De hecho, a menudo los líderes de los movimientos contra la opresión de los negros y las mujeres y los del movimiento contra la crueldad con los animales son los mismos; esto es tan frecuente que nos proporciona un tipo inesperado de confirmación del paralelismo que hay entre el racismo, el sexismo y el especismo. Entre los fundadores de la RSPCA, por ejemplo, estaban William Wilberforce y Fowell Buxton, dos de los líderes de la lucha contra la esclavitud negra en el Imperio británico[397]. En cuanto a las primeras feministas, Mary Wollstonecraft escribió, además de su *Vindicación de los derechos de la mujer*, una colección de cuentos para niños titulada *Original Stories*, concebidos expresamente para fomentar actitudes más compasivas hacia los animales[398], y un grupo de las primeras feministas norteamericanas, incluidas Lucy Stone, Amelia Bloomer, Susan B. Anthony y Elizabeth Cady Stanton, mantenía contacto con el movimiento vegetariano. Junto con Horace Greeley, el editor reformista y antiesclavista de *The Tribune*, se reunían para brindar por «los derechos de la mujer y el vegetarianismo»[399].

También se debe al movimiento en favor de la protección de los animales el comienzo de la lucha contra la crueldad con los niños. En 1874 se le pidió a Henry Bergh, el pionero de las sociedades protectoras de animales en América, que hiciera algo por un animalito al que habían golpeado cruelmente. Resultó que el animalito era un niño; no obstante, Bergh hizo prosperar una querrela contra su tutor basada en malos tratos a un animal, según una ordenanza de protección a los animales del estado de Nueva York que él mismo había elaborado y que había sido aprobada por el cuerpo legislativo estatal. Posteriormente se presentaron más casos y se estableció la New York Society for the Prevention of Cruelty to Children. Cuando esto se supo en Inglaterra, la RSPCA organizó la National Society for the Prevention of Cruelty to Children[400]. Lord Shaftesbury fue uno de los fundadores de este grupo; destacado reformador social, autor de las Factory Acts, leyes que acabaron con el trabajo infantil y las jornadas de catorce horas, y notable luchador contra la

experimentación incontrolada y otras formas de crueldad con los animales, su vida, como la de tantos otros filántropos, fue una viva negación de la idea de que quienes se preocupan por los no humanos no se preocupan por los humanos, o de que el trabajar para una causa impide trabajar para la otra.

Nuestras concepciones sobre la naturaleza de los animales no humanos, así como un razonamiento defectuoso sobre las implicaciones que se derivan de nuestra concepción de la naturaleza, también contribuyen a fortalecer nuestras actitudes especistas. Siempre nos ha gustado considerarnos menos salvajes que el resto de los animales. Decir que una persona es «humana» equivale a decir que es bondadosa; decir que es «una bestia», «brutal» o, simplemente, que se comporta «como un animal» es sugerir que es cruel e intratable. Raramente nos detenemos a pensar que el animal que mata con menos razón es el animal humano. Consideramos salvajes a los leones y los lobos porque matan, pero tienen que matar o morir de hambre. Los humanos matan a otros animales por deporte, para satisfacer su curiosidad, para embellecer sus cuerpos y para dar gusto a sus paladares. Los seres humanos matan también a los miembros de su propia especie por codicia o por poder. Además, los humanos no se contentan simplemente con matar. A través de la historia han mostrado una tendencia a atormentar y torturar, antes de darles muerte, tanto a sus iguales los humanos como a sus iguales los no humanos. Ningún otro animal muestra demasiado interés por hacer esto.

Si bien pasamos por alto nuestro propio salvajismo, exageramos el de otros animales. Por ejemplo, el temido lobo, el malo de tantos cuentos populares, es un animal muy social, fiel y cariñoso con su pareja —no solo durante una estación, sino para toda la vida—, un padre dedicado y un miembro leal de la manada, según han demostrado cuidadosas investigaciones de zoólogos que lo han estudiado en condiciones naturales. Los lobos casi nunca matan, excepto para comer. Si los machos se pelean entre sí, la pelea acaba con un gesto de sumisión en el que el vencido ofrece a su conquistador la parte interna de su cuello, la zona más vulnerable de su cuerpo. Con los colmillos a una pulgada de la yugular del adversario, el vencedor se contenta con la sumisión y, al contrario que el conquistador humano, no mata al enemigo vencido[401].

Al compás de nuestra imagen del mundo animal como una sangrienta escena de combate, ignoramos hasta qué punto las otras especies presentan una vida social compleja, reconociendo a otros miembros de su especie y relacionándose entre sí individualmente. Cuando los seres humanos se casan, atribuimos su intimidad al amor mutuo que sienten y nos afecta profundamente el dolor de un ser humano que ha perdido a su esposo o su esposa. Cuando otros animales se emparejan para toda la vida, decimos que el instinto es lo único que les mueve a esa conducta, y si un cazador o trampero mata o captura a un animal para la investigación, o para el zoológico, no se nos ocurre pensar o considerar que pueda tener una «esposa o esposo» que vaya a sufrir por la desaparición repentina del animal muerto o capturado. De modo similar, sabemos que separar una madre humana de sus hijos es trágico para ambas partes; pero ni al granjero ni al criador de mascotas o animales para investigación le importan nada los sentimientos de las madres no humanas ni de sus crías, a las que separan rutinariamente como parte de su trabajo[402].

Mucha gente rechaza con frecuencia aspectos complejos de la conducta animal calificándola de «mero instinto» y considerando, por tanto, que no merece comparación con la conducta aparentemente similar de los seres humanos, pero, curiosamente, esta misma gente desdeña o menosprecia la importancia de simples esquemas de conducta instintiva cuando les resulta conveniente hacerlo. Así, se dice a menudo que tener metidas en jaulas a las gallinas ponedoras, a los terneros y a los perros dedicados a la experimentación no les causa ningún sufrimiento puesto que nunca han conocido otras condiciones. Vimos en el capítulo 3 que esto es una falacia. Los animales tienen necesidad de ejercitarse y estirar sus miembros o alas, de acicalarse y de darse la vuelta, independientemente de que hayan vivido o no en condiciones que les permitan hacerlo. A los animales que viven en grupo se les perturba cuando se les aísla de los miembros de su especie, aunque no hayan conocido nunca otras condiciones, y si la manada, el rebaño o el averío son demasiado grandes, puede producirse el mismo efecto por la incapacidad del animal individual de reconocer al resto de los individuos. Estos desórdenes se manifiestan en forma de «vicios» como el canibalismo.

La ignorancia reinante sobre la naturaleza de los animales no humanos es responsable de que quienes los tratan de esta forma puedan eludir todas las críticas diciendo que, después de todo, «no son humanos». En efecto, no lo son; pero tampoco son máquinas para convertir forraje en carne, ni son instrumentos de investigación. Teniendo en cuenta lo atrasado que está, por lo general, el conocimiento del público respecto a los últimos

descubrimientos de los zoólogos y etólogos, que pasan meses, y a veces años, observando a los animales con un cuaderno y una cámara fotográfica, los peligros de incurrir en antropomorfismo sentimental son menos preocupantes que el riesgo contrario de que nos domine la creencia, conveniente y útil, de que los animales son pedazos de barro que podemos moldear como queramos.

La naturaleza de los animales no humanos sirve de base a otros intentos de justificar el tratamiento que les damos. Se dice a menudo, como objeción al vegetarianismo, que, puesto que otros animales matan para alimentarse, también lo podemos hacer nosotros. Esta analogía era ya vieja cuando William Paley la refutó en 1785, refiriéndose al hecho de que mientras que los humanos pueden vivir sin matar, al resto de los animales no les queda otra opción que la de matar para sobrevivir<sup>[403]</sup>. Esto, sin duda, es cierto en la mayoría de los casos; se pueden encontrar algunas excepciones —animales que podrían sobrevivir sin carne pero la comen a veces, como, por ejemplo, los chimpancés—, pero no suelen ser las especies que servimos en la mesa. De cualquier manera, incluso si otros animales que podrían vivir con un régimen vegetariano matan a veces para alimentarse, esto no apoyaría el argumento de que es *moralmente* defendible que nosotros hagamos lo mismo. Es extraño que los humanos, que se suelen considerar tan por encima del resto de los animales, estén dispuestos, si ello les favorece en sus preferencias alimenticias, a utilizar un argumento que implica que debemos considerar a los otros animales como inspiración moral y guía. La cuestión, por supuesto, es que los animales no humanos no son capaces de considerar las alternativas ni de reflexionar moralmente sobre si está bien o mal matar para alimentarse; simplemente, lo hacen. Podemos lamentarnos de que el mundo en que vivimos sea así, pero no tiene sentido que consideremos que los animales son moralmente responsables o que les culpemos por lo que hacen. Por otra parte, todos los lectores de este libro son capaces de tomar una decisión moral respecto a este punto. No podemos evadir la responsabilidad ante esta opción, imitando las acciones de unos seres que son incapaces de llevar a cabo una elección de este tipo.

(Ahora, seguro que alguien dirá que he admitido que existe una diferencia importante entre los humanos y los otros animales y que, por tanto, he descubierto el fallo que hay en mi defensa de la igualdad de todos los animales. Toda persona a quien se le ocurra esta crítica debería leer con más cuidado el capítulo 1, y se dará cuenta de que ha malinterpretado la esencia de la defensa de la igualdad que hice allí. Nunca he sostenido la absurda idea de que no existan diferencias importantes entre los adultos humanos normales y otros animales. Mi argumento no es que los animales sean capaces de actuar moralmente, sino que el principio moral de la misma consideración de los intereses se les puede aplicar a ellos tanto como a los humanos. Que a menudo es adecuado incluir dentro de la esfera de igual consideración a seres incapaces de hacer elecciones morales queda de manifiesto en el trato que les damos a los niños pequeños y a otros humanos que, por una razón u otra, carecen de capacidad mental para entender la naturaleza de la elección moral. Como podría haber dicho Bentham, la cuestión no es si pueden o no *elegir*, sino si pueden *sufrir*).

Quizá el problema sea otro. Como vimos en el capítulo anterior, Lord Chesterfield utilizó el hecho de que los animales se comen a otros animales para argumentar que esto es parte del «orden general de la naturaleza»<sup>[404]</sup>. No indicó por qué habríamos de pensar que nuestra naturaleza se parece más a la del tigre carnívoro que a la del gorila vegetariano o la del chimpancé, prácticamente vegetariano. Pero aparte de esta objeción, deberíamos desconfiar de las apelaciones a la «naturaleza» cuando se trata de cuestiones de ética. La naturaleza es, a menudo, «más sabia», pero debemos usar nuestro propio juicio para decidir cuándo seguimos la pauta de la naturaleza. Hasta donde yo sé, la guerra es «natural» para los seres humanos —no hay duda de que parece haber sido una gran preocupación de muchas sociedades, en circunstancias muy diversas y durante un largo periodo de la historia—, pero no tengo la intención de hacer una guerra para asegurarme de que actúo de acuerdo con la naturaleza. Tenemos capacidad para razonar sobre lo que es mejor. Deberíamos usar esta capacidad (y a los entusiastas de apelar a la «naturaleza» se le puede decir que nos es natural usarla).

Hay que admitir que la existencia de animales carnívoros plantea un problema para la ética de la liberación animal, y es el de decidir si debemos o no hacer algo al respecto. Suponiendo que los humanos pudieran eliminar de la tierra a las especies carnívoras y que por consiguiente se redujera la cantidad total de sufrimiento de los animales en el mundo, ¿deberíamos hacerlo?

La respuesta corta y simple es que, una vez que hemos abandonado nuestra pretensión de «dominar» a las otras especies, deberíamos abstenernos por completo de interferir en sus vidas, dejarles en paz en la medida de lo posible. Habiendo abandonado el papel de

tiranos, tampoco deberíamos intentar ser Dios.

Aunque contiene parte de verdad, esta respuesta es demasiado corta y simple. Nos guste o no, los humanos sabemos más que otros animales acerca de lo que puede suceder en el futuro y este conocimiento puede colocarnos en una situación en la que sería insensible por nuestra parte no intervenir. En octubre de 1988, los telespectadores de todo el mundo aplaudieron el éxito de los esfuerzos de americanos y rusos para liberar a dos ballenas grises atrapadas en el hielo de Alaska. Algunos críticos señalaron la ironía de realizar esfuerzos tan intensos para salvar a dos ballenas mientras unas dos mil ballenas mueren al año en manos de cazadores humanos, sin mencionar los aproximadamente 125.000 delfines que se ahogan anualmente en las redes de la industria atunera[405]. De cualquier modo, solo una persona endurecida podría afirmar que tal rescate era una tontería.

Así pues, es concebible que la interferencia humana mejore las condiciones de los animales y que, por tanto, esté justificada. Pero cuando nos referimos a un esquema como el de la eliminación de las especies carnívoras, la cuestión es completamente distinta. Juzgando por nuestra propia historia, cualquier intento de producir cambios a gran escala en los ecosistemas va a acarrear más daños que beneficios. Por esa razón, aunque fuera la única, es cierto decir que, salvo en unos pocos casos muy limitados, ni podemos ni debemos intentar controlar toda la naturaleza. Ya hacemos bastante si eliminamos por nuestra parte las muertes innecesarias y la crueldad con otros animales[406].

Hay aún otra supuesta justificación de nuestro trato a los animales, basada en el hecho de que en su estado natural algunos matan a otros. A menudo se dice que, por muy malas que sean las condiciones de las explotaciones modernas, no son peores que las que tienen los animales en estado salvaje, donde están expuestos al frío, al hambre y a los depredadores; esto implica, por tanto, que no debemos hacer objeción alguna a las condiciones de las explotaciones modernas.

Curiosamente, los defensores de la esclavitud de los negros africanos han utilizado con frecuencia el mismo razonamiento. Escribía uno de ellos:

En suma, es evidente, sin ningún género de dudas, que sacar a los africanos del estado de brutalidad, bajeza y miseria en que se hallan tan profundamente inmersos en su país y traerlos a esta tierra de luz, humanidad y sabiduría cristiana es para ellos una gran bendición; y por muy culpable que pueda haber sido cualquier individuo por actos de crueldad innecesaria practicados en este negocio, el hecho de que el estado general de subordinación en que aquí se encuentran, que es consecuencia necesaria de su traslado, esté de acuerdo con la ley de la naturaleza, no se puede seguir cuestionando bajo ningún concepto[407].

Si bien es difícil comparar condiciones tan diversas como las de los animales salvajes y las de una granja industrial (o las de los africanos libres y las de los esclavos de una plantación), si hay que hacer la comparación seguramente sería preferible la vida en libertad. Los animales de una granja industrial no pueden andar, correr, estirarse libremente ni pertenecer a una familia o rebaño. Es cierto que muchos animales salvajes mueren a causa de condiciones adversas o víctimas de sus predadores, pero tampoco los animales de las granjas viven más allá de una fracción de la duración normal de su vida. La manutención continua que ofrece la granja no es una bendición sin más, ya que priva al animal de su actividad natural más básica, la búsqueda del alimento. El resultado es una vida de absoluto aburrimiento, sin nada que hacer en todo el día más que yacer en el establo y comer.

En cualquier caso, la comparación entre las condiciones naturales y las de una granja industrial es irrelevante para la cuestión de justificar o no esta clase de explotaciones, puesto que no es esta la alternativa con que nos encontramos. La abolición de las granjas industriales no iba a suponer el retorno de los animales a las condiciones naturales. Los animales que ocupan actualmente estas granjas fueron criados por los humanos para que crecieran en estas condiciones y fueran vendidos como alimento. Si el boicot a la producción de las granjas industriales que se defiende en este libro es eficaz, se reducirá la compra de sus productos. Esto no quiere decir que pasemos en un abrir y cerrar de ojos de la situación actual a otra en la que nadie los compre. (Soy optimista respecto a la liberación animal, pero no me engaño). La reducción será gradual. Hará que la cría de animales sea una actividad menos lucrativa. Los granjeros se dedicarán a otro tipo de explotaciones agrícolas y las grandes empresas invertirán su capital en otros sectores. Como resultado, se criarán menos animales. Disminuirá el número de animales de las granjas industriales porque aquellos a los que se mate no serán reemplazados por otros, y no porque se «devuelva» a los animales a sus condiciones naturales. Y, por último (y ahora estoy dando rienda suelta a mi optimismo), quizá solo haya rebaños de ganado y piaras de

cerdos en grandes reservas del estilo de nuestros cotos de animales salvajes. No se trata, por tanto, de elegir entre la vida en una explotación moderna o en condiciones naturales, sino de determinar si los animales destinados a vivir en granjas industriales y a morir en el matadero para servirnos de alimento deberían nacer o no.

Al llegar a este punto es posible que se plantee una nueva objeción. Teniendo en cuenta que si todos fuéramos vegetarianos habría muchos menos cerdos, pollos y ganado vacuno y lanar, algunas personas que comen carne han afirmado que, de hecho, les hacen un favor a los animales que se comen, ya que, si no fuera por su deseo de comer carne, esos animales ¡nunca habrían llegado a existir![\[408\]](#).

En la primera edición de este libro rechacé esta opinión, porque nos obliga a pensar que darle existencia a un ser supone un beneficio para ese ser —y para mantener esto debemos creer que es posible beneficiar a un ser inexistente—. Esto, pensé, es absurdo. Pero ahora no estoy tan seguro. (De hecho, mi rechazo inequívoco de esta opinión es el único punto filosófico de la edición anterior sobre el que he modificado mi postura). Después de todo, la mayoría de nosotros puede estar de acuerdo con que estaría mal traer un niño al mundo si supiéramos, antes de que fuera concebido, que tendría un defecto genético que haría triste y corta su vida. Concebir tal niño es causarle daño. Por tanto, ¿podemos realmente negar que traer al mundo a un ser que tendrá una vida placentera le procura un beneficio? Para negarlo tendríamos que explicar por qué son diferentes estoscasos, y no encuentro una forma satisfactoria de hacerlo[\[409\]](#).

El argumento que estamos considerando plantea el tema de la maldad de matar —un tema que, al ser mucho más complejo que el de infligir sufrimiento, he mantenido aparte hasta ahora—. No obstante, nuestra pequeña exposición al final del primer capítulo bastó para mostrar que puede haber algo inherentemente malo en matar a un ser con capacidad de sentir deseos enfocados hacia el futuro, algo que no queda igualado por la creación de otro ser. La verdadera dificultad se presenta respecto a seres sin capacidad de tener expectativas de futuro —seres que se puede considerar que viven momento a momento en lugar de tener una existencia mental continua—. De acuerdo que, incluso así, matar sigue pareciendo repugnante. Un animal puede luchar contra una amenaza a su vida, aun cuando no pueda darse cuenta de que tiene una «vida» en el sentido de comprender lo que significa existir durante un periodo de tiempo. Pero en ausencia de alguna forma de continuidad mental no es fácil explicar por qué, desde un punto de vista imparcial, la pérdida que sufre el animal muerto no se compensa con la creación de un animal nuevo que disfrutará de una vida igualmente agradable[\[410\]](#).

Todavía tengo dudas sobre este asunto. La idea de que la creación de un ser deba, de alguna manera, compensar la muerte de otro tiene cierto aire peculiar. Naturalmente, si tuviéramos una base clara para decir que todas las criaturas sintientes tienen derecho a la vida (incluso aquellas que no son capaces de tener deseos para el futuro), sería fácil decir por qué matar a una criatura sintiente es un mal que no se puede convertir en un bien creando una nueva criatura. Pero tal postura encierra profundas dificultades filosóficas y prácticas, como otros autores y yo mismo hemos indicado ya en otras obras[\[411\]](#).

En un nivel puramente práctico, se puede decir lo siguiente: matar animales para comer (excepto cuando sea estrictamente necesario para sobrevivir) nos hace considerarlos como objetos que podemos usar tranquilamente para nuestros propios fines no esenciales. Dado lo que ya sabemos sobre la naturaleza humana, mientras sigamos pensando así de los animales no conseguiremos cambiar actitudes que, cuando son puestas en práctica por seres humanos comunes, conducen a no respetar —y por tanto maltratar— a los animales. Así pues, lo mejor sería establecer este simple principio general: evitemos matar animales para comer excepto cuando sea necesario para sobrevivir.

Esta conclusión se fundamenta en una predicción sobre las consecuencias de mantener una determinada actitud. Es imposible probar que esta predicción es correcta; solo podemos emitir un juicio sobre ella basándonos en nuestro conocimiento de nuestros compañeros humanos. Pero aunque esta predicción no resulte convincente, el argumento que estamos considerando sigue teniendo una aplicación muy limitada. Ciertamente, no justifica comer carne de animales procedentes de factorías, ya que sufren vidas de aburrimiento y privación, incapaces de satisfacer sus necesidades básicas de darse la vuelta, acicalarse, estirarse, ejercitarse o participar de las interacciones sociales normales de sus especies. Traerlos al mundo para que tengan una existencia así no es beneficioso para ellos; más bien, es un gran perjuicio. Como mucho, el argumento sobre el beneficio de traer un ser al mundo podría justificar que se siguiese comiendo animales criados en libertad (de una especie incapaz de tener deseos para el futuro), que tuviesen una existencia agradable en un grupo social adecuado a sus necesidades de comportamiento y a los que después se matase rápidamente y sin dolor. Puedo respetar a las personas

concienzudas que se preocupan de comer solo la carne que procede de tales animales, pero sospecho que, a menos que vivan en una granja donde puedan vigilar a sus propios animales, en la práctica serán casi vegetarianos[412].

Una última observación sobre el razonamiento de que la pérdida de un animal se compensa con la creación de uno nuevo. Quienes emplean esta ingeniosa defensa de su deseo de comer cerdo o vaca raramente han desarrollado sus implicaciones. Si fuera bueno traer seres al mundo, y siempre que otras cosas fueran iguales, también deberíamos traer al mundo tantos seres como pudiéramos, y si a esto le añadimos la idea de que las vidas humanas son más importantes que las de los animales (idea que un comedor de carne seguramente aceptará), se le puede dar la vuelta al argumento e incomodar así a quien lo propone. Puesto que más humanos podrán alimentarse si no le damos al ganado el grano de que disponemos, la conclusión del argumento es, a fin de cuentas, ¡que debemos hacernos vegetarianos!

El especismo es una actitud tan extendida y con tantas facetas que quienes atacan una o dos de sus manifestaciones —como la matanza de los animales salvajes por los cazadores, o la cruel experimentación de los laboratorios, o las corridas de toros— a menudo participan en otras actividades especistas. Esto permite que, a su vez, los atacados acusen a sus oponentes de inconsistencia. «Nos acusan de crueldad porque disparamos contra los ciervos», dicen los cazadores, «pero ustedes comen carne. ¿Cuál es la diferencia, excepto que pagan a otra persona para que les mate a los animales?». «Se oponen a que matemos animales para vestirnos con sus pieles», dicen los peleteros, «pero llevan zapatos de cuero». El que realiza experimentos probablemente se preguntará por qué si alguien acepta que se mate a los animales para dar gusto a sus paladares se opone a matarlos para que avance el conocimiento; y si la objeción solo se plantea contra el sufrimiento, puede señalar que tampoco viven sin sufrir los animales a los que se mata para obtener alimento. Incluso el entusiasta de los toros puede aducir como razón justificante que la muerte del toro en el ruedo da placer a miles de espectadores, mientras que la del buey en el matadero solo satisface a las pocas personas que se comen alguna parte de su cuerpo; y aunque es posible que al final el toro sufra un dolor más intenso que el buey, durante casi toda su vida recibe mejor trato.

La acusación de inconsistencia no da ningún apoyo lógico a los defensores de prácticas crueles. Como dijo Brigid Brophy, sigue siendo cierto que es cruel romperle la pierna a alguien aunque quien afirme tal cosa tenga la costumbre de ir por ahí rompiendo brazos a la gente[413]. Pero nos será difícil persuadir a los demás de la validez de nuestras creencias si nuestra conducta no es consistente con ellas, y aún será más difícil persuadirles para que actúen de acuerdo con esas creencias. Desde luego que siempre es posible encontrar alguna razón para distinguir, por ejemplo, entre vestirse con pieles y vestirse con cuero: muchos de los animales de los que se obtienen las pieles no mueren hasta después de horas o incluso días de tener una pata atrapada por un cepo de dientes metálicos, mientras que los animales de cuyas pieles se saca el cuero no tienen que sufrir esta agonía[414]. Sin embargo, se tiende a mitigar la fuerza inicial de la crítica con estas sutiles distinciones, y hay algunos casos en que no creo que se puedan establecer, en absoluto, distinciones. ¿Por qué, por ejemplo, se critica más al cazador que mata a tiros a un venado para obtener su carne que a la persona que compra un jamón en el supermercado? En términos generales, es probable que haya sufrido más el cerdo procedente de la cría intensiva.

El primer capítulo de este libro establece un principio ético claro —considerar por igual los intereses de todos los animales— por el que podemos determinar cuáles de nuestras actitudes y actividades con los animales no humanos son justificables y cuáles no. Si aplicamos este principio a nuestras propias vidas, conseguiremos que nuestras acciones sean consistentes, y así negaremos la oportunidad de acusarnos de inconsistencia a quienes pasan por alto los intereses de los animales.

Para todos los fines prácticos, en lo que respecta a los habitantes urbanos y de la periferia de las naciones industrializadas, cumplir con el principio de considerar iguales los intereses de todos los seres exige que seamos vegetarianos. Este es el paso más importante y al que más atención he prestado; pero, para ser consecuentes, también deberíamos dejar de utilizar otros productos que requieren que se mate o se haga sufrir a los animales. No debemos vestirnos con sus pieles. Tampoco debemos comprar productos de cuero, puesto que la venta de los pellejos desempeña un papel importante en los beneficios de la industria de la carne.

Para los pioneros del vegetarianismo del siglo XIX, renunciar al cuero significó un auténtico sacrificio, porque escaseaban los zapatos y las botas hechos con otros

materiales. Lewis Gompertz, el segundo secretario de la RSPCA y un vegetariano estricto que incluso se negó a montar en coches tirados por caballos, sugirió que los animales deberían criarse en praderas y tener la oportunidad de envejecer y morir de muerte natural, tras lo cual podían utilizarse sus pellejos para hacer cuero[415]. La idea es un tributo a la humanidad de Gompertz más que a su sentido de la economía, pero en la actualidad las cosas van por el lado contrario. Hoy en día se pueden adquirir zapatos y botas de material sintético en muchas tiendas baratas, a precios considerablemente más reducidos que los de cuero; y las zapatillas deportivas de lona y goma son el calzado estándar entre la juventud americana. Cinturones, bolsas y otros artículos que antes solo se hacían con cuero se pueden encontrar fácilmente en otros materiales.

También han desaparecido otros problemas que solían acosar a los más avanzados activistas contra la explotación de los animales. Las velas, que solo se hacían con sebo, ya no son indispensables, y para quienes aún las quieren se pueden obtener de materiales no animales. En las tiendas de productos naturales hay jabones elaborados con aceites vegetales y no con grasa animal. Si quisiéramos, podríamos pasar sin lana y, aunque a las ovejas se les permite que vaguen libremente, hay razones para hacerlo, teniendo en cuenta las muchas crueldades a las que se somete a estas dóciles criaturas[416]. Los cosméticos y los perfumes, que con frecuencia se obtienen de sustancias de animales salvajes como el almizclero y el gato de algalia de Etiopía, no se puede decir que sean artículos esenciales, pero quien desee usarlos puede conseguir en muchas tiendas y organizaciones cosméticos cuya elaboración no ha implicado crueldad, esto es, que no contienen productos animales y tampoco han sido probados en animales.

Aunque menciono estas alternativas a los productos animales para demostrar que no es difícil negarse a participar en las principales áreas de su explotación, no creo que ser consistente equivalga a —o implique— un cumplimiento rígido de normas de absoluta pureza respecto a todo lo que uno consume o se pone encima. Modificar nuestros hábitos consumistas no significa mantenerse intacto de todo mal, sino reducir el sostén económico de la explotación animal y persuadir a otros para que hagan lo mismo. Así que no es un pecado continuar usando los zapatos de cuero que nos compramos antes de empezar a pensar en la liberación animal. Cuando estos zapatos se gasten, no compraremos otros de cuero; pero las ganancias derivadas de matar animales no se van a reducir porque nos deshagamos ahora de esos zapatos usados. Respecto al régimen alimenticio, también es más importante recordar los objetivos principales que preocuparse por detalles como el de si la tarta que nos dan en una fiesta está hecha con un huevo de granja industrial.

Aún estamos muy lejos del momento en que sea posible presionar a los restaurantes y a los productores de alimentos para que eliminen completamente los productos animales. Ese momento llegará cuando una porción significativa de la población boicotee la carne y otros productos de granja industrial de manera sistemática. Hasta entonces, la coherencia solo nos exige que no contribuyamos de un modo *importante* a la demanda de productos animales. Así podemos demostrar que no tenemos ninguna necesidad de ellos. Es más probable que convenzamos a los demás para que adopten nuestra actitud si acomodamos nuestros ideales al sentido común que si nos empeñamos en un tipo de pureza más propio de una ley de abstinencia religiosa que de un movimiento ético y político.

No suele resultar demasiado difícil ser consistente en nuestras actitudes hacia los animales. No tenemos que sacrificar nada esencial, porque en nuestra vida normal no hay una seria confrontación de intereses entre los animales humanos y los no humanos. Sin embargo, tenemos que admitir la existencia de casos más atípicos donde se da una auténtica incompatibilidad de intereses. Por ejemplo, nos es necesario cultivar vegetales y cereales para alimentarnos, y estas cosechas pueden verse amenazadas por conejos, ratones u otras «plagas». Aquí nos encontramos con un claro conflicto de intereses entre los humanos y los no humanos. ¿Qué debería hacerse si fuéramos a actuar de acuerdo con el principio de considerar iguales los intereses de todos?

Señalemos primero cómo se resuelven hoy estas situaciones. El granjero intentará acabar con las «plagas» mediante el método más barato, que, probablemente, será el veneno. Los animales comerán cebos envenenados y sufrirán una muerte lenta y dolorosa. No se consideran en absoluto los intereses de las «plagas» —la propia palabra «plaga» parece excluir toda preocupación por los propios animales—[417]. Pero la clasificación de «plaga» es nuestra, y un conejo considerado como plaga tiene tanta capacidad de sufrir y merece tanta consideración como un conejo blanco que es una querida mascota. El problema radica en cómo defender nuestro suministro esencial de alimento mientras respetamos los intereses de estos animales en la mayor medida posible. No debería estar más allá de nuestras habilidades tecnológicas el hallar para este problema una solución que, aunque no sea totalmente satisfactoria para todos los implicados, al menos cause

menos sufrimiento que la «solución» actual. Utilizar cebos que provocasen esterilidad en lugar de una lenta agonía sería una mejora obvia.

Cuando tenemos que defender nuestro suministro de alimentos contra los conejos, o nuestras casas y nuestra salud contra ratas y ratones, es tan natural que atacemos violentamente a los animales que invaden nuestra propiedad como lo es para los propios animales el conseguir comida allí donde la encuentren. En el estado actual de nuestras actitudes hacia los animales, sería absurdo pretender que las personas cambien su conducta a este respecto. Quizá con el tiempo, cuando se haya puesto remedio a más abusos flagrantes y las actitudes hacia los animales hayan cambiado, se llegará a ver que incluso los animales que, en cierto modo, «amenazan» nuestro bienestar no merecen las crueles muertes que les damos; así, quizá desarrollemos poco a poco métodos más humanitarios para limitar la cantidad de animales cuyos intereses son realmente incompatibles con los nuestros.

Una respuesta similar podría darse a esos cazadores y controladores de los mal llamados «refugios de animales salvajes» que afirman que para impedir el exceso de población de ciervos, focas o cualquier otro animal en cuestión hay que permitir a los cazadores que «cosechen» periódicamente la población animal sobrante; se supone que esto favorece a los propios animales. El uso del término «cosecha» —frecuente en las publicaciones de las organizaciones de cazadores— supone un mentís a la pretensión de que esta matanza obedece a un interés por los animales. El término indica que el cazador concibe el ciervo o las focas como si fueran maíz o carbón, objetos de valor solo en la medida en que sirven a los intereses humanos. Esta actitud, que en gran medida comparte el US Fish and Wildlife Service (Servicio Norteamericano de Pesca y Animales Salvajes de Estados Unidos), pasa por alto el hecho vital de que los ciervos y otros animales de caza son capaces de sentir placer y dolor. No son, por tanto, medios para nuestros fines, sino seres con intereses propios. Si es cierto que en circunstancias especiales su población crece de tal forma que dañan su propio medio ambiente y las perspectivas de su propia supervivencia o la de otros animales que comparten su hábitat, entonces puede ser conveniente que los humanos emprendan alguna acción supervisora; pero es obvio que si tenemos en cuenta los intereses de los animales nunca dejaremos entrar a los cazadores para que maten a algunos e inevitablemente hieran a otros muchos, sino que reduciremos su fertilidad. Si hiciéramos un esfuerzo por desarrollar métodos más humanos de control de la población en las reservas naturales de animales salvajes, no sería difícil que surgiera algo mejor que lo que se hace ahora. El problema es que las autoridades responsables de los cotos tienen una mentalidad de «cosecha» y no se interesan por encontrar métodos de control que reduzcan el número de animales que van a «cosechar» los cazadores[418].

He dicho que la diferencia entre los animales como el ciervo —o como los cerdos y los pollos, si vamos a esto—, que no debemos «cosechar», y las plantas como el maíz, que sí podemos cosechar, es que los animales tienen capacidad de sentir dolor y placer, mientras que las plantas no la tienen. Llegados a este punto, seguro que alguien pregunta: «¿Cómo sabemos que las plantas no sufren?».

Esta objeción puede proceder de un auténtico interés por el bienestar de las plantas, pero la mayoría de las veces quienes la plantean no piensan seriamente en ampliar la esfera de nuestra consideración para que incluya a las plantas, en caso de que pudiera demostrarse que sufren; muy al contrario, esperan mostrar que, si actuáramos según el principio que he defendido, tendríamos que dejar de comer tanto plantas como animales y, por tanto, moriríamos de hambre. La conclusión que saca el objetor es que, si es imposible vivir sin violar el principio de igual consideración, no hemos de preocuparnos en absoluto, sino que podemos seguir, como siempre hemos hecho, comiendo plantas y animales.

La objeción es débil tanto por su contenido como por su lógica. No existe evidencia fiable de que las plantas puedan sentir placer o dolor. Hace algunos años se afirmaba en un libro de gran éxito, *La vida secreta de las plantas*, que las plantas poseen todo tipo de capacidades notables, incluida la de leer la mente de las personas. Pero los experimentos más sorprendentes citados en el libro no están realizados en centros de investigación serios y los intentos más recientes de repetirlos en universidades importantes no han podido obtener ningún resultado positivo. Las afirmaciones del libro han sido ya completamente desacreditadas[419].

En el primer capítulo de este libro di tres razones distintas para creer que los animales no humanos pueden sentir dolor: su conducta, la naturaleza de sus sistemas nerviosos y la utilidad del dolor para la evolución. Sin embargo, ninguna de ellas nos proporciona motivos para creer que las plantas lo sientan. En ausencia de datos experimentales científicamente creíbles, no hay ningún comportamiento observable que sugiera la

existencia de dolor; en las plantas no se ha encontrado nada parecido a un sistema nervioso central, y resulta difícil imaginar por qué especies que son incapaces de alejarse de una fuente de dolor o de utilizar la percepción del mismo para evitar la muerte deberían haber generado la capacidad de sentirlo. Así pues, parece que la creencia de que las plantas sienten dolor está bastante injustificada.

Valga todo esto por lo que respecta a la base fáctica de la objeción. Pasemos ahora a considerar su lógica. Supongamos que, con todo lo improbable que parece, los investigadores aportan datos que sugieren que las plantas sienten dolor. Ni aun así se desprendería que podemos comer lo mismo que hemos comido siempre. Si la alternativa a causar dolor es morir de hambre, tendríamos que elegir el mal menor. Cabe suponer que todavía sería cierto que las plantas sufren menos que los animales, por lo que seguiría siendo mejor comer plantas que animales. De hecho, esta conclusión sería válida aun cuando las plantas fueran tan sensibles como los animales, puesto que la ineficacia de la producción de carne significa que los que la comen son responsables de la destrucción indirecta de una cantidad de plantas diez veces superior, como poco, a la de los vegetarianos. Admito que en este punto el argumento se vuelve un tanto absurdo, y lo he continuado hasta aquí solo para demostrar que, en realidad, quienes hacen esta objeción pero no desarrollan sus implicaciones están buscando una excusa para seguir comiendo carne.

Hasta ahora, en este capítulo hemos estado examinando actitudes compartidas por muchas personas en las sociedades occidentales, así como las estrategias y los argumentos que se suelen usar para defenderlas. Hemos visto que, desde el punto de vista lógico, estos argumentos y estrategias son muy débiles. Son, más que argumentos, racionalizaciones y excusas. No obstante, podría pensarse que su debilidad obedece a que la gente corriente suele carecer de conocimiento especializado cuando discute problemas éticos. Por eso, en la primera edición de este libro examiné lo que habían dicho sobre la posición moral de los animales no humanos algunos filósofos notables de los años sesenta y principios de los setenta. Los resultados no favorecían a la filosofía.

La filosofía debe cuestionarse los supuestos básicos de la época. Pensar en profundidad, crítica y cuidadosamente, lo que la mayoría de nosotros da por sentado constituye, creo yo, la tarea principal de esta disciplina y lo que la convierte en una actividad valiosa. Lamentablemente, la filosofía no siempre está a la altura de su papel histórico. La defensa de la esclavitud de Aristóteles estará siempre ahí para recordarnos que los filósofos son seres humanos y están sometidos a todos los prejuicios de la sociedad a la que pertenecen. A veces logran librarse de la ideología prevaleciente, pero más a menudo se convierten en sus defensores más sofisticados.

Así sucedía con los filósofos del periodo justamente anterior a la primera edición de este libro. No desafiaban los prejuicios generalizados respecto a nuestras relaciones con otras especies. La mayoría de los que abordaron problemas relacionados de alguna forma con nuestro tema partían de los mismos supuestos infundados que el resto de los seres humanos, y sus argumentos tendían a confirmar al lector en sus cómodos hábitos especistas.

En aquel momento, las discusiones sobre la igualdad y los derechos en la filosofía moral y política se planteaban casi siempre en términos de igualdad y derechos humanos. Consecuencia de ello fue que el tema de la igualdad de los animales nunca surgiera como tema en sí mismo, ni entre los filósofos ni entre los estudiantes —indicación de cómo había fracasado la filosofía hasta aquel momento en el desafío de las creencias aceptadas—. Con todo, a los filósofos les fue difícil discutir el tema de la igualdad humana sin interrogarse sobre el estatus de los no humanos. La razón para ello —que puede ser evidente ya por lo dicho en el primer capítulo de este libro— tiene que ver con el modo de interpretar y defender el principio de igualdad, en el caso de que vaya a defenderse.

Para los filósofos de los años cincuenta y sesenta, el problema era cómo interpretar la idea de que todos los seres humanos son iguales de tal manera que no se convirtiera en algo completamente falso. En la mayoría de los aspectos, los seres humanos no son iguales; y si buscamos alguna característica común a todos, ha de ser una especie de mínimo denominador común, situada en un nivel tan bajo que ningún humano carezca de ella. Lo curioso es que, sea cual sea esta característica poseída por *todos* los seres humanos, no será poseída solo por seres humanos. Por ejemplo, todos los humanos, pero no solo ellos, tienen capacidad para sentir dolor; y si bien son los únicos capaces de resolver complejos problemas matemáticos, no todos pueden hacerlo. Así, resulta que en el único sentido en que podemos decir verdaderamente, como una afirmación de hecho, que todos los humanos son iguales, al menos algunos miembros de otras especies también son «iguales»; esto es, iguales a algunos humanos.

Si por otra parte decidimos, como defendí en el capítulo primero, que estas características son realmente irrelevantes para el problema de la igualdad y que esta debe basarse en el principio moral de igual consideración, más que en poseer alguna característica, es aún más difícil encontrar una base para excluir a los animales de la esfera de igualdad.

Este resultado no es el que los filósofos igualitaristas de aquel tiempo intentaron afirmar en su origen. En lugar de aceptar las conclusiones a las que, de manera natural, tienden sus propios razonamientos, trataron de conciliar sus creencias en la igualdad humana y la desigualdad animal mediante argumentos tortuosos o bien miopes. Por ejemplo, un filósofo que destacaba por entonces en discusiones filosóficas sobre la igualdad era Richard Wasserstrom, profesor de filosofía y derecho de la Universidad de California en Los Ángeles. En su artículo «Rights, Human Rights and Racial Discrimination», Wasserstrom define los «derechos humanos» como aquellos que tienen los seres humanos y que no tienen los no humanos. Pasa entonces a afirmar que existe un derecho humano al bienestar y a la libertad. Al defender la idea de un derecho humano al bienestar, Wasserstrom dice que si se le niega a alguien el alivio de un fuerte dolor físico se le está imposibilitando para que viva una vida plena o satisfactoria. Continúa después: «En un sentido real, el disfrute de estos bienes distingue las entidades humanas de las no humanas»[\[420\]](#). El problema es que, cuando retrocedemos para hallar aquello a que se refiere la expresión «estos bienes», nos encontramos con que el *único* ejemplo que se nos ofrece es el alivio de un dolor físico agudo —algo que los no humanos pueden apreciar tanto como los humanos—. Por tanto, si los seres humanos tienen derecho a ser aliviados del dolor físico agudo, no se trataría de un derecho específicamente humano en el sentido que había precisado Wasserstrom. Los animales también lo tendrían.

Enfrentados a una situación en la que vieron la necesidad de sentar ciertas bases sobre el abismo moral que todavía se suele pensar que separa a los seres humanos de los animales, pero incapaces de encontrar diferencias concretas entre ellos que cumplieran este cometido sin deteriorar la igualdad de los humanos, los filósofos tendían a vacilar. Recurrieron a frases altisonantes como «la dignidad intrínseca del individuo humano»[\[421\]](#). Hablaron del «valor intrínseco de todos los hombres» (el sexismo estaba tan poco cuestionado como el especismo), como si todos los hombres (¿los seres humanos?) poseyeran un valor no especificado del que carecen otros seres[\[422\]](#). O afirmaron que los seres humanos, y solamente ellos, son «fines en sí mismos», mientras que «cualquier otra cosa diferente a una persona solo puede tener valor para una persona»[\[423\]](#).

Como vimos en el capítulo anterior, la idea de una dignidad y un valor distintivos del ser humano tiene una larga historia. En el siglo XX, hasta los años setenta, los filósofos soltaron amarras y se liberaron de las antiguas cadenas metafísicas y religiosas de esta idea, invocándola libremente sin sentir necesidad alguna de justificarla. ¿Por qué no habríamos de atribuirnos a nosotros mismos una «dignidad intrínseca» o un «valor intrínseco»? ¿Por qué no decir que somos lo único del universo que posee valor intrínseco? Es improbable que nuestros iguales, los humanos, vayan a rechazar las lisonjas con que tan generosamente les distinguimos, y aquellos a quienes les negamos el honor no tienen la capacidad de objetar. De hecho, cuando solo pensamos en los humanos, puede ser muy liberal y progresista hablar de la dignidad de todos ellos. Al hacerlo, condenamos de manera implícita la esclavitud, el racismo y otras violaciones de los derechos humanos y admitimos que, en cierto sentido fundamental, estamos al mismo nivel que los miembros más pobres e ignorantes de nuestra propia especie. Solo cuando concebimos a los seres humanos como un mero subgrupo pequeño de todos los seres que habitan nuestro planeta podemos darnos cuenta de que, al elevar a nuestra propia especie, rebajamos simultáneamente la posición relativa de todas las demás.

La verdad es que el recurso a la dignidad intrínseca de los seres humanos parece solucionar los problemas del filósofo igualitario tan solo en la medida en que no se le presenten desafíos. Una vez que nos preguntamos *por qué* todos los humanos —incluyendo a los niños recién nacidos, los intelectualmente incapacitados, los psicópatas criminales, Hitler, Stalin y tantos otros— deberían tener algún tipo de dignidad o valor que ningún elefante, cerdo o chimpancé jamás alcanzará, la respuesta nos resulta tan difícil como nuestra búsqueda primera de algún dato relevante que justifique la desigualdad entre los humanos y otros animales. De hecho, estas dos preguntas se reducen en realidad a una sola: hablar de dignidad o valor moral intrínsecos no nos ayuda, porque cualquier defensa satisfactoria de la afirmación de que todos los humanos, y solo ellos, tienen dignidad intrínseca tendría que referirse a ciertas capacidades o características relevantes que únicamente poseen los humanos, y en virtud de las cuales se les atribuye

esta dignidad o valor únicos. Introducir ideas de dignidad y valor como sustitutas de otras razones para distinguir a los humanos de los animales no basta. Las frases bonitas son el último recurso de quienes se quedan sin argumentos.

En caso de que alguien piense todavía que puede ser posible encontrar alguna característica que distinga a los seres humanos de todos los miembros de las otras especies, consideremos de nuevo el hecho de que hay algunos seres humanos que se encuentran muy claramente por debajo del nivel de conciencia, autoconciencia, inteligencia y capacidad de sentimiento de muchos seres no humanos. Estoy pensando en todos aquellos seres humanos que padecen graves e irreparables lesiones cerebrales y en los recién nacidos; sin embargo, para evitar la complicación que introduce el potencial de los recién nacidos, voy a concentrarme en los seres humanos con retrasos mentales permanentes y profundos.

Los filósofos que se proponen encontrar una característica que distinga a los seres humanos de los demás animales raramente han seguido la vía de abandonar a estos grupos de seres humanos sumándolos a la categoría de los otros animales. Es fácil ver por qué no lo han hecho; adoptar esta postura sin replantearnos nuestras actitudes hacia los otros animales significaría que tenemos derecho a realizar experimentos dolorosos con humanos retrasados por razones triviales; de modo parecido, se supondría que tenemos el derecho de criarlos y sacrificarlos para alimentarnos.

Para los filósofos que abordaban el problema de la igualdad, la forma más fácil de salvar la dificultad planteada por la existencia de seres humanos con discapacidades mentales profundas y permanentes era ignorarla. Al filósofo de Harvard John Rawls le surgió este problema al intentar explicar, en su largo libro *Una teoría de la justicia*, por qué les debemos justicia a los seres humanos y no a otros animales, pero se lo quitó de encima con la siguiente observación: «No puedo examinar aquí este problema, pero doy por hecho que mi exposición sobre la igualdad no se verá esencialmente afectada»<sup>[424]</sup>. Esta es una forma extraordinaria de plantear el tema de la igualdad de trato: parecería dar a entender que podemos tratar a las personas con discapacidades intelectuales profundas y permanentes como ahora tratamos a los animales, o bien que, al contrario de lo que afirma el propio Rawls, debemos justicia a los animales.

¿Qué otra cosa puede hacer el filósofo? Si confronta con sinceridad el problema planteado por la existencia de seres humanos que carecen de toda característica moral relevante que no posean también los no humanos, parece imposible aferrarse a la igualdad de los seres humanos sin sugerir una revisión radical del estatus de los no humanos. En un intento desesperado por salvar las opiniones habituales, incluso se llegó a argumentar que deberíamos tratar a los seres según lo que es «normal para las especies» y no según sus características reales<sup>[425]</sup>. Para ver lo indignante que esto resulta, imaginemos que en una fecha futura se llegara a demostrar que, incluso en ausencia de condicionamientos culturales, lo normal en una sociedad fuera que un mayor número de hembras que de machos se quedara en casa cuidando de los niños en lugar de salir a trabajar. Por supuesto, este hallazgo sería perfectamente compatible con el hecho obvio de que algunas mujeres fueran menos aptas que algunos hombres para cuidar niños y más, en cambio, para salir a trabajar. ¿Afirmaría entonces algún filósofo que a estas mujeres excepcionales se las debe tratar según lo que es «normal para el sexo» —y que, por lo tanto, no fueran admitidas, digamos, en la Facultad de Medicina— y no según sus características reales? No lo creo así. Me resulta difícil ver en este argumento algo distinto a una defensa de la preferencia por los intereses de los miembros de nuestra propia especie por el hecho de pertenecer a ella.

Como en el caso de los demás argumentos filosóficos comunes antes de que los filósofos se tomaran en serio la idea de la igualdad para los animales, también este constituye un aviso de la facilidad con que no solo la gente normal, sino también los especialistas en el discurso moral, se pueden volver víctimas de la ideología imperante. Pero ahora estoy encantado de informar de que la filosofía por fin ha dejado caer la venda ideológica tras la que se escondía. Muchos cursos universitarios actuales de ética retan a sus estudiantes a que se replanteen sus actitudes ante diversos temas éticos, y entre ellos la situación moral de los animales no humanos ocupa un lugar destacado. Hace quince años tuve que buscar mucho para hallar un puñado de referencias de filósofos académicos sobre el tema de la situación de los animales; hoy podría haber llenado todo este libro con un informe de lo que ha sido escrito sobre este asunto durante los últimos quince años. Hay artículos sobre cómo tratar a los animales en casi todas las colecciones estándar de lecturas utilizadas en cursos de ética aplicada. Lo que ahora es difícil encontrar son las suposiciones complacientes e incuestionadas sobre la insignificancia moral de los animales no humanos.

De hecho, a lo largo de estos quince años la filosofía académica ha desempeñado un papel principal en el apoyo y el fomento del Movimiento de Liberación Animal. La magnitud de esta actividad se puede comprobar en la reciente bibliografía de Charles Magel sobre libros y artículos acerca de los derechos de los animales y temas afines. Desde la Antigüedad hasta comienzos de los años setenta, Magel tan solo encuentra 95 obras dignas de mención y, de estas, solo dos o tres se deben a filósofos profesionales. En los siguientes dieciocho años, sin embargo, Magel ha localizado 240 obras sobre los derechos de los animales, muchas de ellas escritas por filósofos que imparten sus enseñanzas en universidades[426]. Además, las obras publicadas son solo una parte de la historia; en departamentos de filosofía de Estados Unidos, Australia, Gran Bretaña, Canadá y muchos otros países, los filósofos están instruyendo a sus estudiantes sobre la situación moral de los animales. Muchos de ellos también trabajan con grupos de activistas para lograr un cambio en los derechos de los animales, tanto en la universidad como fuera de ella.

Obviamente, los filósofos no son unánimes respecto al apoyo al vegetarianismo y la liberación animal (aunque ¿cuándo han sido unánimes respecto a algo?). Pero incluso aquellos filósofos que han criticado algunas de las posturas de sus colegas en favor de los animales han aceptado elementos importantes de la petición de cambio. Por ejemplo, R. G. Frey, de la Universidad Estatal de Bowling Green de Ohio, que ha escrito más oponiéndose a mis puntos de vista que cualquier otro filósofo, comienza uno de sus artículos indicando llanamente: «No soy un antiviviseccionista...». Pero a continuación reconoce que:

Ni tengo ni conozco nada que me permita decir, a priori, que una vida humana de cualquier calidad, por muy baja que sea, es más valiosa que la de cualquier animal de cualquier calidad, por alta que esta sea.

Como resultado, Frey reconoce que «el argumento antiviviseccionista es mucho más importante que lo que la mayoría de las personas admite». Concluye que si intentamos justificar los experimentos con no humanos por los beneficios que producen (que es, en su opinión, la única manera en que esta práctica se puede justificar), no hay razón intrínseca alguna por la que tales beneficios no justificaran también los experimentos en «humanos cuya calidad de vida sea excedida o igualada por la de los animales». Por tanto, está aceptando los experimentos con animales cuando los beneficios son lo bastante importantes, pero solo al precio de aceptar la posibilidad de experimentos similares con humanos[427].

Aún más dramático fue el cambio de opinión del filósofo canadiense Michael Allen Fox. En 1986, la publicación de su libro *The Case for Animal Experimentation* [Justificación de la experimentación con animales] pareció asegurarle un lugar preeminente en las conferencias especializadas como principal defensor filosófico de la industria de la investigación animal. Sin embargo, las compañías farmacéuticas y los grupos de presión que defienden los experimentos con animales, que pensaron que por fin tenían un filósofo domesticado que podrían usar para defenderse contra la crítica ética, debieron de desilusionarse cuando, de pronto, Fox negó su propio libro. En respuesta a una reseña muy crítica publicada en *The Scientist*, Fox escribió una carta al editor diciendo que estaba de acuerdo con el crítico: había comprendido que las argumentaciones de su libro eran erróneas, y que no era posible justificar la experimentación con animales bajo el prisma de la ética. Más tarde, Fox continuó con su valiente cambio de opinión volviéndose vegetariano[428].

El auge del Movimiento de Liberación Animal puede ser único entre las causas sociales modernas, en la medida en que se ha vinculado con el desarrollo del tema como materia de discusión en los círculos de filosofía académica. Al considerar la posición de los animales no humanos, la propia filosofía ha sufrido una notable transformación: ha abandonado el cómodo conformismo del dogma aceptado y ha regresado a su antiguo papel socrático.

La esencia de este libro consiste en la afirmación de que discriminar a unos seres solo en virtud de su especie es una forma de prejuicio, tan inmoral e indefendible como lo es la discriminación basada en la raza. No me he contentado simplemente con aseverar este hecho ni con exponerlo como si se tratara de mi opinión personal, con la que los demás pueden o no estar de acuerdo. Lo he defendido con *argumentos*, apelando a la razón más que a las emociones o a los sentimientos. He elegido este camino no porque no sea consciente de la importancia de la compasión y los sentimientos de respeto hacia otras criaturas, sino porque la razón es más universal y su reclamo, indiscutible. Así como admiro enormemente a aquellos que han eliminado el especismo de sus vidas,

simplemente porque su generoso interés por los demás se extiende hasta abarcar a todas las criaturas sintientes, no creo en la eficacia de invocar la compasión y la generosidad como única medida para convencer a la mayoría de la gente de la injusticia del especismo. Incluso tratándose de otros seres humanos, las personas son sorprendentemente aficionadas a limitar sus simpatías a gentes de su misma nación o raza. Aun así, casi todo el mundo está preparado, al menos teóricamente, para escuchar la voz de la razón. Sin duda, hay quien coquetea con un subjetivismo excesivo en cuestiones de moralidad y sostiene que cualquier planteamiento moral es válido; pero cuando se presiona a estas mismas personas para que se pronuncien sobre si la moralidad de Hitler o la de los comerciantes de esclavos es tan válida como la de Albert Schweitzer o la de Martin Luther King, se dan cuenta de que, después de todo, creen que algunas son mejores que otras.

Así pues, me he servido de la argumentación racional a lo largo de todo el libro. A menos que se pueda echar abajo el argumento central de esta obra, hay que reconocer que el especismo está mal y esto significa que, si nos tomamos en serio los problemas de la moral, debemos intentar eliminar las prácticas especistas de nuestras propias vidas y oponernos a ellas dondequiera que nos las encontremos. De no hacerlo nos quedaremos sin base para criticar, sin caer en la hipocresía, el racismo o el sexismo.

En general, he evitado el punto de vista de que debemos ser compasivos con los animales porque la crueldad con ellos acaba generando crueldad con los humanos. Quizá sea cierto que la compasión por los humanos y por otros animales vayan unidas frecuentemente; pero, en cualquier caso, decir que esta es la verdadera razón por la que debemos ser compasivos con los animales, como dijeron santo Tomás y Kant, es una postura profundamente especista. Debemos considerar los intereses de los animales porque tienen intereses y porque es injustificable excluirlos de la esfera de preocupación moral; hacer que esta consideración dependa de las consecuencias beneficiosas que puedan resultar para los humanos es aceptar implícitamente que los intereses de los animales no son en sí mismos suficientes para que los tengamos en cuenta.

Del mismo modo, he evitado una discusión extensa sobre si un régimen vegetariano es más sano que uno que incluye carne de animal. Hay muchos datos que sugieren que sí lo es, pero yo me he contentado con mostrar que un vegetariano puede esperar encontrarse al menos tan sano como alguien que come carne. Si se va más allá de estas afirmaciones, es difícil que, si posteriores investigaciones demostraran que una alimentación que incluya carne es aceptable para la salud, las razones para hacerse vegetariano no se vengán, aparentemente, abajo. Desde el punto de vista de la liberación animal, sin embargo, siempre que podamos vivir sin provocar sufrimiento a los animales, eso será lo que debemos hacer.

Creemos que la causa de la liberación animal es convincente desde el punto de vista lógico y que no se puede refutar; pero, en la práctica, derrocar el especismo es una labor de titanes. Hemos visto que sus raíces históricas penetran profundamente en la conciencia de la sociedad occidental. Hemos comprobado que la eliminación de las actividades especistas amenazaría los intereses de las grandes corporaciones de la agroindustria y de las asociaciones profesionales de investigadores y veterinarios. Cuando lo consideran necesario, estas grandes sociedades y organizaciones están dispuestas a desembolsar millones de dólares en defensa de sus intereses y a bombardear al público con propaganda que niega las alegaciones de malos tratos. Además, muchas personas tienen —o creen tener— interés en continuar la actividad especista de criar y matar animales para alimentarse, y esto les predispone a aceptar las afirmaciones de que, al menos en este sector, hay poca crueldad. La gente también está dispuesta a aceptar formas engañosas de razonar, del tipo que hemos visto en este capítulo, que no consideraría ni por un momento si no fuera porque estas falacias parecen justificar su dieta preferida.

Contra estos viejos prejuicios, poderosos intereses creados y hábitos adquiridos, ¿puede acaso hacer algo el Movimiento de Liberación Animal? Aparte de razón y moralidad, ¿tiene alguna otra cosa a su favor? Hace diez años no existía una base concreta para esperar que sus argumentos prevalecieran, aparte de la confianza en la victoria final de la razón y la moralidad. Desde entonces, ha tenido lugar un enorme crecimiento en el número de seguidores del movimiento, en su visibilidad pública y, lo más importante, en la lista de ventajas conseguidas para los animales. Hace diez años, el Movimiento de Liberación Animal se consideraba una locura y el número de socios de grupos con una filosofía verdaderamente liberacionista era mínimo. Hoy, People for the Ethical Treatment of Animals (PETA) cuenta con 250.000 miembros, y la Humane Farming Association, que emprende fuertes campañas contra los cajones para ternera, tiene 45.000[429]. Trans-Species Unlimited ha pasado de ser un diminuto grupo con una oficina en el centro de Pennsylvania a convertirse en una organización nacional con sucursales en Nueva York,

Nueva Jersey, Filadelfia y Chicago. La Coalición para la Abolición de las Pruebas Draize y LD50 reúne a grupos que defienden los derechos de los animales y de protección animal con un número de socios combinados que se cuenta en millones. En 1988, la liberación animal logró algo que se ha convertido en una insignia de reconocimiento: un respetuoso artículo de fondo en *Newsweek*[\[430\]](#).

Hemos señalado algunas de las ventajas conseguidas para los animales conforme surgieron en nuestra discusión de determinados temas, pero vale la pena agruparlas. Incluyen la prohibición de encajonar a las terneras en Gran Bretaña y la desaparición de las jaulas en batería en Suiza y los Países Bajos, así como una legislación de mayor alcance en Suecia, donde se eliminarán los cajones de las terneras, las jaulas en batería, los establos de cerdas y todos los demás mecanismos que evitan que los animales se muevan libremente. También se declarará ilegal mantener ganado sin permitir que pascen en el campo durante los meses cálidos. La campaña mundial contra la industria peletera ha tenido gran éxito al reducir enormemente la cantidad de pieles vendidas, sobre todo en Europa. En Inglaterra, el blanco de la protesta contra las pieles fue la importante cadena de grandes almacenes House of Fraser. En diciembre de 1989 anunció que cerraba los salones peleteros en 59 de sus 60 tiendas, dejando tan solo una en Harrods, el famoso almacén de Londres, que acabó también por cerrar finalmente.

En Estados Unidos aún no se ha conseguido ningún beneficio para los animales de granja, pero varias series de experimentos especialmente cuestionables se han cancelado. El primer éxito se alcanzó en 1977, cuando una campaña dirigida por Henry Spira persuadió al Museo Americano de Historia Natural para que acabara con una serie de inútiles experimentos que consistían en mutilar gatos a fin de investigar los efectos que esto tenía sobre sus vidas sexuales[\[431\]](#). En 1981, el activista de liberación animal Alex Pacheco publicó las terribles condiciones en que se encontraban diecisiete monos en el Instituto de Investigación de Conducta Edward Taub, en Silver Springs, Maryland. Los Institutos Nacionales de Salud cortaron la subvención de Taub, que pasó a ser el primer convicto de crueldad en Estados Unidos, aunque la condena se retiró después sobre unas bases técnicas que eximían a los experimentadores que recibían subvenciones federales procedentes de impuestos de obedecer las leyes estatales anticrueldad[\[432\]](#). Aun así, el caso proporcionó cobertura nacional a un grupo incipiente llamado People for the Ethical Treatment of Animals, que en 1984 dirigió sus esfuerzos hacia los experimentos del doctor Thomas Gennarelli, que provocaba heridas en las cabezas de los monos en la Universidad de Pennsylvania. A raíz de la publicación de unas extraordinarias cintas sobre los abusos cometidos con los animales, rodadas por los propios experimentadores y que el Frente de Liberación Animal robó del laboratorio en una incursión nocturna, le fue retirada la subvención a Gennarelli[\[433\]](#). En 1988, después de meses de manifestaciones por Trans-Species Unlimited, un investigador de la Universidad de Cornell renunció a una subvención de 530.000 dólares para estudiar la adicción a los barbitúricos mediante el empleo de gatos[\[434\]](#). Aproximadamente en la misma época, Benetton, la cadena de moda italiana, anunció que no continuaría sus pruebas de seguridad para nuevos cosméticos y artículos de baño con animales. Benetton había sido el blanco de una campaña internacional, coordinada por People for the Ethical Treatment of Animals, que implicaba a liberacionistas animales de siete países. Noxell Corporation, un fabricante de cosméticos americano, no había sido objeto de tal campaña, pero decidió por su cuenta basarse en cultivos de tejidos para determinar si sus productos pueden dañar el ojo humano, en lugar de realizar pruebas Draize con conejos. La decisión de Noxell fue parte de un movimiento continuo en busca de alternativas por parte de las principales corporaciones de cosmética, artículos de tocador y farmacéuticas, iniciadas y constantemente agujoneadas por la Coalición para la Abolición de las Pruebas Draize y LD50[\[435\]](#). Muchos años de duro trabajo obtuvieron su recompensa en 1989, cuando Avon, Revlon, Fabergé, Mary Kay, Amway, Elizabeth Arden, Max Factor, Christian Dior y varias firmas pequeñas anunciaron que estaban terminando con —o al menos suspendían— toda experimentación animal. En ese mismo año, la Comisión Europea, responsable de las pruebas de seguridad en diez naciones de la Unión Europea, anunció que aceptaría alternativas a las pruebas LD50 y Draize, e invitó a todas las naciones de la OCDE (grupo que incluye a Estados Unidos y Japón) a que trabajasen para desarrollar pruebas de seguridad alternativas comunes. Tanto la prueba Draize como la LD50 han sido ya prohibidas por la regulación gubernamental en Victoria y Nueva Gales del Sur, los estados más poblados de Australia y en los que más experimentación con animales se ha realizado[\[436\]](#).

En Estados Unidos está aumentando mucho el interés por el tema de la disección en los institutos de bachillerato. La férrea resistencia de una estudiante de bachillerato californiana, Jenifer Graham (y su insistencia en que no bajasen sus notas por su objeción

de conciencia), llevó a que en 1988 se aprobase la Declaración de Derechos de los Estudiantes de California, que confiere a los estudiantes de escuelas primarias y secundarias el derecho a negarse a diseccionar animales sin sufrir castigos. Hoy en día se están introduciendo leyes similares en Nueva Jersey, Massachusetts, Maine, Hawái y otros estados.

Conforme los logros del movimiento alcanzan mayor visibilidad y apoyo, el número de personas que ponen su granito de arena aumenta cada vez más. Los músicos de rock han contribuido a que circule el mensaje de la liberación animal. Artistas de cine, modelos y diseñadores de moda han prometido no usar pieles. El éxito internacional de la cadena Body Shop ha conseguido que los cosméticos elaborados sin recurrir a la crueldad con los animales sean más atractivos y accesibles. Los restaurantes vegetarianos están proliferando, e incluso los no vegetarianos ofrecen platos vegetarianos. Todo esto facilita al recién llegado unirse a quienes ya hacen lo que pueden para limitar el sufrimiento de los animales en su vida diaria.

No obstante, la liberación animal necesitará un altruismo mayor por parte de los seres humanos que cualquier otro movimiento de liberación. Los animales son incapaces de exigir su propia liberación, o de protestar mediante votaciones, manifestaciones o boicots contra su condición. Los seres humanos tienen el poder de continuar oprimiendo siempre a otras especies, o hasta que hagamos que este planeta se vuelva inhabitable para los seres vivos. ¿Continuará nuestra tiranía, confirmándose así que somos los tiranos egoístas que los poetas y filósofos más cínicos han pensado siempre que somos? ¿O nos alzaremos ante el desafío y demostraremos nuestra capacidad para comportarnos con auténtico altruismo, poniendo fin a la cruel explotación de las especies en nuestro poder, no porque nos veamos forzados a ello por rebeldes o terroristas, sino porque reconozcamos que nuestra postura es moralmente indefendible?

La forma en que respondamos a esta pregunta dependerá de cómo cada uno de nosotros la responda individualmente.

## BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

### BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- BEKOFF, Marc, *The Emotional Lives of Animals: A Leading Scientist Explores Animal Joy, Sorrow, and Empathy-and Why They Matter*, New World Library, Nueva York, 2008. Un científico explora la vida emocional de los animales y por qué no debemos tratarlos como lo hacemos.
- , *Encyclopedia of Animal Rights and Animal Welfare*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1998. Una valiosa obra de referencia. Está prevista la publicación de una edición revisada.
- CAVALIERI, Paola, *The Animal Question: Why Nonhuman Animals Deserve Human Rights*, Oxford University Press, Nueva York, 2001. Un breve, pero sólidamente argumentado, estudio para otorgarles derechos a los animales.
- DAWN, Karen, *Thanking the Monkey: Rethinking the Way We Treat Animals*, Harper, Nueva York, 2008. Una mirada fresca, viva y entretenida sobre el movimiento animalista actual y los problemas que plantea.
- DEGRAZIA, David, *Animal Rights: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2002. Un resumen de los temas más importantes en 120 páginas.
- GODLOVITCH, Stanley, Godlovitch, Roslind y Harris, John (eds.), *Animals, Men and Morals*, Grove, Nueva York, 1974. Una colección de artículos que abrieron camino.
- GOMPertz, Lewis, *Moral Inquiries on the Situation of Man and of Brutes*, Londres, 1824. Una de las primeras propuestas cuidadosamente argumentadas a favor de un cambio radical en la actitud hacia los animales.
- GRUEN, Lori, Singer, Peter y Hine, David, *Animal Liberation: A Graphic Guide*, Camden Press, Londres, 1987. Una breve historia popular ilustrada del Movimiento de Liberación Animal en la teoría y en la práctica.
- MIDGLEY, Mary, *Animals and Why They Matter*, University of Georgia Press, 1984. Una profunda exposición sobre la importancia que tiene la diferencia entre las especies.
- RACHELS, James, *Created from Animals: The Moral Implications of Darwinism*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1990. Explica las implicaciones morales, aún no reconocidas, de la teoría de la evolución respecto a nuestro trato a los animales.
- REGAN, Tom, *Empty Cages*, Rowan and Littlefield, Lanham, Maryland, 2004. Un popular estudio de la defensa de los derechos animales.
- y Singer, Peter (eds.), *Animal Rights and Human Obligations*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1989. Una antología de escritos, antiguos y modernos, de ambas posturas.
- ROLLIN, Bernard, *The Unheeded Cry*, Oxford University Press, Oxford, 1989. Amenísimo relato sobre los intentos de negar sentimientos a los animales y por qué fracasan.
- RYDER, Richard D., *Animal Revolution: Changing Attitudes Towards Speciesism*, Blackwell, Oxford, 1989. Un estudio histórico de las cambiantes actitudes hacia los animales, que hace énfasis en las dos últimas décadas, por un importante pensador y activista del periodo.
- SALT, Henry, *Animal's Rights Considered in Relation to Social Progress*, Society for Animal Rights, Clarks Summit, Pennsylvania; Centaur Press/State Mutual Book, Fontwell, Sussex, 1985. (Primera edición, 1892). Un viejo clásico.
- SAPONTZIS, Steve, *Morals, Reason and Animals*, Temple University Press, Filadelfia, 1987. Un análisis filosófico detallado de los argumentos sobre la liberación animal.
- SINGER, Peter, *Ethics into Action: Henry Spira and the Animal Rights Movement*, Rowan and Littlefield, Lanham, Maryland, 1998. Enseñanzas del activista más efectivo de Estados Unidos (movimiento animalista de las décadas de 1970 y 1980).
- (ed.), *In Defense of Animals: The Second Wave*, Blackwell, Oxford, 2006. Ensayos escritos especialmente para la ocasión por activistas y pensadores líderes.
- THOMAS, Keith, *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England 1500-1800*, Allen Lane, Londres, 1983. Estudio exhaustivo pero muy ameno de las actitudes hacia los animales durante este periodo.

TURNER, E. S., *All Heaven in a Rage*, Michael Joseph, Londres, 1964. Historia informativa y muy entretenida del movimiento de protección animal.

WYNNE-TYSON, J. (ed.), *The Extended Circle: A Commonplace Book of Animal Rights*, Paragon House, Nueva York, 1988 y Penguin, Londres, 1989. Cientos de historias cortas escritas por pensadores humanitarios a lo largo de los años.

#### LOS ANIMALES EN LA INVESTIGACIÓN

NUFFIELD COUNCIL ON BIOETHICS, *The Ethics of Research Involving Animals*, Nuffield Council on Bioethics, Londres, 2005. Pese a que la conclusión del informe puede ser puesta en duda, contiene mucha información relevante.

ROLANS, F. Barbara, *In The Name of Science: Issues in Responsible Animal Experimentation*, Oxford University Press, Nueva York, 1993. Una mirada a las cuestiones científicas y morales.

ROWAN, Andrew, *Of Mice, Models and Men: A Critical Evaluation of Animal Research*, State University of New York Press, Albany, 1984.

RYDER, Richard, *Victims of Science*, Centaur Press/State Mutual Book, Fontwell, Sussex, 1983. Sigue estando entre las mejores obras generales sobre la experimentación con animales.

SHARPE, Robert, *The Cruel Deception*, Thorsons, Wellingborough, Northants, Reino Unido, 1988. El argumento científico contra la experimentación con animales, esgrimiendo que suele ser irrelevante para los avances en la medicina y que en ocasiones conduce inequívocamente a la confusión.

#### ANIMALES DE GRANJA Y LA INDUSTRIA CÁRNICA

BAUR, Gene, *Farm Sanctuary: Changing Hearts and Minds About Animals and Food*, Touchstone, Nueva York, 2008. La historia de Farm Sanctuary, un poderoso defensor y un refugio para animales de granja rescatados.

BRAMBELL, F. W. R. (presidente), *Report of the Technical Committee to Enquire into the Welfare of Animals Kept Under Intensive Livestock Husbandry Systems*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1965. Informe de la primera investigación gubernamental detallada sobre las granjas industriales.

DAVIS, Karen, *Prisoned Chickens, Poisoned Eggs*, Book Publishing Company, Summertown, Tennessee, 1996. Una mirada desde el interior de la industria aviar y huevera.

DAWKINS, Marian, *Animal Suffering: The Science of Animal Welfare*, Routledge, Chapman and Hall, Nueva York, 1980. Un razonamiento científico sobre las formas de medir objetivamente el sufrimiento animal.

HARRISON, Ruth, *Animal Machines*, Vincent Stuart, Londres, 1964. El libro que inició la campaña contra las granjas industriales.

MASON, Jim y Singer, Peter, *Animal Factories*, Crown, Nueva York, 1980. Las implicaciones para la ecología, la salud y el bienestar animal de la granja-factoría, con una impresionante colección de fotografías.

—, *The Ethics of What We Eat*, Rodale, Nueva York, 2006. Un debate en torno a las grandes cuestiones éticas relacionadas con nuestras decisiones alimenticias.

MARKUS, Erik, *Meat Market: Animals, Ethics and Money*, Brio, Nueva York, 2005. Un análisis sin radicalismos sobre los argumentos en contra y a favor de la carne.

#### VEGETARIANISMO

AKERS, Keith, *A Vegetarian Sourcebook: The Nutrition, Ecology and Ethics of a Natural Foods Diet*, Vegetarian Press, Arlington, Virginia, 1989. Una completa recopilación de información científica actual sobre la dieta vegetariana.

GOLD, Mark, *Living Without Cruelty*, Green Print, Basingstoke, Hants, 1988. Una respuesta a todas las preguntas sobre cómo vivir sin abusar de los animales.

KAPLEAU, Roshi P., *To Cherish all Life: A Buddhist View of Animal Slaughter and Meat Eating*, The Zen Center, Rochester, Nueva York, 1981. Por un eminente budista americano.

LAPPÉ, Frances Moore, *Diet for a Small Planet*, Ballantine, Nueva York, ed. 10.º aniv.,

1985. En este libro se cuestiona la producción cárnica desde el punto de vista ecológico.
- MARCUS, Erik, *Vegan Guide*, Vegan.com, Santa Cruz, California, 2009. Todo lo que hay que saber acerca de hacerse vegano.
- ROBBINS, John, *Diet for a New America: How your Food Choices Affect your Health, Happiness and the Future of Life on Earth*, Stillpoint, Wallpole, New Hampshire, 1987. El autor reúne una gran cantidad de datos contra el consumo de productos animales.
- WYNNE-TYSON, Jon, *Food for a Future: How World Hunger Could be Ended by the Twenty-first Century*, Thorsons, Wellingborough, Northants, Reino Unido, ed. rev., 1988. Argumentación vegetariana sobre bases ecológicas y humanitarias.

#### VIDA SALVAJE

- AMORY, Cleveland, *Man Kind?*, Dell, Nueva York, 1980. Una áspera crítica de la guerra contra la vida salvaje.
- BOSTOCK, Stephen, *Zoos and Animal Rights*, Routledge, Londres, 1993. Acerca de la ética de tener animales en zoos.
- MCKENNA, Virginia, Travers, Will y Wray, Jonathan J. (eds.), *Beyond the Bars*, Thorsons, Wellingborough, Northants, Reino Unido, 1980. Conjunto de ensayos sobre zoos y temas afines, especialmente la conservación de la vida salvaje.
- PETERSON, Dale, *Eating Apes*, University of California Press, Berkeley, California, 2003. Sobre las amenazas a nuestros parientes más cercanos. Fotografías conmovedoras de Karl Ammann.
- REGENSTEIN, Lewis, *The Politics of Extinction*, Macmillan, Nueva York, 1975. Relato sobre cómo hemos llevado a diversas especies a la extinción y seguimos haciéndolo.

## AGRADECIMIENTOS

Es normal agradecer la colaboración de quienes han prestado su ayuda para escribir un libro, pero en este caso he contraído deudas de un tipo especial que requieren un breve comentario.

En el otoño de 1970 yo era un estudiante de posgrado en la Universidad de Oxford. Aunque me había especializado en filosofía moral y social, no se me había ocurrido —como a casi nadie— que nuestras relaciones con los animales planteasen un serio problema moral. Sabía, por supuesto, que se trataba cruelmente a algunos animales, pero suponía que eran abusos accidentales y no una indicación de algo fundamentalmente injusto.

Mi complacencia se turbó cuando conocí a Richard Keshen, también estudiante de Oxford y vegetariano. En una comida le pregunté por qué no comía carne y empezó a contarme las condiciones en que había vivido el animal cuyo cuerpo estaba comiendo yo. Por medio de Richard y de su mujer, Mary, mi mujer y yo nos hicimos amigos de Roslind y Stanley Godlovitch, también vegetarianos que estudiaban filosofía en Oxford. A través de las largas conversaciones que tuvimos los cuatro —especialmente con Roslind Godlovitch, quien había elaborado su postura ética con bastante detalle— me convencí de que comiendo animales estaba participando en una forma de opresión sistemática de mi propia especie sobre otras. Las ideas centrales de este libro se derivan de aquellas conversaciones.

Llegar a una conclusión teórica es una cosa, y ponerla en práctica es otra. Sin la ayuda y el aliento que me proporcionó Renata, mi mujer, que estaba tan convencida como yo de que nuestros amigos tenían razón, es posible que aún siguiera comiendo carne, aunque con remordimientos de conciencia.

La idea de escribir un libro surgió de la respuesta entusiasta a mi reseña del libro *Animals, Men and Morals* (editado por Stanley y Roslind Godlovitch y por John Harris) que apareció publicada en *The New York Review of Books* (5 de abril de 1973). Agradezco a los editores de *The New York Review* la publicación de esta reseña no solicitada de un libro cuyo tema no está de moda. La reseña, sin embargo, no se habría convertido en un libro sin el estímulo y la ayuda de los siguientes colaboradores:

Eleanor Seiling, de la United Action for Animals, Nueva York, me dio acceso a la exclusiva colección de documentos que posee su organización sobre experimentos con animales; los resúmenes de informes de experimentadores de Alois Acowitz me permitieron hallar lo que necesitaba en una fracción del tiempo que hubiera empleado de otra forma.

Richard Ryder tuvo la generosidad de prestarme el material que había reunido para su propio libro, *Victims of Science*.

Joanne Bower, de la Farm and Food Society de Londres, me proporcionó información sobre las condiciones de los animales de granja en Inglaterra.

Kathleen Jannaway, de la Vegan Society of the United Kingdom, me ayudó a localizar informes sobre las cualidades nutritivas de las plantas alimenticias.

John Norton, del Animal Rescue League de Boston, y Martha Coe, de los Argus Archives de Nueva York, me proporcionaron materiales sobre el transporte y la matanza de animales en Estados Unidos.

The Scottish Society for the Prevention of Vivisection me ayudó a obtener fotografías de experimentos con animales.

Dudley Giehl, de Animal Liberation, Inc., Nueva York, me permitió utilizar el material que había recogido sobre granjas de explotación intensiva y vegetarianismo.

Alice Herrington y Joyce Lambert, de Friends of Animals, Nueva York, me ayudaron de diversas maneras, y Jim Mason, de la misma organización, me preparó las visitas a las granjas de explotación intensiva.

La invitación a participar en calidad de profesor visitante en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Nueva York durante el año académico 1973/1974 me proporcionó una atmósfera agradable y un enclave ideal para investigar y escribir; mis colegas y estudiantes me aportaron valiosos comentarios y críticas. También tuve ocasión de someter mis puntos de vista sobre los animales al escrutinio crítico de los estudiantes y profesores de los departamentos de filosofía de las siguientes universidades: Brown

University, Fordham University, Long Island University, North Carolina State University en Raleigh, Rutgers University, State University of New York en Brockport, State University of New York en Stony Brook, Tufts University, University of California en Berkeley, University of Miami y Williams College, así como la Yale Law School, y a los asistentes a un encuentro de la Society for Philosophy and Public Affairs de Nueva York. Los capítulos 1 y 6 de este libro se han beneficiado mucho de las discusiones que siguieron a mis charlas.

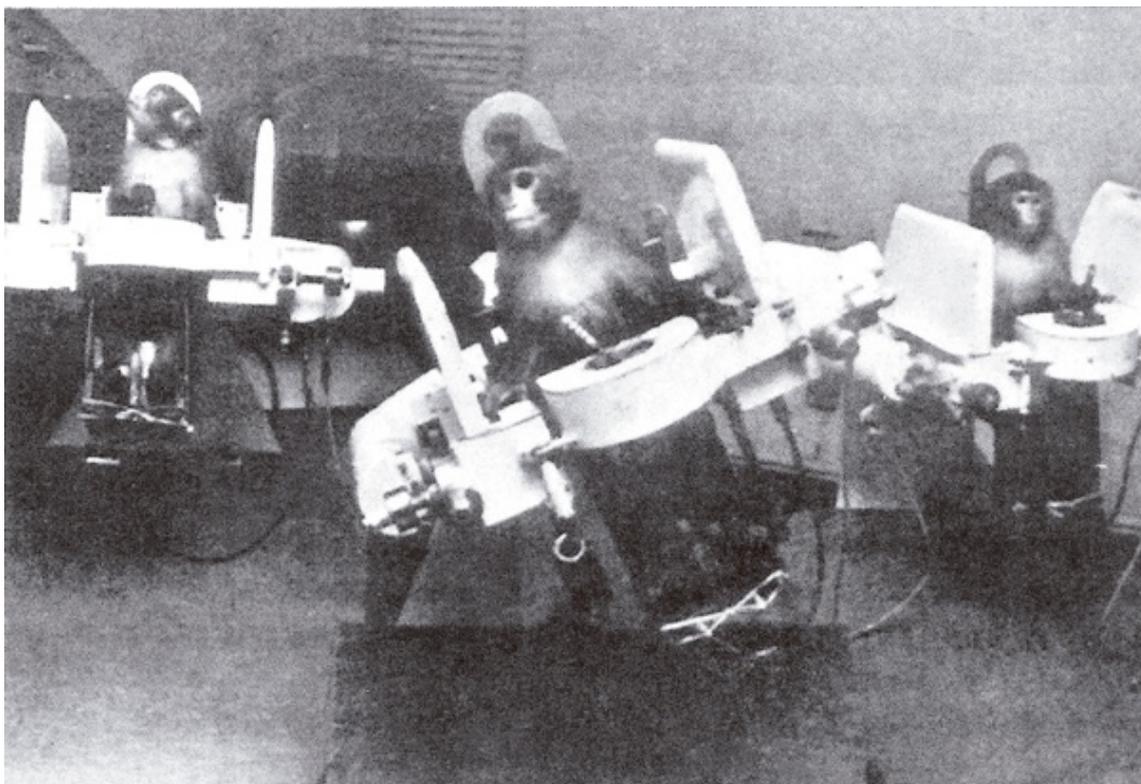
Por último, he de agradecer a los editores de *The New York Review of Books* su apoyo a este libro, especialmente a Robert Silvers, cuyo sabio consejo editorial ha mejorado considerablemente el manuscrito original. Solo me queda añadir que la responsabilidad ante cualquier defecto es exclusivamente mía.

Tanta gente, de todo el mundo, ha contribuido a preparar esta edición revisada que seguramente alguno quedará sin mención, por lo cual solo puedo pedir disculpas. A veces la ayuda consistía en la lectura de borradores, otras veces en el envío de material para que me pudiera mantener al día de lo que estaba sucediendo en muchos otros países. He aquí una lista que no sigue ningún orden concreto: Don Barnes y Melinda Moreland, de la National Anti-Vivisection Society (Estados Unidos); Alex Hershaft, de Farm Animal Reform Movement; MacDonald White y Ann St. Laurent, de United Action for Animals; Joyce D'Silva y Carol Long, de Compassion in World Farming; Clare Druce y Violet Spalding, de Chicken's Lib; Henry Spira, de Animal Rights International; Brad Miller, de la Humane Farming Association; Kim Stallwood y Carla Bennet, de People for the Ethical Treatment of Animals; Peter Hamilton, de Lifeforce; Maria Comninou, de la Ann Arbor Association for Responsible Animal Treatment; George Cave, de Trans-Species Unlimited; Paola Cavalieri, de *Etica & Animali*, en Milán; Birgitta Carlsson, de la Swedish Society Against Painful Experiments on Animals; Detlef Fölsch, del Institute of Animal Sciences, Swiss Federal Institut of Technology; Charles Magel, John Robbins, Richard Ryder, Clive Hollands y Jim Mason.

Debo especial agradecimiento a Lori Gruen, que trabajó como una especie de coordinadora en Estados Unidos, recogiendo nuevo material y ayudándome a poner al día los capítulos sobre experimentación y granjas industriales. También hizo valiosas sugerencias a un borrador del libro completo. Por su parte, Lori desea dar las gracias, además de a los anteriormente mencionados, a las siguientes personas que le facilitaron información: Diane Halverson, del Animal Welfare Institute; Avi Magidoff, Jeff Diner y Martin Stephens, cuyo trabajo sobre aspectos de la experimentación con animales en Estados Unidos resultó de un valor incalculable, y Ken Knowles y Dave Macauley.

Mis revisiones al capítulo sobre granjas industriales fueron mejoradas por el trabajo que, con tremenda dedicación y una erudición impecable, realizaron Suzanne Pope y Geoff Russell para un informe de la Australian and New Zealand Federation of Animal Societies. Mis comentarios sobre peces y pesca se vieron mejorados por otro brillante informe, el de Patty Mark para Animal Liberation (Victoria).

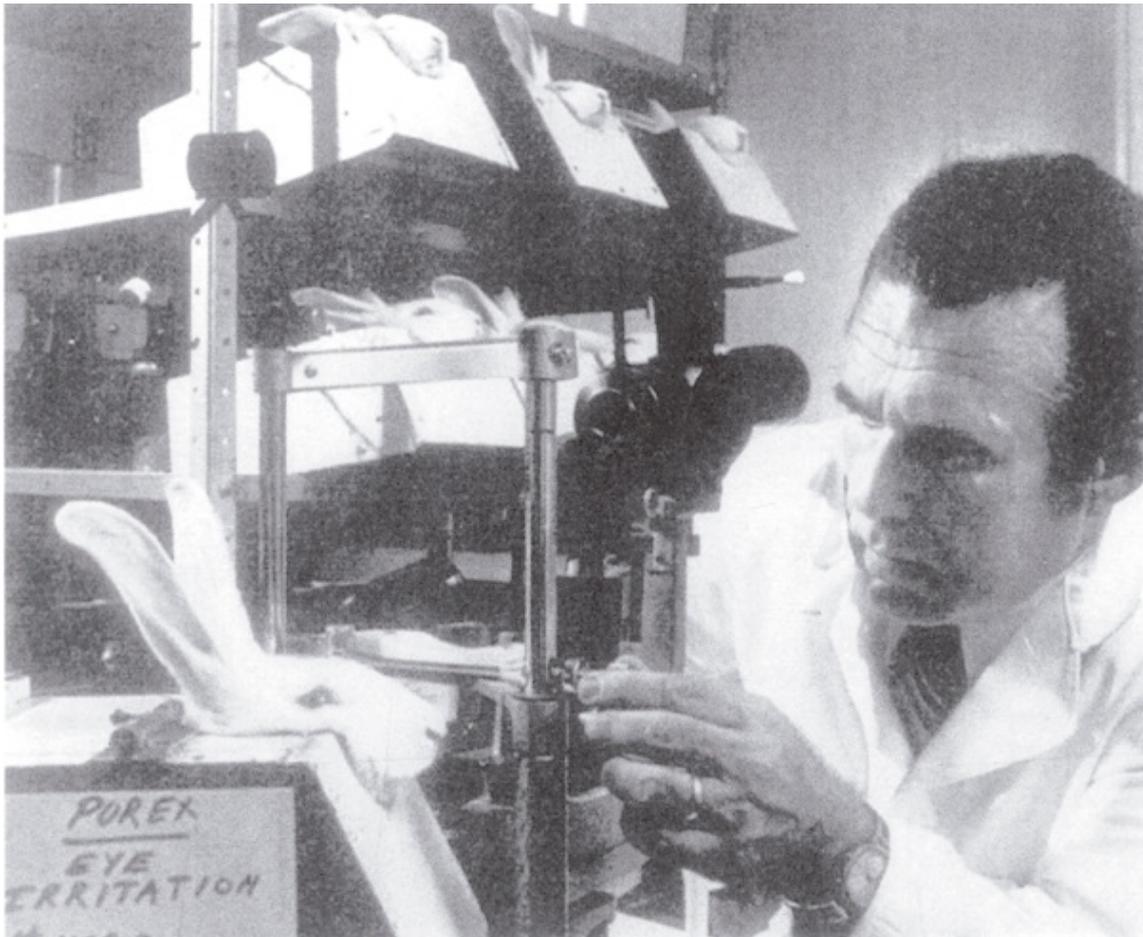
Por último, de nuevo debo mucho a *The New York Review of Books*: a Robert Silvers, por su apoyo a la idea de una nueva edición y por emplear su habilidad crítica en el proceso de realizarla; a Rea Hederman, que dirigió las muchas facetas de la publicación, y a Neil Gordon, que supervisó la impresión con un cuidado exquisito y atención al detalle.



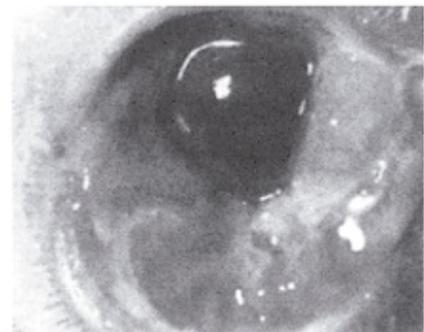
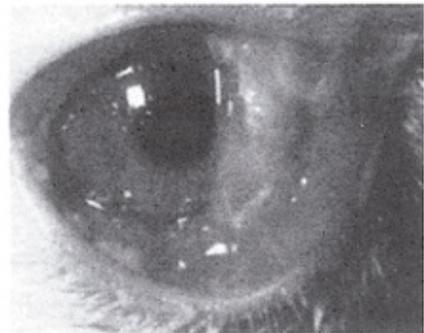
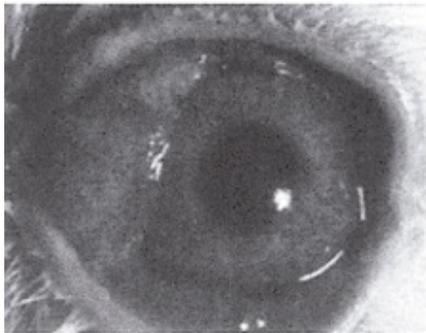
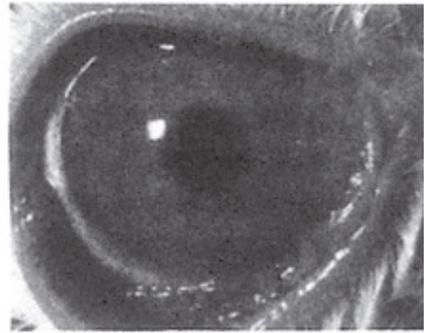
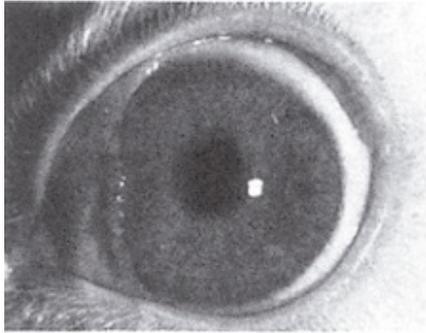
1. En la base aérea de Brooks, en Texas, se entrena a monos mediante descargas eléctricas para que mantengan estas plataformas niveladas por medio de comandos que simulan el vuelo de los bombarderos de las Fuerzas Aéreas. Después son gaseados e irradiados para averiguar cuánto tiempo pueden mantener las plataformas niveladas bajo las condiciones simuladas de un ataque químico o nuclear. Véanse las primeras páginas del capítulo 2.



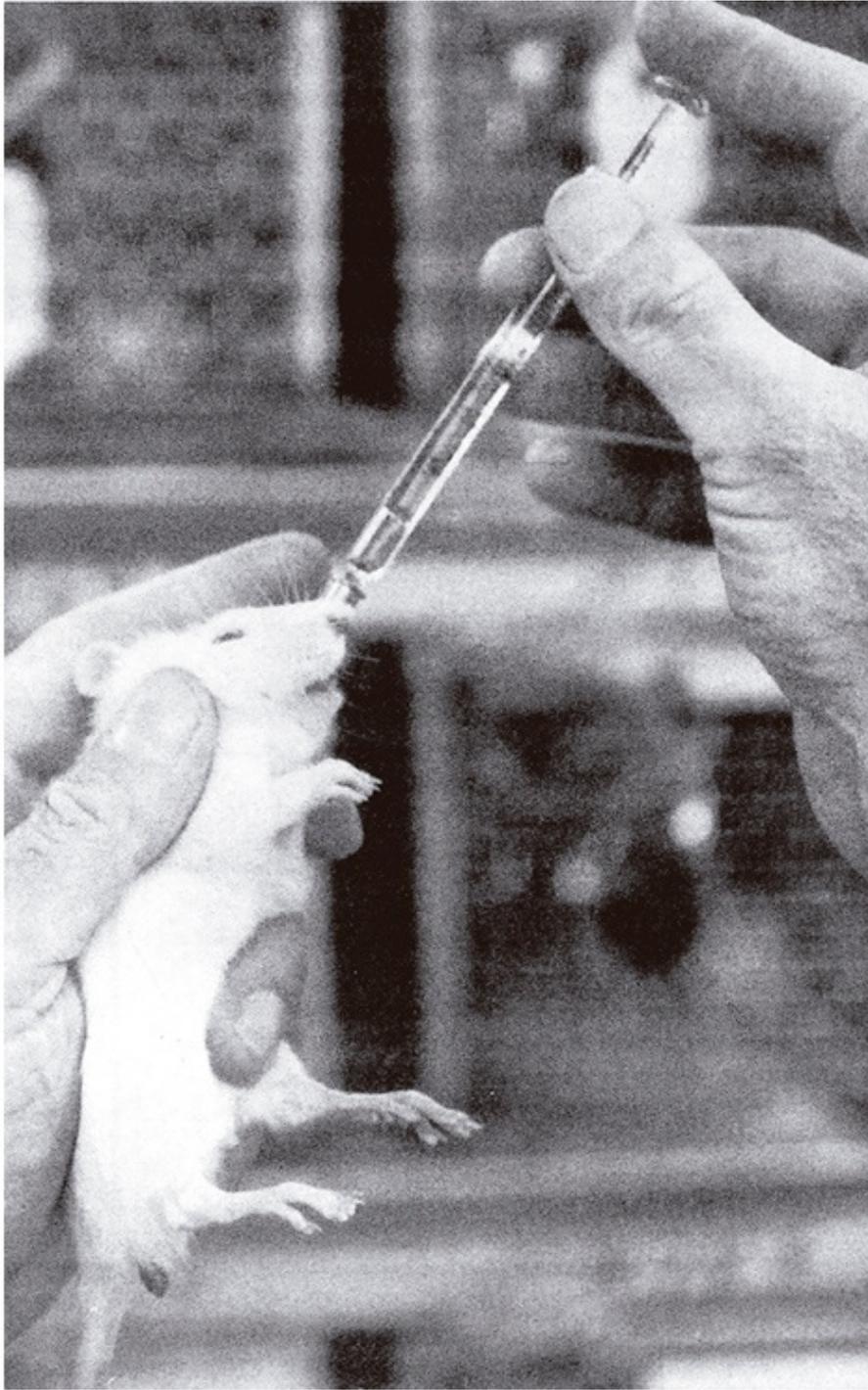
2. Un mono rhesus confinado en una jaula giratoria en el Instituto de Investigaciones Radiológicas de las Fuerzas Armadas, en Bethesda, Maryland, donde se lleva a cabo una investigación militar sobre la dosis letal de radiación de neutrones-gamma. Los primates son entrenados mediante descargas eléctricas para que hagan girar una manivela a una velocidad de entre 1,6 y 8 km/h. Después de un periodo de condicionamiento de ocho semanas, los monos son irradiados y puestos a prueba otra vez con la manivela hasta que mueren. La investigación compara la pauta de actuación de cada mono antes y después de ser expuesto a una radiación letal. Véanse las páginas finales del capítulo 1 y las primeras del 2. (Foto de Henry Spira)



3. Para determinar la irritación ocular que podría causar un detergente, se aplica directamente ese detergente en pasta sobre los ojos de los conejos, a los que se deja vendados para que la pasta haga reacción. Los conejos inmovilizados son almacenados en estanterías (como puede verse al fondo) durante varias horas. Como los conejos no pueden llorar para enjuagar el detergente de los ojos, sufren una irritación mucho mayor que la que podría experimentar un ser humano. (UPI / Foto del Archivo Bettmann)



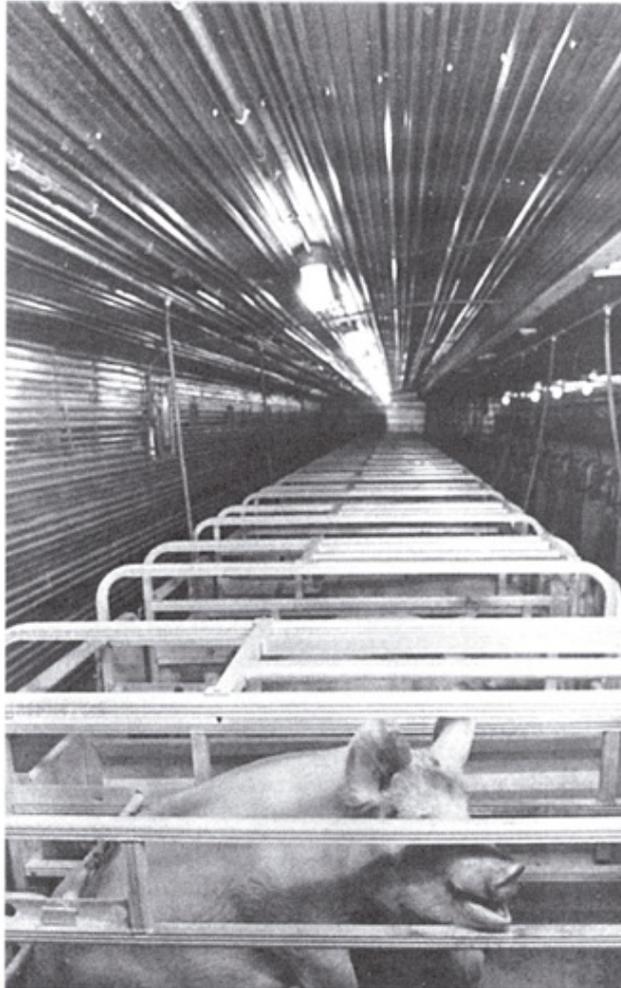
4. Las fotografías muestran los efectos de los irritantes introducidos en los ojos de los conejos como parte de la prueba Draize. Están tomadas de la *Guía ilustrada para clasificar la irritación ocular causada por sustancias peligrosas* de la Comisión para la Seguridad de los Productos de Consumo. Según la introducción de esta publicación, su objetivo es «ayudar al entrenamiento del personal de laboratorio [...] y contribuir así a una interpretación más uniforme de los resultados obtenidos cuando se experimenta con una sustancia de acuerdo con el método oficial». En otras palabras, se espera que el personal del laboratorio ponga en los ojos de los conejos sustancias que puedan causar irritación, esperen un tiempo que puede variar entre unas horas y una semana, y después juzguen la irritación que pueden causar esas sustancias comparando los ojos de los conejos con estas fotos.



5. Este ratón es parte de un grupo que está pasando la prueba LD50. Los ratones ingerirán a la fuerza la sustancia que se examina (quizá un colorante alimenticio o un aditivo sintético para dar sabor) hasta que la mitad del grupo muera envenenado. Véase capítulo 2.



6. Primer plano de una jaula en la Granja Avícola de Somerset, en Victoria, Australia. Había siete gallinas en esta jaula de 45 centímetros cuadrados. (Foto de Patty Mark)



7. Durante el embarazo, las cerdas permanecen confinadas en jaulas tan pequeñas que no pueden darse la vuelta ni caminar hacia delante o hacia atrás. (Foto de Jim Mason y J. A. Keller, del libro *Animal Factories*)



8. Después de su encierro durante el embarazo, a menudo las cerdas son inmovilizadas desde el momento de dar a luz hasta el destete de los lechones. (Foto de Jim Mason y J. A. Keller, del libro *Animal Factories*)



9. Una línea de producción que lleva los pollos vivos al matadero de una planta procesadora. (Foto de Jim Mason y J. A. Keller, del libro *Animal Factories*)



10. Esta ternera estabulada pasará toda su vida confinada en esta estrecha jaula para que sus anémicos músculos permanezcan tiernos hasta que la descuarticen. Para poder tumbarse, estas terneras tienen que encorvarse hasta lograr encajar sus piernas en un establo de 55 cm. (Foto cortesía de Humane Farming Association)

## ÍNDICE DE REFERENCIAS

aborto  
Academia Nacional de Ciencias (Estados Unidos)  
Acta de los Animales (Procedimientos Científicos)  
Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio (Estados Unidos)  
AFRRI. *Véase* Instituto de Investigación de Radiobiología de las Fuerzas Armadas (Estados Unidos)  
agroindustria  
Agustín, san  
Alemania nazi  
almas  
alternativas:  
    a experimentos en animales  
    a productos  
*American Scientist*  
American Veal Association  
Animal Welfare Act (Estados Unidos)  
animales de laboratorio  
animales salvajes:  
    captura  
    en televisión  
    experimentos con  
Aristóteles  
Arnold, Thomas  
asnos  
Asociación Americana del Corazón  
Asociación Americana de Medicina Veterinaria  
Asociación Americana de Psicología  
Asociación de Criadores de Animales de Laboratorio  
Asociación Médica Británica  
ASPCA (Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad con los Animales)  
Aspin, Les  
Association of the British Pharmacy Industry  
Australia:  
    y el Código de Práctica  
aves:  
    comportamiento social de las  
    experimentos con  
    legislación  
    y san Francisco de Asís  
Avon

ballenas  
Baltimore, David  
Barnes, Donald  
beagles:  
    experimentos con  
    protesta pública  
bebés:  
    comparados con animales  
    con daños cerebrales  
    humanos  
Bedichek, Roy  
Bentham, Jeremy  
Bergh, Henry  
Biblia

Bloomer, Amelia  
boicot  
Brambell, F.W. Rogers:  
  informe y comité  
Bristol-Myers  
British Agricultural and Food Research Council  
British Farm Animal Welfare Council  
Brophy, Brigid  
Brown, Lester  
Bruno, Giordano  
Butler, Samuel  
Buxton, Fowell

caballos  
Cámara de Representantes (Estados Unidos)  
cáncer  
canguros  
Canning, George  
carne:  
  defensa de comer  
  niños y  
  terminología. *Véase también* sacrificio  
castigos:  
  en experimentos  
castración  
*Catálogo completo de ratas*  
catolicismo romano  
cazadores  
cepos  
cerdos:  
  castración de  
  corte del rabo del  
  criados para consumo  
  «doncella de hierro»  
  en jaulas  
  experimentos con  
  hembras  
  sacrificio del  
  «síndrome de estrés porcino»  
Charles River Breeding Laboratory  
Chávez, César  
Chesterfield, Lord  
chimpancés:  
  experimentos con  
  lenguaje  
China, cocina y comida en  
choque electroconvulsivo  
científicos, actitudes de los  
ciervos  
circos  
cobayas  
colorantes alimenticios probados en animales  
Columbus Instruments  
Comité de Agricultura (Cámara de los Comunes británica)  
Comité de Ética de la Experimentación Animal  
Compassion in World Farming  
«complementariedad proteica»  
conejos:  
  como plaga  
  cría intensiva  
  experimentos con  
Consejo Americano de Ciencia y Salud  
Consejo para la Protección de los Animales de Granja (británico)

control mundial de enfermedades  
cordero, carne de  
corridas de toros  
cosméticos  
crema de cacahuete  
cría de animales de laboratorio  
cría de animales para consumo. *Véanse también* cerdos; granjas; peces; pollos; terneros;  
    vacuno  
cristianismo  
Cronin, G.  
crustáceos  
cuero

Darwin, Charles  
Dawkins, Marian  
Declaración de Derechos de los Estudiantes de California  
delfines  
Deneau, Gerald  
Departamento de Agricultura (Estados Unidos):  
    y actividades agrícolas  
Departamento de Defensa (Estados Unidos)  
derechos:  
    humanos  
derechos de la mujer  
    líderes del movimiento. *Véase también* sexismo  
Descartes, René  
discapacitados humanos  
disección  
dolor, teoría sobre la capacidad de sentir:  
    lenguaje  
    plantas. *Véase también* sufrimiento mental  
Downstate Medical Center  
Draize, Coalición para la Abolición de la Prueba  
Draize, J. H.  
Draize, prueba de  
drogas:  
    adictivas  
    probadas en animales

ecología  
Ejército americano  
esclavitud:  
    animal  
    Aristóteles y la  
    humana  
Escuela de Medicina Aeroespacial de las Fuerzas Aéreas (Estados Unidos)  
especies carnívoras  
especismo  
«esposos» animales  
Estados Unidos:  
    Congreso de  
    Gobierno de  
    grupos de presión en. *Véase también* legislación sobre animales  
estrés:  
    en cerdos  
    en el transporte  
    estudiantes  
    granjas de huevos y  
    inducido por experimentos  
Eton College  
eutanasia  
evolución, teoría de la

Farber, Theodore M.  
Farm Animal Welfare Council  
*Farm Animals* (Hallmark)  
*Farmer & Stockbreeder* (revista)  
*Farmer's Weekly* (revista)  
«fiebre del transporte»  
Flamm, Gary  
focas  
fondos para investigación  
Food and Drug Administration  
Fox, Michael Allen  
Francisco de Asís, san  
Franklin, Benjamin  
Frente de Liberación Animal  
Fuerza Aérea americana  
Fuerza Aérea de Brooks, base de la. *Véase también Proyecto X*  
Fundación Nacional de Ciencias (Estados Unidos)

gallinas ponedoras:  
  corte del pico  
  en plantas de producción de huevos  
  jaulas para  
  «muda provocada». *Véase también pollos*  
Gallo, Robert  
ganado. *Véanse* terneros; vacas lecheras; vacuno  
Gandhi  
gatos:  
  experimentos con  
  leyes  
  y sociedades de bienestar animal  
gay, comunidad  
Gee, B. H.  
Geer, James  
Génesis  
genética, ingeniería  
Gennarelli, Thomas  
Gobierno británico  
Goldsmith, Oliver  
Gompertz, Lewis  
Goodall, Jane (*En la senda del hombre*)  
Graham, Jenifer  
granjas:  
  agrícolas  
  en libros infantiles  
  «fábrica» de huevos  
  y sociedades para el bienestar animal.  
  *Véase también* Brambell: informe y comité  
grano:  
  despilfarro de  
  proteína del  
Grecia antigua  
Greely, Horace  
Greyhound Corporation  
grupos políticos de presión  
Grzimek, Bernhard

Hainsworth, Alan  
Haley, Fred C.  
hámsteres  
Harlow, Harry F.

Harrison, Ruth (*Animal Machines*)  
Harvard Bioscience  
Heim, Alice  
Heller Institute of Medical Research (Israel)  
hemorragia  
Hillman, Harold  
hinduismo  
Hitler, Adolf  
Holanda:  
cerdos en  
contaminación del agua en  
granjas de jaulas en batería  
ternera en  
hormonas de crecimiento bovino (BST)  
Houghton Poultry Research Station  
huevos:  
como fuente de proteínas  
gallinas en libertad  
nutrición  
Humane Farming Association  
Humane Society of the United States  
humanismo  
humano/a(s):  
derechos  
dignidad  
igualdad  
moralidad. *Véase también* bebés  
Hume, David  
Hungría, personas centenarias en  
Huntingdon Research Institute  
Hurnick, J. Frank  
Huxley, T. H.

Iglesia Católica Romana  
igualdad  
Ilustración  
impuestos  
India, cocina:  
experimentos con animales  
instinto  
instituciones de investigación  
Institute of Laboratory Animal Resources-National Research Council  
Instituto de Investigación Médica de Enfermedades Contagiosas del Ejército (Estados Unidos)  
Instituto de Investigación de Medicina Medioambiental del Ejército (Estados Unidos)  
Instituto de Investigación de Radiobiología de las Fuerzas Armadas (Estados Unidos)  
Instituto Nacional de Salud Mental (NIMH)  
Institutos Nacionales de Salud (Estados Unidos)  
inteligencia  
investigación académica  
Isaías, profeta

jabones  
jaulas:  
para animales salvajes  
para cerdos  
para gallinas ponedoras  
para monos  
para pollos  
Jefferson, Thomas  
Jesús  
John Hancock Mutual Life Insurance

Johns Hopkins Center for Alternatives to Animal Testing (Baltimore)  
*Journal of Comparative and Physiological Psychology*  
*Journal of the American Veterinary Medical Association*

judíos:

Antiguo Testamento  
sacrificio ritual

Julius Goldman's Egg City

K. G. Medical College (India)

Kamin, L.

Kant, Immanuel

Kramer, Larry

laboratorios, conocimiento público de los  
lana

Lappé, Francés Moore

LD50 (dosis letal 50%)

leche:

industria de la  
nutrición

sustitutos vegetarianos de la  
y vegetarianismo

Lecky, W.E.H.

legislación sobre animales en el siglo XIX:

en Estados Unidos

en Gran Bretaña

lenguaje:

de derechos

jerga científica

Leonardo da Vinci

Ley Federal del Sacrificio Humanitario (Estados Unidos)

liberación negra. *Véase también* racismo

libertad, condiciones en

libros, animales en

lobos

Lorenz, Konrad

madres:

de los cerdos

de los monos

de los terneros

separación de

Magel, Charles

Maier, Steven

mandriles:

experimentos con

maniqueos

Martin, Richard

mascotas

Mason, W. A.

matar:

animales

eutanasia

maldad de. *Véase también* sacrificio

Mauldin, Joseph

McKeown, Thomas (*The Role of Medicine*)

McKinley, J. B. y S. M.

medio ambiente

Michelet

Milgram, Stanley

Ministerio de Agricultura (británico)

moluscos  
*Monitor* (revista)  
monos, experimentos con:  
  psicológicos  
  transplantes. *Véanse también* chimpancés; mandriles  
Montaigne, Michel de  
movimientos de liberación  
muerte por hambre mundial  
mundo:  
  bosques húmedos del  
  control de enfermedades en el  
  escasez de alimentos en el  
musulmanes:  
  sacrificio ritual

National Association for Biomedical Research  
*National Geographic Magazine*  
National Institute of Environmental Health Sciences  
National Institute of Poultry Husbandry (británico)  
National Institute on Drug Abuse  
National Pork Producers' Council  
National Society for the Prevention of Cruelty to Children (británico)  
naturaleza  
*Nature* (revista)  
nazismo:  
  experimentos médicos y  
negros:  
  Jefferson y la esclavitud de los. *Véanse también* esclavitud; liberación negra; racismo  
*New Scientist* (revista)  
*Newsweek* (revista)  
niños:  
  actitud hacia los animales de los  
  con dieta vegetariana  
  libros y cuentos sobre animales para. *Véase también* bebés  
Noxell Corporation  
Nozick, Robert  
Nueva York, legislación  
Nurmi, Paavo  
nutrición:  
  y vegetarianismo. *Véase también* «complementariedad proteica»

Oficina de Salud Animal (Australia)  
organizaciones:  
  en defensa del bienestar animal  
  esfuerzos mal dirigidos  
Orwell, George (*Rebelión en la Granja*)  
ostras  
OTA (US Congress Office of Technology Assessment)  
Overseas Development Council  
ovino, experimentos con:  
  cría de

Paarlberg, Don  
Pablo, san  
Pacheco, Alex  
Paley, William  
palomas:  
  experimentos con  
Parlamento británico:  
  siglo XIX  
  siglo XX

Parlamento Europeo  
pavos  
peces:  
  capacidad de sufrimiento  
  como alimento  
People for the Ethical Treatment of Animals. *Véase* PETA  
*Peoria Journal Star*  
PEP. *Véase* Plataforma de Equilibrio de Primates  
Perdue, Frank  
perfumes  
perros:  
  experimentos con  
  y el mecanismo «shuttlebox»  
  y sociedades para el bienestar animal  
pesca:  
  industria  
peso:  
  pérdida en el transporte  
PETA (People for the Ethical Treatment of Animals)  
piel, pruebas en la  
pieles  
pieles producidas en granjas:  
  castración  
  cepos  
  cuernos  
  sacrificio  
  transporte  
*Pig Farming* (revista)  
Pío IX, papa  
Pitágoras  
plagas:  
  pesticidas probados  
plantas:  
  dolor  
  leche de  
  proteína. *Véanse también* grano; vegetales  
Plataforma de Equilibrio de Primates (PEP)  
pollos:  
  corte del pico  
  de engorde  
  hacinamiento de los  
  jaulas para  
  jerarquía social en los. *Véanse también* aves; gallinas ponedoras  
Pope, Alejandro  
Port-Royal, seminario  
Poultry Research Centre (británico)  
*Poultry Science*  
*Poultry Tribune*  
*Poultry World*  
Primate Research Center de California  
Primate Research Center de Madison  
privación materna. *Véase* madres: separación de  
producción de huevos  
Protection of Birds Act  
Provimi, Inc.  
*Proyecto X* (película)  
psicología:  
  experimentos con animales  
público:  
  actitud del  
  conocimiento del  
  protesta del  
Pure Food and Drug Act (Estados Unidos)

queso

Rabbit Research Center de la Universidad del Estado de Oregón

racismo

radiación:

experimentos

ranas

ratas:

experimentos con

plaga de

ratones:

experimentos con

plaga de

Rawls, John (*Una teoría de la justicia*)

refugios de animales silvestres

Reite, Martin

religión:

cristianismo

hinduismo

judaismo

sacrificio ritual

toda vida es sagrada

Renacimiento

reptiles

Revlon

rodeos

Roma, el circo en la antigua

Rose, Murray

Rosenthal, S. M.

Rosenthal, T.

Rousseau, Jean-Jacques

Rowan, Andrew

Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals (RSPCA)

sabuesos. Véase beagles

Sackett, Gene

sacrificio

Saint George, David

Salt, Henry S.

salud

Schopenhauer, Arthur

*Science*

Scott, Dave

Scottish Farm Buildings Investigation Unit

Scruggs, C. G.

Seiling, Eleanor

Seligman, Martin

sentimiento

Servicio de Salud Pública (Estados Unidos)

sexismo

Shames, Ben

Shaw, George Bernard

*shocks*

«shuttlebox», mecanismo

sida

Sidgwick, Henry

síndrome de muerte aguda (ADS)

Singer, Isaac Bashevis

Smith, Alderman C.

Smith, Christopher

Smith, P.

Smithfield (Gwaltney)  
Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales (Roma)  
sociedades:

para el bienestar animal

soja:

sustituir otros nutrientes por

Solomon, R.

Spira, Henry

Stanton, Elizabeth Cady

Stone, Lucy

Suecia:

bienestar animal en

sacrificio ritual en

sufrimiento. Véase dolor

sufrimiento mental

Suiza

Suomi, Stephen

tabaco

talidomida

Taub, Edward

Taylor, Thomas (*A Vindication of the Rights of Brutes*)

terneras/os:

transporte de

y suministro de proteína

Texas, ganado en

*The Guardian*

*The Lancet*

*The Progressive Farmer*

*The Times*

*The Vealer*

Thorpe, W. H.

TNT

tofu (cuajada de alubia china)

Tolstoy, León

Tomás de Aquino, santo

tortura

transporte de ganado:

fiebre del

Trans-Species Unlimited

trasplantes

Truth, Sojourner

*Turkey World*

Ulrich, Roger

United Action for Animals (Nueva York)

United Egg Producers

Universidad de California

Universidad de Edimburgo

Universidad de Harvard

Universidad de Melbourne

Universidad de Pennsylvania

Universidad de Rochester

Universidad de Wageningen (Países Bajos)

Universidad de Washington (Centro de Primates)

Universidad de Yale

universidades:

raciocinio en los experimentos. Véase también académica, investigación

US Congress Office of Technology Assessment (OTA)

US Fish and Wildlife Service

US Naval Medical School

vacas lecheras  
vacuno:  
  ganado  
  inseminación artificial  
  marcado  
veganos:  
  libro de cocina  
vegetales:  
  cocina con  
vegetarianismo:  
  comer fuera  
  efectos sociales  
  proteína  
  y la salud  
  y los niños  
velas  
Veterans Administration Hospital (Pittsburgh)  
veterinarios  
vida:  
  santidad de la  
VIH (virus del sida)  
Vilcabamba (Ecuador), valle de  
visones

Walter Reed Army Institute of Research  
Wasserstrom, Richard  
Wells, Dick  
Whelan, Elizabeth  
White, Robert J.  
Wilberforce, William  
Wittgenstein, Ludwig  
Wollstonecraft, Mary (*Vindicación de los derechos de la mujer*)  
Wood, H. C.  
Wynne, L.

Zagury, Daniel  
zoos

## **APÉNDICE**

## ACERCA DEL AUTOR:

### Peter Singer en sus propias palabras

#### RAÍCES

«Mi familia procedía de Viena. Mis padres eran judíos, así que, cuando los nazis se hicieron con Austria en 1938, decidieron marcharse tan pronto como pudiesen. Desafortunadamente, mis abuelos no se marcharon a tiempo y todos fueron enviados a los campos. Tres de ellos murieron allí. Mi abuela sobrevivió milagrosamente y vino a Australia el mismo mes que yo nací, en 1946. Crecí en una agradable casa de las afueras de Hawthorn».

*Talking Heads* (ABC-TV, Australia), 28 de mayo de 2007

«Existe una terrible y trágica ironía en el hecho de que mi abuelo (un erudito de la época antigua y miembro del círculo cercano a Freud) pasase toda su vida intentando comprender a sus iguales, los seres humanos, y sin embargo fracasase al no tomarse lo suficientemente en serio la amenaza que sobrecogió a la comunidad judía de Viena y que tuvo como resultado, finalmente, la pérdida de su propia vida. ¿Tenía mi abuelo, quizá, demasiada confianza en la razón humana y en los valores humanistas a los que dedicó su vida? ¿Fue esto lo que le rindió, incapaz de concebir que estos valores pudiesen acabar completamente pisoteados, tanto como para permitir que la barbarie volviese a barrer toda Europa? Estas preguntas conducen a un pensamiento desconcertante. Puesto que mi propia vida, en igual medida que la de mi abuelo, se sostiene sobre la premisa de la posibilidad de que la razón y los valores éticos universales jueguen un papel significativo en el mundo, ¿puede que yo comparta el mismo delirio que mi abuelo?».

*Pushing Time Away: My Grandfather and the Tragedy of Jewish Viena* (Ecco, 2003)

#### LA DÉCADA DE LOS SESENTA

«Estaba la guerra de Vietnam, y el reclutamiento, que dio pie al movimiento pacifista, y este nos hizo sentir que realmente podíamos tener un impacto sobre la política y los asuntos morales de mayor importancia. Había nuevas ideas radicales en el ambiente. Bob Dylan, Joan Baez, los Beatles y los Rolling Stones eran novedad. Se introdujo el anticonceptivo oral, en una época sin sida... ¿Qué más puedes querer para que la vida sea emocionante?»

*Weekend Australian*, 26 de febrero de 2005

#### CONTROVERSIA

«Casi todo lo que pensamos acerca de cómo tratamos a los animales está mal, y no simplemente mal de una forma menor y colateral, sino fundamentalmente mal, del mismo modo que, por ejemplo, lo que se pensaba acerca de los afroamericanos en Mississippi en 1820 estaba fundamentalmente mal. Era evidente que sugerir que deberíamos dar un giro drástico al modo en que pensamos acerca de los animales, que deberíamos empezar a aceptar que no tenemos ningún derecho a utilizarlos como un medio para nuestros fines tan solo porque nos conviene hacerlo, iba a ser, obviamente, muy controvertido».

National Public Radio (Estados Unidos), 11 de diciembre de 1999

«En 1999, Renata (mi esposa) y yo dejamos Australia y nos fuimos a vivir a Estados Unidos. Tuve un recibimiento bastante agradable por parte de la universidad [Princeton], pero lo desagradable del asunto fue que la información acerca de mis puntos de vista dio el salto a numerosas páginas web de derechas y de cristianos conservadores y tanto el rector de la universidad como yo empezamos a recibir amenazas de muerte, y en Estados Unidos tienes que tomarte eso en serio, puesto que cualquiera puede adquirir una pistola,

así que, sí, teníamos cierta protección».

*Talking Heads* (ABC-TV, Australia), 28 de mayo de 2007

El *Philadelphia Inquirer* describió la investidura de Singer así: «Gritando “aún no estamos muertos”, personas minusválidas abandonaron sus sillas de ruedas y subieron arrastrándose por las escaleras de piedra del edificio administrativo de la Universidad de Princeton para protestar ayer contra la primera clase del profesor de bioética Peter Singer».

22 de septiembre de 1999

«Mis ideas [acerca de la eutanasia] no son únicas y es algo extraño que el ataque haya sido tan minuciosamente enfocado hacia mí cuando hay otros filósofos con ideas similares que ya están impartiendo clase en Estados Unidos... Creo que en parte se debe a que escribo claramente y sin jerga, puesto que quiero atraer a un público amplio. Pero no creo que mis puntos de vista sean tan radicales como para que me encuentre aislado».

*South China Morning Post* (Hong Kong), 2 de enero de 2000

«Es mejor ser un poco rotundo y conseguir que la gente piense acerca de lo que está haciendo. Al menos así logramos tener un debate frente a frente».

*Boston Globe*, 27 de julio de 1999

#### REACCIÓN PÚBLICA A LA RELACIÓN DEL JUGADOR DE FÚTBOL AMERICANO MICHAEL VICK CON LAS PELEAS DE PERROS

«Lo que es de lamentar es que la gente solo reaccione con tanta fuerza ante asuntos como este cuando se trata de perros. Si algo similar hubiese pasado con cerdos o gallinas, seguramente la reacción hubiera sido menor. A mí eso me parece un error. Creo que los cerdos sufren tanto como los perros y, en términos de lo que les hacemos en general a los cerdos en este país, sufren mucha más crueldad que los perros, puesto que hay un gran número de ellos en granjas en condiciones horribles. Ahí está la incongruencia. No es que haya un exceso en la reacción al asunto de Vick, sino que hay una falta de reacción a lo que está pasando en otros lados».

*New Republic*, 29 de agosto de 2007

#### DOPAJE

«El problema no está en los atletas, sino en nosotros mismos. Nosotros les damos ánimos. Les aclamamos cuando ganan. Y pese a lo obvio que pueda ser el uso de drogas, no dejamos de ver el Tour de Francia. Quizá deberíamos apagar la televisión y subirnos a nuestras propias bicis».

*Project Syndicate*, agosto de 2007

#### DONACIONES

«Estadounidenses acomodados que dan, digamos, un 10 por ciento de sus ingresos a organizaciones de ayuda internacional están tan por delante de la mayoría de sus conciudadanos igualmente acomodados que yo no me esforzaría en ir a reprenderles por no estar haciendo más. Aun así, deberían estar haciendo mucho más».

*Una vida ética* (Taurus, 2002)

#### ÉTICA

«Mi ética surge de la consideración que le doy a las consecuencias de mis actos sobre todos aquellos que se ven afectados por ellos. Estoy dispuesto a decir que, en cierto modo, mi ética es una especie de “regla de oro”. La idea de pensar “¿cómo te gustaría que te lo hiciesen a ti?” es fundamental para mi sentido de la ética, ya que creo que de eso mismo trata la ética. Se trata de ir más allá de uno mismo para mirar el efecto que estás teniendo sobre los demás».

*60 Minutes II* (CBS), 20 de febrero de 2002

## VIVIR UNA VIDA ÉTICA

«Es realmente muy difícil actuar en todo momento sobre principios éticos, y yo desde luego no soy un ejemplo de ello. Me quedo corto, y eso me hace, quizá, bastante tolerante con otra gente que se queda corta de la misma forma o de maneras diferentes, ya me entiendes. A lo largo de mi vida he conocido a mucha gente. Hay muy muy pocos de quienes yo realmente pudiese decir que están viviendo una vida completamente ética, porque creo que la verdadera, la realmente ética, es una vida muy exigente».

*Talking Heads* (ABC-TV, Australia), 28 de mayo de 2007

## LIBERACIÓN ANIMAL

«Era algo realmente bastante novedoso y no me sorprendió suscitar actitudes de incredulidad y hasta ridiculizantes».

*USA Today*, 7 de marzo de 1990

## EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN ANIMAL

«Puede que suene anticuado, pero realmente creo firmemente en el uso de la razón y la argumentación. Creo que la existencia del movimiento hoy en día da bastantes motivos para el optimismo acerca de que la gente pueda ser movida por la argumentación. Esto significa que no tenemos que ser completamente cínicos y pensar que todo funciona por el interés propio o las emociones... Este es un movimiento en el que los filósofos han jugado un papel central, discutiendo con la gente, atacando prejuicios y utilizando la evidencia para zanjar cuestiones. Y esto ha influido a millones de personas».

*Chicago Tribune*, 26 de marzo de 1990

## LA DESIGUALDAD DE INGRESOS

«Cuando pagamos a la gente salarios altos por programar ordenadores y salarios bajos por limpiar oficinas, estamos, en efecto, pagándoles más por tener un alto cociente intelectual, y esto significa que estamos pagando a alguien en función de algo determinado parcialmente antes de que naciese y casi completamente determinado antes de que alcanzase la edad en la que uno es responsable de sus actos. Desde el punto de vista de la justicia y la utilidad, hay algo equivocado en todo esto».

*Ética práctica* (segunda edición, 1999)

## MORALIDAD

«La moralidad no es una cuestión de adherirse estrictamente a reglas de las que desviarse un palmo constituye una tragedia. Es más bien una cuestión de intentar lograr buenos resultados».

*South China Morning Post* (Hong Kong), 2 de enero de 2002

## ACTIVISMO

«Hay circunstancias, también en democracia, en las que está moralmente bien desobedecer la ley, y la cuestión de la liberación animal nos muestra buenos ejemplos de tales circunstancias. Si el proceso democrático no está funcionando adecuadamente, si repetidas encuestas de opinión confirman que una aplastante mayoría se opone a diversos tipos de experimentación y, sin embargo, el Gobierno no toma ninguna medida efectiva para parar dichos experimentos, si a la mayoría de la gente se le impide saber qué está pasando en granjas industriales y laboratorios, entonces puede que las acciones ilegales sean la única vía para socorrer a los animales y para obtener pruebas de lo que está ocurriendo. Mi preocupación no está relacionada con el hecho mismo de quebrantar la ley, sino con la posibilidad de que la confrontación se vuelva violenta, pasando a un clima de polarización en el que el razonamiento se hace imposible y los animales mismos resultan ser las víctimas. La polarización entre los activistas animalistas, por un lado, y los granjeros industriales y algunos investigadores, por el otro, puede que sea inevitable. Sin

embargo, acciones que involucren al público en general, o acciones violentas que provoquen heridos, polarizarían a la comunidad como un todo... Es vital que el Movimiento de Liberación Animal evite el círculo vicioso de la violencia».

*Una vida ética* (Taurus, 2002)

#### PASATIEMPOS

«Cuando no estoy trabajando me gusta salir, así que a Renata y a mí nos gusta dar caminatas. También me ha gustado siempre la playa: el *bodysurf*, el *bodyboard*, y más recientemente he empezado a practicar el surf con una tabla normal, y también esta me ha resultado muy divertida. Simplemente me encanta estar ahí fuera entre las olas».

*Talking Heads* (ABC-TV, Australia), 28 de mayo de 2007

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1975

Este libro trata de la tiranía de los humanos sobre los no humanos, tiranía que ha causado, y sigue causando, un dolor y un sufrimiento solo comparables a los que provocaron siglos de dominio de los hombres blancos sobre los negros. La lucha contra ella es tan importante como cualquiera de las batallas morales y sociales que se han librado en años recientes.

La mayoría de los lectores pensará que lo que acaba de leer es una tremenda exageración. Hace cinco años también yo me habría reído de estas afirmaciones que hoy escribo con absoluta seriedad. Hace cinco años desconocía cosas que ahora sé. Si lee este libro con atención, especialmente los capítulos segundo y tercero, acabará sabiendo tanto como yo acerca de la opresión de los animales, al menos todo lo que se puede incluir en un libro de tamaño razonable. Podrá juzgar entonces si mi párrafo inicial es una exageración fuera de tono o una moderada valoración de una situación muy desconocida por el público general. Así pues, por el momento no le pediré que se crea este párrafo. Lo único que pido es que reserve su juicio hasta que concluya la lectura del libro.

Poco después de haber comenzado este libro, a mi mujer y a mí —vivíamos en Inglaterra por aquel entonces— nos invitó a tomar el té una señora que había oído que yo pensaba escribir una obra sobre animales. Le interesaban mucho los animales, nos dijo, y tenía una amiga que ya había escrito un libro sobre el tema y que estaría encantada de conocernos.

Cuando llegamos, la amiga de nuestra anfitriona ya estaba allí y, ciertamente, estaba deseosa de hablar de animales. «Adoro a los animales», comenzó; «tengo un perro y dos gatos, y se llevan maravillosamente bien. ¿Conoce a la señora Scott? Dirige una pequeña clínica de animales domésticos...», y se disparó. Hizo una pequeña pausa mientras se servían los refrescos, cogió un sándwich de jamón y nos preguntó qué animales domésticos teníamos nosotros.

Le respondimos que no teníamos ninguno. Nos miró sorprendida y dio un mordisco a su sándwich. Nuestra anfitriona, que ya había terminado de servir el té, se unió a nosotros e intervino en la conversación: «Pero a ustedes sí que les interesan los animales, ¿no es así, señor Singer?».

Intentamos explicarle que estábamos interesados en evitar el sufrimiento y la miseria; que nos oponíamos a la discriminación arbitraria; que considerábamos que está mal causar sufrimiento innecesario a otro ser, incluso si ese ser no pertenece a nuestra propia especie, y que sí creíamos que los humanos explotan despiadada y cruelmente a los animales y queríamos que esto dejara de ser así. Aparte de esto, dijimos, no nos «interesan» especialmente los animales. Ninguno de los dos habíamos estado excesivamente apegados a perros, gatos o caballos, como lo está mucha gente. A nosotros no nos «encantaban» los animales. Simplemente queríamos que se les tratara como seres independientes y sensibles que son, y no como medios para fines humanos, como se había tratado al cerdo cuya carne estaba ahora en los sándwiches de nuestra anfitriona.

Este libro no trata sobre mascotas. Es probable que su lectura no resulte agradable a quienes piensan que el amor por los animales no requiere más que acariciar a un gato o echar de comer a los pájaros en el jardín. Más bien, se dirige a la gente que desea poner fin a la opresión y la explotación dondequiera que ocurran y que considera que el principio moral básico de tener la misma consideración hacia los intereses de todos no se restringe arbitrariamente a los miembros de nuestra propia especie. Suponer que para interesarse por este tipo de cuestiones hay que ser un «amante de los animales» es un síntoma de que no se tiene la más ligera sospecha de que los estándares morales que los humanos nos aplicamos a nosotros mismos se podrían aplicar a otros animales. Nadie, salvo un racista que calificase a sus oponentes de «amantes de los negratos», sugeriría que para interesarse por la igualdad de las minorías raciales oprimidas hay que amar a esas minorías, o considerarlas una monada y una lindeza. Entonces, ¿por qué presuponer esto cuando se trata de gente que trabaja para mejorar las condiciones de los animales?

Definir a quienes protestan contra la crueldad hacia los animales como «amantes de los animales» —con clara connotación sentimental y emocional— ha tenido el efecto de excluir completamente el tratamiento que damos a los no humanos de todo debate político y moral serio. Es fácil advertir por qué hacemos esto. Si abordásemos seriamente el tema,

si, por ejemplo, observásemos de cerca las condiciones en que viven los animales de las «granjas industriales» modernas que producen la carne que comemos, podríamos sentirnos muy incómodos ante los bocadillos de jamón, el asado, el pollo frito y todos los otros componentes de nuestra alimentación que preferimos no considerar animales muertos.

Este libro no hace apelaciones sentimentales a la simpatía por los animales «graciosos». No me indigno más cuando se matan caballos y perros para aprovechar su carne que cuando se matan cerdos con el mismo propósito. Tampoco me siento aliviado cuando el Departamento de Defensa de Estados Unidos decide, ante las oleadas de protestas, cambiar la utilización de beagles en los experimentos con gases letales por la de ratas.

Este libro es un intento de reflexionar en profundidad, cuidadosa y consistentemente, sobre el tema de cómo debemos tratar a los animales no humanos. Su desarrollo saca a la luz los prejuicios que laten bajo nuestras actitudes y comportamientos actuales. En los capítulos que describen el significado de estas actitudes en la práctica —cómo sufren los animales por la tiranía de los seres humanos— hay pasajes que conmoverán a algunos lectores, y espero que sean sentimientos de cólera y rabia, además del propósito de hacer algo para cambiar este tipo de prácticas. No obstante, en ninguna parte del libro invoco las emociones del lector si no pueden apoyarse en la razón. Cuando se trata de describir cosas desagradables, sería deshonesto hacerlo de una forma neutral que escondiese su auténtica naturaleza. No se puede escribir objetivamente sobre los experimentos de los «doctores» de un campo de concentración nazi con aquellos a los que consideraban «subhumanos» sin conmoverse profundamente; y esto mismo se aplica a la descripción de algunos experimentos realizados con los no humanos en laboratorios de América, Inglaterra y otros lugares. Pero la justificación última para oponerse a ambos tipos de experimentos no es emocional. Apela a unos principios morales básicos que todos aceptamos, y la aplicación de estos principios a las víctimas de estos experimentos la impone la razón, no el sentimiento.

El título de este libro esconde una consideración importante. Un movimiento de liberación exige que se ponga fin al prejuicio y la discriminación basados en una característica arbitraria como la raza o el sexo. El ejemplo clásico es el movimiento de liberación de los negros. La atracción inmediata que produjo este movimiento, y su triunfo inicial aunque limitado, lo convirtieron en modelo para otros grupos oprimidos. Enseguida nos familiarizamos con la liberación gay y con los movimientos a favor de los indios americanos y de los americanos hispanoparlantes. Cuando un grupo mayoritario —las mujeres— comenzó su campaña, algunos pensaron que habíamos tocado fondo. La discriminación en virtud del sexo, se decía, constituía la última forma de discriminación aceptada universalmente y practicada sin secretos o simulaciones, incluso en los círculos liberales que desde hace tiempo se enorgullecen de carecer de prejuicios contra las minorías raciales.

Siempre deberíamos ser cautos al decir «la última forma de discriminación existente». Si algo hemos aprendido de los movimientos de liberación, debería ser lo difícil que es tomar conciencia de los prejuicios latentes en nuestras actitudes hacia ciertos grupos hasta que nos fuerzan a reconocerlos.

Un movimiento de liberación exige que ensanchemos nuestros horizontes morales. Actitudes que antes se consideraban naturales e inevitables pasan a verse como el resultado de un prejuicio injustificable. ¿Quién puede decir con sinceridad que ninguna de sus actitudes y acciones está abierta a un legítimo cuestionamiento? Si queremos evitar formar parte de los opresores, hemos de replantearnos todas nuestras actitudes hacia otros grupos, incluyendo las más fundamentales. Debemos considerarlas desde el punto de vista de quienes sufren por ellas y por las situaciones que generan en la práctica. Si somos capaces de hacer este desacostumbrado giro mental, es posible que descubramos unas pautas de comportamiento que siempre benefician al mismo grupo —habitualmente al que pertenecemos— a expensas de otro grupo. Entonces nos daremos cuenta de que hay motivos suficientes para un nuevo movimiento de liberación.

El propósito de este libro es provocar este giro mental en las actitudes y prácticas del lector con respecto a un grupo muy numeroso de seres: aquellos que no pertenecen a nuestra especie. Mi opinión es que nuestras actitudes actuales hacia estos seres se basan en una larga historia de prejuicios y discriminación arbitraria, y defiendo que no hay razón —salvo el deseo egoísta de mantener los privilegios del grupo explotador— para negarse a extender el principio básico de igualdad de consideración a los miembros de otras especies. Pido al lector que reconozca que las actitudes hacia los miembros de otras especies son una forma de prejuicio tan rechazable como los basados en la raza o el sexo de una persona.

En comparación con otros movimientos afines, el de liberación animal presenta gran cantidad de obstáculos. El primero y más obvio es el hecho de que el grupo explotado no puede autoorganizarse en protesta por el tratamiento que recibe (aunque puede protestar y lo hace lo mejor que puede de manera individual). Tenemos que alzar la voz por los que no pueden hablar por sí mismos. Podemos darnos cuenta de la importancia de este obstáculo preguntándonos cuánto habrían tenido que esperar los negros por la igualdad de derechos de no haber podido levantarse en grupo y exigirla. Cuanto menos capaz es un grupo de alzarse y organizarse contra la opresión, más fácil resulta oprimirlo.

Un hecho aún más significativo en el panorama del Movimiento de Liberación Animal es que casi todos los grupos opresores están implicados directamente en la opresión y consideran que se benefician de ella. Sin duda, pocos humanos son capaces de ver la opresión de los animales con el distanciamiento, por ejemplo, de los blancos del Norte cuando debatían sobre la institución de la esclavitud en los estados sureños de la Unión. A la gente que come a diario trozos de no humanos descuartizados le resulta difícil creer que esté haciendo algo malo, y también imaginar lo que podría comer en su lugar. A este respecto, todo aquel que come carne es parte interesada. Se está beneficiando —o al menos así lo cree— de la actual falta de consideración por los intereses de los animales no humanos. Esto vuelve más difícil la persuasión. ¿Cuántos propietarios de esclavos sureños fueron persuadidos por los argumentos que utilizaban los abolicionistas del Norte, y que hoy aceptamos la mayoría? Algunos, pero no muchos. Pido que se deje a un lado la inclinación a comer carne mientras se consideran los argumentos de este libro; pero sé por propia experiencia que esto no es fácil, aun con la mejor voluntad del mundo. Y es que, tras el simple deseo momentáneo de comer carne en una determinada ocasión, hay muchos años de costumbres que han condicionado nuestras actitudes hacia los animales.

El hábito. Esa es la barrera final a la que hace frente el Movimiento de Liberación Animal. Hay que desafiar y cambiar no solo hábitos de alimentación, sino también del pensamiento y el lenguaje. Los hábitos en nuestra manera de pensar nos hacen pasar por alto descripciones de crueldad con los animales, tachándolas de emocionales y «solo para amantes de los animales»; o, si no es así, el problema es, en todo caso, tan trivial comparado con los problemas de los seres humanos que ninguna persona sensata le concedería su tiempo y atención. Esto es también un prejuicio, porque ¿cómo se puede calificar un problema de trivial si uno no se ha parado a examinarlo? Aunque para dar al tema mayor profundidad este libro solo se ocupa de dos áreas en las que los humanos causan sufrimiento a otros animales, no creo que nadie que lo lea hasta el final piense nunca más que los únicos problemas que merecen tiempo y energía son los referentes a los humanos. Los hábitos del pensamiento que nos llevan a despreciar los intereses de los animales pueden cuestionarse, como se hace en las páginas que siguen. Este desafío tiene que expresarse mediante una lengua que, en este caso, es el inglés. La lengua inglesa, como las otras, refleja los prejuicios de los que la hablan. Por tanto, un autor que desee atacar estos prejuicios se encuentra ante un dilema bastante común: o utiliza un lenguaje que refuerza los mismos prejuicios que desea cuestionar, o fracasa en su intento de comunicarse con el público. Este libro ya se ha visto obligado a optar por la primera vía. Habitualmente, cuando usamos la palabra «animal» nos referimos en realidad a los animales no humanos, dando a entender con ello que nosotros no somos animales, y todo el que tenga unas nociones elementales de biología sabe que esto es falso.

En la acepción vulgar, el término «animal» mezcla seres tan diferentes como las ostras y los chimpancés, al tiempo que interpone un abismo entre los chimpancés y los humanos, a pesar de que nuestra relación con esos simios sea mucho más estrecha que la de estos con las ostras. Dado que no existe ningún otro vocablo corto para designar a los animales no humanos, en el título y en las páginas del libro he tenido que utilizar la palabra «animal» como si no incluyera al animal humano, un lapsus lamentable desde una perspectiva de pureza revolucionaria, pero que parece necesario para una comunicación eficaz. De cuando en cuando, sin embargo, utilizaré expresiones más largas y precisas para referirme a los que en otro tiempo se llamaban «bestias», con el fin de recordar al lector que la confusión terminológica a que me he referido antes obedece, exclusivamente, a una cuestión de conveniencia. En otros casos, también he tratado de evitar un lenguaje que tiende a degradar a los animales o a esconder la naturaleza de los alimentos que comemos.

Los principios básicos de la liberación animal son muy simples. He intentado escribir un libro claro y de fácil comprensión para personas sin ningún tipo de especialización. Aun así, se hace necesario comenzar exponiendo los principios que subyacen a mi desarrollo posterior del tema. Aunque no encierra ninguna dificultad, es posible que los lectores que no están acostumbrados a este tipo de discurso puedan encontrar bastante abstracto el

primer capítulo del libro. Este arduo comienzo no debe desanimar, ya que en los capítulos siguientes llegamos a los detalles menos conocidos de la opresión que ejerce nuestra especie sobre otras bajo su control. No hay nada de abstracto en esta opresión ni en los capítulos que tratan sobre ella.

Si se aceptan las recomendaciones que se hacen en los capítulos siguientes, se evitará un daño considerable a millones de animales. Y también saldrán beneficiados millones de humanos. Mientras yo escribo, hay gente que muere de hambre en muchas partes del mundo y muchos más corren el mismo peligro inminente. El Gobierno de Estados Unidos ha declarado que, debido a las malas cosechas y al escaso volumen de grano almacenado, solo puede proporcionar una ayuda limitada (e inadecuada); pero, tal y como deja claro el capítulo 4 de este libro, el enorme énfasis que ponen las naciones más ricas en la cría de animales para la alimentación da como resultado un despilfarro de alimentos varias veces superior a los que se producen. Si cesara la cría de animales y su sacrificio como fuente de alimento, quedaría disponible una cantidad mucho mayor de alimentos para los humanos que, distribuida adecuadamente, eliminaría del planeta la muerte por hambre y desnutrición. La liberación de los animales es, también, la liberación de los humanos.

## TREINTA AÑOS DE LIBERACIÓN ANIMAL[1]

1. La expresión «liberación animal» apareció en la prensa por primera vez el 15 de abril de 1973 en la portada de *The New York Review of Books*. Bajo ese título yo trataba sobre *Animals, Men and Morals* [Animales, hombres y moral], una colección de ensayos acerca de nuestro comportamiento con los animales, que fue editada por Stanley y Roslind Godlovitch y John Harris[2]. El artículo comenzaba con estas palabras:

Estamos familiarizados con la liberación negra, la liberación gay y una variedad de otros movimientos. Con la liberación de la mujer algunos pensaron que habíamos llegado al final del camino. La discriminación en función del sexo, se ha dicho, es la última forma de discriminación universalmente aceptada y practicada sin pretextos, incluso en esos círculos liberales que desde hace tiempo se enorgullecen de haberse liberado de la discriminación racial. Pero uno debería siempre tener cuidado al hablar de «la última forma existente de discriminación».

En el texto yo insistía en que, pese a las diferencias obvias entre los animales humanos y los no humanos, compartimos con ellos la capacidad de sufrir, y esto significa que ellos, como nosotros, tienen intereses. Si ignoramos o despreciamos sus intereses simplemente porque ellos no son miembros de nuestra especie, la lógica de nuestra postura será similar a la de los más recalcitrantes racistas o sexistas, que tienen la certeza de que a aquellos que pertenecen a su raza o sexo les corresponde un estatus moral superior, simplemente en virtud de su raza o sexo, desmereciendo otras cualidades o características. El que la mayoría de los humanos tenga una capacidad de razonamiento y otras capacidades intelectuales superiores a los animales no humanos no es razón suficiente para justificar la línea divisoria que creamos entre humanos y animales. Algunos humanos —los bebés y aquellos con discapacidades intelectuales severas— tienen capacidades intelectuales inferiores a las de algunos animales, pero nos escandalizaría, y con razón, que alguien propusiese infligir a estos humanos intelectualmente inferiores una muerte lenta y dolorosa para probar la seguridad de productos para el hogar. Ni, por supuesto, toleraríamos que fueran encerrados en pequeñas jaulas para luego matarlos y comérmolos. El hecho de que estemos preparados para hacer estas cosas a los animales no humanos es, por lo tanto, una muestra de «especismo», un prejuicio que sobrevive porque es conveniente para el grupo dominante, que en este caso no son los blancos ni los hombres, sino todos los humanos.

Ese ensayo y el libro que surgió a partir de él, también publicado por *The New York Review*[3], han sido considerados con frecuencia como el inicio de lo que se ha denominado Movimiento de Liberación Animal. Por ello, el decimotercer aniversario de la aparición del ensayo nos brinda una oportunidad apropiada para evaluar tanto el estado actual del debate en torno al estatus moral de los animales como la eficacia del movimiento en su deseo de lograr cambios prácticos en las formas en que tratamos a los animales.

2. La diferencia más obvia entre el debate actual acerca del estatus moral de los animales y el de treinta años atrás es que a principios de la década de los setenta, aunque sea apenas concebible hoy en día, prácticamente nadie pensaba que el trato individual hacia los animales suscitara un dilema ético que valiese la pena tomar en serio. No había organizaciones de liberación animal o pro derechos de los animales. El bienestar animal era una cuestión relevante para los amantes de perros y gatos, ignorado por quienes tenían cosas más interesantes sobre las que escribir. (Por este motivo escribí a los editores de *The New York Review* con la sugerencia de que incluyeran una reseña acerca de *Animals, Men and Morals*, cuya publicación un año antes había sido recibida por la prensa británica con total indiferencia).

Hoy la situación es muy distinta. Noticias acerca de nuestro trato a los animales aparecen con frecuencia en los medios de comunicación. Existen organizaciones activas por los derechos de los animales en todas las naciones industrializadas. El grupo estadounidense People for the Ethical Treatment of Animals tiene 750.000 miembros y simpatizantes. Ha surgido un vívido debate intelectual. (Una bibliografía exhaustiva acerca del estatus moral de los animales incluye tan solo 94 obras a lo largo de los

primeros 1.970 años de la era cristiana, y 240 entre 1970 y 1988, año en que se completó la relación[4]. Probablemente hoy su número se contara por miles). Y este debate no es simplemente un fenómeno occidental: obras importantes sobre animales y ética han sido traducidas a la mayoría de las principales lenguas del mundo, incluyendo el japonés, el chino o el coreano.

Para evaluar el debate nos servirá de ayuda la distinción de dos preguntas. La primera, ¿puede el especismo en sí mismo —la idea de que es justificable dar preferencia a algunos seres simplemente por el hecho de que son miembros de la especie *Homo sapiens*— ser defendido? Y la segunda, si el especismo no es defendible, ¿existen otras características en el ser humano que justifiquen que otorgue un grado mucho mayor de significado moral a lo que le ocurre a sí mismo que a lo que les ocurre a los animales no humanos?

La noción de que la especie en sí misma es una razón para tratar a algunos seres como moralmente más significativos que otros es asumida con frecuencia, pero raramente defendida. Hay quienes escriben como si estuviesen defendiendo el especismo cuando están, de hecho, defendiendo una respuesta afirmativa a la segunda cuestión, al argumentar que hay diferencias morales relevantes entre los humanos y otros animales que nos otorgan la capacidad de dar más importancia a los intereses de los humanos[5]. El único argumento con el que me he topado que parece una defensa del especismo en sí es aquel que afirma que, al igual que los padres tienen la obligación especial de cuidar de los hijos propios antes que de los hijos ajenos, así nosotros tenemos una obligación especial hacia los miembros de nuestra especie con preferencia sobre los miembros de otras especies[6].

Los defensores de esta posición suelen pasar por alto la cuestión obvia que diferencia a la familia de la especie. Lewis Petronovitch, profesor emérito de la Universidad de California en Riverside y autoridad en el campo de la ornitología y la evolución, afirma que nuestra biología convierte ciertas barreras en imperativos morales —y luego enumera «hijos, parientes, vecinos y especie»—[7]. Si el argumento funciona para el círculo reducido de familia y amigos tanto como para el más amplio de la especie, también debería funcionar para el caso intermedio: la raza. Pero un argumento que apoyase nuestra preferencia por los miembros de nuestra propia raza por encima de los miembros de otras razas sería menos persuasivo que uno que concediese prioridad a parientes, vecinos y miembros de nuestra especie. Sin embargo, si el argumento no demuestra que la raza es una barrera moral relevante, ¿cómo puede demostrar que la especie sí lo es?

El recientemente fallecido profesor de Harvard Robert Nozick argumentaba que no podemos inferir mucho del hecho de que aún no tengamos una teoría acerca de la importancia moral de la pertenencia a una especie. «Nadie —escribió— ha pasado mucho tiempo intentando formular tal teoría porque la cuestión no ha resultado ser urgente»[8]. Ahora que han pasado casi veinte años desde que Nozick escribiese estas palabras, y que mucha gente, a lo largo de este tiempo, ha intentado defender la importancia de la pertenencia a la especie, los comentarios de Nozick adquieren un tono diferente. El fracaso continuado de los filósofos para producir una teoría plausible acerca de la importancia moral de la pertenencia a la especie indica, con creciente probabilidad, que no puede existir tal cosa.

Eso nos lleva a la segunda cuestión. Si la especie no es moralmente importante en sí misma, ¿hay algo más que corresponda a la especie humana y que nos permita justificar la consideración inferior que otorgamos a los animales no humanos?

Peter Carruthers argumenta que es debido a la falta de una capacidad de reciprocidad. La ética, dice él, surge del acuerdo de que si yo no te hago daño a ti, tú no me haces daño a mí. Puesto que los animales no pueden participar en este contrato social, no tenemos ninguna obligación directa hacia ellos[9]. El problema de esta aproximación a la ética es que también significa que no tenemos ninguna obligación directa hacia los niños pequeños o hacia las futuras generaciones aún por nacer. Si producimos residuos radiactivos que serán mortíferos durante miles de años, ¿es poco ético meterlos en un contenedor que aguantará ciento cincuenta años y dejarlo caer convenientemente en un lago? Si lo es, la ética no puede basarse en la reciprocidad.

Se han sugerido muchas otras formas de remarcar la especial importancia moral de los seres humanos: la habilidad de razonar, la conciencia de uno mismo, la posesión de un sentido de la justicia, el idioma, la autonomía, y así sucesivamente. Pero el problema con todas estas características supuestamente distintivas es que, como se ha mencionado anteriormente, algunos humanos carecen de ellas por completo y pocos querrían asignarles por esta razón la misma categoría moral que a los animales no humanos.

Este argumento ha pasado a ser conocido con la poco elegante etiqueta de «argumento de casos marginales», y ha generado abundante literatura[10]. El intento del filósofo

inglés y columnista conservador Roger Scruton de rebatirlo en *Animal Rights and Wrongs* [*Derechos e injusticias de los animales*] muestra tanto sus puntos fuertes como sus fallos. Scruton admite que, si aceptamos la retórica moral dominante que afirma que todos los seres humanos tienen los mismos derechos básicos, independientemente de su nivel intelectual, el hecho de que algunos animales no humanos sean al menos tan racionales, conscientes de sí mismos y autónomos como algunos seres humanos resulta ser una base sólida desde la cual afirmar que todos los animales son acreedores de estos derechos básicos. Señala, sin embargo, que la retórica moral dominante no se corresponde con nuestras actitudes reales, puesto que solemos considerar «matar a un “vegetal humano”» como excusable. Si los seres humanos con profundas incapacidades intelectuales no tienen el mismo derecho a la vida que los seres humanos normales, entonces no hay ninguna inconsistencia en denegar también ese derecho a animales no humanos.

Al referirse a un «vegetal humano», sin embargo, Scruton se pone las cosas demasiado fáciles a sí mismo, ya que ese término hace referencia a un ser que ni siquiera mantiene la consciencia, por lo que no tiene absolutamente ningún interés que necesite ser protegido. Puede que le sea menos cómodo reafirmar su idea con respecto a un ser humano que tiene tanta conciencia de sí mismo y habilidad para el aprendizaje como los zorros que él desea que le permitan seguir cazando. En cualquier caso, el argumento de los casos marginales no se limita a la cuestión de qué seres podemos matar justificadamente. Además de matar animales, les infligimos dolor en una gran variedad de formas. Así que los defensores de las prácticas comunes que involucran a animales nos deben una explicación de su buena disposición para hacer sufrir a los animales cuando, sin embargo, no estarían dispuestos a hacer lo mismo a humanos con capacidades intelectuales parecidas. (A su favor hay que decir que Scruton se opone al opresivo encierro habitual en la moderna cría de animales diciendo que «una verdadera moralidad del bienestar animal debería empezar por la premisa de que esta forma de tratar a los animales es equivocada»).

Scruton, de hecho, tan solo está parcialmente dispuesto a admitir que un «vegetal humano» puede ser tratado de forma diferente que otros seres humanos. Enturbia el asunto afirmando que «es parte de la virtud humana reconocer la vida humana como sacrosanta». Además, argumenta que, puesto que en condiciones normales los seres humanos forman parte de una comunidad moral protegida por derechos, ni siquiera una anormalidad muy marcada cancela el derecho de pertenencia a esa comunidad. Por tanto, aunque los humanos con profunda incapacidad intelectual no puedan exigirnos tanto como los humanos normales, haríamos bien, dice Scruton, en tratarles como si pudieran. Pero ¿es esto defendible? Ciertamente, si cualquier ser sensible, humano o no humano, puede sentir dolor, angustia o, a la inversa, puede disfrutar de la vida, debemos otorgar a los intereses de ese ser la misma consideración que le otorgamos a los intereses similares de seres humanos normales con capacidades intactas. Decir, sin embargo, que la especie en sí es, a la vez, razón necesaria y suficiente para ser considerado un miembro de nuestra comunidad moral y disfrutar de los mismos derechos básicos que el resto de los miembros de dicha comunidad requiere una mayor justificación. Retornamos a la cuestión central: ¿deberían todos los seres humanos, y solamente ellos, ser protegidos por derechos, cuando algunos animales no humanos son superiores en sus capacidades intelectuales y tienen una vida emocional más rica que algunos seres humanos?

Un argumento bien conocido para una respuesta afirmativa a esta cuestión reafirma que, a menos que podamos dibujar una frontera clara alrededor de la comunidad moral, nos encontraremos ante un escenario problemático<sup>[11]</sup>. Podemos empezar por negarle derechos a los «vegetales humanos» de Scruton, esto es, a todos aquellos de quienes se puede demostrar que son irreversiblemente inconscientes, pero entonces podríamos extender gradualmente la categoría de los «sin derechos» a otros, quizá a los intelectualmente incapacitados o a los dementes o, simplemente, a aquellos cuyo cuidado suponga una carga para sus familias y la comunidad, hasta llegar, en último término, a una situación que ninguno de nosotros hubiésemos aceptado de haber sabido que nos encaminábamos hacia ella cuando le negamos a los irreversiblemente inconscientes el derecho a la vida. Este es uno de los argumentos examinado de forma crítica por la activista animal italiana Paola Cavalieri en *The Animal Question: Why Nonhuman Animals Deserve Human Rights* [*La cuestión animal: por qué los animales no humanos merecen derechos humanos*], que es una rara contribución al debate en lengua inglesa por parte de una autora de la Europa continental. Cavalieri señala la facilidad con la que las sociedades esclavistas eran capaces de demarcar la línea entre humanos con derechos y humanos sin derechos.

Que los esclavos eran seres humanos era algo aceptado tanto en la antigua Grecia como

en los estados esclavistas de Estados Unidos —Aristóteles afirmó de forma explícita que los bárbaros eran seres humanos que existían para servir a los más racionales griegos[12], y los blancos sureños buscaban la salvación de las almas de los africanos a los que esclavizaban, convirtiéndoles al cristianismo—. Sin embargo, la línea divisoria entre esclavos y personas libres no se desdibujó de forma significativa ni siquiera cuando algunos de esos bárbaros y africanos pasaron a ser libres, ni cuando los esclavos engendraron hijos de raza mestiza. Así que Cavalieri deduce que no hay razón para dudar de nuestra capacidad para negar que algunos humanos tienen derechos mientras mantenemos perfectamente a salvo los derechos de otros humanos. Aunque, desde luego, no está propugnando que lo hagamos. Su preocupación es más bien la de restar importancia al argumento que exige cerrar filas en torno a la esfera de los derechos para que incluyan a todos los humanos, y solamente a ellos.

Cavalieri también responde al argumento de que todos los humanos, incluidos los irreversiblemente inconscientes, deben ser elevados por encima de otros animales de acuerdo con las características que «normalmente» poseen, obviando las que realmente tienen. Este argumento parece dar respuesta a esa especie de injusticia que supone la exclusión de aquellos que «fortuitamente» fallan al alcanzar las características requeridas. Cavalieri arguye que, si esa condición de acontecimiento «fortuito» es meramente estadística, no está cargada con ninguna relevancia moral, y que, si lo que intenta es sugerir que la falta de las características requeridas no es responsabilidad de aquellos con profundas discapacidades intelectuales, esta no es una razón para separar a estos humanos de los animales no humanos.

Cavalieri afirma su propia postura en términos de derechos, en particular los derechos básicos que constituyen lo que, siguiendo a Ronald Dworkin, ella llama una «plataforma igualitaria». Queremos, insiste Cavalieri, asegurar una forma básica de igualdad para todos los seres humanos, incluidos los «no paradigmáticos» (su denominación para los «casos marginales»). Si la plataforma igualitaria ha de tener una barrera defendible y no arbitraria que salvaguarde a todos los seres humanos de ser excluidos, debemos seleccionar como criterio para esa barrera un patrón que posibilita también la entrada a un gran número de animales no humanos. Por lo tanto, debemos permitir el acceso a esa plataforma igualitaria a seres cuya inteligencia y cuyas emociones estén a la par con, al menos, las aves y los mamíferos.

Cavalieri no argumenta que los derechos de las aves y los mamíferos pueden derivarse de premisas morales de una verdad manifiesta. Su punto de partida es más bien la creencia comúnmente aceptada en los derechos humanos. Busca demostrar que todo aquel que acepta esta creencia debe también aceptar que ciertos derechos son extensibles a otros animales. Siguiendo el camino de Dworkin, ella ve en los derechos humanos la base para el fundamento político de una sociedad decente. Imponen límites a lo que el Estado puede hacer justificadamente. En particular, instituciones como la esclavitud u otras formas individuales de discriminación racial basadas en la violación de los derechos humanos de aquellos sobre los que el Estado ejerce su potestad son, simplemente por esta razón, ilegítimas. Nuestra aceptación de la idea de los derechos humanos, por lo tanto, requiere la abolición de todas las prácticas que de forma rutinaria pasan por alto los intereses básicos de aquellos a quienes amparan esos derechos. Si el argumento de Cavalieri es correcto, nuestra creencia en los derechos nos compromete a no limitarlos solo a los seres humanos, y esto a su vez implica que sean abolidas todas las prácticas — como las granjas industriales y el uso de animales en investigaciones dolorosas y letales— que de forma rutinaria pasan por alto los intereses básicos de todos los animales no humanos con derechos.

Por otro lado, los derechos por los que aboga Cavalieri no pretenden resolver todas las situaciones en las que se dé un conflicto de intereses o de derechos. Su idea de los derechos como parte esencial del fundamento político de una sociedad decente es compatible con las restricciones particulares, como ocurrió, por ejemplo, cuando Typhoid Mary fue puesta en cuarentena de forma forzosa porque tenía una enfermedad letal. Un gobierno puede estar en su derecho al restringir los movimientos de humanos o animales que suponen un peligro para la mayoría, pero aun así debe actuar con el cuidado y el respeto que merecen como poseedores de derechos básicos[13].

Mi propia oposición al especismo se fundamenta, como ya he mencionado, no en los derechos, sino en la idea de que una diferencia de especie no es una base éticamente defendible desde la que se pueda justificar una menor consideración hacia los intereses de un ser sensible que hacia intereses similares de un miembro de nuestra propia especie. David DeGrazia defiende con perspicacia la igual consideración de todos los seres sensibles en *Taking Animals Seriously [Tomar en serio a los animales]*. Tal posición no

necesita apoyarse necesariamente en la aceptación previa de nuestros actuales derechos humanos —visión que, pese a estar muy extendida, podría ser rechazada, especialmente las conclusiones que, en relación con los animales, puedan extraerse a partir de dichos derechos, como en el caso de Cavalieri—. Pero aunque el principio de la igual consideración de intereses está más sólidamente fundamentado que el argumento de Cavalieri, se debe, sin embargo, afrontar la dificultad que surge de que sean los intereses, y no los derechos, el foco de nuestra atención. Esto requiere que nos enfrentemos al hecho de que los intereses se manifiestan en una variedad sin fin de circunstancias diferentes.

Tomemos un caso de particular importancia ética: el interés que un ser tiene en la continuidad de su vida —y, por tanto, desde la posición del interés, la maldad que implica quitarle a ese ser la vida— dependerá en parte de si el ser es consciente de sí mismo y de su existencia en el tiempo, y de si es capaz de formular deseos dirigidos hacia el futuro que le proporcionen un interés particular en querer continuar viviendo. Hasta este punto, Roger Scruton tiene razón acerca de nuestra actitud hacia la muerte de miembros de nuestra propia especie que carecen de estas capacidades. Vemos su muerte como una tragedia menor que la relativa a un ser con intereses orientados hacia el futuro, cuyo deseo de hacer cosas a medio y largo plazo se verá frustrado si muere[14]. Pero este argumento no supone una defensa del especismo, puesto que implica que matar a un ser consciente de sí mismo, como un chimpancé, causa al ser al que se da muerte una pérdida mayor que la que produce dar muerte a un humano con una incapacidad intelectual tan severa que lo inhabilita para formar deseos futuros.

Tenemos que preguntarnos qué otros seres pueden tener un interés semejante por vivir en un futuro. DeGrazia combina argumentos filosóficos e investigaciones científicas para ayudarnos a contestar este tipo de preguntas acerca de especies animales concretas, pero a menudo hay espacio para la duda, y los cálculos requeridos para aplicar el principio de igual consideración de intereses tan solo pueden ser aproximaciones toscas, si es que es posible hacerlas. Quizá, sin embargo, esta sea simplemente la naturaleza de nuestra situación ética, y el enfoque basado en los derechos evita este tipo de cálculos al precio de prescindir de algo relevante en relación con lo que se debería hacer.

La aportación más reciente a la literatura del movimiento animalista ha surgido de un ámbito sorprendente, profundamente hostil a cualquier tipo de debate en torno a la posibilidad de justificar la muerte de seres humanos, independientemente de cuán gravemente discapacitados se encuentren. En *Dominion: The Power of Man, the Suffering of Animals, and the Call to Mercy* [*Dominio: el poder del hombre, el sufrimiento de los animales y el llamamiento a la piedad*], Matthew Scully, un cristiano conservador que ha sido editor literario de *National Review* y escribe ahora discursos para el presidente George W. Bush, ha desarrollado una elocuente crítica contra el abuso humano de los animales, culminada con una devastadora descripción de la granja industrial.

Como el movimiento animalista ha estado, durante los últimos treinta años, generalmente asociado a la izquierda, es curioso ver ahora a Scully argumentar en defensa de algunos de esos principios desde la perspectiva de la derecha cristiana, en un texto repleto de referencias a Dios, interpretaciones de las Escrituras y ataques al «relativismo moral, el materialismo egocéntrico, el libertinaje que se hace pasar por libertad y la cultura de la muerte»[15] —aunque esta vez no vayan dirigidos a condenar crímenes sin víctimas, como la homosexualidad o el suicidio con asistencia médica, sino el sufrimiento innecesario infligido por la granja industrial y el matadero moderno—. Scully nos hace un llamamiento a todos nosotros para que mostremos misericordia hacia los animales y para que abandonemos comportamientos que no respetan su naturaleza animal. El resultado es una obra que, pese a no ser filosóficamente rigurosa, ha logrado una cantidad notable de publicidad favorable en la prensa conservadora, que normalmente se muestra desdeñosa con los defensores de los animales.

3. La historia del movimiento animalista moderno funciona como un buen contraejemplo al escepticismo acerca del impacto de la argumentación moral sobre la vida real[16]. Como observaron James Jasper y Dorothy Nelkin en *The Animal Rights Crusade* [*La cruzada por los derechos de los animales*], «los filósofos sirvieron de comadronas al Movimiento de Liberación Animal de finales de la década de 1970»[17]. La primera protesta de éxito en contra de los experimentos con animales en Estados Unidos fue la campaña llevada a cabo en 1976-1977 para denunciar las investigaciones desarrolladas por el American Museum of Natural History (Museo Americano de Historia Natural) sobre la conducta sexual de gatos mutilados. Henry Spira, que dirigió y lideró la campaña, tenía ya un largo recorrido en los movimientos de derechos sindicales y civiles, y no había

considerado, hasta que leyó el artículo de *The New York Review* de 1973, que los animales también merecen la atención de aquellos que se preocupan por la explotación de los más débiles. Spira afrontó después objetivos más ambiciosos, como las pruebas de cosméticos sobre animales. Su técnica consistía en localizar una importante corporación que utilizase animales —en la campaña de cosméticos comenzó con Revlon— y solicitar de ella que diese los pasos necesarios para el descubrimiento de alternativas razonables. Siempre dispuesto a entablar el diálogo, nunca tachó de «sádicos diabólicos» a los abusadores de animales, y tuvo un éxito extraordinario al estimular el interés por el desarrollo de mecanismos de control de productos que prescindieran de los animales o los utilizaran en menor número y con métodos menos dolorosos[18].

En parte gracias a su trabajo, ha habido una cuantiosa caída en el número de animales empleados para investigación. En Gran Bretaña, estadísticas oficiales muestran que los animales sobre los que se experimenta son más o menos la mitad que en 1970. Las estimaciones para Estados Unidos —donde no hay estadísticas oficiales— sugieren una situación similar. Desde el punto de vista de una ética no especista todavía hay un largo camino por recorrer en relación a los animales utilizados para investigación, pero los cambios que el movimiento animalista ha logrado son significativos: son millones de animales menos los obligados cada año a padecer procedimientos dolorosos y una muerte lenta.

El movimiento animalista ha conseguido también otros éxitos. Pese a las consignas de la industria peletera acerca de que «la piel ha vuelto», las ventas todavía no se han recuperado hasta los niveles de la década de 1980, cuando las pieles empezaron a ser objetivo del movimiento animalista. Y aunque el número de perros y gatos domésticos casi se ha duplicado desde 1973, los animales abandonados y perdidos, sacrificados en perreras y refugios son hoy menos de la mitad[19].

Estas modestas victorias se ven empujadas, sin embargo, por el enorme incremento de animales confinados —algunos con tal grado de estrechez que son incapaces de estirar sus patas o andar ni tan si quiera un paso o dos— en las granjas industriales estadounidenses. Esta es, con creces, la más importante fuente de sufrimiento animal por causa humana, simplemente por el vasto número de afectados. Los animales utilizados en experimentación se cifran anualmente en decenas de millones, pero 10.000 millones de aves y mamíferos fueron criados y sacrificados para alimentación el año pasado tan solo en Estados Unidos. El aumento respecto al año anterior arroja una cifra de unos 400 millones de animales, mayor que el número total de animales muertos en perreras y refugios, en la investigación y en la industria peletera en todo Estados Unidos. En la actualidad, la gran mayoría de estos animales de cría industrial viven toda su vida encerrados, sin llegar a conocer el aire fresco, la luz solar o el pasto hasta el día en que son conducidos en camiones al matadero.

En su lucha contra el confinamiento y la matanza de animales de granja en Estados Unidos, el movimiento animalista se ha visto, hasta hace bien poco, impotente. El libro de 1997 de Gail Eisnitz *Slaughterhouse* [Matadero] contiene estremecedores informes bien documentados de animales despellejados y desmembrados todavía conscientes en importantes mataderos estadounidenses[20].

La situación en Europa es muy diferente. Los estadounidenses con frecuencia han mirado con desprecio a ciertas naciones europeas, especialmente las de la cuenca mediterránea, por tolerar la crueldad hacia los animales. Ahora las miradas acusadoras van en la dirección opuesta. Incluso en España, con su cultura taurina, la mayoría de los animales están mejor cuidados que en Estados Unidos. En 2012, los productores europeos de huevos estarán obligados a dar a cada gallina acceso a una percha y a una caja incubadora en la que depositar sus huevos, y tendrán que habilitar un espacio mínimo de unas ciento veinte pulgadas cúbicas, o setecientos cincuenta centímetros cúbicos, por ave —cambios drásticos que transformarán las condiciones de vida de más de 200 millones de gallinas—. Los productores estadounidenses ni han empezado a plantearse la posibilidad de poner perchas y cajas incubadoras, y normalmente conceden a sus gallinas crecidas un espacio de tan solo 48 pulgadas cúbicas, o media hoja de papel de ocho y medio por once pulgadas[21].

En Estados Unidos las terneras se crían deliberadamente con anemia, sin paja para el lecho y confinadas en jaulas individuales tan estrechas que no pueden ni girarse. Este sistema ha sido declarado ilegal en Gran Bretaña desde hace ya muchos años y pasará a ser ilegal en toda Europa a partir de 2007. Mantener a las cerdas reproductoras embarazadas en jaulas individuales durante todo su embarazo, que también es un procedimiento estándar en Estados Unidos, fue prohibido en Gran Bretaña en 1998, y se está eliminando en Europa. Estos cambios cuentan con un gran apoyo por parte de la

Unión Europea y con el respaldo de expertos europeos en bienestar de animales de granja. Suponen una confirmación de muchas de las cosas que los defensores de animales han estado diciendo durante años.

¿Están los estadounidenses simplemente menos preocupados que sus vecinos europeos? Quizá, pero en *Political Animals [Animales políticos]*, Robert Garner aporta otras posibles explicaciones al abismo creciente entre ambos países en cuanto a normativa para el bienestar animal[22]. El sistema político de Estados Unidos es más corrupto que el del Reino Unido. Las elecciones son mucho más gravosas —el coste total de las elecciones generales británicas de 2001 fue menor que lo invertido por John Corzine para obtener un solo asiento en el Senado en 2000—. Al desempeñar el dinero un papel más importante, los candidatos estadounidenses tienden a contraer una deuda mayor con sus contribuyentes. Además, en Europa la recaudación de fondos se lleva a cabo mayoritariamente desde los partidos políticos, y no por parte de candidatos individuales, por lo que el proceso está más abierto a la vigilancia pública y es más probable que se produzca un retroceso electoral si se percibe que un partido entero está bajo control de una industria particular. Estas diferencias permiten al sector agroindustrial estadounidense un control mucho mayor sobre el Congreso que el que podría aspirar a tener en la política europea.

En consonancia con esta explicación, las campañas estadounidenses más efectivas — como la de Spira contra las pruebas de cosméticos con animales— se han dirigido hacia las corporaciones en lugar de hacia la legislación o el Gobierno. Recientemente ha surgido un rayo de esperanza desde un ámbito insólito. Tras intensos debates con defensores animales, iniciados por Henry Spira antes de su muerte y continuados por People for the Ethical Treatment of Animals, McDonald's accedió a establecer y asegurar mejores condiciones en los mataderos de donde procede su carne, y anunció posteriormente que exigiría a sus proveedores de huevos que cada gallina tuviese acceso a 72 pulgadas cúbicas de espacio vital —una mejora del 50 por ciento respecto a la mayoría de la gallinas estadounidenses, pero tan solo suficiente para acercar a estos productores a un nivel que en Europa ya está quedando desfasado—. Burger King y Wendy's pronto siguieron el mismo camino. Estos cambios fueron las primeras señales esperanzadoras en las granjas industriales de Estados Unidos desde que comenzó el movimiento animalista.

El pasado noviembre se consiguió un triunfo aún mayor recurriendo a una vía legislativa secundaria: el referéndum de iniciativa ciudadana. Con el apoyo de varias organizaciones nacionales, un grupo local de activistas de la causa animal logró reunir 690.000 firmas para llevar a votación una propuesta para cambiar la Constitución de Florida, prohibiendo el confinamiento de cerdas embarazadas en jaulas tan pequeñas como para que no puedan ni girarse. En Florida, la modificación constitucional es la única vía para que los ciudadanos puedan conseguir una votación directa sobre una medida. Los que se opusieron a ella, al no querer, obviamente, argumentar que un cerdo no necesita espacio para girarse o andar, optaron por persuadir a los votantes de que el confinamiento de los cerdos no era una cuestión relevante en la Constitución estatal. Pero, con un porcentaje del 55 por ciento, los votantes dijeron «no» a las jaulas, por lo que la legislación de Florida pasó a ser la primera de Estados Unidos en prohibir una de las formas más extendidas de confinamiento de animales de granja.

Aunque Florida tan solo tiene un número reducido de granjas de cerdos de explotación intensiva, la votación apoya la idea de que no es simplemente la falta de simpatía por los animales o la frialdad de corazón, sino un fracaso de la democracia, lo que genera que Estados Unidos se encuentre tan atrasado con respecto a Europa en cuanto a la prohibición de los peores aspectos de la granja industrial.

4. Mi artículo original en *The New York Review* terminaba con un párrafo que interpretaba el desafío del movimiento animalista como una prueba para la naturaleza humana:

¿Puede triunfar una exigencia moral pura como esta? Todas las probabilidades, desde luego, se encuentran en su contra. El libro (*Animals, Men, and Morals*) no es ningún aliciente. No nos dice que pasaremos a estar más sanos, o a disfrutar más de la vida, si dejamos de explotar a los animales. La liberación animal va a exigir una dosis de altruismo por parte de la humanidad mucho mayor que cualquier otro movimiento de liberación, puesto que los animales son incapaces de exigirlo por sí mismos o de protestar en contra de su explotación mediante votos, manifestaciones o bombas. ¿Es el hombre capaz de semejante altruismo? Quién sabe. Sin embargo, si este libro tiene un efecto significativo, supondrá una reivindicación para todos aquellos que han creído que el hombre tiene dentro de sí el potencial para algo más que la crueldad y el egoísmo.

Así que, ¿cómo nos ha ido? Tanto los optimistas como los más escépticos pueden ver los

resultados como una confirmación de su postura. Se han producido cambios significativos en las pruebas con animales y otras formas de abuso animal. En Europa, industrias enteras están siendo reconvertidas por la preocupación pública hacia el bienestar de los animales de granja. Quizá aún más alentador para los optimistas sea el hecho de que millones de activistas han entregado libremente su tiempo y su dinero para apoyar el movimiento animalista, muchos de ellos modificando su dieta y forma de vida para evitar colaborar con el abuso de los animales. El vegetarianismo e, incluso, el veganismo (evitar todo producto animal) están mucho más extendidos en América del Norte y en Europa de lo que lo estaban hace treinta años, y aunque sea difícil calcular cuánto de todo esto está relacionado con la preocupación por los animales, sin duda algo de ello sí que lo está.

Por otro lado, y pese al curso generalmente favorable del debate filosófico en torno al estatus moral de los animales, la opinión pública está todavía muy lejos de aceptar la idea básica de que los intereses de todos los seres deberían recibir igual consideración independientemente de su especie. La mayoría de la gente aún come carne y compra lo que está barato, completamente ajena al sufrimiento del animal de procedencia. El número de animales consumidos hoy en día es mucho mayor que hace treinta años, y la creciente prosperidad en Asia oriental esta creando una demanda de carne que amenaza con elevarlo todavía más. Mientras tanto, las normas de la Organización Mundial del Comercio amenazan los avances en el bienestar animal, poniendo en duda que Europa pueda evitar importaciones de países con medidas de calidad más bajas. En resumidas cuentas, el resultado obtenido hasta ahora muestra que, como especie, somos capaces de preocuparnos de forma altruista por otras especies; pero una información imperfecta, poderosos intereses y el deseo de cerrar los ojos ante hechos inquietantes han limitado los logros cosechados por el movimiento animalista.

## NOTAS 'TREINTA AÑOS DE LIBERACIÓN ANIMAL'

- [1] «Treinta años de liberación», artículo escrito por Peter Singer, se publicó en *The New York Review of Books* el 15 de mayo de 2003.
- [2] Taplinger, 1972.
- [3] Peter Singer, *Animal Liberation*, The New York Review/Random House, 1975; edición revisada: The New York Review/Random House, 1990; reedición con un nuevo prólogo: Ecco, 2001 [primera edición española: Trotta, 1999].
- [4] Charles Magel, *Keyguide to Information Sources in Animal Rights*, McFarland, 1989.
- [5] Véase, por ejemplo, Carl Cohen, «The Case for the Use of Animals in Biomedical Research», *Journal of Medicine*, vol. 315 (1986), pp. 865-870, y Michael Leahy, *Against Liberation: Putting Animals in Perspective*, Londres, Routledge, 1991.
- [6] Véase Mary Midgley, *Animals and Why They Matter*, University of Georgia Press, 1984; Jeffrey Gray, «On the Morality of Speciesism», *Psychologist*, vol. 4, n.º 5 (mayo, 1991), pp. 196-198; «On Speciesism and Racism: Reply to Singer and Ryder», *Psychologist*, vol.4, n.º5 (mayo de 1991), pp. 202-203; y Lewis Petronovich, *Darwinian Dominion: Animal Welfare and Human Interests*, MIT Press, 1999.
- [7] Petronovich, *Darwinian Dominion*, op. cit., p. 29.
- [8] Robert Nozick, «About Mammals and People», *The New York Times Book Review*, 27 de noviembre de 1983, p. 11. Me apoyo aquí en Richard I. Arneson, «What, If Anything, Renders All Humans Morally Equal?», en *Singer and His Critics*, editado por Dale Jamieson, Blackwell, 1999, p. 123.
- [9] Peter Carruthers, *The Animals Issue: Moral Theory in Practice*, Cambridge University Press, 1992.
- [10] Daniel Dombrowski, *Babies and Beasts: The Argument from Marginal Cases*, University of Illinois Press, 1997.
- [11] Véase, por ejemplo, Peter Carruthers, *The Animals Issue*, op. cit.
- [12] Aristóteles, *Política*, Gredos, Madrid, 1995.
- [13] Como el propio Dworkin argumentó en respuesta a la detención de los terroristas sospechosos; véase «The Threat to Patriotism», *New York Review*, 28 de febrero de 2002.
- [14] Véase Peter Singer, *Ética práctica*, Ariel, Barcelona, 1984.
- [15] Cita de Kathryn Jean Lopez, «Exploring Dominion: Matthew Scully on Animals», en *National Review Online*, 3 de diciembre de 2002.
- [16] Véase, por ejemplo, Richard A. Posner, *The Problematics of Moral and Legal Theory*, Belnap Press/Harvard University Press, 1999.
- [17] Free Press, 1992, p. 90.
- [18] Véase Peter Singer, *Ethics into Action: Henry Spira and the Animal Rights Movement*, Rowan and Littlefield, 1998.
- [19] *The State of the Animals 2001*, editado por Deborah Salem y Andrew Rowan, Humane Society Press, 2001.
- [20] Prometheus, 1997.
- [21] Véase Karen Davis, *Prisoned Chickens, Poisoned Eggs: An Inside Look at the Modern Poultry Industry*, Book Publishing Company, 1996.
- [22] St. Martin's, 1998.

## NOTAS

### CAPÍTULO 1. TODOS LOS ANIMALES SON IGUALES

- [1] Para la filosofía moral de Bentham, véase su *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, y para la de Sidgwick, *The Methods of Ethics* (el pasaje citado es de la séptima edición, p. 382). Como ejemplos de influyentes filósofos morales contemporáneos que incorporan a su pensamiento el requisito de considerar por igual los intereses de todos, véase R. M. Haré, *Freedom and Reason* (Oxford University Press, Nueva York, 1963), y John Rawls, *Una teoría de la justicia* (FCE, Madrid, 1997). Para un resumen breve del acuerdo esencial sobre este tema entre estas y otras posturas: R. M. Haré, «Rules of War and Moral Reasoning», en *Philosophy and Public Affairs*, 1/2 (1972).
- [2] Carta a Henry Gregoire, 25 de febrero de 1809.
- [3] La pinta equivale a 47 centilitros y el galón a 1 litro aproximadamente. (*N. del T.*)
- [4] Memorias de Francis D. Gage, en Susan B. Anthony, *The History of Women Suffrage*, vol. 1; el pasaje se encuentra en la cita de L. Tanner (ed.), *Voices from Women's Liberation*, Signet, Nueva York, 1970.
- [5] El término «especismo» (*speciesism*) se lo debo a Richard Ryder. Desde la primera edición de este libro se ha aceptado su uso general y ahora se incluye en *The Oxford English Dictionary*, segunda edición (Clarendon Press, Oxford, 1989).
- [6] *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, op. cit., cap. 17.
- [7] Véase «Animal Rights Evaluated», de M. Levin, en *Humanist*, 37 (1977), pp. 14-15; «Animal Liberation: A Critique», de M. A. Fox, en *Ethics* 88 (1978), pp. 134-138; «On Animal Rights», de C. Perry y G. E. Jones, en *International Journal of Applied Philosophy*, 1 (1982), pp. 39-57.
- [8] Lord Brain, «Presidential Address», en C. A. Keele y R. Smith (eds.), *The Assessment of Pain in Men and Animals*, Universities Federation for Animal Welfare, Londres, 1962.
- [9] Lord Brain, «Presidential Address», op. cit., p. 11.
- [10] R. Serjeant, *The Spectrum of Pain*, Hart Davis, Londres, 1969, p. 72.
- [11] Véanse los informes del Committee on Cruelty to Wild Animals, 1951, *Command Paper*, 8266, párrafos 36-42; del Departmental Committee on Experiments on Animals, 1965, *Command Paper*, 2641, párrafos 179-182, y del Technical Committee to Enquire into the Welfare of Animals Kept under Intensive Livestock Husbandry Systems, 1965, *Command Paper*, 2836, párrafos 26-28 (Her Majesty's Stationery Office, Londres).
- [12] St. Walker, *Animal Thoughts*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1983; D. Griffin, *Animal Thinking*, Harvard University Press, Cambridge, 1984, y M. Stamp Dawkins, *Animal Suffering: The Science of Animal Welfare*, Chapman and Hall, Londres, 1980.
- [13] E. Linden, *Apes, Men and Language*, Penguin, Nueva York, 1976; para relatos más conocidos sobre trabajos recientes, véase E. Eckholm, «Pygmy Chimp Readily Learns Language Skills», *The New York Times*, 24 de junio de 1985, y «The Wisdom of Animals», *Newsweek*, 23 de mayo de 1988.
- [14] *En la senda del hombre*, Barcelona, Salvat, 1988. Michael Peters dice lo mismo en «Nature and Culture», en St. y R. Godlovitch y J. Harris (eds.), *Animals, Men and Morals*, Taplinger, Nueva York, 1972. Para más ejemplos de algunas de las inconsistencias de negar que las criaturas sin lenguaje puedan sentir dolor, véase *The Unheeded Cry: Animal Consciousness, Animal Pain and Science*, Oxford University Press, Oxford, 1989.
- [15] No abordo aquí opiniones religiosas, por ejemplo la doctrina que afirma que todos los seres humanos, y solo ellos, tienen almas inmortales, o que están hechos a semejanza de Dios. Históricamente estas opiniones han sido muy importantes, y sin duda son en parte responsables de la idea de que la vida humana tiene un valor especial. (Para una discusión histórica más amplia, véase el capítulo 5). Lógicamente, sin embargo, estas opiniones religiosas no son satisfactorias, ya que no ofrecen una explicación razonable de por qué todos los humanos y ninguno de los no humanos tienen almas inmortales. Esta creencia, por tanto, también se puede considerar como una forma de especismo. En cualquier caso, los defensores de la «santidad de la vida» suelen ser reacios a apoyar su opinión en doctrinas puramente religiosas, puesto que estas no están ya tan generalmente aceptadas como antes.
- [16] Para una discusión general de estos puntos, véase mi *Ética práctica*, Ariel, Barcelona, 1995, y para una discusión más detallada del trato a niños disminuidos, H. Kuhse y P. Singer, *Should the Baby Live?*, Oxford University Press, Oxford, 1985.
- [17] Para el desarrollo de este tema, véase mi ensayo «Life's Uncertain Voyage», en P. Pettit, R. Sylvan y J. Norman (eds.), *Metaphysics and Morality*, Blackwell, Oxford, 1987, pp. 154-172.
- [18] La controversia anterior, que solo ha cambiado ligeramente respecto a la primera edición, no ha sido considerada por los críticos del Movimiento de Liberación Animal. Es una táctica común pretender ridiculizar la postura de la liberación animal sosteniendo que, como un experimentador en animales dijo recientemente, «algunas de estas personas creen que cada insecto, cada ratón, tiene tanto derecho a la vida como un humano» (Irving Weissman, citado por K. Bishop en «From Shop to Lab to Farm, Animal Rights Battle is Felt», *The New York Times*, 14 de enero de 1989). Sería interesante que el doctor Weissman pudiera mencionar a alguien de este movimiento que mantenga esta opinión. Ciertamente (y asumiendo que se estaba refiriendo al derecho a la vida de un ser humano con

capacidad mental muy diferente a la de un insecto o un ratón), la opinión que describe no es la mía. Dudo que la compartan muchos —si es que hay alguno— dentro del Movimiento de Liberación Animal.

## CAPÍTULO 2. HERRAMIENTAS DE INVESTIGACIÓN

- [19] US Air Force, School of Aerospace Medicine, Informe n.º USAFSAM-TR-82-24, agosto de 1982.
- [20] US Air Force, School of Aerospace Medicine, Informe n.º USAFSAM-TR-87-19, octubre de 1987.
- [21] *Ibid.*, p. 6.
- [22] Donald J. Barnes, «A Matter of Change», en P. Singer (ed.), *In Defense of Animals*, Blackwell, Oxford, 1985.
- [23] *Air Force Times*, 28 de noviembre de 1973; *The New York Times*, 14 de noviembre de 1973.
- [24] B. Levine *et al.*, «Determination of the Chronic Mammalian Toxicological Effects of TNT: Twenty-six Week Subchronic Oral Toxicity Study of Trinitrotoluene (TNT) in the Beagle Dog», Fase II, Informe Final, US Army Medical Research and Development Command, Fort Detrick, Maryland, junio de 1983.
- [25] Carol G. Franz, «Effects of Mixed Neutron-gamma Total-body Irradiation of Physical Activity Performance of Rhesus Monkeys», en *Radiation Research*, 101 (1985), pp. 434-441.
- [26] *Proceedings of the National Academy of Science*, 54 (1965), p. 90.
- [27] *Engineering and Science*, 33 (1970), p. 8.
- [28] *Maternal Care and Mental Health*, World Health Organization Monograph Series, 2 (1951), p. 46.
- [29] *Engineering and Science*, 33 (1970), p. 8.
- [30] *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 80 / 1 (1972), p. 11.
- [31] *Behavior Research Methods and Instrumentation*, 1 (1969), p. 247.
- [32] *Journal of Autism and Childhood Schizophrenia*, 3 (1973), p. 299.
- [33] *Journal of Comparative Psychology*, 98 (1984), pp. 35-44.
- [34] *Developmental Psychology*, 17 (1981), pp. 313-318.
- [35] *Primates*, 25 (1984), pp. 78-88.
- [36] Cifras de investigación compiladas por Martin Stephens en su tesis doctoral, según informe en *Maternal Deprivation Experiments in Psychology: A Critique of Animal Models*, preparado para las Sociedades Antivivisección de América, Nacional y de Nueva Inglaterra, Boston, 1986.
- [37] *Statistics of Scientific Procedures on Living Animals, Great Britain, 1988*, Command Paper 743, 1989, Her Majesty's Stationery Office, Londres.
- [38] US Congress Office of Technology Assessment, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, Government Printing Office, Washington DC, 1986, p. 64.
- [39] Presentación ante el Subcommittee on Livestock and Feed Grains of the Committee on Agriculture, Cámara de Representantes de Estados Unidos, 1966, p. 63.
- [40] Véase A. Rowan, *Of Mice, Models and Men*, State University of New York Press, Albany, 1984, p. 71; su posterior revisión aparece en una comunicación personal a la Office of Technology Assessment; véase *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., p. 56.
- [41] OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., p. 56.
- [42] *Experimental Animals*, 37 (1988), p. 105.
- [43] *Nature*, 334 (1988), p. 445.
- [44] *The Harvard Bioscience Whole Rat Catalog*, Harvard Bioscience, South Natick MA, 1983.
- [45] Informe del Comité Littlewood, pp. 53 y 166; citado por Richard Ryder, «Experiments on Animals», en St. y R. Godlovitch y J. Harris (eds.), *Animals, Men...*, op. cit., p. 43.
- [46] Cifras calculadas por Lori Gruen, a partir de informes proporcionados por el Servicio de Salud Pública de Estados Unidos, en el *Computer Retrieval of Information on Scientific Projects (CRISP)*.
- [47] *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 67/1 (1969), p. 110.
- [48] *Bulletin of the Psychonomic Society*, 24 (1986), pp. 69-71.
- [49] *Behavioral and Neural Biology*, 101 (1987), pp. 296-299.
- [50] *Pharmacology, Biochemistry, and Behavior*, 17 (1982), pp. 645-649.
- [51] *Journal of Experimental Psychology: Animal Behavior Processes*, 10 (1984), pp. 307-323.
- [52] *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 48/2 (1953), p. 291.
- [53] *Journal of Abnormal Psychology*, 73/3 (1968), p. 256.
- [54] *Animal Learning and Behavior*, 12 (1984), pp. 332-338.
- [55] *Journal of Experimental Psychology: Animal Behavior and Processes*, 12 (1986), pp. 277-290.
- [56] *Psychological Reports*, 57 (1985), pp. 1027-1030.
- [57] *Progress in Neuro-Psychopharmacology and Biological Psychiatry*, 8 (1984), pp. 434-446.
- [58] *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 19/1 (1973), p. 25.
- [59] *Ibid.*, 41 (1984), pp. 45-52.
- [60] *Aggressive Behavior*, 8 (1982), pp. 371-383.
- [61] *Animal Learning and Behavior*, 14 (1986), pp. 305-314.
- [62] *Behavioral Neuroscience*, 100/2, (1984), pp. 90-99, y 98/3 (1984), pp. 541-555.
- [63] OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., p. 132.
- [64] A. Heim, *Intelligence and Personality*, Penguin, Baltimore, 1971, p. 150; para una espléndida discusión del fenómeno completo véase B. Rollin, *The Unheeded Cry: Animal Consciousness, Animal Pain, and Science*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.
- [65] Ch. Evans, «Psychology Is About People», en *New Scientist*, 31 de agosto de 1972, p. 453.
- [66] *Statistics of Scientific Procedures on Living Animals, Great Britain, 1988*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1989, cuadros 7, 8 y 9.
- [67] J. P. Griffin y G. E. Diggle, *British Journal of Clinical Pharmacology*, 12 (1981), pp. 453-463.
- [68] OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., p. 168.
- [69] *Journal of the Society of Cosmetic Chemists*, 13 (1962), p. 9.
- [70] OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., p. 64.
- [71] *Toxicology*, 15 / 1 (1979), pp. 31-41.

- [72] D. Bunner *et al.*, «Clinical and Hematologic Effects of T-2 Toxin on Rats», informe interno (US Army Medical Research and Development Command, Fort Detrick, Frederick, Maryland, 2 de agosto de 1985). Las citas del Departamento de Estado son del *Report to the Congress for Secretary of State Alexander Haig, March 22, 1982: Chemical Warfare in S. E. Asia and Afghanistan* (informe especial n.º 98 del Departamento de Estado de Estados Unidos, Washington DC, 1982).
- [73] M. N. Gleason *et al.* (eds.), *Clinical Toxicology of Commercial Products*, Williams and Wilkins, Baltimore, 1969.
- [74] *PCRM Update* (boletín del Physicians Committee for Responsible Medicine, Washington DC), julio-agosto 1988, p. 4.
- [75] S. F. Paget (ed.), *Methods in Toxicology*, Blackwell Scientific Publications, 1970, pp. 4, 134-139.
- [76] *New Scientist*, 17 de marzo de 1983.
- [77] Sobre Practolol, véase W. H. Inman y F. H. Goss (eds.), *Drug Monitoring*, Academic Press, Nueva York, 1977; sobre Zipeprol, véase C. Moroni *et al.*, *The Lancet*, 7 de enero de 1984, p. 45. Debo estas referencias a R. Sharpe, *The Cruel Deception*, Thorsons, Wellingborough, Northants, 1988.
- [78] S. F. Paget (ed.), *Methods in Toxicology*, op. cit., p. 132.
- [79] G. F. Somers, *Quantitative Method in Human Pharmacology and Therapeutics*, Pergamon Press, Elmsford, Nueva York, 1959; citado por R. Ryder, *Victims of Science*, Centaur Press/State Mutual Book, Fontwell, Sussex, 1983, p. 153.
- [80] Artículo sindicado aparecido en *West Country Times*, 17 de enero de 1988, California.
- [81] Según se informa en *DVM: The Newsmagazine of Veterinary Medicine*, 9 (1988), p. 58.
- [82] *The New York Times*, 15 de abril de 1980.
- [83] Para más detalles, véase Henry Spira, «Fighting to Win», en P. Singer (ed.), *In Defense of Animals*, op. cit.
- [84] *PETA News* [People for the Ethical Treatment of Animals, Washington DC] *News*, 4/2 (1989), p. 19.
- [85] «Noxell Significantly Reduces Animal Testing», 28 de diciembre de 1988, comunicado de prensa, Noxell Corporation, Hunt Valley, Maryland; D. McGill, «Cosmetics Companies Quietly Ending Animal Tests», en *The New York Times*, 2 de agosto de 1989, p. 1.
- [86] «Avon Validates Draize Substitute», 5 de abril de 1989, comunicado de prensa, Avon Products, Nueva York.
- [87] *The Alternatives Report* [Center for Animals and Public Policy, Tufts School of Veterinary Medicine], 2 (1989), p. 2; «Facts about Amway and the Environment», 17 de mayo de 1989, Amway Corporation, Ada, Michigan.
- [88] «Avon Announces Permanent End to Animal Testing», 22 de junio de 1989, comunicado de prensa, Avon Products, Nueva York.
- [89] D. McGill, «Cosmetics Companies Quietly Ending Animal Tests», en *The New York Times*, 2 de agosto de 1989, p. 1.
- [90] «Industry Toxicologists Keen on Reducing Animal Use», en *Science*, 17 de abril de 1987.
- [91] B. J. Feder, «Beyond White Rats and Rabbits», en *The New York Times*, 28 de febrero de 1988, sección de Negocios, p. 1; véase también C. Holden, «Much Work But Slow Going on Alternatives to Draize Test», en *Science*, 14 de octubre de 1985, p. 185.
- [92] Coalición para Abolir el LD50, *Informe de los coordinadores*, 1983, Nueva York, p. 1.
- [93] H. C. Wood, «Fever: A Study of Morbid and Normal Physiology», *Smithsonian Contributions to Knowledge*, n.º 357, Lippincott, 1880.
- [94] *The Lancet*, 17 de septiembre de 1881, p. 551.
- [95] *Journal of the American Medical Association*, 89/3 (1927), p. 177.
- [96] *Journal of Pediatrics*, 45 (1954), p. 179.
- [97] *Indian Journal of Medical Research*, 56/1 (1968), p. 12.
- [98] S. Cleary (ed.), *Biological Effects and Health Implications of Microwave Radiations*, US Public Health Service Publication PB, n.º 193, 1969, p. 898.
- [99] *Thrombosis et Diathesis Haemorrhagica*, 26 / 3 (1971), p. 417.
- [100] *Archives of Internal Medicine*, 131 (1973), p. 688.
- [101] G. Hanneman y J. Sershon, «Tolerance Endpoint for Evaluating the Effects of Heat Stress in Dogs», informe FAA n.º FAA-AM-84-5, junio de 1984.
- [102] *Journal of Applied Physiology*, 53 (1982), pp. 1171-1174.
- [103] *Aviation, Space and Environmental Medicine*, 57 (1986), pp. 659-663.
- [104] B. Zweifach, «Aspects of Comparative Physiology of Laboratory Animals Relative to Problems of Experimental Shock», en *Federal Proceedings*, 20, supl. 9 (1961), pp. 18-29; citado en *Aviation, Space and Environmental Medicine*, 50/8 (1979), pp. 8-19.
- [105] *Annual Review of Physiology*, 8 (1946), p. 335.
- [106] *Pharmacological Review*, 6/4 (1954), p. 489.
- [107] K. Hobler y R. Napodano, *Journal of Trauma*, 1/8 (1974), p. 716.
- [108] M. Stephens, *A Critique of Animal Experiments on Cocaine Abuse*, informe elaborado para las sociedades antivivisección Americana, Nacional y de Nueva Inglaterra (Boston, 1985).
- [109] *Health Care*, 2/26, 28 de agosto-10 de septiembre de 1980.
- [110] *Journal of Pharmacology and Experimental Therapeutics*, 226/3 (1983), pp. 783-789.
- [111] *Psychopharmacology*, 88 (1986), pp. 500-504.
- [112] *Bulletin of the Psychonomic Society*, 22/1 (1984), pp. 53-56.
- [113] *European Journal of Pharmacology*, 40 (1976), pp. 114-115.
- [114] *Newsweek*, 26 de diciembre de 1988, p. 50; «TSU Shuts Down Cornell Cat Lab», en *The Animals' Agenda*, 9/3 (1989), pp. 22-25.
- [115] S. Milgram, *Obedience to Authority*, Harper and Row, Nueva York, 1974. Por cierto, estos experimentos fueron muy criticados sobre bases éticas, puesto que utilizaban a seres humanos sin su consentimiento. Es, en efecto, cuestionable si Milgram debería haber engañado a los participantes en su experimento como lo hizo; pero cuando comparamos lo que se les hizo con lo que se les suele hacer a los animales no humanos, podemos comprobar que el público es mucho más sensible cuando se juzga

la ética de la experimentación con humanos.

[116] *Monitor*, publicación de la American Psychological Association, marzo de 1978.

[117] D. J. Barnes, «A Matter of Change», en P. Singer (ed.), *In Defense of Animals*, op. cit., pp. 160, 166.

[118] *The Death Sciences in Veterinary Research and Education*, United Action for Animals, Nueva York, p. III.

[119] *Journal of the American Veterinary Medical Association*, 163/9 (1973), p. 1.

[120] *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 55 (1962), p. 896.

[121] *Scope*, 30 de marzo de 1973, Durban, Sudáfrica.

[122] R. J. White, «Antivivisection: The Reluctant Hydra», en *The American Scholar*, 40 (1971); republicado en T. Regan y P. Singer (eds.), *Animal Rights and Human Obligations*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1976, p. 169.

[123] *The Plain Dealer*, 3 de julio de 1988.

[124] *Birmingham News*, 12 de febrero de 1988, Birmingham, Alabama.

[125] «The Price of Knowledge», emitido en Nueva York, 12 de diciembre de 1974, en WNET/13; transcripción suministrada por cortesía de WNET/13 y Henry Spira.

[126] Citado en el informe OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., p. 277.

[127] National Health and Medical Research Council, *Code of Practice for the Care and Use of Animals for Experimental Purposes*, 1985, Australian Government Publishing Service, Canberra. Recientemente se ha aceptado un código revisado; véase «Australian Code of Practice», en *Nature*, 339 (1989), p. 412.

[128] OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., p. 377.

[129] P. Monaghan, «The Use of Animals in Medical Research», en *New Scientist*, 19 de noviembre de 1988, p. 54.

[130] Para un sumario de las enmiendas de 1985 y de la ley y normas en este momento, véase OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., pp. 280-286.

[131] OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., pp. 286-287.

[132] *Ibid.*, pp. 287, 298.

[133] Consejo Nacional de Investigación, *Use of Laboratory Animals in Biomedical and Behavioral Research*, National Academy Press, Washington DC, 1988. Véase especialmente la «Declaración individual» de C. Stevens.

[134] *The Washington Post*, 9 de julio de 1985, p. A10. Para un relato más detallado del caso Gennarelli, véase L. Gruen y P. Singer, *Animal Liberation: A Graphic Guide*, Camden Press, Londres, 1987, pp. 10-23.

[135] «Group Charges Gillette Abuses Lab Animals», en *Chemical and Engineering News*, 6 de octubre de 1986, p. 5.

[136] H. Beecher, «Ethics and Clinical Research», en *New England Journal of Medicine*, 274 (1966), pp. 1354-1360; D. Rothman, «Ethics and Human Experimentation: Henry Beecher Revisited», en *New England Journal of Medicine*, 317 (1987), pp. 1195-1199.

[137] De la transcripción de «Doctors Trial», Caso I, Estados Unidos versus Brandt *et al.* Citado por W. L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Simon and Schuster, Nueva York, 1960, p. 985. Para más descripciones de estos experimentos, véase R. J. Lifton, *The Nazi Doctors*, Basic Books, Nueva York, 1986.

[138] *British Journal of Experimental Pathology*, 61 (1980), p. 39; citado por R. Ryder, «Speciesism in the Laboratory», en P. Singer (ed.), *In Defense of Animals*, op. cit., p. 85.

[139] I. B. Singer, *Enemigos: una historia de amor*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986.

[140] Véase J. Jones, *Bad Blood: The Tuskegee Syphilis Experiment*, Free Press, Nueva York, 1981.

[141] S. Coney, *The Unfortunate Experiment*, Penguin Books, Auckland, 1988.

[142] E. Wynder y D. Hoffman, en *Advances in Cancer Research*, 8 (1964); véase también el informe del Royal College of Physicians, *Smoking and Health*, Londres, 1962, y estudios del Departamento de Salud de Estados Unidos. Debo estas referencias a R. Ryder, «Experimentos con animales», en St. y R. Godlovitch y J. Harris, *Animals, Men...*, op. cit., p. 78.

[143] «US Lung Cancer Epidemic Abating, Death Rates Show», en *The Washington Post*, 18 de octubre de 1989, p. 1.

[144] «The Cancer Watch», en *US News & World Report*, 15 de febrero de 1988.

[145] *Science*, 241 (1988), p. 79.

[146] «Colombians Develop Effective Malaria Vaccine», en *The Washington Post*, 10 de marzo de 1988.

[147] «Vaccine Produces AIDS Antibodies», en *Washington Times*, 19 de abril de 1988.

[148] «AIDS Policy in the Making», en *Science*, 239 (1988), p. 1087.

[149] T. McKeown, *The Role of Medicine: Dream, Mirage or Nemesis?*, Blackwell, Oxford, 1979.

[150] D. St. George, «Life Expectancy, Truth and the ABPI», en *The Lancet*, 9 de agosto de 1986, p. 346.

[151] J. B. McKinlay, S. M. McKinlay y R. Beaglehole, «Trends in Death and Disease and the Contribution of Medical Measures», en H. E. Freeman y S. Levine (eds.), *Handbook of Medical Sociology*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1988, p. 16.

[152] Véase W. Paton, *Man and Mouse*, Oxford University Press, Oxford, 1984; A. Rowan, *Of Mice, Models and Men: A Critical Evaluation of Animal Research*, State University of New York Press, Albany, 1984, cap. 12; M. DeBakey, «Medical Advances Resulting From Animal Research», en J. Archibald, J. Ditchfield y H. Rowsell (eds.), *The Contribution of Laboratory Animal Science to the Welfare of Man and Animals: Past, Present and Future*, Gustav Fischer Verlag, Nueva York, 1985; OTA, *Alternatives to Animal Use in Research, Testing and Education*, op. cit., cap. 5; y Consejo Nacional de Investigación, *Use of Animals in Biomedical and Behavioral Research*, National Academy Press, Washington DC, cap. 3.

[153] Probablemente la mejor de las obras contra las alegaciones a favor de la experimentación con

animales sea *The Cruel Deception*, de Robert Sharpe.

[154] «The Cost of AIDS», en *New Scientist*, 17 de marzo de 1988, p. 22.

### CAPÍTULO 3. EN LA GRANJA INDUSTRIAL

[155] Término que designa la carne de cerdo utilizada como alimento. (*N. del T.*)

[156] Al contrario que en los casos del vacuno (*beef*) y del cerdo (*pork*), en la lengua inglesa hay una sola palabra (*lamb*) para designar al cordero como animal y a su carne como alimento. (*N. del T.*)

[157] El grano o semilla de un fruto seco como la nuez (*nut*). (*N. del T.*)

[158] Aunque etimológicamente *meat* no significa «carne», se utiliza para referirse a la carne de los animales que se come. (*N. del T.*)

[159] *The Washington Post*, 3 de octubre de 1971; véase también el testimonio ante el Subcommittee on Monopoly of the Select Committee on Small Business del Senado de Estados Unidos, en las Audiencias sobre el Papel de las Grandes Corporaciones, especialmente el testimonio de Jim Hightower, del Proyecto de Responsabilidad del Negocio Agrícola. Para saber más sobre el tamaño de las compañías productoras de huevos, véase *Poultry Tribune*, junio de 1987, p. 27.

[160] R. Harrison, *Animal Machines*, Vincent Stuart, Londres, 1964, p. 3.

[161] *Broiler Industry*, diciembre de 1987, p. 22.

[162] Literalmente, el «orden de los picotazos», expresión usada para designar la jerarquía existente en los gallineros y también, en un sentido figurado y más amplio, toda jerarquía que tenga esas características. (*N. del T.*)

[163] K. Lorenz, *King Solomon's Ring*, Methuen and Company, Londres, 1964, p. 147 (ed. española, *El anillo del rey Salomón*, RBA, Barcelona, 1993).

[164] *Farming Express*, 1 de febrero de 1962; citado por R. Harrison, *Animal Machines*, op. cit., p. 18.

[165] F. D. Thornberry, W. O. Crawley y W. F. Krueger, «Debeaking: Laying Stock to Control Cannibalism», en *Poultry Digest*, mayo de 1975, p. 205.

[166] Según se informa en *The Animal Welfare Institute Quarterly*, otoño de 1987, p. 18.

[167] *Report of the Technical Committee to Enquire into the Welfare of Animals Kept Under Intensive Livestock Husbandry Systems*, 1965, Command Paper 2836, párrafo 97, Her Majesty's Stationery Office, Londres.

[168] A. Andrade y J. Carson, «The Effect of Age and Methods of Debeaking on Future Performance of White Leghorn Pullets», en *Poultry Science*, 54 (1975), pp. 666-674; M. Gentle, B. Huges y R. Hubrecht, «The Effect of Beak Trimming on Food Intake, Feeding Behavior and Body Weight in Adult Hens», en *Applied Animal Ethology*, 8 (1982), pp. 147-159; M. Gentle, «Beak Trimming in Poultry», en *World's Poultry Science Journal*, 42 (1986), pp. 268-275.

[169] J. Breward y M. Gentle, «Neuroma Formation and Abnormal Afferent Nerve Discharges After Partial Beak Amputation (Beak Trimming) in Poultry», en *Experienta*, 41 (1985), pp. 1132-1134.

[170] Gentle, «Beak Trimming in Poultry», en *World's Poultry Science Journal*, 42 (1986), pp. 268-275.

[171] Anuario del Departamento de Agricultura de Estados Unidos de 1970, p. XXXIII.

[172] *Poultry World*, 5 de diciembre de 1985.

[173] *American Agriculturist*, marzo de 1967.

[174] C. Riddell y R. Springer, «An Epizootiological Study of Acute Death Syndrome and Leg Weakness in Broiler Chickens in Western Canada», en *Avian Diseases*, 29 (1986), pp. 90-102; P. Steele y J. Edgar, «Importance of Acute Death Syndrome in Mortalities in Broiler Chicken Flocks», en *Poultry Science*, 62 (1982), pp. 63-66.

[175] R. Newberry, J. Hunt y E. Gardiner, «Light Intensity Effects on Performance, Activity, Leg Disorders, and Sudden Death Syndrome of Roaster Chickens», en *Poultry Science*, 66 (1987), pp. 1446-1450.

[176] Trevor Bray, según se informa en *Poultry World*, 14 de junio de 1984.

[177] Véanse los estudios de Riddell y Springer y de Steele y Edgar.

[178] D. Wise y A. Jennings, «Dyschondroplasia in Domestic Poultry», en *Veterinary Record*, 91 (1972), pp. 285-286.

[179] G. Carpenter *et al.*, «Effect of Internal Air Filtration on the Performance of Broilers and the Aerial Concentrations of Dust and Bacteria», en *British Poultry Journal*, 27 (1986), pp. 471-480.

[180] «Air in Your Shed a Risk to Your Health», en *Poultry Digest*, diciembre/enero de 1988.

[181] *The Washington Times*, 22 de octubre de 1987.

[182] *Broiler Industry*, diciembre de 1987, e *Hippocrates*, septiembre/octubre de 1988. Perdue ha confirmado en una carta que me dirige que a sus pollos se les corta el pico. Véase también el anuncio de Animal Rights International, «Frank, are you telling the truth about your chickens?», *The New York Times*, 20 de octubre de 1989, p. A17.

[183] F. Proudfoot, H. Hulan y D. Ramey, «The Effect of Four Stocking Densities on Broiler Carcass Grade, the Incidence of Breast Blisters, and Other Performance Traits», en *Poultry Science*, 58 (1979), pp. 791-793.

[184] *Turkey World*, noviembre/diciembre de 1986.

[185] *Poultry Tribune*, enero de 1974.

[186] *Farmer and Stockbreeder*, 30 de enero de 1982; citado por R. Harrison, *Animal Machines*, op. cit., p. 50.

[187] *Feedstuffs*, 25 de julio de 1983.

[188] *American Agriculturist*, julio de 1966.

[189] Las estadísticas USDA indican que en 1986 la población de gallinas ponedoras era de 246 millones. Asumiendo que la tasa de incubación macho/hembra es más o menos del 50 por ciento, y que cada ave es repuesta aproximadamente cada dieciocho meses, la estimación anterior es un mínimo.

[190] *American Agriculturist*, marzo de 1967.

[191] *Upstate*, 5 de agosto de 1973, informe de Mary Rita Kierck.

- [192] *National Geographic Magazine*, febrero de 1970.
- [193] *Poultry Tribune*, febrero de 1974.
- [194] *Federal Register*, 24 de diciembre de 1971, p. 24926.
- [195] *Poultry Tribune*, noviembre de 1986.
- [196] Primer informe del Comité de Agricultura, Cámara de los Comunes, 1980-1981, *Animal Welfare in Poultry, Pig and Veal Production*, 1981, Her Majesty's Stationery Office, Londres, párrafo 150.
- [197] B. M. Freeman, «Floor Space Allowance for the Caged Domestic Fowl», en *The Veterinary Record*, 11 de junio de 1983, pp. 562-563.
- [198] *Poultry Tribune*, marzo de 1987, p. 30; «Swiss Federal Regulations on Animal Protection», 29 de mayo de 1981.
- [199] Información sobre los Países Bajos facilitada por Compassion in World Farming y la Embajada de los Países Bajos en Londres. (Véase también *Farmer's Guardian*, 29 de septiembre de 1989). Sobre Suecia, véase Steve Lohr, «Swedish Farm Animals Get a New Bill of Rights», en *The New York Times*, 25 de octubre de 1988.
- [200] *Poultry Tribune*, marzo de 1987.
- [201] Parlamento Europeo, sesión 1986/7, Acta de Procedimientos de la Sesión del 20 de febrero de 1987, documento A2-211/86.
- [202] *Poultry Tribune*, noviembre de 1986.
- [203] *Upstate*, 5 de agosto de 1973.
- [204] *Animal Liberation (Victoria) Newsletter*, mayo de 1988 y febrero de 1989.
- [205] R. Bedichek, *Adventures with a Naturalist*, cita de R. Harrison en *Animal Machines*, op. cit., p. 154.
- [206] *Upstate*, 5 de agosto de 1973.
- [207] *Der Spiegel*, 47 (1980), p. 264; citado en *Intensive Egg and Chicken Production*, Chickens' Lib, Huddersfield, Reino Unido.
- [208] I. Duncan y V. Kite, «Some Investigations into Motivation in the Domestic Fowl», en *Applied Animal Behaviour Science*, 18 (1987), pp. 387-388.
- [209] *New Scientist*, 30 de enero de 1986, p. 33, informando sobre un estudio de H. Huber, D. Folsch y U. Stahl publicado en *British Poultry Science*, 26 (1985), p. 367.
- [210] A. Black y B. Hughes, «Patterns of Comfort Behaviour and Activity in Domestic Fowls: A Comparison Between Cages and Pens», en *British Veterinary Journal*, 130 (1974), pp. 23-33.
- [211] D. van Liere y S. Bokma, «Short-term Feather Maintenance as a Function of Dustbathing in Laying Hens», en *Applied Animal Behaviour Science*, 18 (1987), pp. 197-204.
- [212] H. Simonsen, K. Vestergaard y P. Willeberg, «Effect of Floor Type and Density on the Integument of Egg Layers», en *Poultry Science*, 59 (1980), pp. 2202-2206.
- [213] K. Vestergaard, «Dustbathing in the Domestic Fowl-Diurnal Rhythm and Dust Deprivation», en *Applied Animal Behaviour Science*, 17 (1987), p. 380.
- [214] H. Simonsen, K. Vestergaard y P. Willeberg, «Effect of Floor Type and Density on the Integument of Egg Layers».
- [215] J. Bareham, «A Comparison of the Behaviour and Production of Laying Hens in Experimental and Conventional Battery Cages», en *Applied Animal Ethology*, 2 (1976), pp. 291-303.
- [216] J. Craig, T. Craig y A. Dayton, «Fearful Behavior by Caged Hens of Two Genetic Stocks», en *Applied Animal Ethology*, 10 (1983), pp. 263-273.
- [217] M. Dawkins, «Do Hens Suffer in Battery Cages? Environmental Preferences and Welfare», en *Applied Animal Behaviour*, 25 (1977), pp. 1034-1046. Véase también M. Dawkins, *Animal Suffering: The Science of Animal Welfare*, Chapman and Hall, Londres, 1980, cap. 7.
- [218] *Plain Truth*, marzo de 1973, Pasadena, California.
- [219] C. E. Ostrander y R. J. Young, «Effects of Density on Caged Layers», en *New York Food and Life Sciences*, 313 (1970).
- [220] Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Reino Unido, Información Técnica Avícola, folleto n.º 13; citado en *Intensive Egg and Chicken Production*, Chickens' Lib, Huddersfield, Reino Unido.
- [221] *Poultry Tribune*, marzo de 1974.
- [222] I. Duncan, «Can the Psychologist Measure Stress?», en *New Scientist*, 18 de octubre de 1973.
- [223] R. Dunbar, «Farming Fit for Animals», en *New Scientist*, 29 de marzo de 1984, pp. 12-15; D. Wood-Gush, «The Attainment of Humane Housing for Farm Livestock», en M. Fox y L. Mickley (eds.), *Advances in Animal Welfare Science*, Humane Society of the United States, Washington DC, 1985.
- [224] *Farmer's Weekly*, 7 de noviembre de 1961, cita de R. Harrison en *Animal Machines*, op. cit., p. 97.
- [225] R. Dantzer y P. Mormede, «Stress in Farm Animals: A Need for Reevaluation», en *Journal of Animal Science*, 57 (1983), pp. 6-18.
- [226] D. Wood-Gush y R. Beilharz, «The Enrichment of a Bare Environment for Animals in Confined Conditions», en *Applied Animal Ethology*, 20 (1983), pp. 209-217.
- [227] US Department of Agriculture, Hoja de Datos: Manejo de Cerdos, AFS-3-8-12, Department of Agriculture, Office of Governmental and Public Affairs, Washington DC.
- [228] F. Butler, citado en John Robbins, *Diet for a New America*, Stillpoint, Walpole, New Hampshire, 1987, p. 90.
- [229] D. Fraser, «The Role of Behaviour in Swine Production: a Review of Research», en *Applied Animal Ethology*, 11 (1984), p. 332.
- [230] D. Fraser, «Attraction to Blood as a Factor in Tail Biting by Pigs», en *Applied Animal Behaviour Science*, 17 (1987), pp. 61-68.
- [231] *Farm Journal*, mayo de 1974.
- [232] Los estudios relevantes han sido resumidos por Michael W. Fox, *Farm Animals: Husbandry, Behaviour, Veterinary Practice*, University Park Press, 1984, p. 126.
- [233] *Farmer and Stockbreeder*, 22 de enero de 1963, cita de R. Harrison en *Animal Machines*, op. cit., p. 95.

- [234] «Swine Production Management», Hubbard Milling Company, Manicato, Minnesota, 1984.
- [235] W. Robbins, «Down on the Superfarm: Bigger Share of Profits», en *The New York Times*, 4 de agosto de 1987.
- [236] *Feedstuffs*, 6 de enero de 1986, p. 6.
- [237] *Hog Farm Management*, diciembre de 1975, p. 16.
- [238] B. Frase, citado en O. Schell, *Modern Meat*, Random House, Nueva York, 1984, p. 62.
- [239] *Farmer and Stockbreeder*, 11 de agosto de 1961, cita de R. Harrison en *Animal Machines*, op. cit., p. 148.
- [240] J. Messersmith, citado en J. Robbins, *Diet for a New America*, op. cit., p. 84.
- [241] *Agscene*, junio de 1987, Petersfield, Hampshire, Inglaterra, p. 9.
- [242] *Farm Journal*, marzo de 1973.
- [243] «Mechanical Sow Keeps Hungry Piglets Happy», en *The Western Producer*, 11 de abril de 1985.
- [244] *National Hog Farmer*, marzo de 1978, p. 27.
- [245] Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Hoja de Datos: Manejo de Cerdos, AFS-3-8-12, Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Office of Governmental and Public Affairs, Washington DC.
- [246] Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Hoja de Datos: Alojamiento de Cerdos, AFS-3-8-9, Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Office of Governmental and Public Affairs, Washington DC.
- [247] G. Cronin, *The Development and Significance of Abnormal Stereotyped Behaviour in Tethered Sows*, tesis doctoral, University of Wageningen, Países Bajos, p. 25.
- [248] R. Ewband, «The Trouble With Being a Farm Animal», en *New Scientist*, 18 de octubre de 1973.
- [249] «Does Close Confinement Cause Distress in Sows?», Unidad de Investigación de Edificios de Granja Escoceses, Aberdeen, julio de 1986, p. 6.
- [250] Farm Animal Welfare Council, *Assessment of Pig Production Systems*, Farm Animal Welfare Council, Surbiton, Surrey, Inglaterra, 1988, p. 6.
- [251] A. Lawrence, M. Appleby y H. MacLeod, «Measuring Hunger in the Pig Using Operant Conditioning: The Effect of Food Restriction», en *Animal Production*, 47 (1988).
- [252] *The Stall Street Journal*, julio de 1972.
- [253] J. Webster, C. Saville y D. Welchman, «Improved Husbandry Systems for Veal Calves», *Animal Health Trust y Farm Animal Care Trust*, sin fecha, p. 5; véanse también Webster *et al.*, «The Effect of Different Rearing Systems on the Development of Calf Behavior» y «Some Effects of Different Rearing Systems on Health, Cleanliness and Injury in Calves», en *British Veterinary Journal*, 1141 (1985), pp. 249 y 472.
- [254] J. Webster, C. Saville y D. Welchman, «Improved Husbandry Systems for Veal Calves», op. cit., p. 6.
- [255] *Ibid.*, p. 2.
- [256] *The Stall Street Journal*, noviembre 1973.
- [257] *Ibid.*, abril de 1973.
- [258] *Ibid.*, noviembre de 1973.
- [259] *Farmer and Stockbreeder*, 13 de septiembre de 1960, cita de R. Harrison en *Animal Machines*, op. cit., p. 70.
- [260] *The Stall Street Journal*, abril de 1973.
- [261] G. van Punen, «Some General Remarks Concerning Farm Animal Welfare in Intensive Farming Systems», artículo no publicado del Research Institute for Animal Husbandry «Schoonoord», p. 2.
- [262] *Ibid.*, p. 3.
- [263] *The Vealer*, marzo/abril de 1982.
- [264] UK Ministry of Agriculture, Fisheries and Food, Normas para el Bienestar de los Terneros, 1987, Her Majesty's Stationery Office, Londres.
- [265] J. Webster, «Health and Welfare of Animals in Modern Husbandry Systems-Diary Cattle», en *In Practice*, mayo de 1986, p. 85.
- [266] G. Harvey, «Poor Cow», en *New Scientist*, 29 de octubre de 1983, pp. 940-943.
- [267] *The Washington Post*, 28 de marzo de 1988.
- [268] D. S. Kronfeld, «Biologic and Economic Rights Associated with Bovine Growth Hormone», conferencia sobre hormonas de crecimiento, Parlamento Europeo, 9 de diciembre de 1987, documento no publicado, p. 4.
- [269] *Ibid.*, p. 5.
- [270] B. Holmes, «Secrecy Over Cow Hormone Experiments», en *Western Morning News*, 14 de enero de 1988.
- [271] K. Schneider, «Better Farm Animals Duplicated by Cloning», en *The New York Times*, 17 de febrero de 1988; véase también I. Wilmut, J. Clark y P. Simons, «A Revolution in Animal Breeding», en *New Scientist*, 7 de julio de 1988.
- [272] *Peoria Journal Star*, 5 de junio de 1988.
- [273] «Is Pain the Price of Farm Efficiency?», en *New Scientist*, 13 de octubre de 1973, p. 171.
- [274] *Feedstuffs*, 6 de abril de 1987.
- [275] *Farm Journal*, agosto de 1967, marzo de 1968.
- [276] S. Lukefahr, D. Caveny, P. R. Cheeke y N. M. Patton, «Rearing Weanling Rabbits in Large Cages», en *The Rabbit Rancher*, citado en Australian Federation of Animal Societies, *Submission to the Senate Select Committee of Inquiry into Animal Welfare in Australia*, vol. 2, Melbourne, 1984.
- [277] *The Age* (Melbourne), 25 de mayo de 1985.
- [278] Este tamaño de jaula está recomendado por la Asociación Finlandesa de Criadores Peleteros. Para visión, la Asociación del Reino Unido de Criadores Peleteros recomienda jaulas de 75 por 23 centímetros. Véase Hoja de Datos del Comercio de Pieles, Lince (1986), Great Dunmow, Essex.
- [279] *Report of the Technical Committee to Enquire into the Welfare of Animals Kept Under Intensive Livestock Husbandry Systems*, apéndice.

- [280] *Ibid.*, párrafo 37.
- [281] Véase *supra*, p. 143
- [282] J. Mensch y A. van Tienhove, «Farm Animal Welfare», en *American Scientist*, noviembre/diciembre de 1986, p. 599, citando un documento de D. W. Fölsch, «Egg Production-Not Necessarily a Reliable Indicator for the State of Health of Injured Hens», en *Fifth European Poultry Conference*, Malta, 1976.
- [283] B. Gee, *The 1985 Muresk Lecture*, Muresk Agricultural College, Western Australian Institute of Technology, p. 8.
- [284] Parlamento Europeo, Sesión 1986/7, Acta de Procedimientos de la Sesión de 20 de febrero de 1987, documento A2-211/86.
- [285] D. W. Fölsch *et al.*, «Research on Alternatives to the Battery System for Laying Eggs», en *Applied Animal Behaviour Science*, 20 (1988).
- [286] *Dehorning, Castrating, Branding, Vaccinating Cattle*, publicación n.º 384 del Servicio de Extensión de la Mississippi State University, en colaboración con el USDA; véase también *Beef Cattle; Dehorning, Castrating, Branding and Marking*, USDA, Farmers' Bulletin n.º 2141, septiembre de 1972.
- [287] *Progressive Farmer*, febrero de 1969.
- [288] *Pig Farming*, septiembre de 1973.
- [289] *Hot-Iron Branding*, Facultad de Agricultura de Georgia University, Circular 551.
- [290] *Beef Cattle: Dehoming, Castrating, Branding and Marking*.
- [291] R. F. Bristol, «Preconditioning of Feeder Cattle Prior to Interstate Shipment», Informe del Seminario de Preacondicionamiento celebrado en la Oklahoma State University, septiembre de 1967, p. 65.
- [292] Sumario de Estadísticas del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Inspección Federal de Carnes y Aves para el Año Fiscal de 1986.
- [293] *The Washington Post*, 30 de septiembre de 1987.
- [294] C. McCarthy, «Those Who Eat Meat Share in the Guilt», en *The Washington Post*, 16 de abril de 1988.
- [295] Consejo de Protección de los Animales de Granja, *Report on the Welfare of Live-stock (Red Meat Animals) at the Time of Slaughter*, 1984, Her Majesty's Stationery Office, Londres, párrafos 88, 124.
- [296] H. Hillman, «Death by Electricity», en *The Observer*, 9 de julio de 1989.
- [297] «Animals into Meat: A Report on the Pre-Slaughter Handling of Livestock», en *Argus Archives*, 2 (1970), pp. 16-17; la descripción es de John McFarlane, vicepresidente de Livestock Conservation, Inc.
- [298] Consejo de Protección de los Animales de Granja, *Report on the Welfare of Livestock When Slaughtered by Religious Methods*, 1985, Her Majesty's Stationery Office, Londres, párrafo 50.
- [299] Temple Grandin, carta con fecha 7 de noviembre de 1988.
- [300] Consejo de Protección de los Animales de Granja, *Report on the Welfare of Livestock When Slaughtered by Religious Methods*, párrafo 27.
- [301] *Science*, 240 (1988), p. 718.
- [302] C. Murphy, «The "New Genetics" and the Welfare of Animals», en *New Scientist*, 10 de octubre de 1988, p. 20.
- [303] «Genetic Juggling Raises Concerns», en *The Washington Times*, 30 de marzo de 1988.

#### CAPÍTULO 4. HACERSE VEGETARIANO

- [304] O. Goldsmith, *The Citizen of the World*, en *Collected Works*, 2, p. 60, ed. de A. Friedman, Clarendon Press, Oxford, 1966. Aparentemente, sin embargo, el mismo Goldsmith entraba en esta categoría, ya que según Howard Williams, en *The Ethics of Diet* (ed. abreviada, Mánchester y Londres, 1907, p. 149), la sensibilidad de Goldsmith era más fuerte que su autocontrol.
- [305] Al intentar rebatir los argumentos a favor del vegetarianismo presentados en este capítulo en la primera edición R. G. Frey, describió las reformas propuestas por el House of Commons Agriculture Committee en 1981 y escribió: «La Cámara de los Comunes al completo tiene todavía que decidir sobre este informe, y pudiera suceder que al final quede diluido; pero, incluso así, no hay duda de que representa un avance significativo en el combate contra los abusos del sistema de granjas industriales». Frey argumentó después que el informe mostraba que esos abusos podrían ser evitados por tácticas que no llegaban hasta el extremo de abogar por un boicot a los productos animales. (R. G. Frey, *Rights, Killing and Suffering*, Blackwell, Oxford, 1983, p. 207). Esta es una ocasión en la que sinceramente hubiera deseado que mi crítico hubiera tenido razón; pero la Cámara de los Comunes ni se molestó en «diluir» el informe de su Comité de Agricultura —simplemente, lo ignoró—. Ocho años más tarde nada ha cambiado para la gran mayoría de los animales criados intensivamente en Inglaterra. La excepción son las terneras, donde un boicot de los consumidores sí jugó un papel significativo.
- [306] F. Moore Lappé, *Diet for a Small Planet*, Friends of the Earth/Ballantine, Nueva York, 1971, pp. 4-11. Este libro es la mejor introducción breve al tema, y a él pertenecen todas las cifras que aparecen en esta sección cuando no están referidas a otra cita. (En 1982 se publicó una edición revisada). Las fuentes originales principales son *The World Food Problem*, un informe del President's Science Advisory Committee (1967), *Feed Situation*, febrero de 1970, Ministerio de Agricultura de Estados Unidos, y *National and State Livestock-Feed Relationships*, Ministerio de Agricultura de Estados Unidos, Servicio de Investigación de Economía, Boletín Estadístico n.º 446, febrero de 1970.
- [307] La proporción más elevada está en el artículo de Folke Dovring «Soja», en *Scientific American*, febrero de 1974. Keith Akers presenta unas cifras diferentes en *A Vegetarian Sourcebook*, Putnam, Nueva York, 1983, cap. 10. Sus tablas comparan rendimientos nutricionales por acre de avena, brócoli, cerdo, leche, aves y vaca. Aunque la avena y el brócoli no son alimentos de alto contenido en proteínas, ninguno de los alimentos animales produjeron ni la mitad de proteína que los alimentos vegetales. Las fuentes originales de Akers son: Departamento de Agricultura de Estados Unidos, *Agricultural*

- Statistics, 1979; Departamento de Agricultura de Estados Unidos, *Nutritive Value of American Foods*, 1975, US Government Printing Office, Washington DC, y C. W. Cook, «Use of Rangelands for Future Meat Production», en *Journal of Animal Science*, 45 (1977), p. 1476.
- [308] K. Akers, *A Vegetarian Sourcebook*, op. cit., pp. 90-91, usando las fuentes citadas más arriba.
- [309] B. Rensberger, «Curb on US Waste Urged to Help World's Hungry», en *The New York Times*, 25 de octubre de 1974.
- [310] *Science News*, 5 de marzo de 1988, p. 153, citando *Worldwatch*, enero/febrero de 1988.
- [311] K. Akers, *A Vegetarian Sourcebook*, op. cit., p. 100, basado en D. Pimental y M. Pimental, *Food, Energy and Society*, Wiley, Nueva York, 1979, pp. 56, 59, y Departamento de Agricultura de Estados Unidos, *Nutritive Value of American Foods*, 1975, US Government Printing Office, Washington DC.
- [312] G. Borgstrom, *Harvesting the Earth*, Abelard-Schuman, Nueva York, 1973, pp. 64-65; citado por K. Akers, *A Vegetarian Sourcebook*, op. cit.
- [313] «The Browning of America», en *Newsweek*, 22 de febrero de 1981, p. 26; citado por J. Robbins, *Diet for a New America*, Stillpoint, Walpole, New Hampshire, 1987, p. 367.
- [314] «The Browning of America», op. cit., p. 26.
- [315] F. Pearce, «A Green Unpleasant Land», en *New Scientist*, 24 de julio de 1986, p. 26.
- [316] S. Armstrong, «Marooned in a Mountain of Manure», en *New Scientist*, 26 de noviembre de 1988.
- [317] J. Masón y P. Singer, *Animal Factories*, Crown, Nueva York, 1980, p. 84, citando a R. C. Loehr, *Pollution Implications of Animal Wastes-A Forward Oriented Review*, Water Pollution Control Research Series, 1988, Agencia de Protección Medioambiental de Estados Unidos, Washington DC, pp. 26-27; H. A. Jasiorowski, «Intensive Systems of Animal Production», en R. L. Reid (ed.), *Proceedings of the II World Conference on Animal Production*, Sydney University Press, Sidney, 1975, p. 384; y J. W. Robbins, *Environmental Impact Resulting from Unconfined Animal Production*, Centro de Información de Investigación Medioambiental, Agencia de Protección Medioambiental de Estados Unidos, Cincinnati, 1978, p. 9.
- [318] «Handling Waste Disposal Problems», en *Hog Farm Management*, abril de 1978, p. 17, citado en J. Masón y P. Singer, *Animal Factories*, op. cit., p. 88.
- [319] Información del Rainforest Action Network, *The New York Times*, 22 de enero de 1986, p. 7.
- [320] E. O. Williams, *Biophilia*, Harvard University Press, Cambridge, 1984, p. 137.
- [321] K. Akers, *A Vegetarian Sourcebook*, op. cit. pp. 99-100; basado en H. W. Anderson et al., *Forests and Water: Effects of Forest Management on Floods, Sedimentation and Water Supply*, informe técnico general del Servicio de Bosques del Departamento de Agricultura de Estados Unidos PSW-18/1976, y J. Kittridge, «The Influence of the Forest on the Weather and other Environmental Factors», en FAO de las Naciones Unidas, *Forest Influences*, Roma, 1962.
- [322] F. Pearce, «Planting Trees for a Cooler World», en *New Scientist*, 15 de octubre de 1988, p. 21.
- [323] D. Dickson, «Poor Countries Need Help to Adapt to Rising Sea Level», en *New Scientist*, 7 de octubre de 1989, p. 4; Sue Wells y Alasdair Edwards, «Gone with the Waves», en *New Scientist*, 11 de noviembre de 1989, pp. 29-32.
- [324] L. y M. Milne, *The Senses of Men and Animals*, Penguin Books, Middlesex y Baltimore, 1965, cap. 5.
- [325] *Report of the Panel of Enquiry into Shooting and Angling*, publicado por el panel en 1980 y disponible a través de la Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals (Reino Unido), párrafos 15-57.
- [326] G. Maslen, «Bluefin, the Making of the Mariners», en *The Age* (Melbourne), 26 de enero de 1985.
- [327] D. Pimental y M. Pimental, *Food, Energy and Society*, Wiley, Nueva York, 1979, cap. 9; debo esta referencia a K. Akers, *A Vegetarian Sourcebook*, op. cit., p. 117.
- [328] Véase J. R. Baker: *The Humane Killing of Lobsters and Crabs*, The Humane Education Centre, Londres, sin fecha; J. R. Baker y M. B. Dolan, «Experiments on the Humane Killing of Lobsters and Crabs», en *Scientific Papers of the Humane Education Centre*, 2 (1977), pp. 1-24.
- [329] Mi cambio de opinión sobre los moluscos se deriva de conversaciones con R. I. Sikora.
- [330] Véase *infra*, pp. 262 ss.
- [331] «Lucha» no es ningún chiste. Según un estudio comparativo publicado en *The Lancet* (30 de diciembre de 1972), el «tiempo real de tránsito» de la comida a través del sistema digestivo de un grupo de muestra de no vegetarianos en una dieta de tipo occidental era entre 76 y 83 horas; para vegetarianos, 42 horas. Los autores sugieren una conexión entre el tiempo en que las heces permanecen en el colon y la incidencia del cáncer de colon y enfermedades relacionadas, las cuales han aumentado rápidamente en naciones cuyo consumo de carne ha aumentado, pero son casi desconocidas entre africanos rurales que, como los vegetarianos, tienen una dieta de bajo contenido en carne y alto en fibra.
- [332] D. Davies, «A Shangri-La in Ecuador», en *New Scientist*, 1 de febrero de 1973. Basándose en otros estudios, Ralph Nelson de la Mayo Medical School ha sugerido que una alta ingestión de proteínas ocasiona que se «malgaste nuestro mecanismo metabólico a mayor velocidad» (*Medical World News*, 8 de noviembre de 1974, p. 106). Esto podría explicar la correlación entre la longevidad y el poco o ningún consumo de carne.
- [333] *The Surgeon General's Report on Nutrition and Health*, 1988, US Government Printing Office, Washington DC.
- [334] Según un informe de agencia de noticias citado en *Vegetarian Times*, noviembre de 1988.
- [335] *The New York Times*, 25 de octubre de 1974.
- [336] N. Pritikin y P. McGrady, *The Pritikin Program for Diet and Exercise*, Bantam, Nueva York, 1980; J. J. McDougall, *The McDougall Plan*, New Century, Piscataway, Nueva Jersey, 1983.
- [337] F. Moore Lappé, *Diet for a Small Planet*, op. cit., pp. 28-29; véase también *The New York Times*, 2 de octubre de 1974; *Medical World News*, 8 de noviembre de 1974, p. 106.
- [338] Cita de F. Wokes en «Proteínas», en *Plant Foods for Human Nutrition*, I (1968), p. 38.
- [339] En la primera edición de *Diet for a Small Planet* (1971), Frances Moore Lappé insistió en la complementariedad proteica para mostrar que una dieta vegetariana puede proporcionar suficiente

proteína. En la edición revisada (1982, Ballantine, Nueva York), este énfasis ha desaparecido, sustituido por una demostración de que una dieta vegetariana sana contiene suficiente proteína incluso sin la complementariedad. Otra relación de la idoneidad de las plantas alimenticias por lo que respecta a las proteínas se encuentra en K. Akers, *A Vegetarian Sourcebook*, op. cit., cap. 2.

[340] F. R. Ellis y W. M. E. Montegriffo, «The Health of Vegans», en *Plant Foods for Human Nutrition*, vol. 2, pp. 93-101. Algunos veganos afirman que no es necesario un suplemento de B12, basándose en que el intestino humano puede sintetizar esta vitamina de otras del grupo B. La cuestión es, sin embargo, si esta síntesis tiene lugar lo bastante pronto en el proceso digestivo como para que la vitamina B12 pueda ser absorbida y no se elimine. Por el momento, la adecuación nutritiva de una alimentación exclusivamente vegetal sin suplementos es algo que está por decidirse desde un punto de vista científico; por lo tanto, parece menos arriesgado tomar un complemento de B12. Véase también F. Wokes, «Proteínas», en *Plant Foods for Human Nutrition*, I, p. 37.

## CAPÍTULO 5. EL DOMINIO DEL HOMBRE

[341] Génesis 1, 24-28.

[342] *Ibíd.*, 9, 1-3.

[343] Aristóteles, *Política*, Gredos, Madrid, 1995.

[344] *Ibíd.*

[345] W. E. H. Lecky, *History of European Morals from Augustus to Charlemagne*, vol. 1, Longmans, Londres, 1869, pp. 280-282.

[346] Marcos 5, 1-13.

[347] Corintos 9, 9-10.

[348] Agustín, *The Catholic and Manichean Ways of Life*. Debo esta referencia a John Passmore, *Man's Responsibility for Nature*, Scribner's, Nueva York, 1974, p. 11.

[349] *History of European Morals...*, vol. 1, op. cit., p. 244; para Plutarco véase especialmente el ensayo «Sobre comer carne», en sus *Ensayos morales*.

[350] Para Basilio, véase John Passmore, «The Treatment of Animals», en *The Journal of the History of Ideas*, 36 (1975), p. 198; para Crisóstomo, cf. A. Linzey, *Animal Rights: A Christian Assessment of Man's Treatment of Animals*, SCM Press, Londres, 1976, p. 103; y para Isaac el Sirio, A. M. Allchin, *The World is a Wedding: Explorations in Christian Spirituality*, Darton, Longman and Todd, Londres, 1978, p. 85. Debo estas referencias a R. Attfield, «Western Traditions and Environmental Ethics», en R. Elliot y A. Gare (eds.), *Environmental Philosophy*, University of Queensland Press, St. Lucia, 1983, pp. 201-230. Para más información, véase el libro de Attfield *The Ethics of Environmental Concern*, Blackwell, Oxford, 1982; K. Thomas, *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England 1500-1800*, Alien Lane, Londres, 1983, pp. 152-153; y R. Ryder, *Animal Revolution: Changing Attitudes Towards Speciecism*, Blackwell, Oxford, 1989, pp. 34-35.

[351] *Summa Theologica*, II, II, q. 64, art. 1.

[352] *Ibíd.*, II, II, q. 159, art. 2.

[353] *Ibíd.*, I, II, q. 72, art. 4.

[354] *Ibíd.*, II, II, q. 25, art. 3.

[355] *Ibíd.*, II, I, q. 102, art. 6; véase también *Summa contra Gentiles*, III, II, 112, donde expresa un punto de vista similar.

[356] E. S. Turner, *All Heaven in a Rage*, Michael Joseph, Londres, 1964, p. 163.

[357] V. J. Bourke, *Ethics*, Macmillan, Nueva York, 1951, p. 352.

[358] Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, PPC, Madrid, 1991, sec. 34.

[359] Francisco de Asís, *Escritos completos y biografías de su época*, BAC, Madrid, 1945.

[360] G. Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, PPU, Barcelona, 1988.

[361] Marsilio Ficino, *Theologia Platonica*, III, 2 y XVI, 3; véase también *The Dignity and Excellence of Man*, de Giannozzo Manetti.

[362] E. McCurdy, *The Mind of Leonardo da Vinci*, Cape, Londres, 1932, p. 78.

[363] «Apology for Raymond de Sebonde», en sus *Essays*.

[364] *Discurso del método*, V; véase también su carta a Henry More, del 5 de febrero de 1649. Doy aquí la interpretación estándar de Descartes, la forma en que se entendió su postura en aquel momento y cómo ha sido comprendida por la mayoría de sus lectores hasta hoy; pero se ha dicho recientemente que esta interpretación es errónea, puesto que Descartes no intentaba negar que los animales pudieran sufrir. Para más detalles, véase John Cottingham, «“A Brute to the Brutes?” Descartes' Treatment of Animals», en *Philosophy*, 53 (1978), pp. 551-559.

[365] John Passmore trata la cuestión «¿Por qué los animales sufren?» de la siguiente manera: «... durante siglos, fue el mayor entre todos los problemas. Engendró soluciones fantásticamente elaboradas. Malebranche (contemporáneo de Descartes) es muy explícito en que por razones puramente teológicas es necesario negar que los animales pueden sufrir, puesto que todo el sufrimiento es el resultado del pecado de Adán y los animales no descienden de Adán». Véase J. Passmore, *Man's Responsibility for Nature*, op. cit., p. 114n.

[366] Carta a Henry More, 5 de febrero de 1649.

[367] N. Fontaine, *Mémoires pour servir à l'histoire de Port-Royal* [1738], citado por L. Rosenfield en *From Beast-Machine to Man-Machine: The Theme of Animal Soul in French Letters from Descartes to La Mettrie*, Oxford University Press, Nueva York, 1940.

[368] *Diccionario filosófico*, s. v. «Bestias».

[369] *Investigación sobre los principios de la moral*, Alianza, Madrid, 1991, cap. 3.

[370] *The Guardian*, 21 de mayo de 1713.

[371] *Elements of the Philosophy of Newton*, vol. 5; véase también *Essay on the Morals and Spirit of Nations*.

[372] *Emilio*, 1957, Edaf, Madrid, 1982.

- [373] *Lecciones de ética*, Crítica, Barcelona, 1988.
- [374] *Hansard's Parliamentary History*, 18 de abril de 1800.
- [375] E. S. Turner, *All Heaven in a Rage*, op. cit., p. 127. Otros detalles de esta sección se tratan en los capítulos 9 y 10 de este libro.
- [376] Se ha dicho que la primera legislación para proteger de la crueldad a los animales fue promulgada por la Colonia de la Bahía de Massachusetts en 1641. La sección 92 del «Cuerpo de Libertades», impreso ese año, dice: «Ningún hombre ejercerá Tiranía o Crueldad alguna sobre cualquier Criatura bestia normalmente mantenida para el uso del hombre»; y la siguiente sección exige un periodo de descanso de los animales de tiro. Este es un documento notablemente avanzado; se podría argüir sobre si técnicamente es una «ley» o no, pero, ciertamente, Nathaniel Ward, recopilador del «Cuerpo de Libertades», merece ser recordado junto con Richard Martin como un pionero legislativo. Para un relato más completo, véase Emily Leavitt, *Animals and Their Legal Rights*, Animal Welfare Institute, Washington DC, 1970.
- [377] Citado en E. S. Turner, *All Heaven in a Rage*, op. cit., p. 162. Para una exploración de las implicaciones de este comentario, que es un suplemento valioso a nuestra discusión, véase J. Rachels, *Created from Animals: The Moral Implications of Darwinism*, Oxford University Press, Oxford, 1990.
- [378] Ch. Darwin, *El origen del hombre*, Ibéricas, Madrid, 1966, p. 1.
- [379] *Ibid.*, p. 193.
- [380] Véase L. Gompertz, *Moral Inquiries on the Situation of Man and of Brutes*, Londres, 1824; H. S. Salt, *Animals' Rights*, Londres, 1892, nueva edición: Society for Animal Rights, Clark's Summit, Pennsylvania, 1980, y otros trabajos. Estoy en deuda con *Animals' Rights* por algunas de las citas de las páginas siguientes.
- [381] Libro 2, cap. 11; véase también Francis Wayland, *Elements of Moral Science* (1835), donde se expresa la misma idea; reimpresso: Harvard University Press, Cambridge, 1963, p. 364. Seguramente sea la obra de filosofía moral más difundida en América durante el siglo XIX.
- [382] Citado por S. Godlovitch, «Utilities», en St. y R. Godlovitch y J. Harris (eds.), *Animals, Men and Morals*, Taplinger, Nueva York.
- [383] Citado en H. S. Salt, *Animals' Rights*, op. cit., p. 15.
- [384] B. Franklin, *Autobiography*, Modern Library, Nueva York, 1950, p. 41. [Autobiografía, Mono Azul, Sevilla, 2007]
- [385] Citado en H. S. Salt, *Animals' Rights*, op. cit., p. 15.
- [386] *La Bible de l'humanité*, citado en H. Williams, *The Ethics of Diet*, edición abreviada, Manchester y Londres, 1907, p. 214.
- [387] *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Parte II: *El fundamento de la moral*, Aguilar, Buenos Aires, 1965.
- [388] Véase E. S. Turner, *All Heaven in a Rage*, op. cit., p. 143.
- [389] *Ibid.*, p. 205.
- [390] T. H. Huxley, *Man's Place in Nature*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1959, cap. 2.

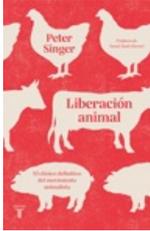
## CAPÍTULO 6. EL ESPECISMO HOY

- [391] D. Walley y F. Staake, *Farm Animals*, Hallmark Children's Editions, Kansas City, sin fecha.
- [392] M. E. Gagg y C. F. Tunnicliffe, *The Farm*, Ladybird Books, Loughborough, 1958.
- [393] Un ejemplo: Lawrence Kohlberg, psicólogo de Harvard conocido por su trabajo sobre el desarrollo moral, cuenta cómo su hijo, a la edad de cuatro años, estableció su primer compromiso moral y se negó a comer carne porque, según dijo, «es malo matar animales». A Kohlberg le costó seis meses hacer que su hijo cambiara de idea, que el psicólogo dice estaba basada en el fallo de no distinguir adecuadamente entre una muerte justificada y una no justificada, e indica que su hijo estaba simplemente en la fase más primitiva del desarrollo moral. (L. Kohlberg, «From Is to Ought», en T. Mischel [ed.], *Cognitive Development and Epistemology*, Academic Press, Nueva York, 1971, pp. 191-192). Moraleja: Si rechazas un prejuicio humano generalizado, no puedes estar moralmente desarrollado.
- [394] W. I. Gay (ed.), *Methods of Animal Experimentation*, Academic Press, Nueva York, 1956, p. 191; cita de R. Ryder, en *Victims of Science*, Davis-Poynter, Londres, 1974.
- [395] B. Grzimek, «Gequalte Tiere: Unglück für die Landwirtschaft», en *Das Tier* (Berna, Suiza), suplemento especial.
- [396] Son ejemplos la Ley de Crueldad hacia los Animales británica de 1876 y la Ley del Bienestar de los Animales de 1966-1970 de Estados Unidos. Fueron promulgadas como respuesta a la preocupación por los animales usados en experimentos, pero ambas han logrado poco en beneficio de esos animales.
- [397] E. S. Turner, *All Heaven in a Rage*, op. cit., p. 129.
- [398] *Ibid.*, p. 83.
- [399] G. Carson, *Cornflake Crusade*, Rinehart, Nueva York, 1957, pp. 19, 53-62.
- [400] E. S. Turner, *All Heaven in a Rage*, op. cit., pp. 234-235; G. Carson, *Men, Beasts and Gods*, Scribner's, Nueva York, 1972, p. 103.
- [401] Véase F. Mowat, *Never Cry Wolf*, Atlantic Monthly Press, Boston, 1963, y K. Lorenz, *King Solomon's Ring*, Methuen, Londres, 1964, pp. 186-189 (ed. esp., *El anillo del rey Salomón*, RBA, Barcelona, 1993). Debo esta primera referencia a Mary Midgley, «The Concept of Beastliness: Philosophy, Ethics and Animal Behavior», en *Philosophy*, 48 (1973), p. 114.
- [402] Véase, además de las referencias de la nota 401, las obras de Niko Tinbergen, Jane van Lawick-Goodall, George Schaller e Irenaus Eibl-Eibesfeldt.
- [403] Véase *supra*, pp. 236 ss.
- [404] Véase *supra*, p. 237.
- [405] Véase J. Mann, «Whales, Hype, Hypocrisy», en *The Washington Post*, 28 de octubre de 1988.

- [406] A menudo me preguntan: ¿Qué deberíamos hacer respecto a nuestros gatos y perros? Algunos vegetarianos son comprensiblemente reacios a comprar carne para sus animales de compañía, ya que el hacerlo contribuye a la explotación de los animales. De hecho, no es difícil criar un perro como vegetariano —los campesinos irlandeses que no podían permitirse el lujo de comprar carne lo hicieron con leche y patatas durante siglos—. Los gatos son un problema mayor, ya que necesitan taurina, un aminoácido que no se consigue fácilmente de las plantas. Ahora es posible, sin embargo, obtener un suplemento vegetariano de taurina del grupo norteamericano Harbinger of a New Age. Se ha dicho que esto permite mantener sanos a los gatos con una dieta vegetariana, pero su salud debe ser vigilada cuidadosamente. Se puede obtener información en la Sociedad Vegetariana Británica.
- [407] «On the Legality of Enslaving the Africans», de un estudiante de Harvard; cita de Louis Ruchames en su obra *Racial Thought in America*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1969, pp. 154-156.
- [408] Ver L. Stephen, *Social Rights and Duties*, London, 1896, citado por Henry Salt, «The Logic of the Larder», que apareció en H. Salt, *The Humanities of Diet*, The Vegetarian Society, Manchester, 1914, pp. 34-38, y ha sido reimpresso en T. Regan y P. Singer (eds.), *Animal Rights and Human Obligations*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1976.
- [409] S. F. Sapontzis ha argumentado que la posible vida feliz de un niño normal y la posible vida infeliz de un niño deforme son motivos para tener o no tener ese niño solo cuando el niño ya existe y, por tanto, no hay asimetría. (Véase S. F. Sapontzis, *Morals, Reason and Animals*, Temple University Press, Filadelfia, 1987, pp. 193-194). Pero esto significaría que no está mal concebir un niño desgraciado, aunque sí está mal decidir mantener al niño vivo una vez que ya existe. ¿Y si, en el momento de la concepción, ya se sabe que no se tendrá la oportunidad de realizar un aborto o una eutanasia una vez que el niño haya nacido? En ese caso habrá un niño infeliz, por lo que parecería que se ha cometido un mal. Pero, en opinión de Sapontzis, no parece haber un momento en el que ese mal pueda cometerse. No veo que su sugerencia resuelva el problema.
- [410] Véase mi *Ética práctica*, Ariel, Barcelona, 1984, caps. 4 y 6. Para más detalle, véase M. Lockwood, «Singer on Killing and the Preference for Life», en *Inquiry*, 22 (1-2), pp. 157-170; E. Johnson, «Life, Death and Animals», y D. Jamieson, «Killing Persons and Other Beings», ambos en H. Miller y W. Williams (eds.), *Ethics and Animals*, Humana Press, Clifton, Nueva Jersey, 1983; el ensayo de Johnson ha sido reimpresso en T. Regan y P. Singer (eds.), *Animal Rights and Human Obligations*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1989. Véase también S. F. Sapontzis, *Morals, Reason and Animals*, op. cit., cap. 10. Para comprender los argumentos latentes dentro del debate completo, sin embargo, la fuente indispensable (pero no fácil) es D. Parfit, *Reasons and Persons*, Clarendon Press, Oxford, 1984, parte IV.
- [411] El principal defensor de los derechos de los animales es Tom Regan; véase su *The Case for Animal Rights*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1983. He indicado por qué difiero en «Utilitarianism and Vegetarianism», en *Philosophy and Public Affairs*, 9 (1980), pp. 325-337; «Ten Years of Animal Liberation», en *The New York Review of Books*, 25 de abril de 1985; y «Animal Liberation or Animal Rights», *The Monist*, 70 (1987), pp. 3-14. Para una discusión detallada sobre si un ser sin la capacidad de ver su propia existencia a lo largo del tiempo tiene derecho a la vida, véase Michael Tooley, *Abortion and Infanticide*, Clarendon Press, Oxford, 1983.
- [412] Una defensa de tal postura es presentada en el artículo de R. M. Haré «Why I Am Only a Demi-vegetarian».
- [413] B. Brophy, «In Pursuit of a Fantasy», en S. y R. Godlovich y J. Harris (eds.), *Animals, Men and Morals*, op. cit., Taplinger, Nueva York, 1972, p. 132.
- [414] Véase Cl. Amory, *Man Kind?*, Harper & Row, Nueva York, 1974, p. 237.
- [415] L. Gompertz, *Moral Inquiries on the Situation of Man and of Brutes*, Londres, 1824.
- [416] Para un poderoso relato de la crueldad inherente en la industria lanar australiana, véase Ch. Townend, *Pulling the Wool*, Hale and Iremonger, Sidney, 1985.
- [417] Para ejemplos de lo brutal y doloroso que puede ser el exterminio de las «pestes», véase J. Olsen, *Slaughter the Animals, Poison the Earth*, Simon & Schuster, Nueva York, 1971, pp. 153-164.
- [418] Unos pocos investigadores desperdigados han comenzado a trabajar ahora en contracepción para animales salvajes; para una revisión, véase J. F. Kirkpatrick y J. W. Turner, «Chemical Fertility Control and Wildlife Management», en *Bioscience*, 35 (1985), pp. 485-491. Pero los medios dedicados a esta área siguen siendo minúsculos en comparación con los utilizados para envenenar, disparar y atrapar.
- [419] *Natural History*, 83/3 (1974), p. 18.
- [420] En A. I. Melden (ed.), *Human Rights*, Wadsworth, Belmont CA, 1970, p. 106.
- [421] W. Frankena, «The Concept of Social Justice», en R. Brandt (ed.), *Social Justice*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1962.
- [422] H. A. Bedau, «Egalitarianism and the Idea of Equality», en J. R. Pennock y J. W. Chapman (eds.), *Nomos IX: Equality*, Nueva York, 1967.
- [423] G. Vlastos, «Justice and Equality», en R. Brandt (ed.), *Social Justice*, op. cit., p. 48.
- [424] J. Rawls, *Una teoría de la justicia*, FCE, México, 1997. Para otro ejemplo, véase B. Williams, «The Idea of Equality», en P. Laslett y W. Runciman (eds.), *Philosophy, Politics and Society*, Blackwell, Oxford, 1962, p. 118.
- [425] Para un ejemplo, véase S. Benn, «Egalitarianism and Equal Consideration of Interests», en J. R. Pennock y J. W. Chapman (eds.), *Nomos IX: Equality*, op. cit., pp. 62 y ss.
- [426] Véase Ch. Magel, *Keyguide to Information Sources in Animal Rights*, McFarland, Jefferson, North Carolina, 1989. Las obras de algunos de estos filósofos están reseñadas en la bibliografía recomendada.
- [427] R. G. Frey, «Vivisection, Morals and Medicine»: *Journal of Medical Ethics*, 9 (1983), pp. 95-104. La principal crítica de Frey a mi trabajo es *Rights, Killing and Suffering*, Blackwell, Oxford, 1983, pero vean también su *Interests and Rights: The Case Against Animals*, Clarendon Press, Oxford, 1980. Respondo (demasiado brevemente) a estos libros en «Ten Years of Animal Liberation», en *The New York Review of Books*, 25 de abril de 1985.

- [428] Véase M. A. Fox, *The Case for Animal Experimentation*, University of California Press, Berkeley, 1986, y carta de Fox en *The Scientist*, 15 de diciembre de 1986; véase también «Animal Experimentation: A Philosopher's Changing Views», en M. A. Fox, *Between the Species*, 3 (1987), pp. 55-60, y la entrevista con Fox en *Animals' Agenda*, de marzo de 1988.
- [429] K. Bishop, «From Shop to Lab to Farm, Animal Rights Battle is Felt», en *The New York Times*, 4 de enero de 1989.
- [430] «The Battle Over Animal Rights», en *Newsweek*, 26 de diciembre de 1988.
- [431] Véase H. Spira, «Fighting to Win», en P. Singer (ed.), *In Defense of Animals*, Blackwell, Oxford, 1985, pp. 194-208.
- [432] Véase A. Pacheco con A. Francione, «The Silver Spring Monkeys», en P. Singer (ed.), *In Defense of Animals*, op. cit., pp. 135-147.
- [433] Véase cap. 2, nota 134.
- [434] *Newsweek*, 26 de diciembre de 1988, pp. 50-51.
- [435] Barnaby J. Feder, «Research Looks Away From Laboratory Animals», en *The New York Times*, 29 de enero de 1989, p. 24; para una muestra anterior del trabajo de la Coalición para Abolir las Pruebas LD50 y Draize, véase Henry Spira, «Fighting to Win», en P. Singer (ed.), *In Defense of Animals*, op. cit.
- [436] Gobierno de Victoria, *Prevention of Cruelty to Animals Regulations*, 1986, n.º 24. La reglamentación cubre las pruebas de cualquier preparado industrial, químico, cosmético, de tocador o doméstico. Prohíbe el uso del saco conjuntivo de los conejos para esos fines y, también, cualquier prueba en que los animales se sometan a una gama de dosis incrementables y en que el número de muertes se use con el fin de producir un resultado estadísticamente válido. Sobre New South Wales, ver *Animal Liberation: The Magazine* (Melbourne), 27 (enero/marzo de 1989), p. 23.

## **La Biblia de quienes luchan por los derechos de los animales, con prólogo de Yuval Harari.**



Este revolucionario libro inspiró, desde su publicación original en 1975, un movimiento mundial de defensa de los derechos de los animales que aspira a transformar nuestra actitud hacia ellos y eliminar la crueldad que les infligimos.

En *Liberación animal*, Peter Singer denuncia el «especismo» (el prejuicio de creer que existe una especie, la humana, superior a todas las demás) y expone la escalofriante realidad de las granjas industriales y los procedimientos de experimentación con animales, echando abajo las justificaciones que los defienden y ofreciendo alternativas a un dilema moral, social y medioambiental.

Este libro es un persuasivo llamamiento a la conciencia, la decencia y la justicia y una lectura esencial tanto para el ya convencido como para el escéptico.

### **La crítica ha dicho...**

«La documentación de Singer no es ni retórica ni emocional, sus argumentos son rigurosos y formidables, ya que no basa su caso en principios personales o religiosos, ni en conceptos filosóficos altamente abstractos, sino en posiciones morales que la mayoría de nosotros ya aceptamos.»

*The New York Times Book Review*

«Un libro importantísimo que cambiará el modo en que muchos de nosotros miramos a los animales y, en última instancia, a nosotros mismos.»

*Chicago Tribune*

## **SOBRE EL AUTOR**

**Peter Singer** (Melbourne, 1946) es un filósofo australiano, especializado en ética aplicada desde una perspectiva utilitarista. Ostenta la cátedra Ira W. DeCamp de Bioética en la Universidad de Princeton y es profesor honorífico del Centro de Filosofía Aplicada y Ética Pública de la Universidad de Melbourne. Ha publicado más de treinta libros, incluidos *Una vida ética* (Taurus, 2002), *Un solo mundo* o *Somos lo que comemos*. *Liberación animal*, su obra más importante, marcó un antes y un después en la lucha por los derechos de los animales.

Título original: *Animal Liberation. The Definitive Classic of the Animal Movement*  
© 1975, 2011, 2018, Peter Singer  
Publicado por HarperCollins Publishers  
© 2018, Yuval Noah Harari, por el prefacio  
© 2011, ANDA, por la traducción  
© 2018, Joandomènec Ros, por la traducción del prefacio de Yuval Noah Harari  
© 2011, 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-2004-3

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Ruxandra Duru

Conversión ebook: Equipo técnico Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

[Liberación animal](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio, de Yuval Noah Harari](#)

[Prólogo a esta edición](#)

[1. Todos los animales son iguales...](#)

[2. Herramientas de investigación...](#)

[3. En la granja industrial...](#)

[4. Hacerse vegetariano...](#)

[5. El dominio del hombre...](#)

[6. El especismo hoy...](#)

[Bibliografía recomendada](#)

[Agradecimientos](#)

[Imágenes](#)

[Índice de referencias](#)

[Apéndice](#)

[Acerca del autor: Peter Singer en sus propias palabras](#)

[Prólogo a la edición de 1975](#)

[Treinta años de liberación animal](#)

[Notas 'Treinta años de liberación animal'](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)